



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**PROGRAMA DE MAESTRÍA EN HISTORIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS**

**LA ELOCUENCIA HISTÓRICA DE LA EDAD MEDIA:
SUGER DE SAINT-DENIS EN EL ARTE ORATORIO
FRANCÉS DEL SIGLO XVIII**

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

MAESTRO EN HISTORIA

PRESENTA:

FERNANDO VELÁZQUEZ CECILIANO

**TUTOR PRINCIPAL: DR. RODRIGO DÍAZ MALDONADO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM**

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX., ABRIL 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

El viejo adagio afirma que a quien *cría cuervos* le *sacarán los ojos*. El historiador, un cuervo criado por el tiempo, se sabe ingrato con el Chronos que lo habita: picotea sus ojos para darse un instante de autocomprensión, aunque esto signifique devorar el rostro muerto del tiempo, sondear las concavidades del transcurrir.

Esta tesis representa para mí el graznido profundo y cavernoso de ese cuervo, pues expresa un camino de dudas y descubrimientos, momentos de atormentada incertidumbre e imaginativas respuestas. Como todo buen historiador sabe, se trata de un trayecto tan arduo como gratificante, en el cual nunca se está del todo solo, aunque así lo parezca ocasionalmente. Así que al final del recorrido me encantaría reconocer a quienes me han apoyado de muy distintas formas.

Primero, a mis padres Leticia y Fernando, de quienes he aprendido todo lo que está de base en el desarrollo de este trabajo: amor, honestidad, disciplina, esfuerzo... En muchos sentidos no estaría aquí sin ellos y siempre les estaré agradecido por su cariño y dedicación. Cada uno, a su manera y con su ejemplo, ha sido un maestro de vida y las palabras no me bastan para decirles cuánto los quiero. Mi hermano Tonatiuh, con quien he compartido tantas cosas, en particular esa curiosidad por estudiar algo a profundidad y desentrañar sus misterios, estará de acuerdo conmigo al sentirse orgulloso de tener unos padres así. A él, a quien quiero y admiro, también le dedico estas páginas cuyo contenido espero sea muestra de esa pasión y titubeo ante el conocimiento.

Gracias a ti, Griscelda, el amor de mi vida. Serás por siempre la más severa y comprensiva crítica de mis investigaciones. Sin tus palabras de aliento, sin tu risueña compañía en los momentos más adversos, jamás habría podido terminar esta tesis. El gusto por la historia, las imágenes y los libros, es sólo una pieza más de un gran rompecabezas, el cual hemos creado juntos durante estos años... Cuando pienso en ti o cuando estoy contigo, se revelan alegremente el caos y el cosmos que convergen en mi alma.

Por cuanto compete al desarrollo formal de esta investigación, mi tutor Rodrigo Díaz ha sido un excelente guía desde que conoció el proyecto. Le agradezco las conversaciones, recomendaciones de libros y consejos en su cubículo, aderezados con un

buen café; así como la feliz coincidencia de recorrer juntos en París el *Panthéon* francés – mezcla fascinante de hagiografía y culto secular– para experimentar la solemnidad del recinto tras un buen aperitivo. No puedo sino reconocer que he aprendido mucho de él, en particular la claridad, profundidad y sencillez en el manejo de la teoría para el análisis historiográfico.

De igual forma, extendiendo mi gratitud hacia mis sinodales, buenos conocedores de historiografía en sus áreas de especialidad. A Martín Ríos debo no sólo mi previa formación como suspirante de medievalista, sino también la conformación del proyecto de maestría: fue él quien corrigió las primeras versiones del mismo y me animó siempre a realizarlo; igualmente, él me impulsó a ir a las *Séminaires d'Études Médiévales* de Poitiers y conocer en persona a colegas y especialistas de otras partes del mundo, por lo que convertirse en mi lector fue tan sólo el corolario de un largo trayecto. A la Dra. Evelia Trejo, quien rápida y diligentemente leyó mi texto, el cual comentamos con el mayor entusiasmo. Al Dr. José Enrique Covarrubias y al Dr. Miguel Pastrana; este último de quien mejor he aprendido que el humor y el rigor no están peleados, sin olvidar que en su seminario obtuve el consejo necesario para la elaboración del texto.

Sin duda, otros profesores también han sido modelos de historiador y al mismo tiempo me han brindado su apoyo en distintos momentos. Guardo un recuerdo muy grato de mi experiencia con Antonio Rubial y Roberto Sánchez Valencia, quienes me permitieron acompañarlos y auxiliarlos en sus respectivos cursos sobre Edad Media. Quizá nadie mejor que ellos para hacerme comprender las dotes de orador, el papel de la retórica, la persuasión y la elocuencia en la conformación y transmisión del conocimiento. Ser un observador participante en sus clases y aprender de su práctica pedagógica ha sido todo un privilegio. Igualmente estoy agradecido con los doctores Jorge Traslosheros y Marialba Pastor, quienes en sus respectivos seminarios me dieron claves de interpretación para mis fuentes, además de consentir adelantar y presentar parte de la tesis con trabajos semestrales que tuvieron a bien comentarme.

En el extranjero, conté también con las invaluable observaciones de algunos historiadores: Mme. Cécile Treffort y Mme. Claude Andrault-Schmit del Centre d'Études Supérieures de Civilisation Médiévale (CESCM), en Poitiers; esta última, revisora tanto del

proyecto de maestría como del borrador del primer capítulo y cuyas palabras de aliento no las he olvidado. M. Dominique Iogna-Prat, a quien conocí durante su visita a México, me recibió en París, en el Centre d'études interdisciplinaires des faits religieux, para conversar sobre mis investigaciones, motivarme a seguir y sugerirme algunos libros. Y finalmente, el profesor Jeremy L. Caradonna de la University of Victoria, Canadá, quien amablemente respondió un par de dudas sobre mis fuentes mediante correo electrónico y cuyo libro me animó a incursionar en la exploración profunda de los materiales de archivo.

Por otro lado, es evidente que la UNAM me ha dado el mayor soporte para realizarme como profesional de la historia: aparte de sus investigadores y bibliotecas, me proporcionó una beca de estudios de posgrado con la cual llevé a término la maestría sin la preocupación de garantizar el pan de cada día o de arrebatárselo a mis benefactores de antaño, mis padres. Asimismo, es ella la que a través del Programa de Apoyo a los Estudios de Posgrado (PAEP) financió mi estancia en Francia. Sin lo anterior, no habría sido posible visitar distintos repositorios bibliográficos y documentales y por tanto, no habría tesis de calidad.

En México, además de la UNAM, los acervos de El Colegio de México y de la Mediateca de la Casa de Francia me ahorraron no pocas veces la compra de libros inconseguibles en otro lado. En Francia, debo mucho al personal y la red bibliotecaria de la Universidad de Poitiers, así como a su Mediateca François Mitterrand; a la Biblioteca Municipal de Reims y su acogedor espacio de trabajo; a la Mediateca de Saint-Denis, en particular a la ayuda de la responsable de la sección de Patrimonio, Florence Trovel; a la Biblioteca Nacional de Francia, con su apoyo a distancia; y a los Archives de l'Institut de France, en especial a la conservadora en jefe Mireille Lamarque y al encargado del archivo Stephane Benzerrouk, quienes respondieron incondicionalmente a todas mis dudas sobre los manuscritos desde antes de realizar mi viaje.

En estos traslados conocí gente que me acompañará siempre en mis recuerdos. Lucy e Igor, fueron espléndidos conmigo al ofrecerme su casa en más de una ocasión: estaré en deuda siempre. Gracias por acompañarme en estos años en algunos de mis recorridos o eventos académicos y por compartir, entre muchas otras cosas, una deliciosa *Tarte Tatin*. Lucy, en particular te debo el haber conocido el *vrai français*, varios libros y la revisión de

uno de mis textos. Igor, gracias por jugar a la lotería, por los regalos y tu correo. Virág, gracias también por la amistad y los ánimos con el trabajo. Blanca y Hugo, me dieron la bienvenida a una ciudad como Poitiers y me brindaron buenos momentos de reposo y alegría al poder hablar español en Francia. Blanca, va mi reconocimiento por facilitarme el texto de Pauphilet, leer y corregir el estilo de mi ponencia. Hugo, en verdad eres un francés con corazón de mexicano. Eli y Abril, sin su amabilidad mi escala en Madrid no habría sido tan fantástica.

Pero además de los viajes, dos ponencias dictadas en marzo de 2016 me permitieron aterrizar varias ideas en torno a mi investigación de cara a la redacción final de la tesis. La primera, titulada « L'éloquence historique de la domination féodale dans les *Éloges de Suger* de 1779 », fue presentada en el coloquio *Moyen-Âge et médiévalisme: les formes de la domination*, celebrado en el Institut National d'Histoire de l'Art, en París, Francia. Agradezco a los organizadores y participantes del evento, particularmente a William Blanc, Élise Haddad y la profesora Marie-Anne Polo de Beaulieu, quienes criticaron mi trabajo. La segunda llevó por título “La historiografía sobre Suger de Saint-Denis (siglos XII-XXI): problemas de interpretación” y fue leída en el *Congreso internacional de jóvenes medievalistas*, en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. He de decir que parte de la introducción y del tercer capítulo de la tesis se beneficiaron de estos intentos, así como de las preguntas surgidas entre los asistentes. Sin olvidar que las observaciones posteriores de la Dra. Nora Jiménez a esta segunda ponencia me vinieron de maravilla. Espero que en un futuro próximo los dos textos vean la luz en una publicación en forma.

En fin, mucha gente me ha brindado su apoyo... Gracias a los colegas de la maestría, en especial al grupo con quien compartí todo el recorrido: Pablo, Cynthia, Walter, Maribel y Carles. Igualmente a aquellos que participaron del seminario de investigación coordinado por mi tutor y a quienes frecuentaron el Seminario de Estudios Históricos Sobre la Edad Media (SEHSEM). Algunos de ellos fueron compañeros de viaje y no pocas veces me escucharon hablar de mis temas. Gracias a Ana Clara, Julián, Mikel, Erik, Rubén, Diego, Tania, Fer, Ricardo, Olinca. Y a ti Marianne, por recordarme que un viajero convierte su alma en tinta. Gracias a Brenda y Omar, quienes hicieron mucho más ameno

mi paso por El Colegio de México, en el instante preciso en que el proyecto de esta tesis comenzaba a gestarse.

La versión impresa de ésta, el diseño mismo, no habría sido igual sin la valiosa ayuda de Diana Garma. Gracias por ser cómplice en esto y auxiliarme a plasmar en la portada la idea de fondo del trabajo, representada en esa fotografía que tomé en el primero de mis viajes a Francia. La imagen, en efecto, corresponde a la escultura de Suger de Saint-Denis, realizada por Nicolas Bernard Raggi en el siglo XIX, la cual formó parte del gran proyecto escultórico de hombres ilustres que fueron colocados en las balaustradas de la *cour de Napoléon* del Palacio del Louvre entre 1853 y 1857.

Pero aparte, buenos amigos y demás familiares también han estado ahí para apoyarme. Estoy agradecido con Pablo y Celeste, Susy y Lalo, Cindy y “Juan Pepe” junto al pequeño Yael, mi tía Bety, mis tíos y mi abuela. Todos me han prodigado su cariño y espero seguir correspondiendo de la misma forma.

Finalmente, debo mencionar a Tito, cuyo canto de cisne reveló todo lo que un animal es capaz de ofrendar a un ser humano. A él y en general a todos mis muertos dedico este trabajo: seres queridos a los cuales recuerdo, extraño y restituyo su ausencia.

Índice

Introducción	3
Una historia controvertida del recuerdo sobre Suger: los olvidos de la historiografía	5
Un lugar de memoria olvidado: los <i>Éloges de Suger</i> y la reconstrucción histórico-cultural del recuerdo.....	15
Los elogios sobre Suger y la cuestión del medievalismo	19
Interpretación y explicación de los <i>Éloges de Suger</i> : la elocuencia histórica de la Edad Media	22
Capítulo I. El movimiento retórico-académico en Francia (1635-1793)	25
La retórica y la institución de la oratoria	25
a) La retórica y el conocimiento	26
El lugar retórico del elogio	31
a) El elogio y su pasado	36
b) El modelo del <i>éloge</i>	39
El movimiento académico en Francia.....	46
a) La Academia Francesa.....	49
La cultura del <i>concours académique</i>	54
a) Las reglas del juego	57
Capítulo II. El concurso de elocuencia de 1779: los <i>Éloges de Suger</i>	61
1777-1779: desarrollo del <i>concours</i>	62
Los <i>éloges</i> de los <i>concurrents</i>	72
Los <i>éloges</i> de los no concursantes	76
Los “monumentos originales” para la historia de Suger.....	89
El aparato crítico de los elogios: entre elocuencia y erudición.....	93
La lectura de los monumentos: la crítica de fuentes	96
Garat y su <i>Éloge de Suger</i> ante el tribunal del gusto	104

Capítulo III. La construcción del Gran Hombre: Suger de Saint-Denis y la simbolización del pasado	115
La Edad Media y el proceso de recontextualización del Gran Hombre	116
El surgimiento del genio	133
a) Genealogía	135
b) Educación.....	140
c) Historia.....	152
Los múltiples rostros de la grandeza: Suger en acción	158
Suger y sus contemporáneos: la preeminencia en la inmortalidad	172
a) Los regentes: Luis el Gordo, Luis el Joven y un rey sin corona	173
b) Hombre de Iglesia/Hombre de Estado: ¿san Bernardo o el abad Suger?	180
c) Abelardo y Eloísa o la pasión según la razón dieciochesca.....	184
La elevación: Suger, <i>père de la patrie</i>	190
La duda sobre el genio: ¿Suger fue un Gran Hombre?	194
La promesa no cumplida: Suger Legislador	200
a) Administrador/Legislador: Garat y la perfección social de la virtud.....	201
b) La santidad del legislador y su amor por el derecho positivo	204
Suger de Saint-Denis: un símbolo académico	207
Conclusiones	209
Anexo I. Manuscritos del Concurso de Elocuencia de 1779	227
Anexo II. Lista de elogios impresos consultados	233
Fuentes	237
Bibliografía	242

Et maintenant, au cœur de la nuit comme un veilleur, il découvre que la nuit montre l'homme : ces appels, ces lumières, cette inquiétude.

[Y ahora, en el corazón de la noche como un velador, él descubre que la noche muestra al hombre: esos llamados, esas luces, esa inquietud.]

Antoine de Saint-Exupéry, *Vol de nuit*

Introducción

Este trabajo es la historia de cómo y por qué se recordó en un siglo ilustrado a un hombre de la Edad Media. Es un relato sobre quiénes construyeron ese recuerdo y cuáles fueron sus estrategias para hacer de él un símbolo tanto para sí mismos como para otros. Es también una explicación fragmentaria de una imagen del pasado francés cuya presencia aún se siente a pesar de todos los olvidos y cuyo sentido, aunque cambiante, todavía se desea de forma insospechada. Es en suma, una reflexión del por qué una comunidad necesita o no, confrontarse de maneras múltiples y recurrentes con su pasado, su presente y su porvenir.

Ese hombre del cual se tuvo memoria a fines del siglo XVIII fue Suger de Saint-Denis. Nacido en 1081 y entregado como oblató a la edad de diez años al monasterio cuyo santo patrono era Dionisio, participó muy pronto de los asuntos de la abadía, especialmente cuando el director Adam lo tomó bajo su protección. La experiencia previa y su peculiar habilidad para relacionarse políticamente, lo llevaron a ser preboste de Berneval en Normandía, en Toury en Beauce y a participar de varios concilios eclesiásticos. Más tarde, en 1122, logró convertirse en abad al ser elegido por sus hermanos monjes después del fallecimiento de su predecesor. Durante las décadas de 1130 y 1140 emprendió la remodelación de su iglesia basilical, la cual es hoy en día clasificada como cuna del gótico. Sin olvidar que los años de actividad constante al frente de su comunidad y los lazos estrechos tanto con el papado como con la monarquía Capeta de entonces, lo hicieron regente del reino (1147-1149) cuando Luis VII partió a la segunda cruzada. Labor tras la cual volvió a dedicarse de lleno a los asuntos de la abadía hasta su muerte en 1151.

La importancia de este personaje de la historia de Francia está dada no sólo por su participación en los principales acontecimientos políticos de la primera mitad del siglo XII, sino por la imagen que de sí mismo nos legó mediante su testimonio escrito. A través de éste es posible reconstruir sus acciones, a la vez que buena parte de lo sucedido en su época.

La obra de Suger se compone ante todo por cuatro textos mayores: 1) *La Vita Ludovici Grossi Regis* (c. 1137-1145), que es un relato sobre la vida del rey Luis VI y los principales hechos de su reinado; 2) el *Scriptum consecrationis ecclesiae sancti dionysii*

(1144), el cual elaboró inmediatamente después de consagrar su renovada iglesia; 3) la *Gesta Sugerii Abbatis* (c. 1144-1149), donde se narra la labor administrativa del abad al frente de su monasterio; y 4) el *De Glorioso Rege Ludovico, Ludovici filio* (c. 1137-?), que aspiraba a ser una historia de Luis VII a la manera de la *Vita Ludovici*, pero cuya realización fue intermitente y, por lo mismo, quedó inconclusa. Además, a estos escritos debe agregarse la serie de cartas y epístolas que Suger redactó durante su lapso como abad y regente.¹

En una muestra clara de lo atractiva y fascinante que es su figura, la biografía de Suger ha sido ensayada en varias ocasiones dando pie a una historiografía abundante que hasta ahora, pese a ser conocida en su mayoría por los especialistas, ha carecido de un estudio crítico global.² No es mi propósito dejar asentadas aquí las razones de este descuido, sino más bien iniciar una tarea que puede ofrecernos valiosos resultados.

Como buen historiador reconozco que no soy el primero en adentrarme en la cuestión. Hasta donde tengo conocimiento, en décadas recientes sólo ha habido un intento por trazar una historia sobre cómo se ha representado a Suger a lo largo del tiempo. En 1991, Michel Bur bosquejó en seis páginas un recorrido historiográfico e iconográfico sobre el abad, aunque estuvo lejos de ser exhaustivo en cuanto al análisis de las obras, la ideología de quienes las elaboraron, así como de la explicación de las continuidades y cambios en las interpretaciones. El esfuerzo de este estudioso estaba dirigido, más bien, a introducir su propia biografía acerca de Suger y presentaba varios trabajos relativamente

¹ Las ediciones latinas más recientes de la obra completa de este abad, con su respectiva traducción francesa, fueron preparadas para la colección de Les Belles Lettres. Véase Suger, *Vie de Louis VI le Gros*, éditée et traduite par Henri Waquet, Paris, Les Belles Lettres, 1929; Suger, *Œuvres I : Écrit sur la consécration de Saint-Denis, L'Œuvre administrative, Histoire de Louis VII*, texte établi, traduit et commenté par Françoise Gasparri, Paris, Les Belles Lettres, 1996 ; y Suger, *Œuvres II : Lettres de Suger, Chartes de Suger, Vie de Suger par le moine Guillaume*, texte établi, traduit et commenté par Françoise Gasparri, Paris, Les Belles Lettres, 2001.

² No obstante esta carencia, una buena guía bibliográfica puede encontrarse en los dos tomos de la edición de las obras de Suger, hechos por Gasparri. Cfr. Françoise Gasparri, « Introduction », en Suger, *Œuvres I*, p. LXVII-LXXXII; y Françoise Gasparri, « Bibliographie Additionnelle », en Suger, *Œuvres II*, p. XLV-XLIX. Sin embargo, en el listado hay dos omisiones importantes. En vista de que la publicación más reciente citada por Gasparri, es un trabajo de Rolf Grosse de 1998, no aparecen la traducción al inglés de la *Vita Ludovici* elaborada por Richard C. Cusimano y John Moorhead en 1992, ni la biografía de Suger realizada por Lindy Grant en 1998. Estos trabajos, se citan más adelante.

conocidos por todos los especialistas, además de una serie de ausencias bastante significativas.³

Pese a ello, hay dos razones por las cuales lo considero un buen punto de partida para el problema que me propongo desarrollar. En primer lugar, el texto de Bur ofrece algunas observaciones que merecen ser retomadas y afinadas. En segundo, constituye una muestra fehaciente de cómo un especialista consumado construye el recuerdo histórico sobre un abad del siglo XII. Una crítica sólida de este ensayo acabará por explicar mejor cómo mediante una cuestión historiográfica encontré la veta que exploré en esta tesis.

Una historia controvertida del recuerdo sobre Suger: los olvidos de la historiografía

En su introducción, Michel Bur planteaba que el momento de arranque de los trabajos históricos sobre Suger se constataba en el siglo XVII. En efecto, el año de 1625 Jacques Doublet dio a conocer su *Histoire de l'abbaye de S. Denys en France*,⁴ donde el abad Suger aparecía en repetidas ocasiones. Asimismo, en 1640 Jean Baudoin publicó su *Le ministre fidèle représenté sous Louis VI en la personne de Suger*;⁵ mientras que en 1645 aparecía la *Histoire de l'administration de Suger abbé de S. Denys*,⁶ escrita por el historiógrafo del rey, Michel Baudier.

³ Michel Bur, *Suger. Abbé de Saint-Denis, Régent de France*, Paris, Perrin, 1991, p. 7-13. En lo siguiente, me centraré mucho más en la tradición textual que en la iconográfica, pues esta última requiere de otro estudio a detalle.

⁴ *Histoire de l'abbaye de S. Denys en France. Contenant les antiquitez d'icelle, les Fondations, Prerogatives & Privileges. Ensemble les tombeaux et epitaphes des Roys, Reynes, Enfants de France, & autres signalez Personnages qui s'y treuvent iusques à present. Le tout recueilly de plusieurs histoires, Bulles des Papes, & Chartes des Royes, Princes, & autres documens Authentiques.* Par F. Iacques Doublet, Religieux de ladite Abbaye, Paris, Chez Nicolas Buon, 1625, <http://www.mdz-nbn-resolving.de/urn/resolver.pl?urn=urn:nbn:de:bvb:12-bsb10004250-6> (consulta: 17 de julio de 2016).

⁵ Jean Baudoin, *Le ministre fidèle représenté sous Louis VI en la personne de Suger... avecque des lettres historiques du pape Eugène III, du roy Louis VII et de quelques autres princes... adressés au mesme Suger*, Paris, 1640. No he podido consultar este trabajo, el cual cita Françoise Gasparri, « Les manuscrits, éditions et traductions », en Suger, *Œuvres II*, p. XXXIX y XLV. La de Baudoin era la única traducción al francés de las epístolas de Suger antes de la edición de Gasparri.

⁶ *Histoire de l'administration de Suger abbé de S. Denys, grand ministre d'Etat en France, sous les Roys Louys le Gros, & Louys le Jeune, où se voyent les longues prosperitez & la fin heureuse d'un Ministre zelé à la France, debonnaire & bien faisant*, par le Sr. Michel Baudier, Gentil-homme de la Maison du Roy, Conseiller et Historiographe de sa Majesté, Paris, Chez Sebastien et Gabriel Cramoisy, 1645, <https://books.google.com.mx/books?id=Aqx2YGeCny8C&dq> (consulta: 17 de julio de 2016).

Sin embargo, es posible hacer un primer cuestionamiento acerca de la cronología: ¿Por qué Bur no partió de la que a todas luces es la primera narración biográfica sobre Suger: la *Sugerii Vita* escrita por el padre Guillaume alrededor de 1151?⁷ Este historiador mencionaba el texto, pero no lo incluía dentro de los trabajos históricos, en parte porque siempre había pasado por ser una fuente primaria. En efecto, Guillaume fue secretario del abad y por tanto, la autoridad de su relato radicaba en que su creador convivió temporalmente con el biografiado; de hecho, aquí yace aún la fuerza de las informaciones que provee acerca de la personalidad de Suger, pese a que se trate de un género tendiente al panegírico y a la hagiografía como la *Vita*.

Pero aparte de esto, también puede preguntarse lo siguiente: ¿Por qué no hablar de la recuperación de los escritos latinos de Suger para la elaboración de las *Grandes Crónicas de Francia* en el siglo XIII? La falta de una respuesta era tan evidente como la ausencia de una explicación para el aparente desinterés hacia el abad en los siglos XIV y XV. De dicho abandono, Bur, o bien no se percató o no le preocupó en lo más mínimo. Como tampoco atendió al proceso de rescate y edición de las obras de Suger. De haber sido así, hubiera incluido la labor de Pierre Pithou con su *Historiae Francorum Scriptores Veteres* (1596), al igual que la de François Duchesne en su *Historiae Francorum Scriptores Coetanei* (1641). Ambos, ediciones de consulta para los interesados en los textos del abad.

En lugar de lo anterior, Bur continuó su recorrido enfatizando cómo Richelieu en el siglo XVII incentivó la figura de Suger e hizo de ella su perfecto paralelo, la de ministro-regente. En este sentido, el autor guardó silencio respecto de la *Histoire des ministres d'État* (1642) de Charles de Combault d'Auteuil, donde aparecía el abad,⁸ para luego afirmar que desde esa centuria: “Más de cien años pasaron antes de que el gran hombre reapareciera en el proscenio.”⁹

⁷ Guillaume, *Sugerii Vita*, ed. y trad. francesa de Françoise Gasparri, en Suger, *Œuvres II*, p. 292-373.

⁸ Charles de Combault, comte d'Auteuil, « Suger, Abbé de S. Denis en France, principal Ministre d'Etat, & Regent du Royaume sous le Roy Louis VII du nom », en Charles de Combault, comte d'Auteuil, *Histoire des ministres d'État qui ont servi sous les rois de France de la troisième lignée, avec le sommaire des règnes auxquels ils ont vécu. Le tout justifié par les chroniques des auteurs contemporains, chartes d'églises... et autres bonnes preuves*, Paris, Antoine de Sommerville, 1642, p. 199-298, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1056861v> (consulta: 17 de julio de 2016)

⁹ « Plus de cent ans passèrent avant que le grand homme ne réapparût à l'avant-scène. » Bur, *Suger...*, p. 9.

El retorno se dio, según el autor, en el año de 1774 cuando con motivo del *Abrégé chronologique de l'histoire de France jusqu'à la mort de Louis XIV* de Charles-Jean François Hénault, Charles Nicolas Cochin elaboró dos alegorías relativas a Luis VI y Luis VII, donde se aludía a Suger. Después de ello, Bur enunciaba que Hénault de Séchelles escribió un elogio sobre el abad en 1779, para finalmente pasar revista de forma vertiginosa –en dos o tres frases– al saqueo de Saint-Denis durante la Revolución francesa, al periodo Napoleónico y al de la Restauración.¹⁰ Y salvo un par de obras escultóricas más relativas a Suger, el autor saltaba inmediatamente hasta 1884, año en el cual Ernest Menault publicó su biografía sobre el abad del siglo XII.¹¹

Aquí es necesario hacer un alto y poner al descubierto varias omisiones importantes que revelan lo gratuito de las afirmaciones de Bur. En primer lugar, este especialista en Suger excluía el breve retrato del abad realizado por Vulson de La Colombière, con el cual éste iniciaba sus vidas de hombres ilustres en 1650.¹² Asimismo, relegaba el trabajo de Michel Félibien, cuya *Histoire de l'abbaye royale de Saint-Denis en France*¹³ (1706) sigue siendo un referente para los investigadores de Saint-Denis, pues incluye documentos y edita algunos de los textos y cartas del abad. Igualmente, Bur prescindió de la *Histoire de Suger*,

¹⁰ « En 1779, Hénault de Séchelles rédige son éloge [de Suger]. Viennent la Révolution et le saccage de Saint-Denis. Puis Napoléon fait restaurer l'abbaye et commande à Menjaud, pour la sacristie, une toile évoquant la mort de Louis VI le Gros : un moine noir y est peint, sur la gauche, levant les yeux au ciel, tandis que le moribond bénit son fils agenouillé devant lui. Quand la Restauration renoue avec l'Ancien Régime, le ministère décide d'orneer le pont Louis XVI –l'actuel pont de la Concorde– des statues des grands serviteurs de la monarchie. » Bur, *Suger...*, p. 10.

¹¹ Ernest Menault, *Suger. Agriculteur, abbé de Saint-Denis, colonisateur, fondateur de villes neuves, ministre, régent de France, père de la patrie*, Paris, Hachette et C^{ie}, 1884, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6503736c> (consulta: 27 de octubre de 2015).

¹² Marc de Vulson, sieur de La Colombière, « La vie de l'Abbé Suger, Grand Ministre d'Etat, et Regent du Royaume, sous le Roy Louis VII du nom » et « Les Devises héroïques de Suger, Abbé de Saint Denis », en Marc de Vulson, sieur de La Colombière, *Les vies des hommes illustres et grands capitaines françois, qui sont peints dans la Gallerie du Palais Royal, avec leurs principales Actions, Armes & Devises*, Paris, Chez Nicolas Le Gras, 1700, p. 1-10, <https://books.google.com.mx/books?id=799QFAtkESgC&dq> (consulta: 17 de julio de 2016). Nathan Edelman ha señalado que este libro se publicó en 1650 y que continuó imprimiéndose hasta 1700. Este autor cita la obra con un título ligeramente distinto: *Les Portraits des hommes illustres François qui sont peints dans la gallerie du Palais Cardinal de Richelieu*, 1650. Cfr. Nathan Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century France Toward the Middle Ages*, New York, King's Crown Press, 1946, p. 93, n. 9.

¹³ Michel Félibien, *Histoire de l'abbaye royale de Saint-Denis en France* [1706], ed. Facsimile, Lettre-préface de M. le duc de Bauffremont, introduction de Hervé Pinoteau, Paris, Éditions du Palais Royal, 1973.

abbé de S. Denis, *Ministre d'Etat, et Regent du Royaume sous le regne de Louis le Jeune*¹⁴ (1721) de François Armand Gervaise, que causó un foco de discusión en el siglo XVIII; como también de la biografía hecha por Jean Du Castre D'Auvigny, la cual figuraba en *Les Vies des Hommes Illustres de la France* (1739) y aquella elaborada por Dom Liron para la *Histoire littéraire de France*.¹⁵ Y nuevamente, ninguna alusión a la edición de algunos textos de Suger, en particular la del doceavo tomo del *Recueil des historiens des Gaules et de la France* (1781) de Martin Bouquet.

Sin embargo, quizá la omisión más grave fue la siguiente: en 1779, la Academia francesa celebró un tradicional concurso de elocuencia, cuyo tema fue el abad de Saint-Denis. Ese año participaron doce personas cuyos manuscritos llevaban por título *Éloge de Suger* y cinco de estos manuscritos llegaron a ver la versión impresa; y otros hombres de letras –en total ocho–, quienes no participaron del concurso pero se enteraron de él, hicieron imprimir igualmente sus elogios. Aunque regresaré sobre este olvido más adelante, debe decirse que la escueta alusión al trabajo de Hérault de Séchelles evidenciaba la ignorancia de Bur al respecto, pues éste no mencionó siquiera al ganador del certamen, quien fue Dominique Joseph Garat, en aquel entonces abogado en el parlamento.

Pero igualmente gratuito es el salto temporal hasta la obra de Menault de 1884, pues Bur hizo a un lado varios trabajos y ediciones relacionados con el abad: los de Joseph de Bernardi,¹⁶ Hector Piers,¹⁷ Albertine Clément-Hémery,¹⁸ Alfred Nettement,¹⁹ Louis de

¹⁴ [François Armand Gervaise], *Histoire de Suger, abbé de S. Denis, Ministre d'Etat, et Regent du Royaume sous le regne de Louis le Jeune*, Paris, Chez Jean Musier, 1721, 3 t. La misma edición fue impresa en ese año por François Barois.

¹⁵ Jean Du Castre D'Auvigny, « Suger, Abbé de S. Denis, Régent du Royaume sous Louis VII », en Jean Du Castre D'Auvigny, *Les Vies des Hommes Illustres de la France, Depuis le commencement de la Monarchie jusqu'à présent*, XXVII t., Paris, chez Le Gras, 1739, t. I, p. 1-71. La noticia del texto de Dom Liron la encontré en la obra de Francois Combes, citada en esta tesis más adelante, n. 21.

¹⁶ Joseph de Bernardi, *Essai historique sur l'abbé Suger, Régent du Royaume, sous le règne de Louis-le-jeune*, Paris, Imprimerie de Xhrouet, 1807, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5849445s> (consulta: 27 de octubre de 2015).

¹⁷ Hector Piers, « Suger », en Hector Piers, *Biographie de la Ville de Saint-Omer. Ornée de Portraits*, Saint-Omer, Imprimerie de J.-B. Lemaire, 1835, p. 9-44, <https://books.google.fr/books?id=wAlbAAAAYAAJ&hl> (consulta: 19 de marzo de 2015).

¹⁸ Albertine Clément-Hémery, « Extrait de la Biographie des Hommes célèbres du Département du Pas-de-Calais » [1838], en *Mémoires de l'Académie d'Arras, Société Royale, des Sciences, des Lettres et des Arts*, Arras, Imprimerie de Jean Degeorge, 1839, p. 54-63, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6465673b> (consulta: 21 de junio de 2016).

¹⁹ Alfred Nettement, *Vie de Suger*, Paris, Librairie de Debécourt, 1842, <https://books.google.com.mx/books?id=MI3tM407MA8C> (consulta: 17 de julio de 2016); y Alfred

Carné,²⁰ François Combes,²¹ Pierre Clément,²² Alexandre Huguenin,²³ Alphonse Vétault,²⁴ y principalmente la recopilación de François Guizot,²⁵ la edición de las obras completas de Suger preparada por Albert Lecoy de la Marche para la Société de l'Histoire de France,²⁶ así como la publicación de Auguste Molinier.²⁷ No es que Bur las desconociera y despreciara para su biografía; simplemente no ameritaron una breve mención en su recuento.

Por lo demás, aquel brinco temporal estaba introducido por la consideración bastante convencional, según la cual la erudición avanzó de manera gradual y que la historia positivista tomó el relevo de la romántica.²⁸ Después de esta afirmación, Bur se detuvo fugazmente en las biografías hechas por Otto Cartellieri²⁹ y Marcel Aubert,³⁰ bien

Nettement, *Suger et son temps*, nouvelle édition revue, corrigée et considérablement augmentée, Paris et Lyon, Jacques Lecoffre/Lecoffre Fils et C^{ie}, 1867, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k63492616> (consulta: 27 de octubre de 2015).

²⁰ Louis de Carné, « L'Abbé Suger », en Louis de Carné, *Études sur les fondateurs de l'unité nationale en France*, II t., Paris, Sagnier et Bray, 1848, t. I, p. 75-154, <https://archive.org/details/tudessurlesfond01carngoog> (consulta: 17 de julio de 2016).

²¹ François Combes, *L'abbé Suger. Histoire de son ministère et de sa régence*, Paris, Chez l'auteur et les principaux libraires, 1853, <http://www.mdz-nbn-resolving.de/urn/resolver.pl?urn=urn:nbn:de:bvb:12-bsb10067241-0> (consulta: 17 de julio de 2016). En su momento este autor dedicó un capítulo entero de su obra a realizar un balance historiográfico sobre Suger de Saint-Denis y sus escritos. Véase Combes, *L'abbé Suger...*, livre cinquième : Des auteurs qui ont écrit sur le ministère de Suger, p. 267-300. Figuran ahí los nombres de Carné, Nettement, Guizot, el barón d'Auteuil, Michel Baudier, Gervaise, Garat, el marqués de Chasteler, D'Auvigny, entre otros como Doublet, Félibien y Dom Liron.

²² Pierre Clément, « Suger », en Pierre Clément, *Portraits historiques*, Paris, Didier, 1855, p. 1-59.

²³ Alexandre Huguenin, *Étude sur l'abbé Suger*, Thèse présentée à la Faculté des Lettres de Paris, Paris, Imprimé par E. Thunot et Cie, 1855, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57881741> (consulta: 27 de octubre de 2015); y Alexandre Huguenin, *Suger et la monarchie française au XIIe siècle (1108-1152)*, Paris, A. Durand, [1857], <https://archive.org/details/sugeretlamonarch00huguuoft> (consulta: 27 de octubre de 2015).

²⁴ Alphonse Vétault, *Suger*, quatrième édition, Tours, Alfred Mame et fils, 1878, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6370654g> (consulta: 27 de octubre de 2015). La primera edición es de 1872.

²⁵ *Vie de Louis-Le-Gros*, par Suger; *Vie de Suger*, par Guillaume; *Vie de Louis Le Jeune*, en *Collection Des Mémoires Relatifs A L'Histoire de France, depuis la fondation de la Monarchie Française jusqu'au 13e siècle*, avec une introduction, des suppléments, des notices et des notes, par M. Guizot, Paris, J.-L.-J. Brière, 1825, t. 8, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k94604t> (consulta: 27 de octubre de 2015).

²⁶ *Œuvres complètes de Suger*, recueillies, annotées et publiées d'après les manuscrits pour la Société de l'Histoire de France par A. Lecoy de La Marche, Paris, Chez Mme. V^e de Jules Renouard, 1867, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6439650r> (consulta: 27 de octubre de 2015).

²⁷ *Vie de Louis le Gros par Suger. Suivie de l'Histoire du Roi Louis VII*, publiées d'après les manuscrits par Auguste Molinier, Paris, Alphonse Picard, 1887, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k112280b> (consulta: 27 de octubre de 2015).

²⁸ Bur, *Suger...*, p. 10.

²⁹ Otto Cartellieri, *Abt Suger von Saint-Denis, 1081-1151*, Berlin, Kraus, 1898, <https://archive.org/details/abtsugarvonsaint00cartuoft> (consulta: 17 de julio de 2016). En lo sucesivo las obras en alemán las cito en vista de su trascendencia; mis escasos conocimientos del idioma no me han permitido llevar a cabo su lectura.

valoradas en el mundo académico actual. Y acto seguido, arrojó los nombres de Pierre Francastel, Louis Grodecki,³¹ Sumner McKnight Crosby,³² Erwin Panofsky³³ y Jean Bony, cuyos trabajos aportaron bastante al tema; tanto como el gran simposio sobre Suger organizado en Nueva York en 1981,³⁴ con el cual Bur cerró finalmente su recorrido.

Pese al deficiente recuento historiográfico pensado para introducir su biografía, no hay que ser injustos con Bur. Él tiene el mérito de haberlo intentado y de incluir también – aunque de forma incompleta– la iconografía sobre el personaje. Démosle igualmente el reconocimiento por detectar que Suger nunca ha sido una “figura popular”, es decir, que “jamás este hijo de los campos franceses atormentó la imaginación de los pequeños campesinos que, bajo la Tercera República, aprendían historia en los manuales de Ernest Lavisse.”³⁵ Asimismo, agradezcamos a Bur las valiosas observaciones sobre la construcción del Ministro-Regente en tiempos de Richelieu. Sin embargo, hay que lamentar que el autor no haya cavilado de manera sistemática en las implicaciones de estos asertos.

Varias reflexiones se imponen, entonces, a propósito de la crítica al ensayo de Michel Bur. En principio, sobresale la dificultad para articular en una misma explicación histórica las producciones textuales e iconográficas acerca del abad. En realidad, se

³⁰ Marcel Aubert, *Suger*, Abbaye Saint Wandrille, Éditions de Fontenelle, 1950.

³¹ Louis Grodecki, *Les vitraux de Saint-Denis. Étude sur le vitrail au XIIe siècle. I*, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique/ Arts et Métiers Graphiques, 1976; y Louis Grodecki, *Études sur les vitraux de Suger à Saint-Denis (XIIe siècle). II*, préface d'Anne Prache, édité par Catherine Grodecki avec la collaboration de Chantal Bouchon et Yolanta Zaluska, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 1995.

³² Sumner McKnight Crosby [et al.], *The royal abbey of Saint-Denis in the time of Abbot Suger (1122-1151)*, New York, The Metropolitan Museum of Art, 1981, http://www.metmuseum.org/art/metpublications/the_royal_abbey_of_saint_denis_in_the_time_of_abbot_suger_1122_1151 (consulta: 17 de julio de 2016); Sumner McKnight Crosby, *The Royal Abbey of Saint-Denis: from its beginnings to the death of Suger, 475-1151*, Pamela Z. Blum (ed.), London, Yale University Press, 1987.

³³ *Abbot Suger, On the Abbey Church of St.-Denis and its Art Treasures*, edited, translated and annotated by Erwin Panofsky, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1946. La segunda edición apareció en 1979. También de Erwin Panofsky, *Arquitectura gótica y pensamiento escolástico* [1951], presentación de Francisco Calvo Serraller, traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid, La Piqueta, 1986.

³⁴ El simposio fue publicado en 1986: *Abbot Suger and Saint-Denis. A symposium*, edited by Paula Lieber Gerson, New York, The Metropolitan Museum of Art, 1986. Antes de este libro, en 1982, apareció el estudio de Edmond René Labande, « *Memoria Sugerii abbatis* (Hommage au professeur Lech Kalinowski) », *Cahiers de civilisation médiévale*, Centre d'Études Supérieures de Civilisation Médiévale, vol. 25, no. 98, Avril-juin, 1982, p. 121-127, http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/ccmed_0007-9731_1982_num_25_98_2190 (consulta: 27 de junio de 2016). Michel Bur omite también el nombre de Henri Waquet, a quien debemos la edición de la *Vita Ludovici* a principios del siglo XX.

³⁵ « Suger n'est pas une figure populaire. Jamais cet enfant des campagnes françaises n'a hanté l'imagination des petits paysans qui, sous la Troisième République, apprenaient l'histoire dans les manuels d'Ernest Lavisse. » Con esta frase inicia la introducción del autor. Bur, *Suger...*, p. 7.

requiere un estudio pormenorizado de ambas si se pretende lograr aquella y Bur no ha hecho más que explorar sucintamente esta posibilidad.³⁶

En segundo lugar, la investigación centrada en los textos tiende a hacer dos cosas: por un lado, los jerarquiza y valora dependiendo de su cercanía con los métodos actuales de la ciencia histórica, soslayando así sus características peculiares; por el otro, no aprovecha las aportaciones de la historia de la lectura y del libro, la historia intelectual o de la conformación del medievalismo, las cuales les permitirían dar mayor profundidad a sus acercamientos, detectando distintos ritmos y vías históricos en la configuración de la imagen del abad.

Lo anterior quizá ayude a comprender varias de las omisiones en el recuento de Bur. Sobresale que en términos generales, este estudioso no incluyera las sucesivas ediciones de la obra de Suger y que un olvido mayor fuera el grupo de elogios surgidos en 1779. En parte lo ha hecho porque este tipo de textos, en estricto sentido, no son historiografía; consideración que es apreciable también en su opinión sobre la *Sugerii Vita* de Guillaume. Sin embargo, si Bur mencionó algunas obras artísticas y el elogio de Hérault de Séchelles, fue porque también se percató de que debían ser tomados en cuenta, aunque no alcanzó a definir las razones ni el modo para hacerlo.

Aún si no pertenecieran al género de la historia —y hay que considerar que éste también ha experimentado varias transformaciones, tal y como la historia de la historiografía lo constata—, esas ediciones y esos elogios deben integrarse dentro del estudio global de las historias acerca de Suger, pues es claro que han ejercido una notable influencia. Al suprimir estos momentos históricos se pierde en buena medida la oportunidad de indagar sobre los procesos de transmisión del recuerdo del pasado (¿Por qué un individuo o un grupo decide recuperar dichos textos? ¿Por qué una comunidad vuelve sobre un personaje de la historia en una circunstancia determinada y cuáles son los medios que implementa para construir ese recuerdo?).

De 1991 a la fecha han aparecido más obras relativas a Suger de Saint-Denis y no hay en el horizonte de la historiografía —francesa, al menos— quien pretenda responder a

³⁶ Nuevamente, aquí he tomado la tarea de acercarme de manera pormenorizada a la tradición textual, como un paso previo a un estudio iconográfico.

ello. En este sentido, es de destacar que en las últimas décadas los esfuerzos más sobresalientes por formular nuevas preguntas sobre el abad provengan de otros ámbitos geográficos, en especial, de Estados Unidos, Inglaterra y Alemania. Por supuesto, antes del recuento de Bur, una prueba clara era el simposio de 1982 celebrado en Nueva York. Pero después, pensemos en la traducción al inglés de la *Vita Ludovici* publicada por Richard C. Cusimano y John Moorhead en 1992;³⁷ el libro de Lindy Grant de 1998, el cual desborda la perspectiva estrictamente biográfica para hablar de la Iglesia y el Estado en el siglo XII, y que incorpora en su narración una crítica a la historiografía más reciente sobre Suger, probando y refutando al paso algunas ideas;³⁸ la edición y traducción alemana de algunos escritos del abad a cargo de Andreas Speer y Günther Binding, en el 2000, la cual fue acompañada de algunos estudios introductorios;³⁹ o bien, el esfuerzo colectivo dirigido por Rolf Grosse a propósito de un coloquio sobre Suger celebrado en París en 2002.⁴⁰ También, aunque salga de esta órbita, debe mencionarse la frecuentemente relegada escuela española, cuyo mayor logro es la traducción castellana, en 2004, de la edición realizada por Panofsky.⁴¹

Pero de la misma manera, no hay que obviar ni menospreciar la escuela francesa. En 1994, Michel Bur publicó su traducción de algunas obras de Suger.⁴² Esfuerzo que fue emulado a gran escala por Françoise Gasparri, quien se dio a la tarea de editar y traducir todos los textos latinos, con excepción de la *Vita Ludovici*; y cuyas introducciones no sólo abordan las cuestiones relativas a los manuscritos consultados, sino que constituyen

³⁷ Suger, *The Deeds of Louis the Fat*, translated with introduction and notes by Richard C. Cusimano and John Moorhead, Washington, D. C., The Catholic University of America Press, 1992.

³⁸ Lindy Grant, *Abbot Suger of St-Denis. Church and State in Early Twelfth-Century France*, London and New York, Longman, 1998.

³⁹ Suger, *Ausgewählte Schriften: Ordinatio, De consecratione, De administratione*, herausgegeben von Andreas Speer und Günther Binding, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2000.

⁴⁰ El coloquio, organizado el 7 de octubre de 2002, se tituló « Pour une meilleure compréhension du rôle de l'abbé Suger: Saint-Denis aux XI^e et XII^e siècles »; fue una colaboración entre el Instituto Histórico Alemán de París y de Londres. Para estas informaciones véase la publicación a la que dio lugar este evento: *Suger en question. Regards croisés sur Saint-Denis*, études réunies par Rolf Grosse, München, Oldenburg, 2004, p. 7-9.

⁴¹ *El abad Suger. Sobre la abadía de Saint-Denis y sus tesoros artísticos* [2nd ed., 1979], edición, comentarios y notas de Erwin Panofsky, ed. revisada por Gerda Panofsky-Soergel, trad. del texto latino de Rosario López Gregoris y trad. del inglés de María Condor, Madrid, Cátedra, 2004.

⁴² Suger, *La geste de Louis VI et autres œuvres*, présentation de Michel Bur, Paris, Imprimerie Nationale, 1994.

ensayos biográficos sobre aquel hombre del siglo XII.⁴³ Una labor que Gasparri continuó hasta la publicación en forma de un trabajo exclusivamente dedicado al abad en 2015.⁴⁴ Sin olvidar que anteriormente en París, el año 2000, se organizó un coloquio en el que se reunieron renombrados especialistas;⁴⁵ mientras que el ya mencionado de 2004 se basó mucho en la colaboración conjunta entre Alemania, Inglaterra y Francia, mediada por el Instituto Histórico Alemán, situado en la capital francesa y en Londres, del cual Rolf Grosse, por ejemplo, es investigador desde 1987 y director del Departamento de Edad Media desde 2010.

Sin embargo, pese a este río de tinta, nadie más aparte de Bur ha considerado necesario ni pertinente elaborar un estudio sobre cómo y por qué se ha representado a Suger desde el siglo XII. Con ello, no sólo las observaciones de aquél han permanecido relativamente ignoradas, sino que lo que está en juego cuando se realiza la biografía del abad ha subsistido soterrado.

Si uno observa con atención los títulos de las obras que han tratado esta figura notará varias cosas: 1) Suger de Saint-Denis mantiene un constante lazo con el gobierno y en última instancia, con el ejercicio del poder (ministro, regente, administrador, hombre de Estado, colonizador); 2) Su persona está fuertemente ligada a la monarquía y a la nación francesas (regente del reino bajo Luis VII, padre de la Patria, fundador de la unidad nacional); 3) hay en él un fuerte espíritu católico (abad, monje, religioso, ministro fiel); 4) su actuar ha dado pie a un vínculo muy reciente con su faceta artística, especialmente desde que Erwin Panofsky generó una nueva mirada sobre su obra; y 5) un reiterado ejercicio biográfico que recuerda, realza y enarbola su figura (las vidas de hombres ilustres, hombres célebres, grandeza, memoria, perpetuación de las obras humanas).

⁴³ Véase los trabajos citados en n. 1. A esas introducciones puede añadirse un artículo de 2001: Françoise Gasparri, «L'abbé Suger de Saint-Denis. Mémoire et perpétuations des œuvres humaines», *Cahiers de civilisation médiévale*, Centre d'Études Supérieures de Civilisation Médiévale, vol. 44, no. 175, Juillet-septembre, 2001, p. 247-257, http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/ccmed_0007-9731_2001_num_44_175_2802 (consulta: 27 de junio de 2016).

⁴⁴ Françoise Gasparri, *Suger de Saint-Denis. Abbé, soldat, homme d'état au XII^e siècle*, Paris, Picard, 2015.

⁴⁵ Las actas del coloquio se publicaron: Dominique Poirel (dir.), *L'abbé Suger, le manifeste gothique de Saint-Denis et la pensée victorine. Colloque organisé à la Fondation Singer-Polignac...*, Turnhout 2001 (Rencontres Médiévales Européennes, 1). No he podido consultar este trabajo, el cual está citado en Rolf Grosse, «Avant-propos», en *Suger en question...*, p. 8, n. 9.

Si el trabajo de Otto Cartellieri, hecho a fines del siglo XIX pasa por ser “la primera biografía científica”⁴⁶ de Suger, uno estaría tentado a afirmar que desde entonces todas las historias sobre este personaje han sido críticas y se han mantenido impermeables a cualquier tipo de uso ideológico, especialmente de un nacionalismo francés recalcitrante. De ser así, lo dicho sería falso e ingenuo. Falso, porque las categorías con las cuales aún se analiza al personaje siguen conservando parte de su vieja razón de ser; ingenuo, porque como bien saben los historiadores, la escritura de la historia es un trabajo subjetivo, en el cual, a pesar del mayor espíritu crítico, siempre se traslucirá la ideología del autor y con él de la circunstancia específica en la que vivió.

En lugar de este debate quisiera discutir con mayor énfasis el punto 5 de mis observaciones. En efecto, los acercamientos biográficos conservan una especie de culto al gran hombre que fue Suger, del cual los especialistas aún nos ofrecen la muestra al dejar de cuestionar a aquellos. Estoy prácticamente convencido de que el olvido mayor de Bur sobre los elogios aparecidos en 1779 es compartido por buena parte de los estudiosos más recientes y científicos del abad; también que es sintomático de una actitud donde se da por sentado que los avances en materia de conocimiento, una vez alcanzados, perduran simple y llanamente. Bur, en todo caso, es una excepción notable de lo anterior, al ensayar un estudio sobre la imagen de Suger a lo largo del tiempo; aunque su intento fracasó a causa del golpe propinado desde un punto ciego por la misma tradición que buscó desentrañar: ¡Este autor finalizó su recorrido historiográfico e iconográfico con una cita del decimonónico autor de *De los héroes*, Thomas Carlyle!⁴⁷

Cierto, no era la obligación de estos eruditos saber lo que se dijo en el siglo XVIII para hablar acerca del XII; tampoco sus investigaciones demeritan por ignorar a detalle ese grupo de obras. Sin embargo, no puede negarse que con ello se han privado de una herramienta útil para afinar sus propias pesquisas y mantenerse en guardia respecto de lugares comunes y trillados, cuyo efecto es ocultar con peculiar ingenio nuevos derroteros de la búsqueda.

⁴⁶ Grosse, « Avant-propos », en *Suger en question...*, p. 7.

⁴⁷ Bur, *Suger...*, p. 12: “« The history of the world is but the biography of great men »” [‘La historia del mundo no es sino la biografía del gran hombre’]. Bur cita a Carlyle sin mencionar de donde extrajo la frase.

Un lugar de memoria olvidado: los *Éloges de Suger* y la reconstrucción histórico-cultural del recuerdo

Si me detengo tanto en este recorrido historiográfico de larga duración es porque me ha conducido a mi objeto de estudio. En 1779, la Academia Francesa celebró un concurso de elocuencia para glorificar a un personaje histórico. La organización y el objetivo de semejante competencia no eran nada nuevos, al contrario, conformaban ya una tradición de décadas. Sin embargo, aquel año la vida de Suger llamó la atención de la corporación académica y mereció, por parte de los hombres de letras, una evocación, un gran rezo secular, un elogio.

Este momento de la historia de la representación del abad ha pasado casi desapercibido, en lo que puede considerarse un olvido cultural. Por consiguiente, mi trabajo busca adentrarse en este olvido sólo para descubrir en él su constitución como recuerdo y posiblemente atisbar algunas de las razones por las cuales dicha amnesia perdura hoy entre los especialistas.

Una de las cuestiones que surgieron con la crítica al ensayo de Bur fue por qué se sigue omitiendo, desacreditando o ignorando la gran cantidad de elogios surgidos en 1779. A mi entender, la respuesta radica en la incomprensión sistemática de estos textos y lo poco que se ha reflexionado sobre su influencia en obras posteriores, es decir, sobre los mecanismos que permiten la transmisión de cierto conocimiento histórico. Por ello, este trabajo busca explorar los elogios sobre Suger de Saint-Denis, elaborados a fines del siglo XVIII, con base en una pregunta: ¿cuál fue su aportación historiográfica, a propósito del estudio de este personaje en particular y de la Edad Media en general?

Los *Éloges de Suger* son valiosos en varios sentidos. Ellos nos ofrecen la posibilidad de reconstruir el proceso mediante el cual se configuró la imagen de este abad y de su época; con ello, contribuir a esclarecer el carácter aparentemente contradictorio de los ilustrados franceses respecto a un periodo “oscuro”. De igual manera, estas fuentes ayudan a indagar el marco directriz de un recuerdo, en cuyo seno se despliega la dimensión multiforme y divergente de la memoria. Y por último, permiten reflexionar sobre el conocimiento histórico y el ejercicio del poder, el vínculo existente entre memoria y

dominación; pensar el medio académico como un centro articulador y productor de una identidad; como una comunidad cuya acción política y social está regulada por ideales comunes y lazos afectivos, perpetuados cotidianamente con base en una recuperación, transmisión y utilización del pasado.

No obstante, en la comprensión de estas fuentes hay una pregunta recurrente, como si se tratase de una piedra en el zapato: ¿Qué cosa son los elogios, si no son historiografía? ¿Simple literatura? Creo que una manera de esquivar esta discusión sin fin –que sin duda llevaría a afirmar que se trata de historias-literarias– es mover la investigación al plano de los estudios de memoria cultural, donde la historia como ciencia es una dimensión más de la memoria social y, por tanto, se reconocen las múltiples relaciones que guarda con la literatura, los discursos políticos, las creaciones artísticas, etc.

En este sentido tengo una deuda muy grande con las investigaciones de Jan Assmann⁴⁸ y Aleida Assmann.⁴⁹ Su lectura me ha conducido a conocer y revalorar las aportaciones de un pionero en el campo de los estudios sobre la memoria y los marcos sociales que permiten su desenvolvimiento: Maurice Halbwachs.⁵⁰ Además, con base en ellos he dado un nuevo vistazo a la obra colectiva dirigida por Pierre Nora sobre los *lieux de mémoire* y el fuerte vínculo que guardan con temas caros a los franceses como la nación, la patria, la república, etc.

Pese a lo criticable de su estricta separación entre Historia y Memoria, debe reconocerse que Nora ha explotado lo mejor que podía ofrecer la historia de las representaciones y de las mentalidades al estudio de lo simbólico y lo imaginario de la

⁴⁸ Jan Assmann, *La mémoire culturelle. Écriture, souvenir et imaginaire politique dans les civilisations antiques*, traduit de l'allemand par Diane Meur, Paris, Aubier, 2010.

⁴⁹ Aleida Assmann, *Cultural Memory and Western Civilization. Functions, Media, Archives*, New York, Cambridge University Press, 2011; Aleida Assmann, *Construction de la mémoire nationale. Une brève histoire de l'idée allemande de Bildung*, préface d'Etienne François et traduit par Françoise Laroche, Paris, Editions de la Maison des sciences de l'homme, 1994; Aleida Assmann, "Re-framing memory. Between individual and collective forms of constructing the past", en Karin Tilmas, Frank van Vree y Jay Winter (eds.), *Performing the Past. Memory, History, and Identity in modern Europe*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2010, p. 35-50.

⁵⁰ En particular, Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria* [1925], postfacio de Gérard Namer, trad. de Manuel Antonio Baeza y Michel Mujica, Rubí, Barcelona, Anthropos/ Concepción, Universidad de la Concepción/ Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2004. Estoy consciente de que mi lectura está influida por las consideraciones que tienen de él Jan y Aleida Assmann, y que en lo venidero tendré que volver con mayor detenimiento a los trabajos de Halbwachs.

memoria en Francia.⁵¹ Para este autor, en efecto, los *lieux de mémoire* pertenecen al campo de lo material y lo concreto tanto como al de lo abstracto y lo intelectual.⁵² Un lugar de memoria no es lo que se recuerda, antes bien es el “laboratorio” donde se experimenta lo recordado; un territorio compuesto de dimensiones múltiples (historiográfica, etnográfica, psicológica y política); a fin de cuentas, un *milieu* en el cual la memoria opera.⁵³

En esta búsqueda por comprender la configuración de la memoria, mi acercamiento a dos trabajos resultó por demás estimulante. En primer lugar, el de Olaf B. Rader, cuyo estudio de larga duración sobre el culto a los muertos y su estrecho vínculo con la formación de estructuras de poder, aterriza muchos de los planteamientos de Jan y Aleida Assmann; además de que se centra en la construcción simbólica del pasado mediante los ritos funerarios, y elabora interesantes reflexiones sociológicas –de inspiración weberiana– en torno a la dominación y la legitimación del poder.⁵⁴

Por otro lado, en un contexto distinto, se encuentra la investigación desarrollada por los psicólogos Harald Welzer, Sabine Moller y Karoline Tschuggnall, alrededor de las representaciones del holocausto en la memoria familiar de los alemanes.⁵⁵ Esta obra en particular me ayudó a entender mejor cómo se conforma una conciencia histórica mediante

⁵¹ Véase Pierre Nora, « Entre Mémoire et Histoire. La problématique des lieux », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire I : La République*, Paris, Gallimard, 1984, p. XV-XLII. Una crítica a la distinción tan tajante de Nora entre Historia y Memoria, se encuentra en Aleida Assmann, *Cultural Memory and Western Civilization...*, p. 1-14 y 132-134. En estas últimas páginas, la autora reproduce –¡de memoria!– una entrevista que mantuvo con Krzysztof Pomian, en el marco de una reunión grupal con académicos y artistas, en diciembre de 1994. La conversación giró en torno al tema de la memoria y Aleida Assmann planteó sus dudas a Pomian, quien intentó contextualizar los objetivos y las intenciones del trabajo impulsado por Nora. La entrevista muestra una tensión equiparable a aquella que mantienen en general estudiosos alemanes y franceses en el campo de la historia.

⁵² Pierre Nora, « Entre Mémoire et Histoire. La problématique des lieux », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire I...* p. XXXIV-XXXV; y Pierre Nora, « Présentation », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire I...*, p. VII.

⁵³ Pierre Nora, « Présentation », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire I...*, p. VII-XIII.

⁵⁴ Olaf B. Rader, *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*, trad. de María Condor, Madrid, Siruela, 2006. Rader (p. 14-15) enuncia algunas cuestiones fundamentales al respecto: “[...] ¿por qué son precisamente los cultos funerarios los que resultan ser tan eficaces? ¿Por qué es precisamente a ellos a los que se recurre, dado que existen muchos otros rituales y ceremonias que también son adecuados para crear identificación y para conferir legitimación? ¿Por qué los cultos funerarios son triunfos en el juego por el poder y el dominio?”

⁵⁵ Harald Welzer, Sabine Moller y Karoline Tschuggnall, *Mi abuelo no era nazi. El nacionalsocialismo y el Holocausto en la memoria familiar*, colaboración de Olaf Jensen y Torsten Koch, trad. de Rosario Figari y Silvina Der-Meguerditchián, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2012. Los autores siguen la línea de los estudios de la memoria elaborados por Maurice Halbwachs, Jan Assmann y Aleida Assmann. Agradezco a la Dra. Marialba Pastor por haber llamado mi atención sobre este libro.

el diálogo intergeneracional, señalando además una diferencia importante “entre los conocimientos históricos cognitivos y las representaciones emocionales sobre el pasado”.⁵⁶ Desde esta perspectiva, los autores evidenciaron algunos de los mecanismos de la memoria familiar: el papel del diálogo en la construcción y transmisión del pasado, el rol de los marcos culturales que permiten a los oyentes configurar las historias que se les relatan, así como los lazos emocionales que se refuerzan al interior de la familias transformándolos en normas.

Con base en estas lecturas, especialmente las de Jan y Aleida Assmann, he aprendido a ver la cultura como una “estructura *conectiva*” formada de lazos sociales y temporales, a partir de los cuales una comunidad construye una imagen de sí misma capaz de transmitirse de generación en generación. Según este planteamiento, una sociedad cifra la confianza de sus integrantes y la orientación compartida (un sentido), en esa imagen, la cual se vuelve materia de recuerdo mediante esquemas y prácticas identificables (repetición y conmemoración), cuyo objetivo es garantizar la continuidad, ya sea ritual o textual.⁵⁷

Además, el estudio de la memoria cultural como una de las dimensiones externas de la memoria humana,⁵⁸ permite incursionar en tres temas simultáneamente: “el ‘recuerdo’ (o la relación con el pasado), la ‘identidad’ (o el imaginario político) y la ‘continuidad cultural’ (o formación de una tradición).”⁵⁹ La memoria cultural, por supuesto, se entiende aquí como un producto artificial e institucional; una construcción que da pie a la comunicación social, tal y como la memoria individual del ser humano es capaz de

⁵⁶ Welzer, Moller y Tschuggnall, *Mi abuelo no era nazi...*, p. 19.

⁵⁷ Véase en especial Jan Assmann, *La mémoire culturelle...*, Introduction, p. 13-23.

⁵⁸ Las otras tres dimensiones sobre las cuales la memoria cultural se construye son: la memoria mimética, la memoria de objetos y la memoria comunicativa. La primera tiene que ver con la acción de imitar, tal y como se da de manera cotidiana, o bien, mediante usos y costumbres en la sociedad. La segunda se centra en los objetos que acompañan al hombre en su trayecto vital y que lo remiten a otros tiempos. Y la tercera, que compete al ámbito del lenguaje y la comunicación, señala muy bien la interacción establecida con otros, pues a través de ella se expande la consciencia y la memoria de un individuo. Véase Jan Assmann, *La mémoire culturelle...*, p. 18-19. La memoria comunicativa podría considerarse como la “memoria de corto plazo de la sociedad” que pasa al plano cultural gracias a una “configuración” cuya base es la “comunicación organizada y ritualizada sobre el pasado”. Cfr. Welzer, Moller y Tschuggnall, *Mi abuelo no era nazi...*, p. 23-24.

⁵⁹ « [...] le ‘souvenir’ (ou rapport au passé), l’‘identité’ (ou imaginaire politique) y la ‘continuité culturelle’ (ou formation d’une tradition). » Jan Assmann, *La mémoire culturelle...*, p. 14.

consciencia.⁶⁰ Por ello, la pregunta que se plantea en términos generales es “cómo las sociedades se acuerdan, y qué imagen se hacen de ellas mismas al abandonarse al recuerdo”.⁶¹

En el caso particular de esta tesis, aquellos planteamientos llevan a las siguientes preguntas: ¿Quiénes, cómo y por qué recordaron a Suger de Saint-Denis en la Francia de fines del siglo XVIII, haciendo de los elogios un lugar de memoria? ¿Qué relación con el pasado tejieron, qué imaginario político configuraron y qué problemas surgieron en torno a la conformación de una tradición cultural entre los franceses? En otras palabras ¿qué imagen de sí mismos construyeron y proyectaron quienes se dieron a la tarea de evocar a ese abad del siglo XII?

Los elogios sobre Suger y la cuestión del medievalismo⁶²

No es difícil percatarse que esta tesis tiene un interés particular en la Edad Media y su estudio. Sin embargo, el acercamiento es de un tono distinto. Este trabajo pretende colocar el análisis en el nivel de las representaciones sobre el periodo medieval; con ello busca ahondar en una tradición propia de quienes prestan atención a Suger y construyen la imagen de su época “oscura”. Desde esta perspectiva, al menos en un primer momento, no es necesario saber si lo que se dijo sobre la Edad Media o este abad pasó realmente; antes bien, es fundamental cuestionarse por qué se pensó que así sucedió y qué es lo que se expresa con esta peculiar manera de recordar.

⁶⁰ « [...] la notion de mémoire culturelle nous est nécessaire. Culturelle, elle l'est parce qu'elle ne peut exister qu'institutionnellement, artificiellement ; et c'est une mémoire, parce qu'elle est à la communication sociale ce que la mémoire individuelle est à la conscience. » Jan Assmann, *La mémoire culturelle...*, p. 22.

⁶¹ « Nous nous proposons ici d'examiner *comment* les sociétés se souviennent, et quelle image elles se font d'elles-mêmes en se livrant au souvenir. » Jan Assmann, *La mémoire culturelle...*, p. 16.

⁶² En este apartado, la distinción que prevalece es la de un estudio científico de la Edad Media y uno centrado en las representaciones sobre la Edad Media a lo largo del tiempo. En francés, existen términos que señalan la diferencia entre ambos: para el primero se utiliza *Médiévisme*, mientras que para el segundo existe *Médiévalisme*. El inglés ofrece un caso similar, aunque en esta lengua se alude al primero como *Study* o *History of the Middle Ages*; y para el otro se emplea *Medievalism*. En nuestro caso, el español no ofrece términos que separen el estudio histórico de la Edad Media de la historia de las representaciones sobre la Edad Media. De hecho, ¡al primero se le conoce como medievalismo! Por esta razón, uso “medievalismo” (con comillas) para señalar el segundo tipo de investigaciones.

Pero pese a tratarse de un estudio sobre la imagen de la Edad Media que configura el siglo XVIII francés, esta tesis tiene mucho más que ofrecer a los investigadores actuales dedicados al siglo XII. Porque si hay algo que une a quienes han realizado un acercamiento biográfico a Suger de Saint-Denis y la Edad Media, es que todos, sin excepción, han elaborado una representación sobre el pasado. En este sentido, la consideración de fondo que mantengo es la siguiente: todas las actitudes hacia el periodo medieval, incluidas las académicas –es decir, científicas– son formas de “medievalismo” (*Médiévalisme*).⁶³

Una de las consecuencias de este planteamiento es que hace posible la exploración simultánea de la historiografía, la literatura, los discursos políticos, el arte, etc., permitiendo a su vez notar los diferentes objetivos que persiguen. Por lo tanto, los elogios sobre Suger pueden estar al mismo nivel de análisis que los productos de una historiografía científica actual. Con ello, además, se abre la puerta a varios cuestionamientos relativos a la cultura del medievalismo (*Médiévisme*) en Francia.

Sobre la historia de la invención y establecimiento del periodo conocido como Edad Media, así como de los inicios de su estudio en Europa, se ha dicho mucho y no es mi interés entrar en esa polémica. Antes bien, reconozco que mi caso de estudio es uno más entre otros dedicados al análisis de las representaciones sobre época medieval y no pretendería extraer de él una generalización exagerada.

No obstante, centrándome en una figura como Suger, pude explorar a grandes rasgos el proceso de larga duración de la historia del medievalismo en Francia (con y sin comillas). Porque al entrecruzar la historia de la Edad Media y la historia de las representaciones sobre este periodo se obtienen varias cosas en beneficio.⁶⁴ En nuestro

⁶³ Sigo aquí lo dicho por Walter Kudrycz, cuyo libro “interpreta las actitudes académicas modernas hacia la Edad Media como formas de medievalismo”. Walter Kudrycz, *The Historical Present. Medievalism and Modernity*, New York, Bloomsbury, 2011, Preface, p. 1. Debe notarse que la investigación de Kudrycz tiene una preocupación teórica de fondo, más allá de dar cuenta de las posturas de distintos profesionales de la historia hacia el periodo medieval. El autor sitúa sus reflexiones en el debate acerca de la modernidad –y por ende, de la posmodernidad– y toma como referentes los trabajos de Hayden White y Norman Cantor, ligados a la historiografía. Aunque la obra inicia su recorrido en el “premoderno” siglo XVIII, en realidad centra su interés en el siglo XIX y XX. Por otro lado, Kudrycz se equivoca cuando señala (p. 1) que el estudio del “medievalismo” (*Medievalism*) comenzó en la década de 1970. En este sentido sobresale que en su bibliografía no aparezca el trabajo pionero de Nathan Edelman, publicado en 1946.

⁶⁴ Para un ejemplo reciente en el ámbito francés, véase William Blanc y Christophe Naudin, *Charles Martel et la bataille de Poitiers. De l'histoire au mythe identitaire*, préface de Philippe Joutard, édition préparée par Bruno Bartkowiak, Charlotte Dugrand et Nicolas Norrito, Paris, Libertalia, 2015. Agradezco al autor William

caso, primero se perfila y analiza la tradición de la cual beben los autores de los elogios en el siglo XVIII; segundo, se observan las posibles continuidades, diferencias o desvíos que estos textos impulsaron en la cultura histórica francesa; y tercero, se establecen las repercusiones inmediatas que tuvieron, así como la profunda huella que pudieron o no haber dejado a los futuros investigadores sobre Suger y que quizá todavía sea reconocible en los trabajos de los especialistas más recientes.

Lidiar con semejante tarea requería, por tanto, una base sólida, la cual he encontrado sobretodo en una trilogía que aborda la recuperación de la Edad Media en Francia durante el Antiguo Régimen. Se trata de una serie de investigaciones distintas entre sí, porque parten de los estudios literarios, o bien, históricos. Sin embargo, juntos ayudan a formarse un panorama de la historia del medievalismo (con y sin comillas) antes del siglo XIX. Me refiero, por supuesto, a las obras de Nathan Edelman,⁶⁵ Lionel Gossman⁶⁶ y Alicia Montoya,⁶⁷ de las cuales extraje valiosas enseñanzas. En la de Edelman, situada en el *Grand Siècle*, encontré una forma erudita y elegante de explorar distintas voces y actitudes hacia lo medieval. En la de Gossman, centrada en la figura de un medievalista pionero, La Curne de Saint-Palaye, aprendí la combinación entre historia social, historia de las ideas y biografía personal, la cual traspasé en la medida de lo posible a un plano historiográfico. Finalmente, en la de Montoya, noté la herencia de las dos anteriores, pues su libro es un ensayo sugerente, con tintes posmodernos, que retoma las aportaciones de los estudios de memoria cultural y fortalece los avances en las investigaciones literarias con las preguntas recurrentes del análisis histórico, para hablar de cómo se acercaron los autores de principios del siglo XVIII a la Edad Media.

Blanc por compartirme esta obra. El libro, centrado en la figura de Carlos Martel y la batalla de Poitiers, es un análisis de los usos ideológicos de ambos a lo largo de la historia en Francia. La obra está dividida en dos partes: la primera lidia con la historia fáctica del personaje y la batalla, señalando las fuentes de las cuales se dispone para realizar la reconstrucción histórica; la segunda aborda las paulatinas recuperaciones y movilizaciones de Carlos Martel y la batalla de Poitiers con fines políticos, en lo que puede considerarse una “instrumentalización del pasado”.

⁶⁵ Nathan Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century France Toward the Middle Ages*, New York, King's Crown Press, 1946.

⁶⁶ Lionel Gossman, *Medievalism and the Ideologies of the Enlightenment: The World and Work of La Curne de Sainte-Palaye*, Baltimore, Maryland, The Johns Hopkins University Press, 1968.

⁶⁷ Alicia C. Montoya, *Medievalist Enlightenment. From Charles Perrault to Jean-Jacques Rousseau*, Cambridge, D. S. Brewer, 2013.

Interpretación y explicación de los *Éloges de Suger*: la elocuencia histórica de la Edad Media

Con base en lo anterior elaboré un plan de trabajo que me ayudó a construir mi explicación sobre las fuentes que conforman esta tesis, así como de la imagen de Suger y de la Edad Media que proyectan.

En principio, había que asegurarse un marco sólido a nivel general, que permitiera comprender la razón de ser de estos textos y su peculiar forma de elaboración, propios de la cultura letrada en Francia. A esto responde el capítulo uno, en el cual abordo tres ejes fundamentales: 1) el papel de la retórica como base indispensable de la comunicación y comprensión de la realidad; 2) las academias y los académicos, quienes durante el siglo XVII y XVIII conformaron un sector social que reguló y sancionó muchas prácticas ligadas a la búsqueda de conocimiento; y 3) el concurso académico como lugar de reunión de *savants* ávidos de prestigio y reconocimiento. Sin ellos, no se podría profundizar en los elogios y menos aún asignarles su lugar.

Pero una visión general del problema debía complementarse con una mirada más particular, mediante la cual pudiera resolverse lo siguiente: ¿Por qué en 1779 se eligió a Suger de Saint-Denis como tema de un concurso de elocuencia, es decir, por qué un abad del siglo XII se convirtió en un *Grand Homme* digno de ser evocado en el siglo XVIII? En este sentido, el capítulo dos está centrado en la competencia misma (su planeación y desarrollo, los participantes, la identidad de éstos, el veredicto de los jueces y el criterio para otorgar el premio), así como en los elogios sobre Suger (sus autores, las características y estructuras de los textos y las fuentes de las que se alimentan). Asimismo, en lo que apunta a un esbozo de historia de la recepción del discurso, he intentado reconstruir las opiniones y los pareceres que se tuvieron a fines del siglo XVIII sobre los elogios, mediante reseñas críticas o noticias provenientes de algunas publicaciones periódicas. No obstante, mi labor no fue exhaustiva y la emplee más bien para redondear la explicación de la elocuencia como criterio primordial para la comprensión de las fuentes de esta tesis.

Por último, en el capítulo tres encamino mis esfuerzos a observar en las fuentes el proceso de construcción de la imagen de Suger y su época. Para lograrlo debía explorar la

forma de concebir el pasado por parte de los autores y qué estrategias emplearon en la construcción del recuerdo de un hombre del siglo XII. Como estas toman forma gracias a la persuasión propia de la elocuencia retórica y a un contenido histórico altamente moldeable, debía comprender su interrelación en la forja de una imagen del pasado medieval. En este sentido, mi intento estuvo dirigido a reconstruir el proceso de pensamiento de los autores, de la lógica que había en sus textos, con el fin de ver qué valores e ideales depositaron en la figura de este abad, así como los conflictos surgidos de su rememoración. Aquí la consideración que permanece es que toda lectura del pasado está hecha en el presente con las herramientas disponibles, lo cual no impide proyectarse hacia el futuro. Por ello también existe la duda de fondo acerca del papel que juega la simbolización de lo pretérito en la conformación y mantenimiento de una comunidad.

Por lo demás, he tenido a bien anexar dos cuadros que muestran un poco el desarrollo de mi investigación. El primero pone a disposición del lector la lista de elogios impresos consultados para esta tesis y los repositorios que los resguardan. Es necesario decir que no son los únicos lugares que albergan elogios sobre Suger, pero sí aquellos que visité directamente con el fin de tener contacto con las fuentes y saber sobre la existencia del mayor número posible de *éloges de Suger*. El segundo muestra el contenido del expediente del concurso de elocuencia de 1779 que examiné en el Institut de France y que ofrece la oportunidad de acercarse a algunos detalles de los manuscritos que no figuran necesariamente en el cuerpo de esta tesis. En especial, porque he tendido a abreviar el contenido del archivo al citarlo.

Igualmente, debo aclarar que en las transcripciones de las fuentes principales respeto la ortografía tal y como la he hallado; que todas las traducciones (inglés y francés), salvo indicación contraria, son de mi autoría; y que para garantizar el cotejo de las citas he colocado la versión en español en el cuerpo del texto, dejando para la nota al pie el fragmento original.

Dicho lo cual, como el lector apreciará, he intentado plantearme problemas a lo largo de esta tesis y, en la medida de lo posible, este trabajo provee algunas respuestas. Espero que la lectura genere el interés que mantuve a lo largo de mi búsqueda; que la reflexión que le dio vida a esta investigación de paso a otras que la desborden; que la

angustia y frustración experimentadas en la escritura sean leídas con gozo, tanto o más que el mío al contemplar el borrador final; que la triste vigilia de varias noches felices se convierta, al recorrer las páginas, en el alegre despertar de una afligida consciencia histórica.

Capítulo I

El movimiento retórico-académico en Francia (1635-1793)

Para comprender los elogios de Suger y la imagen de la Edad Media que proyectan, es necesario situarlos dentro de un universo contextual mucho mayor. A mi entender es posible abordar esta circunstancia partiendo de y entrecruzando tres aspectos fundamentales.

En primer lugar, el mundo de la retórica y la elocuencia que informaba todas las ramas del saber y por ende, todas las formas posibles de comprensión de la realidad. En segunda instancia, un sector social que regulaba el conocimiento y lo sancionaba mediante prácticas muy concretas: me refiero a las academias –especialmente por el tema que nos ocupa, las parisinas– y a los sujetos que las hacían posibles, los académicos. Y por último, un resultado de la actividad creadora de dichas corporaciones: el *concours académique*, el cual derivaba de una cultura mucho más amplia donde el reconocimiento o el premio eran lugares de reunión de los *savants* ilustrados, pues a través de un “combate intelectual estructurado”¹ buscaban acceder a una serie de privilegios que emanaban de las autoridades letradas.

La retórica y la institución de la oratoria

¿Qué lugar ocupaba el elogio como práctica discursiva dentro de la llamada República de las letras en la segunda mitad del s. XVIII? La pregunta implica cuatro cosas: 1) que el elogio se integraba a una lista de géneros literarios, cada uno de los cuales tenía sus propias reglas de composición; 2) su forma discursiva, como cualquier otra, es cambiante y por tanto, se requiere determinar sus rasgos más característicos en torno al año del concurso que queremos analizar (1779); 3) el discurso proviene de unos sujetos definidos: los hombres y mujeres que pueden considerarse *savants*, sabios en el más amplio de los sentidos; y 4) la *République de Lettres* halló su fundamento comunicativo en una

¹ Jeremy L. Caradonna, *The Enlightenment in Practice. Academic Prize Contests and Intellectual Culture in France, 1670-1794*, Ithaca, Cornell University Press, 2012, p. 5.

“estructura madre” que permitía la inteligibilidad entre sus participantes y al mismo tiempo el desarrollo de sus capacidades inventivas: la retórica.²

En vista de que esta última se constituyó como el marco de entendimiento, sin el cual las tres primeras observaciones carecerían de sentido, empezaré por aclarar en qué consistió aquél instrumento y qué luz nos da sobre la cultura letrada de Antiguo Régimen.

a) La retórica y el conocimiento

La retórica no es sólo el uso técnico de algunas estrategias discursivas –formularias y acartonadas– para convencer, emocionar o, en el peor de los casos, engañar al que lee o escucha el mensaje. Antes bien, aquella es una manera de concebir y pensar al mundo que hace del lenguaje su herramienta primordial, tanto para organizar y dar orden al abigarrado conjunto que conforma la realidad, como para moldear la conducta dirigida a ella. En la época de la cual tratamos aquí, el siglo XVIII, la retórica era la principal guía en el conocimiento.

La retórica es el arte del bien decir. Pero este *bene dicere* de los antiguos romanos que abrevia, por supuesto, de los griegos, entraña igualmente la noción de mostrar. Hablar bien, en este sentido, es mostrar bien, mostrarse bien. ¿A quién o ante quién? La necesidad de un interlocutor está justo en la base de este arte de la persuasión: es en función de ese “otro” que se articula el habla. Aun tratándose de la misma persona, hay la necesidad de pensarse como otro al cual dirigir el discurso y efectuar con maestría el acto comunicativo.³ Las implicaciones sociales de lo anterior son importantes: al decir algo sobre algo a alguien más, se tejen una serie de relaciones que pueden ser expresadas, transmitidas, reapropiadas

² La expresión “structure mère” la retomo de Marc Fumaroli, quien la utiliza para dar a entender el fenómeno de estabilidad y de renovación que atraviesa la Retórica a lo largo del tiempo. Marc Fumaroli, *L'âge de l'éloquence : rhétorique et 'res literaria' de la Renaissance au seuil de l'époque classique*, 3^e ed., Genève, Droz, 2002, p. X.

³ Fumaroli, *L'âge de l'éloquence...*, p. XII.

y renovadas a su vez por medio del lenguaje. Este es el fundamento de la sociabilidad y por ende las palabras siempre configuran un mundo para el hombre.⁴

El papel del ser humano en esto es central, pues él tiene la capacidad de hablar. Al afinar esta habilidad, el hombre puede aspirar a elevarse por sobre su condición animal y por ello siempre estará en juego la definición de su ser. La estructura de la retórica, su arquitectura, tratará de dar forma a aquél en la medida de lo posible: la construcción de ese edificio, el “templo invisible de la Palabra”,⁵ es tan compleja como la de la antropología que le acompaña.⁶ El fuerte impacto del *ars bene dicendi* sobre el cuerpo del hombre está cifrado, precisamente, en dicha imagen metafórica.⁷

El modelo clásico de la retórica (Cicerón y Quintiliano) no es más que la consecución del ideal de simplicidad y solidez para dicho templo. Perfección alcanzada sobre la base de un pensamiento geométrico aplicado al lenguaje, donde mediante formas pentaédricas o triangulares se conformó “un cuerpo artista y vivo”.⁸ Las encontramos por doquier. Las cinco fases de la generación de un discurso (invención, disposición, memoria, elocución, acción). Las cinco partes de la disposición (exordio, narración, confirmación, refutación, peroración). Las tres personas implicadas en la enunciación: el orador, el interlocutor al cual el primero debe persuadir, y el contradictor al cual debe refutar. Las tres fuentes que garantizan el éxito de un discurso: la naturaleza del orador, el arte que viene a pulirla, y el ejercicio del arte convertido en segunda naturaleza. Las tres facultades del alma a desarrollar: el ingenio, el buen gusto y la memoria. Los tres géneros del discurso con sus correspondientes lugares de enunciación: judicial (tribunal), deliberativo (consejos políticos) y demostrativo (ceremonias y fiestas). Las tres finalidades a las cuales se tiende en todo discurso: convencer, deleitar y conmover.

⁴ Aleida Assmann, *Construction de la mémoire nationale. Une brève histoire de l'idée allemande de Bildung*, préface d'Etienne François et traduit par Françoise Laroche, Paris, Editions de la Maison des sciences de l'homme, 1994, p. 12.

⁵ Fumaroli, *L'âge de l'éloquence...*, p. XI.

⁶ Aleida Assmann, *Construction de la mémoire nationale...*, p. 15.

⁷ Alfonso Mendiola hace énfasis sobre este “saber que se inscribe en el cuerpo de quien la aprende [la retórica]”. Véase Alfonso Mendiola, “El mundo literario en el virreinato, siglo XVI”, en Perla Chinchilla (coord.), *Procesos de construcción de las identidades de México. De la historia nacional a la historia de las identidades. Nueva España, siglos XVI-XVIII*, México, Universidad Iberoamericana, 2010, p. 108 s.

⁸ La frase del texto está en Fumaroli, *L'âge de l'éloquence...*, p. XII; para esto y lo que sigue véanse p. XI-XII.

En apariencia abrumadora, esta arquitectura es en realidad un esfuerzo y logro de síntesis que ha permitido dirigir las energías del ser humano en su comprensión del mundo y de sí mismo. No es rígida, pues su naturaleza cambiante reside en la posibilidad de combinar sus figuras básicas y adaptarlas a aquello que se intenta expresar. Bien entendida, la retórica no es mero formalismo del pensamiento, inmóvil e inerte, sino la incesante reorganización de los principios articuladores del habla volcados hacia la acción sobre el cosmos.

En la relación con el mundo, con los demás y con sí mismo, el hombre llega a la verdad. El vínculo entre la retórica y lo verdadero es amplio en este sentido y subyace a todo conocer: armonizar la realidad y el lenguaje que la expresa y la muestra tal como es, implica un proceso arduo de descubrimiento de la naturaleza profunda de las cosas. Las tres finalidades del discurso (*docere, delectare, movere*) condensan bastante bien esta “epistemología práctica”.⁹ Cada una de ellas está encaminada a componentes fundamentales del ser humano: la razón, el deseo y las pasiones. Cuando se trata de mostrar algo se apela a las tres. Persuadir a alguien de la verdad acerca de alguna cosa –ya sea apuntando a su racionalidad, su deleite o sus emociones– es poner en práctica la elocuencia. Mediante ella, el orador transforma las simples opiniones acerca de un tema en expresiones cuya base reside en experiencias, mismas que las dotan del estatuto de verdad. La oratoria sirve para comunicar verdades a través de la persuasión. En su papel ostensivo, aquella también es conocimiento, pues “dar a ver es siempre dar a conocer” y mediante ella se exhiben y se significan las cosas al mismo tiempo, es decir, se observa y se comprende al par.¹⁰

Hablamos aquí de un proceso comunicativo y de conocimiento general y no de una escuela filosófica en particular. La historia de la filosofía griega o romana –para situarnos en el canon clásico– ilustra muy bien esto. Nadie sabe para quién trabaja y la retórica menos. Platónicos, empiristas, escépticos... todos han bebido de una tradición lo bastante

⁹ Fumaroli, *L'âge de l'éloquence...*, p. XI.

¹⁰ Ralph Dekoninck, “Imaginar la ciencia: la cultura emblemática jesuita entre *ars rhetorica* y *scientia imaginum*”, en Perla Chinchilla y Antonella Romano (coords.), *Escrituras de la modernidad. Los jesuitas entre cultura retórica y cultura científica*, México, Universidad Iberoamericana, 2008, p. 143-157, la cita del texto aparece en p. 147.

flexible como para permitirles crear sistemas filosóficos contrapuestos con el mismo marco directriz del bien decir.

Sin embargo, desde los griegos se han discutido siempre las diferencias o convergencias entre una retórica epidíctica –dirigida a persuadir a un público contemplativo, apelando a sus emociones– y la dialéctica –basada en el uso de razón y la capacidad de cuestionamiento, las cuales remiten al diálogo y al conocimiento.¹¹ E igualmente se ha reflexionado sobre este marco de comunicación y saber en relación con las formas del poder. En este sentido, la democracia griega, tal y como Aristóteles la concebía, permitía la creación de la retórica como un “intercambio de ideas llevado a cabo en las asambleas donde se debaten los problemas hasta concertar pactos y promulgar leyes.”¹² Se trataba de un método que ordenaba no sólo las ideas sino la vida política y social de una élite dominante, es decir, de una auténtica “propedéutica política”, donde la elocuencia era un instrumento que fijaba la verdad.¹³ De la misma forma, Quintiliano habló de la retórica entre los romanos: como una herramienta que permitía organizar el discurso referente a dioses, héroes y la vida pública de las ciudades.¹⁴

Por ello, la plasticidad de este *ars* de la palabra le permitió al cristianismo apoyarse en él para expandirse en occidente. Al respecto, las cuestiones de doctrina y liturgia adquirieron forma mediante el arte de la argumentación y persuasión. La actividad creadora de los padres de la Iglesia, como san Agustín, el “Cicerón cristiano”,¹⁵ logró divinizar esa retórica, es decir, la ajustó a los discursos e ideas propios de su religión. La prueba más clara es la plegaria, el rezo.¹⁶

¹¹ Marialba Pastor, “Usos y abusos de la retórica epidíctica”, en Drew E. Davis (comp.), *Repertorios sonoros catedralicios*, México, MUSICAT/Instituto de Investigaciones Estéticas/Universidad Nacional Autónoma de México (en prensa), La retórica epidíctica en la construcción de la ‘cultura del elogio’. Para este artículo cito los títulos de las secciones como referencia, pues no tiene una paginación establecida. Agradezco a la Dra. Marialba Pastor por haberme compartido este texto de su autoría antes de su publicación.

¹² Pastor, “Usos y abusos de la retórica epidíctica”, La retórica epidíctica en la construcción de la ‘cultura del elogio’.

¹³ Aleida Assmann, *Construction de la mémoire nationale...*, p. 7.

¹⁴ Pastor, “Usos y abusos de la retórica epidíctica”, La retórica epidíctica en la construcción de la ‘cultura del elogio’.

¹⁵ Fumaroli, *L’âge de l’éloquence...*, p. XXII.

¹⁶ Fumaroli, *L’âge de l’éloquence...*, p. XXII.

La pervivencia de esta cultura se dio a lo largo de los siglos VIII al XV, aunque hubo momentos donde su fuerza fue menor. La red de monasterios e iglesias impuesta por la Iglesia ayudó en la conservación y transmisión de los saberes, lo mismo que el desarrollo de las universidades y la escolástica. El humanismo renacentista vendría, por su parte, a desempolvar esa tradición antigua, mientras que en el ámbito propio de la Reforma católica se haría lo mismo con la herencia de los padres latinos y griegos. La renovación espiritual impulsada por figuras como Ignacio de Loyola o Felipe Neri, debe mucho a este rescate y renovación de los viejos saberes sobre la lengua.¹⁷ La pedagogía implantada por la Compañía de Jesús en Europa y América, donde la elocuencia era una vía para el ejercicio espiritual, halló su centro de gravedad en la retórica. Y si no, basta con adentrarse en ese monumento a la enseñanza elaborado por los jesuitas hacia el siglo XVI: la *Ratio Studiorum*.¹⁸ Su impacto fue mayor en la medida en que la actividad de la Compañía se dirigió con empeño hacia los laicos: siguiendo este “programa”¹⁹ específico, se establecieron los principios que permitieron difundir los valores católicos entre la feligresía.²⁰ La elocuencia sacra que se propugnaba para la enseñanza en los colegios lo reflejaba claramente. De hecho, y para decirlo mejor, fue en esta red educativa donde se realizó la unión que enarbolaba la sacralidad de la oratoria.²¹ La fuerza de dicha instrucción no debe tomarse a la ligera, pues de ella surgieron figuras tan caras a la historia ilustrada del siglo XVIII francés, como Voltaire.

¹⁷ Fumaroli, *L'âge de l'éloquence...*, p. XXIV.

¹⁸ *Ratio studiorum. Plan raisonne et institution des études dans la Compagnie de Jésus* [1599], éd. bilingue latin-français, présentée par Adrien Demoustier et Dominique Julia, trad. par Léonore Albrieux et Dolorès Pralon-Julia, annotée et commentée par Marie-Madeleine Compère, Paris, Belin, 1997. La *Ratio Studiorum* es una síntesis compleja entre el legado del Renacimiento, con sus formas de oratoria clásicas que se resistían a desaparecer, y los intereses conscientes de una Contrarreforma católica. Fumaroli, *L'âge de l'éloquence...*, p. 233 s.

¹⁹ “Un programa es aquel en el que se establecen los criterios para que los valores propios de un determinado código puedan formularse y reproducirse por la organización.” Perla Chinchilla Pawling, “Procesos de construcción de identidades: el caso de la predicación en el Antiguo Régimen”, en Perla Chinchilla (coord.), *Procesos de construcción de las identidades de México...*, p. 176.

²⁰ Sobre el diseño paulatino del programa de estudios de los jesuitas, acompañado a su vez por el crecimiento de la Compañía, véase Dominique Julia, “L'élaboration de la *Ratio Studiorum*, 1548-1599”, en *Ratio studiorum...*, p. 29-69. En este sentido, la *Ratio atque institutio studiorum Societatis Iesu* de 1599 tuvo dos versiones previas, las de 1586 y 1591. Cfr. “Extraits des versions de la *Ratio Studiorum* antérieures à celle de 1599”, en *Ratio studiorum...*, p. 238-278.

²¹ Perla Chinchilla Pawling y Alfonso Mendiola Mejía, “La construcción *retórica* de la realidad como una ‘teoría de la modernidad’. La enseñanza de la *retórica* en los colegios de la Compañía de Jesús en la Nueva España”, en Leonor Correa Etchegaray [et al.], *La construcción retórica de la realidad: la Compañía de Jesús*, México, Universidad Iberoamericana, 2006, p. 40.

Tan compleja y variada, la historia de la retórica en occidente, como cualquier otra historia, nos da una pauta para la comprensión del hombre que la hace posible.

Arte de persuadir, la retórica atraviesa lo social, lo político, lo religioso, ella abraza y comprende de un solo golpe todo el fenómeno humano, sin romper sus relaciones con la filosofía, el derecho, la moral, la teología. Ella gobierna tan bien los gestos de la conversación civil como aquellos del comediante más sabio, las pasiones y las emociones más controladas del hombre de Estado como las más violentamente ostentatorias del tribuno. Ella es por sí sola una experiencia completa de *humanidades* compartidas. Arte de la memoria, ella une las palabras a las imágenes, ella almacena los precedentes, graba los textos clásicos y organiza la experiencia, en resumen ella pone en marcha y hace durar unas tradiciones, y notablemente unas tradiciones literarias.²²

“La era de la elocuencia”, que en opinión de Marc Fumaroli perteneció al siglo XVII, representó el momento cumbre de este arte, aunque sus repercusiones fueron más allá. Escritores románticos como Chateaubriand, Guizot, Michelet, Thierry, bebieron aún mucho de esta tradición, aunque quizá hayan dado un paso adelante en la promoción de una actitud anti-retórica que sólo los positivistas, en términos generales, llevaron a sus últimas consecuencias. El siglo XVIII, pese al aparente viraje en esa dirección, siguió colocando a la retórica en el lugar de base de la cultura letrada.

El lugar retórico del elogio

La metáfora que traslada las propiedades de un organismo al *ars bene dicendi* no es una casualidad. Las “raíces” de las palabras, el “tronco” común de las lenguas y sus “ramas”, todas muestran la pertenencia a un ser viviente: el árbol del lenguaje, del conocimiento, de la ciencia. Bajo la sombra de esta imagen descansa la acción del hombre. Lo que antes

²² « Art de persuader, la rhétorique traverse le social, le politique, le religieux, elle embrasse et comprend d'une seule saisie tout le phénomène humain, sans rompre ses attaches avec la philosophie, le droit, la morale, la théologie. Elle gouverne aussi bien les gestes de la conversation civile que ceux du comédien le plus savant, les passions et les émotions les plus contrôlées de l'homme d'État que les plus violemment ostentatoires du tribun. Elle est à elle seule une expérience complète d'*humanités* partagées. Art de la mémoire, elle relie les mots aux images, elle emmagasine les précédents, enregistre les textes classiques et organise l'expérience, bref elle met en route et fait durer des traditions, et notamment des traditions littéraires. » Fumaroli, *L'âge de l'éloquence...*, p. XVIII.

veíamos por separado en triángulos y pentaedros, se transforma en una red armónica llena de interacciones imaginadas en un mundo. Si consideramos el elogio (*éloge*) como “fruto” de ese árbol, habremos de localizar desde que rama ha llegado a nosotros.

Tan sólo con dar un vistazo a nuestras fuentes nos damos más de una pista sobre cómo interpretar el elogio. En 1779, Lespinasse de Langeac, al hablar de la preferencia de la Academia Francesa por un personaje como Suger de Saint-Denis, escribía que “ojalá que, de estas acciones [de los Muertos] se haga nacer verdades que instruyan, ¿qué importa que su marco sea un Elogio o una Sátira?”²³ Por su parte, el ganador del concurso de elocuencia de aquel año, Dominique Joseph Garat, manifestaba con vehemencia lo siguiente:

Creería frustrar el deseo de la Academia, me miraría como indigno de celebrar este gran Hombre, si no fuera a veces, en este Discurso, su acusador como su panegirista. No hace falta sin duda que su gloria sea más pura en su Elogio que en su Historia.²⁴

En la frase de Lespinasse de Langeac quisiera resaltar tres palabras: marco (*cadre*), elogio (*Eloge*) y sátira (*Satyre*). Las dos últimas se comprenden por la primera: el elogio y la sátira eran marcos en los que se podía encontrar “verdades que instruyan”. Primera observación: el elogio es sólo una de las múltiples vías para la pedagogía. Entonces ¿cuál era su peculiaridad? Garat ofrece muchos más indicios.

Destaco de la reflexión de este abogado del Parlamento siete términos: discurso (*Discours*), acusador (*accusateur*), panegirista (*panégyriste*), elogio (*Eloge*), Historia (*Histoire*), gloria (*gloire*) y gran Hombre (*grand Homme*). Elogio e Historia pareciera que entran bajo la órbita del *Discours*, aunque bien podría situarse allí sólo al primero; ello, sin olvidar la posible reminiscencia cartesiana del término *Discurso*. No obstante, la diferencia

²³ « [...] pourvû que, de ces actions [des Morts] on fasse naître des vérités qui instruisent, qu'importe que leur cadre soit un Eloge ou une Satyre ? » [Lespinasse de Langeac, Égide de] *Suger, moine de Saint-Denis*, [s. l.], [s. e.], 1779, p. 4, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5818505g> (consulta: 27 de octubre de 2015).

²⁴ « Je croirois tromper le vœu de l'Académie, je me regarderois comme indigne de célébrer ce grand Homme, si je n'étois quelquefois, dans ce Discours, son accusateur comme son panégyriste. Il ne faut pas sans doute que sa gloire soit plus pure dans son Eloge que dans son Histoire. » *Eloge de Suger, Abbé de Saint-Denis, Ministre d'État, et Régent du Royaume, sous le Règne de Louis-le-Jeune, Discours qui a remporté le prix au jugement de l'Académie Française en 1779*, par M. Garat, Avocat en Parlement, Paris, Demonville, 1779, p. 6, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k64572116> (consulta: 27 de octubre de 2015).

entre ambos es clara, tanto como la que hacía Lespinasse de Langeac en relación a la sátira: Elogio e Historia difieren entre sí y constituyen formas distintas del discurso.

Por lo que respecta a “acusador” y “panegirista”, ambos expresan los extremos entre los cuales se mueve el elogio. Asimismo, remiten a una práctica judicial donde hay un acusado y un defensor; las implicaciones de esto determinan notablemente la interpretación que se haga de estas fuentes. En efecto, se puede considerar al “gran Hombre” como el sujeto sometido a un tribunal y sobre el cual un abogado generaba un “discurso”, en una abierta interpretación judicial del Elogio. Por esta vía, la gloria estaba conferida al sujeto en función del resultado de dicho juicio. Garat en este caso se la otorgaba a Suger de Saint-Denis. Pero más importante aún que la concesión de aquella, es el lugar donde el autor la situó: ¡En el Elogio y en la Historia al par, sin gradaciones! Como si se tratase de una disputa estrictamente legal, este abogado del Parlamento marcaba los límites de su discurso a la manera en que un juez determina la jurisdicción en un asunto particular.

La afirmación de este autor sorprende, más cuando se compara con la de un contemporáneo suyo: el abad Jumel. Esta vez, la sentencia ya no provenía del ganador del concurso, sino de un no concursante, quien categóricamente decía que: “Nosotros nos dedicaremos a los principales rasgos de su vida, a aquellos particularmente que merecen ser loados; un elogio no es una historia.”²⁵

Aquí la distinción entre elogio e historia se mantiene –y nótese que no hay mayúsculas en las palabras–²⁶ pero hay una diferencia notable respecto de lo manifestado por Garat: no hay *acusación*; lo cual no quiere decir que no hubiera juicio ni valoración alguna. En realidad, para Jumel, la loa debía prevalecer en el elogio y por ello constituía una línea divisoria que el abad se esforzó por marcar de cara a la historia. Los rasgos o trazos (*traits*) de la vida de Suger dignos de ser loados componían para Jumel lo esencial del elogio. Así, la brecha respecto de la historia se abría. Invirtiendo la formulación de este

²⁵ « Nous nous attacherons aux principaux traits de sa vie, à ceux particulièrement qui méritent d'être loués; un éloge n'est pas une histoire. » *Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis, Ministre d'État, et Régent du Royaume, sous le Règne de Louis-le-Jeune, Discours qui n'a point concouru pour le Prix de l'Académie Française*, par l'Abbé Jumel, Vicaire de Sainte-Opportune, Bruxelles, Valade, 1779, p. 4, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57876820> (consulta: 27 de octubre de 2015).

²⁶ Se puede adjudicar esto al tipógrafo, pero no me parece descabellado pensar que esto sea una manera de enfatizar las diferencias, sobre todo en una sociedad que gusta de ser ostensiva, de mostrar las *distinciones* frente a los demás.

autor: la historia *no* era elogio en virtud de que *no* se limitaba a abordar algunos “rasgos” de la vida de un personaje (aquellos que merecían ser alabados); la historia era más abarcadora desde esta postura. Pero, ¿cuáles eran los otros aspectos que *sí* contemplaba más allá de las lisonjas? La confrontación con los demás textos nos permitirá ahondar más adelante en esto.

Por lo pronto, las opiniones de Garat y Jumel revelan el *quid* de la cuestión. El elogio como género resultaba de difícil aprehensión, pues presentaba una gran movilidad. Algunas veces cerca de la historia y otras muy alejada de la misma, pero siempre fiel a la “verdad”, o mejor, a las “verdades”. La expresión “elogio histórico” frecuentada por los letrados del siglo XVIII, quizá fuera un intento por encontrar el punto medio de este vaivén.²⁷ Sin embargo, no terminaba por aclarar cuáles eran esas características “históricas” que complementaban y adjetivaban la naturaleza propia del elogio.

El historiador actual se sentiría muy complacido de zanjar la dificultad introduciendo la palabra “biografía”, empleándola casi como un sustituto de aquellas.²⁸ Pero esto, además de ser un acto de indiferencia hacia las fuentes, complejiza mucho más el asunto. En las tres menciones antes citadas no aparece el término, ¿por qué habríamos de introducirlo nosotros? Los autores posiblemente lo conocían y seguro lo usaban en otros textos, sin embargo al hablar sobre el *éloge*, desaparece de la escena. ¿Por qué? Aquí hay un sendero que la investigación debe recorrer. Por lo pronto, queda claro que su lugar probablemente lo ocuparon esos “rasgos de la vida” resaltados por Jumel.

Dado lo anterior, esperar una definición precisa e inmutable del elogio es ignorar los principios que sustentaban los cambiantes esfuerzos por alcanzar esa precisión conceptual. Mi objetivo es otro. Mi propósito es identificar qué lugar se le asignó al elogio; cómo y

²⁷ Para muestra los títulos de dos elogios de Suger: *Éloge historique de Suger, abbé de St. Denis, ministre d'état et régent du royaume sous le règne de Louis le Jeune*, [par le baron Deslyons], Liège, [s. e.], 1779; y el *Éloge historique de Suger, abbé de Saint-Denis, régent du royaume sous le règne de Louis VII, dit le Jeune, Roi de France*, par G. M. D. C. [De Chasteler], Amsterdam, [s. e.], 1779.

²⁸ Dentro de su estudio a gran escala sobre el arte de la biografía, François Dosse analiza el vínculo de este género con la conformación de héroes o grandes hombres. Sin embargo, no atiende a la distinción de términos que claramente pueden llevar a distintos sentidos la actividad de narrar o contar una vida. Asimismo, Dosse omite en su síntesis varios problemas relacionados con la conformación de los instrumentos de investigación histórica, los cuales muchas veces plantean serios dilemas a los acercamientos biográficos, especialmente a aquellos que se enarbolan como verdaderos. Cfr. François Dosse, *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, p. 103-179.

dónde se le ubicó y qué posibilidades (límites) adquirió el género al encontrar su sitio en la gran variedad de discursos. Porque es muy distinto el elogio que es *únicamente* alabanza de *algunos* rasgos de la vida de un personaje, al elogio que hace del vituperio *un* modo de acercamiento a la vida del hombre; o al elogio que hace de la historia su cómplice para hacer la acusación o el panegírico de alguien importante. ¡Y todos merecían el mismo nombre! En un mundo retórico, todas estas sendas comunicaban verdades, generalmente en el plano moral, pero sus implicaciones epistemológicas variaban. En este sentido, el elogio era un territorio que, como cualquier otro género, representaba una región particular: susceptible a modificaciones, ampliaciones y reducciones, con fronteras permeables y un horizonte de comprensión.

Hay que recordar los tres géneros del discurso correspondientes a la retórica para entender lo anterior. El judicial, el deliberativo o el demostrativo, no son formas excluyentes. Al contrario, se pasa de una a otra sin problema. La combinatoria define el estilo de escritura. El elogio, por ejemplo, atravesaba los tres sin problema alguno, pero ¿cuánto tiempo pasaba en el modo judicial, cuánto en el deliberativo y cuánto en el demostrativo? El carácter situacional de los tipos de discurso es la clave para entender uno en particular: ¿cuánto tiempo el elogio es situado en el modo satírico, cuánto en el modo histórico? Y aplicado a otros géneros: ¿cuánto tiempo pasa la historia en terreno de la sátira, cuánto en el del elogio?²⁹ La posición que ocupa un discurso abre un horizonte particular de posibilidades para su creador y un campo de acción para ambos.

Colocarse en algún punto del espectro y partir de ahí, resulta útil a la hora de identificar los matices. Por ello, contrastar los elogios de 1779 sobre un mismo tema será bastante aleccionador para observar la construcción de distintos acercamientos a un personaje histórico.

Como el lugar dado a los *éloges* de Suger le corresponde en función de una tradición que lo ha nutrido y lo legitima, un breve repaso histórico ayudará a su comprensión.

²⁹ Reconozco aquí un elemento de interpretación que ha dejado en mí la lectura de Hayden White, aunque en su caso el campo lo haya restringido a obras históricas y filosófico-históricas del siglo XIX. Cfr. Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

a) El elogio y su pasado

Explicar el recorrido cambiante de una forma discursiva hasta su conversión en el elogio del siglo XVIII, supone un gran reto para cualquier historiador. En esta ocasión sólo pretendo enfocar los puntos nodales de esa transformación, en la cual no necesariamente hay una sucesión de una forma a otra, sino múltiples convivencias, transmisiones, reapropiaciones, reformulaciones e innovaciones.

Etimológicamente, *elogium* es un “testimonio, o testificación que se da de alguno alabándole y honrando sus méritos y persona”. En otras palabras, es un discurso que engrandece, diviniza o sacraliza algo.³⁰ Pero también aquél era una inscripción colocada en una lápida, en una abierta relación con la elegía y la comunicación del dolor y la melancolía.³¹

Desde la Antigüedad Clásica era posible observar el carácter religioso de este género que lo vinculaba igualmente al del panegírico. En efecto, las *panegirias* fueron conmemoraciones festivas de la Hélade donde se consultaban los oráculos, a la vez que se honraba a los difuntos y se realizaban sacrificios. El sobrenombre de Apolo, “panegírico” pasó a convertirse en el de su canto triunfal y más tarde, resultó en una oración propia de rituales y de discursos elogiosos no sólo con motivo de un personaje particular sino a propósito de toda la comunidad helénica.³²

Posteriormente, la tradición latina de los romanos, enarboló dos modelos retóricos centrados en la loa de un individuo: Cicerón y Plinio el joven. De ellos, entre otras cosas, los panegíricos destacaban por la capacidad de persuasión y la propaganda alrededor de un hombre.³³ Desde entonces este tipo de textos no eran considerados historia, por lo cual su carácter biográfico era menor; más bien estos discursos estaban encaminados a inmortalizar

³⁰ Pastor, “Usos y abusos de la retórica epidíctica”, La retórica epidíctica en la construcción de la ‘cultura del elogio’. La cita proviene del *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia Española de 1963, y que se encuentra en este texto de Marialba Pastor.

³¹ Pastor, “Usos y abusos de la retórica epidíctica”, La retórica epidíctica en la construcción de la ‘cultura del elogio’.

³² Todo esto se encuentra en Pastor, “Usos y abusos de la retórica epidíctica”, La retórica epidíctica en la construcción de la ‘cultura del elogio’. La autora coloca el *Panegírico* de Isócrates como un ejemplo notable.

³³ George Armstrong Kelly, “The history of the new hero: eulogy and its sources in eighteenth-century France”, *The Eighteenth Century*, University of Pennsylvania, vol. 21, no. 1, 1980, p. 7, <http://www.jstor.org/stable/41467205> (consulta: 29 de noviembre de 2013).

y divinizar algunas figuras, generalmente aquellas que mediaban entre las fuerzas terrestres y celestes, exaltando sus virtudes y eliminando o reduciendo todo aspecto negativo.³⁴

Como parte del mismo sistema retórico se encontraba la famosa *laudatio funebris*. Esta consistía en un elogio fúnebre sobre un individuo, cuyo contenido podía servir para la promoción de algún programa político o social. Al colapsar la república romana, la retórica desarrollada en sus tiempos cayó en descrédito. Sin embargo, el mismo marco siguió funcionando hasta la difusión del cristianismo en plena época imperial y aún después de la caída de Roma en el siglo V. Por ello, hay en la *laudatio funebris* una impronta de ideas tanto paganas como cristianas.³⁵

Durante el periodo medieval se añadieron algunos elementos al género, convirtiéndolo a fin de cuentas en un “recordatorio para toda la comunidad Cristiana del costo del pecado y de la muerte”.³⁶ En esta conservación y adaptación cristiana la *laudatio funebris* terminó por ser un “estilo retórico inmemorial”,³⁷ es decir, una forma de fijar el recuerdo de un individuo dentro del marco de la concepción del pecado y la muerte, donde la salvación jugaba un papel de primer orden. El héroe grecolatino pasó a convertirse así en un mártir y asceta de la Iglesia, cuya vida descansó en las hagiografías producidas en los monasterios.³⁸ El sentido ejemplar de dichos relatos radicaba en lo buen o mal cristiano que había sido el individuo en cuestión y el recuerdo de sus acciones benéficas para su comunidad. La mejor forma de expresión de esta deuda eterna para con esas figuras defensoras de la cristiandad la constituyó esa gran oración dirigida a Dios, pues según George Kelly, ésta:

[...] es un símbolo de las creencias existentes surgidas exponencialmente para el auténtico placer de la retórica, del poder didáctico y el sentido de la ocasión. Está planeada para transfigurar al hablante y al sujeto al mismo tiempo en el seno del Logos. Está diseñada para retratar figurativamente para su audiencia el poder de ese momento donde, en las

³⁴ Pastor, “Usos y abusos de la retórica epidíctica”, El carácter sagrado de las figuras excepcionales.

³⁵ Kelly, “The history of the new hero”, p. 8.

³⁶ Kelly, “The history of the new hero”, p. 9.

³⁷ Kelly, “The history of the new hero”, p. 9.

³⁸ Pastor, “Usos y abusos de la retórica epidíctica”, El carácter sagrado de las figuras excepcionales.

palabras de Pierre Nicole, ‘el alma condena todos sus pensamientos, está estupefacta en su ceguera, y cambia completamente sus visiones y actitudes.’³⁹

Junto con la apologética religiosa, este elemento sacralizado y transfigurador fue lo que se retomó para la elaboración de la llamada *oraison funèbre*, cuyo auge se dio en el siglo XVII y donde, al menos en Francia, tuvo su máximo exponente en Jacques Bénigne Bossuet (1627-1704).⁴⁰ En conexión con el sermón y su carácter de oratoria sacra, en la oración fúnebre prevalecieron la función didáctica, así como la revelación y la mortificación ante la muerte de un ser humano, por lo cual la herencia cristiana puede considerarse imborrable.⁴¹

Es importante entender el carácter confesional de la *oraison funèbre*, de la cual el elogio se nutrió y desafió con ahínco.⁴² Según Jean-Claude Bonnet, en Francia el paso de una al otro estuvo dado por el estatuto de laico que promocionaba el segundo.⁴³ Durante la primera mitad del siglo XVIII, la buena muerte incentivada por la oración fúnebre fue blanco de sospecha, pues los sujetos por los cuales se pronunciaba aquel rezo no eran excepcionales. Cualquiera podía ser motivo de un rezo así.

Durante el segundo tercio del siglo XVIII, la apologética religiosa cedió su lugar paulatinamente a una edificación moral laica que a la postre terminó por suplantarla.⁴⁴ El elogio entonces fue quitando los elementos religiosos, o mejor, los revistió de otros asociados a una Antigüedad clásica que se estaba redescubriendo, reinventando, en lo que

³⁹ “The oration is a symbol of existing beliefs raised exponentially for the sheer joy of rhetoric, didactic power, and the sense of the occasion. It is intended to transfigure speaker and subject at the same time in the bosom of the Logos. It is supposed to portray figuratively for its audience the power of that moment when, in the words of Pierre Nicole, ‘the soul condemns all its thoughts, is astonished at its blindness, and changes its views and attitudes completely.’” Kelly, “The history of the new hero”, p. 10.

⁴⁰ Para Bossuet, en relación con la idea de progreso, véase Robert Nisbet, *Historia de la idea de progreso*, trad. de Enrique Hegewicz, Barcelona, Gedisa, 1996, p. 201-208.

⁴¹ Kelly, “The history of the new hero”, p. 10.

⁴² Cfr. Volker Schröder, “Entre l’oraison funèbre et l’éloge historique: l’hommage aux morts à l’Académie française”, *MLN*, The Johns Hopkins University Press, vol. 116, no. 4, French Issue, Sep. 2001, p. 666-688, <http://www.jstor.org/stable/3251753> (consulta: 29 de noviembre de 2013).

⁴³ Jean-Claude Bonnet, *Naissance du Panthéon. Essai sur le culte des Grands Hommes*, Paris, Fayard, 1998, p. 53-66. Un acercamiento previo al tema por parte del autor se encuentra en Jean-Claude Bonnet, « Les morts illustres. Oraison funèbre, éloge académique, nécrologie », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire II : La Nation*, 3 v., Paris, Gallimard, 1986, v. 3, p. 217-241.

⁴⁴ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 75.

puede considerarse un proceso de interiorización de la religión cristiana.⁴⁵ Mientras, el fenómeno estuvo acompañado del encumbramiento del hombre de letras, quien legitimó su derecho a juzgar el pasado y decidir el porvenir.⁴⁶

En este punto resulta clave el hecho de que a partir de 1758 el concurso de elocuencia se constituyera como el medio para elogiar la vida de los *Grandes Hombres* de la nación. El elogio funcionó desde entonces como el depositario y el dispensador de la gloria de personajes célebres para la patria; al igual que el forjador de una imaginaria, cara a la pedagogía de Francia.⁴⁷ En este sentido, a través del estudio del *éloge*, Bonnet ha visto con acierto la constitución del *Panthéon* francés.⁴⁸

Sin embargo, antes de pasar a discutir el problema de la llamada *Nation France* y todo lo que esta conlleva, quisiera detenerme en esos elementos del elogio que lo hacen un género muy frecuentado durante la segunda mitad del siglo XVIII.

b) El modelo del *éloge*

Hay dos aspectos sobre los cuales Jean-Claude Bonnet ha llamado la atención a propósito de los elogios. El primero de ellos, y que claramente lleva a una interpretación psicológica –psicoanalítica tal vez– es la relación con el padre que perfilaban los hombres de letras de aquel tiempo.

⁴⁵ Así es como lo plantea David Bell, quien critica a Bonnet su excesivo énfasis en el estatuto secularizador del elogio. En realidad, dice Bell, el culto al gran hombre incentivado por el género del elogio fue trasladando los elementos religiosos a un plano individual e interior. Cfr. David A. Bell, *The Cult of the Nation in France. Inventing Nationalism, 1680-1800*. Cambridge, Massachusetts and London, Harvard University Press, 2001, p. 119-121.

⁴⁶ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 61. Por su parte Perla Chinchilla, al analizar los sermones novohispanos usados en la predicación jesuita, ha propuesto que la función de la oratoria sacra sufrió un “desplazamiento”, pasando de catequética a artística. No obstante, la autora introduce su propuesta en el marco del cambio de una sociedad tradicional a una sociedad moderna. Cfr. Perla Chinchilla Pawling, *De la Compositio Loci a la República de las Letras. Predicación jesuita en el siglo XVII novohispano*, México, Universidad Iberoamericana, 2004.

⁴⁷ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 11-12. Desde el punto de vista de la conformación de la memoria nacional, véase Bell, *The Cult of the Nation in France...*, chap. 4: National Memory and the Canon of Great Frenchmen, p. 107-139. Un acercamiento previo, del cual Bell se sirve para la redacción de su capítulo, se encuentra en David A. Bell, “Canon Wars in Eighteenth-Century France: The Monarchy, the Revolution and the ‘Grands Hommes de la Patrie’”, *MLN*, The Johns Hopkins University Press, vol. 116, no. 4, French Issue, September 2001, p. 705-738, <http://www.jstor.org/stable/3251755> (consulta: 17 de octubre de 2013).

⁴⁸ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 11-12.

La figura paterna señalaba una fundación, una apertura a nivel simbólico, cualquiera que hubiera sido el tema a tratar. Entre los historiadores, Herodoto todavía continua siendo el padre de la Historia: aquí hallamos un buen ejemplo de esa relación que indica un momento inaugural en el devenir. Y de hecho, parece incuestionable, pero no lo es. Durante el siglo XVIII, en Francia, se dio ese cuestionamiento que amenazaba con minar el poder paterno. La insatisfacción ante dicha figura dio el impulso a una nueva búsqueda que se reflejó en el arte en general.⁴⁹

En los escritos del abad Prévost y en otras tantas novelas la imagen del padre era recurrente, en especial aquella que hacía de éste un maldecidor. En este caso, los hijos eran incapaces de librarse de la tutela paterna, fracasando de igual o peor manera que su padre. Tema recurrente de la tragedia –piénsese en algunos textos de Diderot–, la “maldición paterna” era muestra de la frustración de la época. Y si bien hubo ambigüedad en la configuración de esta imagen, el sentimiento de orfandad surgió: en un primer momento se renegó del padre, pero ahora era necesario. La nostalgia del padre derivó en una búsqueda de modelos donde prevaleció la reconciliación con esta figura. La bondad paterna a la que dio origen hizo muy pronto de aquél “una abstracción moral y una pura superficie virgen”,⁵⁰ la cual posteriormente habría de llenarse con una ética de carácter universal. Ese padre bueno fue “el caballo de Troya del siglo XVIII”:⁵¹ introdujo a los padres de la nación –¡de la patria!– en el lugar donde anteriormente prevalecía el padre de familia.⁵²

Acaso hubo aquí un proceso generalizado de transformación de las instituciones sociales que también hicieron de la madre una figura amorosa y cuidadosa con sus hijos. Una imagen trasladada muy pronto a las discusiones sobre la nación, haciendo de *Francia* la madre por antonomasia de sus ciudadanos, lo cual explicaría en parte la gestación de una imagería sobre la gran familia nacional, previa a la que constituirían los románticos tras los acontecimientos revolucionarios de fines del siglo XVIII.

Pero además del vínculo con el padre, un segundo aspecto fue el cambio en la manera de concebir la gloria. En lo que puede ser considerada una auténtica

⁴⁹ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 17-19, para lo que sigue p. 19 s.

⁵⁰ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 25.

⁵¹ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 25.

⁵² Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 25.

“metamorfosis”,⁵³ ésta pasó de asociarse con valores guerreros y nobles, a ser vista en relación con la moderación. La impronta de la tradición humanista y del pensamiento estoico se tradujo en un heroísmo y una moral social donde los hombres, por sí mismos, obtenían méritos y su virtud descansaba en el aporte hecho a la sociedad. La sublimación de valores como el honor, sin apelar a un belicismo, sino al pensamiento, fue obra de autores como Rousseau, quien en *La nouvelle Héloïse* dibujó esta conversión. En otras palabras, para ser *Grand Homme* ya no bastaba con mostrar un título de nobleza, sino realizar los méritos necesarios para ello. La distinción que se hizo entre el héroe u hombre ilustre y el gran hombre, radicaba en la manera de entender el mérito y la gloria. Mientras que el primero estaba bajo la sombra de aquella nobleza de virtudes caballerescas, el segundo se hacía a sí mismo mediante el ejercicio de su virtud (estoica) asociada al orden burgués. Vuelto imagen: el *Grand Homme* bajó del caballo y se convirtió en un *marchante*.⁵⁴

El debate al respecto fue largo y en él participaron figuras muy conocidas de nosotros, así como otras cuyo recuerdo se ha borrado, pero que en la época gozaban de gran influencia.⁵⁵ El modelo ensayístico de Montaigne proporcionó un buen marco de expresión. La Bruyère y Voltaire dieron los primeros pasos al dar a conocer sus reflexiones sobre las costumbres (*mœurs*) de su tiempo. Los compendios de biografías y las galerías de retratos brindaron una selección de personajes históricos y un marco ya probado de expresión literaria, acorde con el culto a la grandeza.⁵⁶ En este aspecto, Charles Perrault fue el punto intermedio de la metamorfosis, cuando al publicar su trabajo sobre hombres ilustres, en su primer volumen, no hizo aquella diferencia entre el héroe y el Gran Hombre; “error” que solventaría al publicar un segundo tomo, esta vez apropiándose la separación y quedándose sólo con los héroes. Años más tarde, la distinción sería muy clara en Charles Duclos. Aunque en este sentido, Fontenelle tuvo un peso mayor, pues planteó el problema de “la comparación de la vida de la humanidad en su conjunto con la vida de un hombre individual”, logrando con ello una perspectiva de futuro donde los Grandes Hombres eran

⁵³ Para esto y lo que sigue véase, Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, chap. II, p. 29-49.

⁵⁴ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 49.

⁵⁵ Para lo que sigue véase Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 41-49.

⁵⁶ Este punto ha sido destacado por Bell en su análisis de la idea de nación que se perfila en esta literatura centrada en el culto a los grandes hombres. Bell, *The Cult of the Nation in France...*, p. 111 s.

parte de un progreso del saber necesario y seguro.⁵⁷ Este ideal de solidaridad propio de Fontenelle se reflejó tanto en su *Diálogo de los muertos* como en los elogios académicos que publicó.⁵⁸ Sin embargo, el abad de Saint-Pierre le otorgó mucha más precisión, pues deslindó al *Grand Homme* del santo, lo convirtió en patrimonio de la nación y lo asoció no sólo con el avance de los conocimientos sino con la idea del progreso social indefinido de la humanidad.⁵⁹

En este terreno, donde la ideología y el componente histórico sumaban argumentos al debate, la historiografía desarrollada por Voltaire –sobre todo *El siglo de Luis XIV*– ejerció una influencia importante: la asociación de un hombre ilustre a un periodo de tiempo de la historia, símbolo y emblema de la misma. Lo anterior sin olvidar las voces escépticas como la de Montesquieu, quien hacía de los Grandes Hombres seres excepcionales, señalando que en esos casos la virtud no bastaba para elevarse; el autor de *El Espíritu de las leyes* criticaba el proceso de moralización que traían consigo los grandes héroes. No obstante, mucho más influyente se mostró Fénelon con *Las aventuras de Telémaco*, novela que además de revelar su clasicismo abordó los temas fundamentales para el elogio: la búsqueda de un padre, el diálogo con los muertos mediante un descenso a los infiernos y el juicio de hombres.

Esta disputa sobre el mérito, la virtud, la posteridad y todos los sustantivos asociados, revela porqué esta época se volcó con tanto entusiasmo sobre el elogio. En opinión de Bonnet, el “canon retórico bastante simple” enarbolado por este género, lo colocaba al alcance de cualquier hombre de letras hambriento de prestigio.⁶⁰

Sin duda, hacia la década de 1770 había cuando menos dos tipos de *éloges* diferenciables entre sí. El primero, lo conformaban los elogios académicos, cuyo objetivo

⁵⁷ Sobre Fontenelle y el progreso de los conocimientos, véase John Bury, *La idea del progreso*, trad. de Elías Díaz y Julio Rodríguez Aramberri, Madrid, Alianza, 2009, p. 107-134, la cita del texto se encuentra en p. 116.

⁵⁸ Bury, *La idea del progreso*, p. 122. Acerca de los elogios elaborados por Fontenelle, dentro del marco de la Academia de Ciencias de París, véase Charles B. Paul, *Science and immortality. The éloges of the Paris Academy of Sciences (1699-1791)*, Berkeley, University of California Press, 1980, p. 13-19 (sobre la forma y el estilo); 28-35 (sobre los argumentos referentes a los desarrollos científicos). Para el género del diálogo de muertos y el vínculo que se crea entre presente y pasado, véase Alicia C. Montoya, *Medievalist Enlightenment. From Charles Perrault to Jean-Jacques Rousseau*, Cambridge, D. S. Brewer, 2013, p. 34-35.

⁵⁹ Sobre el abad de Saint-Pierre y el surgimiento de la idea del progreso social indefinido, véase Bury, *La idea del progreso*, p. 135-150.

⁶⁰ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 67. La cita del texto se encuentra aquí.

era honrar la memoria de un miembro recién fallecido de la Academia para dar paso al nuevo integrante que habría de ocupar el lugar vacante. El segundo, integrado por los elogios de los Grandes Hombres, estaba centrado en la recuperación de figuras importantes del pasado nacional, cuyos aportes a la humanidad debían ser alabados en el presente. Pero a pesar de las sutiles diferencias, las dos formas del *éloge* impulsaban y ejercían el reconocimiento de méritos, al mismo tiempo que manifestaban una pretensión de gloria y posteridad, ya fuera respecto a la República de las Letras y/o a la sociedad en su conjunto.

Dos de las mayores reflexiones de aquel tiempo a propósito del elogio permiten reconocer esta tipología. Por un lado, la de D'Alembert a finales de la década de 1750, la cual acompañaba su compendio de elogios académicos.⁶¹ Por el otro, la de un especialista reconocido en la materia que actualmente no figura entre los nombres asociados a la Ilustración: Antoine-Léonard Thomas (1732-1785), quien enalteció este tipo de elocuencia al escribir una historia del género en su *Essai sur les éloges* de 1773.⁶² Ganador consecutivo de varios concursos, llamado con veneración el “Plutarco de la Francia” o más jocosamente “Galithomas”, este académico sobrepasó la reflexión de D'Alembert y fue reconocido como gran orador.⁶³

La actividad creadora de Thomas estuvo fundamentalmente en su intento, muchas veces frustrado, de unir la cultura cristiana y la elocuencia de la tradición Antigua. No obstante, su ensayo sobre los elogios y los ejemplos dados por él representaron un modelo, un *credo* que muchos intentaron seguir.⁶⁴

Entre las características más sobresalientes del elogio estaba la forma de tratar el tiempo. La vida del personaje en cuestión consistía en la realización de sí mismo, en el desarrollo de sus potencialidades, acción que completaba a su vez el devenir del espíritu humano. Ahí donde antes operaba la Providencia, ahora la voluntad humana tomaba su

⁶¹ Jean Le Rond d'Alembert, « Réflexions sur les éloges académiques » [1759], en *Œuvres de D'Alembert*, V t., Dix parties, Paris, A. Belin/Bossange Père et fils/Bossange Frères, 1821, t. II, I^{re} partie, p. 150-153, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6473519v> (consulta: 20 de octubre de 2015).

⁶² Antoine-Léonard Thomas, *Essai sur les éloges* [1773], Paris, de l'imprimerie d'Auguste Delalain, 1829, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k62468917> (consulta: 20 de octubre de 2015).

⁶³ « Plutarque de la France » le fue dado en un epigrafe de un texto dirigido a Thomas, en 1763. Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 61, n. 3; « Galithomas », en un juego un tanto cruel de palabras, se lo puso Voltaire; mientras que Diderot lo llegó a llamar « frère Thomas ». Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 81-82.

⁶⁴ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 83.

lugar, en lo que se puede catalogar como una fuerte impronta jesuita proveniente de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola. De este modo, mediante su proeza individual, el Gran Hombre podía acelerar el tiempo histórico, pues se volvía el portador del progreso tanto en el estado de los conocimientos como en las condiciones sociales.⁶⁵ ¿Cuándo surgían esos personajes? Brotaban en “horas misteriosas de la noche de los siglos”,⁶⁶ pero siempre en el momento indicado. En vista de que eran excepciones, el surgimiento lineal, continuo y acumulativo de Grandes Hombres dejaba también grandes vacíos: momentos de espera donde la humanidad no hacía otra cosa que aguardar la llegada de esos sujetos extraordinarios que anunciaban el progreso. En este sentido,

En el canon del elogio, la aparición de un gran personaje está siempre designada en términos mesiánicos y descrita bajo la forma de una irrupción teatral igualmente alegre y traumatizante donde, como en la estética del drama burgués, la felicidad de haber encontrado un padre se conjuga con la fatal perspectiva de quedar un día huérfano.⁶⁷

Con semejante misión, el hombre destinado a las grandes obras no tenía tiempo que perder, ni siquiera en su infancia, y por ello vemos que desde niños los *Grands Hommes* se afanaban en su tarea, en sus estudios, en desarrollar sus habilidades con gran maestría. Los divertimentos infantiles no estaban hechos para ellos, pues se jugaba la formación del género humano.⁶⁸ Y aquí como en otros elementos del elogio, surge una oposición entre lo serio y lo divertido que se asociaba a aquella entre las virtudes belicosas y las virtudes de los *philosophes*. Al genio y seriedad del *Grand Homme* se le opone el cortesano entretenido y despreocupado. Todo ello parte de la nueva manera de entender la gloria que se dio a mediados del siglo XVIII.

Asimismo, el sufrimiento y la desgracia completaban el cuadro del elogio, porque éstas se encontraban en proporción igual a la grandeza del personaje.⁶⁹ La elevación implicaba dolor. Un Gran Hombre sin obstáculos, sin oposición constante, era un remedo

⁶⁵ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 87.

⁶⁶ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 88.

⁶⁷ « Dans le canon de l'éloge, l'apparition d'un grand personnage est toujours désignée en termes messianiques et décrite sous la forme d'une irruption théâtrale également joyeuse et traumatizante où, comme dans l'esthétique du drame bourgeois, le bonheur d'avoir trouvé un père se conjugue avec la fatale perspective de rester un jour orphelin. » Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 89.

⁶⁸ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 90.

⁶⁹ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 94.

muy pobre de tal. Los oradores, al confeccionar las vidas de estos personajes, se avocaban a trazar este cuadro de desgracias ante las cuales ese gran hombre podía, o no, sucumbir en nombre de la humanidad –muy a la manera en que el hagiógrafo presenta las acciones de un santo, cuyo sacrificio/martirio permite la conservación y difusión universal de la doctrina cristiana.⁷⁰ La deuda contraída entonces por la humanidad se volvía enorme y eterna. El *éloge* era, por tanto, el pago de esa deuda. Reconocer el mérito y la grandeza en proporción a las obras realizadas, a las felicidades logradas con base en tanto sufrimiento, constituía la retribución justa de una sociedad comprometida con esos hombres portadores del progreso.⁷¹

Evidentemente ese pago era posterior a la vida del personaje. El orador se encargaba entonces, mediante “una función sagrada de evocación”,⁷² de hacer surgir del pasado a esos muertos ilustres. La elocuencia fúnebre tradicional de este género desplegaba una serie de imágenes que ya aparecían en trabajos como los de Fénelon. En especial, destacaba la idea de un viaje a una región remota en busca de los muertos, con la imperiosa necesidad de un guía espiritual, “un padre pedagogo”.⁷³ Así, el orador se ofrecía como esa brújula en el recorrido por la morgue nacional, mostrando que los personajes allí hallados habían rendido grandes servicios a la humanidad, y por ende seguían vivos en la memoria de todos. En esta especie de “peregrinaje o paseo de memoria”⁷⁴ se hacía el justo reconocimiento de méritos.

Estamos, pues, ante una representación teatral de gran escala (espacial y temporal) y notable sencillez. No se necesitaba más que de referencias simples y representaciones estereotipadas para construir el drama que a la postre se volvió la “nueva vulgata histórica

⁷⁰ Sobre el papel del sacrificio en la cultura del elogio, la hagiografía y el papel del cristianismo en la conformación de las figuras de excepción, así como la retribución de la comunidad, véase Pastor, “Usos y abusos de la retórica epidíctica”, Los recursos de la retórica epidíctica del elogio y El carácter sagrado de las figuras excepcionales.

⁷¹ Las lamentaciones de Nietzsche en el siglo XIX sobre la ausencia de grandes hombres en beneficio de la masa, aunque críticas respecto a su época, constituyen un interesante testimonio nostálgico que revela la profunda huella de esta cultura del elogio propia del siglo XVIII. En este caso, quizá sea el joven Nietzsche el que muestre con mayor claridad –a manera de contraste– esa influencia, en sus conferencias dadas a los 27 años en la Universidad de Basilea. Cfr. Friedrich Nietzsche, *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, introducción de Giorgio Colli, traducción de Carlos Manzano, México, Tusquets, 2010. Igualmente en otras muchas de sus obras, la grandeza y el dolor, así como la auténtica felicidad constituyen un motivo de reflexión continua para este filólogo alemán.

⁷² Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 96.

⁷³ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 97.

⁷⁴ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 98.

de las Luces”.⁷⁵ El sello inmortal de aprobación de esta forma de entender la elocuencia estuvo dado por las Academias que, mediante sus concursos, elevaron las cualidades literarias del elogio a ojos del público. Para el caso que nos concierne, la Academia Francesa representó la institución encargada de perpetuar una serie de tradiciones al respecto. En palabras de Bonnet,

[...] esta institución iba a ser, durante treinta años, el teatro de un largo psicodrama colectivo y de una conmemoración esencial, donde serían designados, en el tribunal de la opinión pública y en un juicio final laico, los verdaderos padres de la patria.⁷⁶

El movimiento académico en Francia

L'Académie Française es el objeto central de nuestro trabajo por cuanto era la encargada de convocar al concurso de elocuencia, del cual surgieron los elogios de Suger. Sin embargo, ella no representa por sí sola lo sucedido en materia de cultura académica del Antiguo Régimen. La Academia Francesa es una más de las múltiples sociedades letradas que surgieron a lo largo del siglo XVII y cuya expansión se dio bien entrado el siglo XVIII. El movimiento académico no se redujo a París, sino que alcanzó las diferentes provincias del reino francés, y por tanto hay que situar la creación parisina en una circunstancia mucho mayor. Siguiendo a Daniel Roche, es posible hablar de “Academismo” o “Academicismo” (*Académisme*), en el sentido de una “visión del mundo y del orden de las cosas, concepción de la inteligencia, política del ejemplo e imagen del hombre.”⁷⁷

Desde este punto de vista, el fenómeno de las academias en Francia respondió a una dinámica citadina y se adaptó a formas que esta le imponía, como la jerarquía, las costumbres o el derecho. La mayor parte de la población vivía en condiciones difíciles, en un ambiente mayoritariamente rural. Las academias partían de una situación distinta:

⁷⁵ Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 106.

⁷⁶ « Cette institution allait-elle être, pendant trente ans, le théâtre d'un long psychodrame collectif et d'une commémoration essentielle, où seraient désignés, au tribunal de l'opinion publique et dans un jugement dernier laïc, les vrais pères de la patrie. » Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 26.

⁷⁷ « L'académisme se décrit alors comme vision du monde et de l'ordre des choses, conception de l'intelligence, politique de l'exemple et image de l'homme. » Daniel Roche, *Le siècle des lumières en province. Académies et académiciens provinciaux, 1680-1789*, 2 t., Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1978, t. I, p. 11.

estaban en relación con los grupos dirigentes de las ciudades que fueron acrecentándose y que muy pronto generaron formas nuevas de sociabilidad colectiva.⁷⁸

La descripción de la organización corporativa de la urbe, en términos muy generales, revela mucho a propósito del movimiento académico, aunque no lo agota. Daniel Roche ha mostrado convincentemente este hecho al develar esa “trama” que informaba la creación de estas instituciones de cultura.⁷⁹ Siguiendo al autor, lo primero que destaca es que las ciudades eran centros espirituales, donde la función episcopal se ejercía a plenitud. La red administrativa de la diócesis se volvió un punto de soporte para la creación de las nuevas sociedades letradas. En efecto, había apoyo directo de obispos al surgimiento de éstas, además de que la Iglesia era transmisora de una tradición cultural, donde el clero participaba de actividades relacionadas con las letras. Sin olvidar que las principales bibliotecas pertenecían a la comunidad eclesiástica.

Por otro lado, la actividad de las instituciones administrativas respecto de las sociedades letradas era menos visible, aunque no menos importante. En este rubro debe destacarse que los gobernadores provinciales ejercían menor influencia que los intendentes (*intendants*) en estos asuntos. Pese a ello, los gobernadores buscaron recuperar algo de su viejo brillo mediante un mecenazgo más o menos activo. Casi en cada gubernatura hubo una academia.⁸⁰ Lo mismo sucedía con las intendencias: en veinte de ellas se encontraba una academia.⁸¹ En general, se tendía a favorecer la constitución de las sociedades de sabios (*savants*), mostrando así que los funcionarios de la monarquía ejercieron un papel importante en su desarrollo. Los lugares donde había parlamentos también siguieron esta tendencia al mostrarse como centros con fuertes aparatos de justicia y administración, en última instancia fuente de inspiración de las nuevas corporaciones. A diferencia de la actividad comercial, o mejor dicho, industrial de las ciudades, la cual casi no guardó relación con la función cultural de las academias, la política y la justicia eran los dos aspectos capitales que estuvieron presentes en las instituciones ya mencionadas.⁸² Finalmente las academias forjaron sus propios estatutos, se hicieron de sus propios

⁷⁸ Roche, *Le siècle des lumières en province...*, t. I, p. 80-81.

⁷⁹ Para lo que sigue: Roche, *Le siècle des lumières en province...*, t. I, p. 82 s.

⁸⁰ Roche, *Le siècle des lumières en province...*, t. I, p. 83.

⁸¹ Roche, *Le siècle des lumières en province...*, t. I, p. 84.

⁸² Roche, *Le siècle des lumières en province...*, t. I, p. 89.

privilegios como corporación; sus individuos, los académicos, se consideraron a sí mismos legisladores, en razón de haberse dado su propia organización y por deliberar en materia de letras.

Como fenómeno cultural, el academismo es un movimiento concentrado en las élites urbanas. Y no es casual, pues en las ciudades había una fuerte presencia de colegios, universidades y cuerpos de sanidad.⁸³ Educación y modos cortesanos relacionados con el mantenimiento de la urbe se volvieron distintivos. En este sentido, tanto jesuitas como oratorianos colaboraron a forjar el marco que permitió el surgimiento de las academias.⁸⁴ Su importante labor de predicación, de enseñanza, permitió la difusión de un modo de comportamiento ideal acorde a los valores cristianos.

El movimiento generado tanto en París como en las provincias del reino, habla de la creación y adhesión a una cultura común, donde el uso de la lengua de poder –como en su momento se consideró al francés– y de valores aristocráticos como el honor fue signo de distinción. La parte correspondiente a la monarquía fue notable, pues el ordenamiento y la difusión de ese marco comunicativo mantenían una relación constante con aquella. No podía ser de otro modo, dada la forma de entender la jerarquía y el reconocimiento social. Cuando las academias surgieron en el reino, lo hicieron adscribiéndose a un orden político y jurídico que llevaba varios siglos en funcionamiento. La *République de lettres* creció en la esperanza de la “creación de una comunidad nacional de discurso”,⁸⁵ la cual enaltecía los valores de la corona francesa.

Las Academias, en este sentido, fueron pilares corporativos de esa *Res publica*, cuya organización y regulación estaban dadas por el orden jurídico de la época, donde méritos y servicios definían el lugar social del individuo. El *hombre de letras* de aquél tiempo debe ser entendido en esta dinámica. Esta es una cuestión difícil de explicar si sólo nos quedamos con unos textos de un año en particular, como son los elogios de Suger de 1779.

⁸³ Roche, *Le siècle des lumières en province...*, t. I, p. 92.

⁸⁴ Roche, *Le siècle des lumières en province...*, t. I, p. 94-95.

⁸⁵ Roche, *Le siècle des lumières en province...*, t. I, p. 20.

a) La Academia Francesa

Sin importar si el gobierno se trata de una monarquía, un imperio o una república, la Academia Francesa sigue siendo todavía una institución de carácter nacional que reúne en su seno a lo más destacado de las letras. Una institución de tan larga trayectoria no permanece igual a lo largo del tiempo pero a la par se reconoce una continuidad en su legado. ¿Cuáles son esas transformaciones y esas continuidades que permiten su supervivencia, al menos hasta 1793, fecha en que las Academias son desintegradas por la Convención? Atender a su historia nos aclara algunos aspectos de su derrotero y de su significación para la cultura letrada francesa, en particular.

Como ya ha señalado Daniel Roche, el origen de muchas de las Academias no hay que buscarlo en sus estatutos de fundación, aunque constituyan un paso importante en su establecimiento. Más bien, hay que situarse en los momentos donde comenzaron las primeras asambleas de letrados.⁸⁶

En el caso de la *Académie Française* lo encontramos alrededor de 1629, cuando un grupo de parisinos se organizó para celebrar una reunión por semana, en la cual pudieran discutir sobre distintos temas, especialmente literarios.⁸⁷ Godeau, Gombauld, Chapelain, Philippe Habert, Germain Habert (Abbé de Cérisy), Conrart, Serisay, Malleville y Giry, fueron los nueve iniciadores de un grupo informal de discusión de asuntos afines.

Generalmente hechas en casa de Conrart, las reuniones solían acompañarse de alguna comida o paseo. Justo por ello, tomaron para su organización el nombre de “Academia”, haciendo alusión a la Antigüedad Clásica. No obstante, sus encuentros eran secretos, pues estaban prohibidos. Las noticias de dicho grupo pronto llegaron a oídos de Faret, Desmarets y Boisrobert, y de éste último, a los del Cardenal de Richelieu. Para febrero de 1634, a sugerencia del Cardenal, se buscó salir de la clandestinidad y someterse a la autoridad monárquica. Pronto, se estipuló el número de miembros de la sociedad en cuarenta, cantidad que rápidamente se alcanzó en virtud de que varios de los elegidos eran

⁸⁶ Roche, *Le siècle des lumières en province...*, t. I, p. 17.

⁸⁷ Para lo que sigue véase Duncan Maclaren Robertson, *A History of The French Academy 1635 [4]-1910*, New York, G. W. Dillingham Company, 1910, p. 3 s., <https://archive.org/details/historyoffrencha00robeuoft> (consulta: 20 de Julio de 2016).

amigos de los miembros originales, o bien, de algunos nuevos nominados, todos ellos residentes de París. La mayoría eran nobles con relaciones familiares importantes y en calidad de grupo se veían como iguales. Se reconocía, entonces, un principio de equidad basado en unas formas de sociabilidad cortesanas, donde las habilidades comunicativas de lectura y escritura eran indispensables entre esos miembros aristócratas.

En marzo de 1634 se realizaron las primeras asambleas formales de dicho grupo, donde se discutió ante todo el nombre que le pondrían a su institución. Finalmente optaron por el de *Académie Française* que por la época terminó siendo equivalente a otros tres: Academia Eminente, Academia de los *Beaux Esprits* o la Academia de Elocuencia. Para fines de ese año, ya habían presentado sus estatutos al Cardenal Richelieu, quien sólo señaló una pequeña modificación.⁸⁸ El hecho de que hayan logrado articular las normas, nos habla de la decantación de la costumbre en una ley, de la consecución de legitimidad situándose en una tradición jurídica ya existente.

Resulta comprensible, en este sentido, la rápida adopción de un nombre para designar a los miembros de la Academia. No sólo se trataba de la aparición de un apelativo, sino ante todo de la conformación de una categoría jurídica por parte de un grupo de individuos, los cuales buscaban distinguirse de otros grupos. De este modo, en un principio se llamaron a sí mismos “Academistas” (*Académistes*), lo cual cambió en febrero de 1635, cuando por primera vez emplearon la voz “Académico” (*Academicien*).⁸⁹ Sin embargo, también fueron llamados “los Cuarenta” (*les Quarante*), o bien algunas veces se les llegó a decir “los inmortales” (*les immortels*).⁹⁰ Los dos, apelativos con tintes humorísticos que referían tanto al número de integrantes como a la divisa del sello que se marcó sobre los estatutos que les dieron forma de una Compañía (*Compagnie*). Más allá de la burla a la que fueron expuestos los académicos, el hecho de ser exhibidos nos dice mucho sobre su sentido corporativo y su conformación como grupo de élite, dentro de una sociedad que se mostraba en todas sus facetas de la vida cotidiana.

⁸⁸ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 10.

⁸⁹ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 9.

⁹⁰ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 17.

Por otro lado, las normas establecidas contemplaban unos mecanismos reguladores de la estructura de la Compañía y su correcto funcionamiento.⁹¹ Las reglas eran principios muy básicos que, por supuesto, estuvieron sujetos al criterio de los integrantes de la corporación. Éstas preveían la existencia de un Protector de la Academia, un director, un Canciller y un Secretario (I y III). Mientras el canciller era el guardián de los sellos de la Compañía (VI), el secretario debía llevar el registro escrito de lo tratado en las asambleas, además de firmar las actas libradas por la Academia (VII). Tanto el director como el canciller eran elegidos mediante un proceso en el cual se colocaban en una urna una serie de pelotas blancas, dos de las cuales estaban marcadas. Quienes sacaran dichas esferas ocuparían los oficios. El caso del secretario era un tanto distinto, pues para serlo la persona debía ser electa en una asamblea donde cuando menos obtuviera veinte votos de los académicos (VII).

Cuando se trataba de nombrar a algún nuevo académico, se adoptó muy pronto el sistema de dos votaciones. En la primera se votaba en papel la nominación—y ya no oralmente como se hacía antes. En la segunda reunión, el candidato era presentado al Protector, quien confirmaba o no lo votado en la primera asamblea.

Pese a lo que pudieran decirnos los estatutos, nunca hay que tomarlos al pie de la letra. Más bien se les debe interpretar como marcos directrices de un criterio judicial. Es por eso que, sin importar lo que dijera la norma XX del reglamento, el público fue admitido en las recepciones de los nuevos académicos o en la entrega de premios de concurso. Asimismo, la elección de director y canciller, aunque se preveían cada dos o tres meses, nunca se celebró con demasiada regularidad. Por esta razón, hubo personajes que duraron mucho tiempo en sus oficios. Así también, cuando el guardián de los sellos y canciller de Francia, M. Séguier pidió uno de los cuatro lugares que restaban vacantes en la Academia, algunas reglas fueron puestas de lado.⁹²

⁹¹ Cfr. « Statuts et règlements de l'Académie Française. 22 février 1635 », en Académie Française, *Statuts et règlements*, note liminaire de Maurice Druon, p. 13-26, http://www.academie-francaise.fr/sites/academie-francaise.fr/files/statuts_af_0.pdf (consulta: 25 de julio de 2016). Aquí se encuentran las reglas de 1635, algunas de las cuales indico entre paréntesis a lo largo del texto.

⁹² Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 19 y 24.

El 29 de enero de 1635 fueron selladas las cartas patente y se dio el nacimiento oficial de la Academia. No obstante, faltaba la aprobación del Parlamento de París, el cual ratificaba los privilegios concedidos por el rey a la Compañía.⁹³ Los esfuerzos diplomáticos en esta dirección no rindieron frutos y la hostilidad del Parlamento a la naciente sociedad fue vista como envidia o simple ignorancia de los propósitos de la misma.⁹⁴ Las razones de esta actitud estuvieron relacionadas con la jurisdicción que perfilaba la Academia y que a ojos del Parlamento constituía una amenaza a la suya, en especial en asuntos de publicación y venta de libros.⁹⁵

Un problema suscitado poco tiempo después se prestó para probar la “jurisdicción literaria” de la Academia.⁹⁶ Hasta entonces ésta no había desarrollado ninguna tarea importante desde el punto de vista de las letras, y en aquel momento le vino en suerte criticar el aclamado poema de Corneille, *Cid*. Georges de Scudéry escribió contra dicho poema, en una muestra clara de vituperio frente a una obra que se consideraba una muestra de perfección literaria. De Scudéry solicitó de la Academia una opinión, en la que puede considerarse el primer arbitraje del mérito de una obra por parte de esta corporación. La respuesta dio pie a la publicación, en diciembre de 1637, de los *Sentiments de l'Académie sur le Cid*, saliendo bien librada esta institución, sin merma de su incipiente prestigio. Años después, en una clara muestra de juridicidad de la época, Corneille y Scudéry fueron reconciliados al formar parte de la Academia en 1647 y 1650, respectivamente. *L'Académie Française* se volvió entonces un órgano dispensador de justicia, al par de otras corporaciones integrantes del reino. La aprobación de las cartas patentes por parte del Parlamento en julio de 1637 quizá haya tenido que ver con este reconocimiento de la jurisdicción literaria de esta sociedad letrada.

Sin embargo, este momento fue excepcional en los inicios de la Academia, que en términos generales durante esta primera etapa, gozó de poca actividad y estuvo muy cerca de extinguirse.⁹⁷ Incluso, la muerte de Richelieu, primer protector de la Academia, la puso

⁹³ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 24.

⁹⁴ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 28.

⁹⁵ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 26.

⁹⁶ Lo que sigue, según lo cuenta Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 29-39.

⁹⁷ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 39-41.

en grave peligro. La entrada de Séguier permitió la supervivencia de la Compañía. Fue bajo el protectorado de éste que Guez de Balzac fundó el concurso de elocuencia.⁹⁸

A la muerte de Séguier, en enero de 1672, el protectorado pasó a manos del rey, quien le asignó un lugar en el Louvre para la celebración de las reuniones. La Academia no habría de modificar su punto de encuentro hasta el año de 1793 cuando fue suprimida. Asimismo, desde la llegada del monarca los académicos recibieron una remuneración directa. Se estableció, por instrucciones del ministro Colbert, un sistema de asistencia a las reuniones en el cual se daban una especie de fichas de plata, llamadas *jétons de présence*. Sólo había cuarenta *jétons*. Aquellos miembros que llegaran a tiempo (tres de la tarde) recibían su pieza; los ausentes no. Las monedas sobrantes, es decir, aquellas que no habían sido entregadas, se repartían proporcionalmente entre los presentes y si sobraba alguna, se le daba a otro académico en la siguiente sesión. De tal manera que el más asiduo contaba con un mayor número de *jétons*.⁹⁹ El sistema prevaleció de 1713 a 1749, año en que se modificó dejando paso a una pensión anual de 1200 *livres*.¹⁰⁰

El nexo de la Academia con la monarquía es indudable, aunque su condición variable. Desde el protectorado del rey las sesiones incrementaron a tres por semana y hubo mayor empeño en la consecución de uno de los objetivos de la Compañía: el Diccionario. El monarca concedió privilegio de monopolio sobre el diccionario a la Academia.¹⁰¹ No obstante estas ventajas, también hubo momentos rípidos en la relación. Dos de las expulsiones de académicos se dieron en relación con la figura regia: la de Furetière en enero de 1685 por haber violado el privilegio de monopolio del diccionario; y la del Abbé de Saint Pierre en 1718, por un escrito que censuraba algunas de las acciones reales. Pese a considerarse injusta la acusación a Saint-Pierre, la obediencia al monarca se reflejó en la votación de expulsión: sólo hubo una bola blanca que manifestaba anónimamente la

⁹⁸ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 54.

⁹⁹ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 65-66.

¹⁰⁰ Algunas modificaciones importantes se habían realizado antes cuando se estableció un nuevo reglamento para el funcionamiento de la corporación en 1752. Cfr. « Règlements pour l'Académie Française donnés par le roi. Marly, 30 mai 1752 », en Académie Française, *Statuts et règlements*, note liminaire de Maurice Druon, p. 27-32, http://www.academie-francaise.fr/sites/academie-francaise.fr/files/statuts_af_0.pdf (consulta: 25 de julio de 2016).

¹⁰¹ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 68-69.

oposición, en una muestra de “protesta silenciosa”.¹⁰² Y como era costumbre, la sede permaneció vacante hasta la muerte del abad en 1743. Qué tan fresco seguía el asunto, lo demuestra el hecho de que al sucesor en el *fauteuil*,¹⁰³ Maupertuis, no se le permitió elogiar a Saint-Pierre, según lo dictaba una orden de la Corte.¹⁰⁴ Sería hasta el año de 1775 cuando D’Alembert indirectamente –pues recibía a Malesherbes en la Academia– pudo honrar la memoria del ex-académico.

Pero sin duda los momentos más álgidos de la relación se dieron a mediados del siglo XVIII cuando la Academia se llenó de *philosophes*, aceptando con ello su pensamiento político, social y teológico. A lo largo de siglo vemos desfilar la entrada a la sociedad de personajes como Montesquieu, Voltaire, Duclos, Buffon, D’Alembert, Watelet, La Condamine, Saurin, Marmontel, Thomas, Condillac, Saint Lambert. Incluso Diderot lo intentó, aunque no tuvo éxito.¹⁰⁵ Asimismo, para 1743 se revocó el derecho de veto del rey, el cual tenía en calidad de Protector.

Como vemos no se trata de organizaciones verticales, sino de corporaciones autónomas, capaces de crear su propio derecho siempre y cuando reconocieran la prerrogativa real; luchaban por privilegios a través de sus normas y apelando siempre al carácter justo del monarca. Por este lado, las academias y no solo la *Académie Française*, fueron conservadoras del orden y conformistas, en el sentido de que se ajustaban a los marcos establecidos por el rey, pese a las diferencias que pudieran haber surgido entre ellos.¹⁰⁶

La cultura del *concours académique*

Hemos visto ya la institución, o mejor dicho, las corporaciones reguladoras de las convenciones artísticas y literarias de la época, así como la relación que guardaron con la monarquía. La práctica del concurso se situaba justo en ese sistema de Antiguo Régimen,

¹⁰² El autor indica que el voto opositor fue de Fontenelle. Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 89.

¹⁰³ Es el nombre dado al asiento de los miembros de la Academia.

¹⁰⁴ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 90.

¹⁰⁵ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 95.

¹⁰⁶ Roche, *Le siècle des lumières en province...*, t. I, p. 134-135.

donde cualquiera de las asociaciones –como las Academias– se vinculaba a la figura del rey, la cual las validaba y las volvía el lugar propicio para poner en acción un programa afín a sus intereses. En otras palabras, la cultura del *concours* era un “espacio politizado” de principio.¹⁰⁷

Desde esta óptica los concursos eran un “campo”, un “sistema social”, cuya lógica estaba encaminada a regular y otorgar prestigio a quien lo merecía.¹⁰⁸ ¿Quién decidía si alguien era digno de dicho honor en la gran *République de Lettres*? Sólo una institución legítima tenía la facultad para hacerlo: las Academias.¹⁰⁹ Convertidas en tribunales del gusto, éstas fueron las encargadas de estandarizar ciertas prácticas, de calificar lo bueno, lo bello y lo verdadero sobre cualquier tema; mediante uno de sus productos más sobresalientes y cotidianos (los concursos) se colocaron a ojos de la opinión pública como los árbitros del “mérito cultural”.¹¹⁰

Si destacamos este aspecto es porque al “centralizar, politizar y absolutizar” esta práctica, la monarquía francesa, a partir del siglo XVII, hizo del *concours académique* una institución literaria nacional, célebre y reconocida.¹¹¹

Entendido así, el concurso académico promovió desde aquel tiempo tres cosas.¹¹² En primer lugar, el habla francesa. Ya hemos mencionado antes que, dados los modelos de la Antigüedad clásica y del cristianismo, el latín era la lengua por excelencia de la retórica, pero justo en este período se dio la transición al francés como idioma capaz de igualar, e incluso superar, las cualidades del latín para la oratoria y la elocuencia. En términos políticos, lo anterior representaba un soporte al proyecto monárquico, pues el francés habría de convertirse en signo de distinción y elegancia, absorbiendo las características del latín, entre ellas, la pretensión universalista –por no decir imperialista– asociada a los romanos.

En segunda instancia, y relacionado con lo anterior, la exaltación de la persona de Luis XIV. El rey era la instancia más elevada en este ordenamiento jurídico de Antiguo

¹⁰⁷ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 17.

¹⁰⁸ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 19. Aquí el autor se hace eco de los aportes a la teoría social de Pierre Bourdieu.

¹⁰⁹ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 19.

¹¹⁰ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 20.

¹¹¹ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 38.

¹¹² Para los que sigue cfr. Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 26 s.

Régimen, y por ello, a él se le debía retribuir o dedicar cualquier producto de la sociedad. Aplicado a los concursos, este principio se traducían en que el monarca daba su autorización para la selección del tema y la realización de los concursos; así como en la premiación de aquellos trabajos que mostraran admiración por él y su desenvolvimiento. En este sentido, estamos ante una forma particular de propaganda regia distinta de otras como la historiografía, el teatro, representaciones artísticas, la elaboración de panfletos o folletos, etc.¹¹³ El mecanismo regulador no fue otro que las Academias y sus integrantes, que mediante sus actividades cotidianas –entre ellas convocar a concursos– enaltecían al rey de tal forma que todos pudieran apreciarlo. Fenómeno que francamente puede considerarse como un “mercantilismo literario”,¹¹⁴ donde se intercambiaba un poco de veneración a cambio de prestigio cultural.¹¹⁵

En tercer lugar, pero quizá lo más importante, era promover la religión católica. El concurso de elocuencia, tal y como se originó en la Academia Francesa, tuvo un fuerte componente católico. De 1670 a 1758 se puede apreciar esto perfectamente en los temas sujetos a concurso, los cuales había patrocinado desde su creación Guez de Balzac con tanto esmero.¹¹⁶ Al contrario de lo que pudiera pensarse, su muerte no detuvo este impulso, pues dejó en su testamento una serie de sugerencias que proveyeron de material a las subsecuentes ediciones del *concours*. E incluso, tras agotarse las recomendaciones de Balzac en 1690, la reflexión sobre qué rumbo debía tomar el concurso terminó en la resolución firme de mantener la naturaleza religiosa del mismo. Cuando Charles Duclos, en 1758, recalibró la brújula del concurso y lo volvió en un elogio de los Grandes Hombres de la nación, se dio un punto de inflexión importante, aunque no hay que ver en ello la ausencia total del componente religioso. Como veremos más adelante, el *Éloge de Suger* entró en esta segunda etapa del concurso de elocuencia que se cerrará en 1793, cuando las Academias fueron desintegradas.¹¹⁷

¹¹³ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 18.

¹¹⁴ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 39.

¹¹⁵ Sobre el prestigio véase James F. English, *The Economy of Prestige. Prizes, Awards, and the Circulation of Cultural Value*, Cambridge, Massachusetts and London, Harvard University Press, 2008.

¹¹⁶ Robertson, *A History of The French Academy...*, p. 61-62.

¹¹⁷ Para una cronología de los temas de concurso de la Academia Francesa véase, Jeremy L. Caradonna, “Appendix F: Prize Contests Offered by Academies, Scholarly Societies, and Agricultural Societies in Continental France from 1670 to 1794”, online attachment to Jeremy Caradonna, *The Enlightenment in*

a) Las reglas del juego

Aunque nuestro interés descansa en el concurso de elocuencia, no hay que perder de vista que el *concours académique* es una práctica generalizada. Como toda competencia o juego tiene sus reglas. Se encontrarán aquí y allá variantes de la misma, pero la mayoría obedece a un patrón. Jeremy Caradonna ha puesto de manifiesto dichas normas en su estudio, por lo cual conviene detenerse en su descripción.

Según este autor y su búsqueda amplia en archivos académicos de Francia, la práctica, aunque múltiple, obedeció a modelos que podrían denominarse “democráticos”; si bien nunca viene mal el matiz. La Academia gozaba de autonomía suficiente para generar sus propias normas, en este caso a propósito de una competencia. Sus reuniones cotidianas en asambleas donde se exponían y promovían ideas al respecto era una muestra de ello – quizá la primera– dado que era la corporación encargada de llevar a cabo los concursos. De aquí que en casi su totalidad, las academias en Francia contemplaran la celebración de premios en sus estatutos de fundación.

En cuanto a los concursos se deben destacar varios aspectos. El primero de ellos –y quizá la razón por la cual tuvieron gran audiencia en la época– es que se trataba de competiciones abiertas a todos y en las cuales se gozaba de anonimidad al momento de participar. Si bien pueden considerarse las habilidades de lectura y escritura como un filtro de acceso, lo cierto es que en principio cualquiera –hombre, mujer, campesino, burgués, etc.– podía enviar su trabajo. El carácter anónimo dado a los *concurrents* apoyaba la igualdad de los mismos, pues al no saber sus identidades, se obligaba a los jueces a apartar de su criterio el rango, el género, la nacionalidad o las relaciones sociales del individuo en cuestión.¹¹⁸ En lugar del nombre se acostumbraba colocar un epígrafe latino en la portada del trabajo, ya fuera para mostrar la postura asumida por el autor, o bien, la fuente de inspiración del texto. Esta “despersonalización” de las competencias, fue lo que distinguió a las academias de las escuelas. Así, donde éstas incentivaban la disputa frente a frente,

Practice. Academic Prize Contests and Intellectual Culture in France, 1670-1794, p. 354-367, <http://www.jeremycaradonna.com/Appendix%20F.pdf> (consulta: 16 de julio de 2016).

¹¹⁸ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 50-51.

conociendo a los interlocutores, aquéllas optaron por recibir los trabajos anónimos de los interesados y deliberar a puerta cerrada sobre quién de ellos resultaba vencedor.¹¹⁹

Según Caradonna, resulta extremadamente complicado rastrear el surgimiento de la práctica del anonimato. Lo único que se puede hacer es constatar el hecho de que en el siglo XVII y XVIII no hay preocupación por encontrar a los autores. Para este investigador, había más interés en los discursos que en quienes los habían producido. Esto no debe interpretarse como si los académicos de aquellos años fueran capaces de dar un premio a un texto en calidad de persona. Eso hubiera sido absurdo. La explicación de Caradonna puede prestarse a dicha confusión, aunque más bien hay que leerla comprendiendo que el énfasis estaba en el uso de la lengua, sobretodo francesa, independientemente de la condición o calidad del individuo.

Más allá de las medidas contra el plagio y la piratería, la Academia Francesa pedía la aprobación del texto por parte de dos teólogos y una plegaria a Cristo al final para aceptar el ingreso al concurso. También, el discurso no debía durar más de media hora al leerse en voz alta. Además, pese al impulso de la lengua francesa, en caso de no conocerla podía utilizarse el latín.¹²⁰ Por otro lado, la elección del tema se daba de la siguiente forma: un comisario ponía sobre la mesa dos cuestiones para discutir. De ellas se votaba por tres posibles ideas, para finalmente decidir, en una nueva votación, cuál debía ser la materia del concurso. La academia que convocaba, mediante sus temas, reflejaba una “orientación intelectual”.¹²¹

Todo este aparato de representación no hubiera sido posible sin algún patrocinio. Guez de Balzac patrocinó, incluso después de su muerte, varias ediciones del concurso de elocuencia. De hecho, siempre el patrocinador fue un hombre noble y prominente de la localidad que celebraba el evento.¹²² Éste tenía unos fines económicos y políticos que buscaba concretar, ya fuera definiendo el tema del premio o presionando en el veredicto del ganador. El patrocinio comúnmente incluía el premio (alrededor de 300 *livres* en el siglo XVIII), gastos por publicidad del concurso (*programmes* con los temas de competencia,

¹¹⁹ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 25.

¹²⁰ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 51-53.

¹²¹ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 54.

¹²² Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 47.

posters en plazas públicas, panfletos enviados entre publicaciones intelectuales y academias), así como la correspondiente publicación de un *Recueil* con los trabajos ganadores.¹²³ Aunque en este último caso, los mismos ganadores podían encontrar sus publicistas, al igual que los no concursantes.¹²⁴

La forma de juzgar los trabajos enviados comenzaba por numerar éstos conforme fueran llegando.¹²⁵ Posteriormente se repartían los materiales en grupos, los cuales se reunían para revisar en privado las contribuciones. En una asamblea general se intercambiaban opiniones y se votaba por un ganador. En certámenes muy cerrados era posible que la academia pidiera ayuda a otros expertos con el fin de tomar una decisión de manera informada: principio jurídico esencial en la época y que constituía un recurso que mostraba la autoridad intelectual en alguna materia. En otras ocasiones, también se presentaba el caso donde los jueces criticaban severamente los trabajos, llegando incluso a hacer extensivas las críticas al público en general. Cuando esto sucedía, se invitaba a los participantes a revisar, modificar y reenviar sus textos. Muchas veces de ello dependía el obtener, o no, el premio.

Por su parte, la ceremonia de premiación académica era una práctica ritualizada. Siempre celebrada el 25 de agosto, fiesta de la monarquía, tenía un orden preciso. En la mañana, en la capilla del Louvre se ofrecía un tradicional panegírico a San Luis y al rey en turno, con la correspondiente misa y canto del *Te Deum*. Ya en la tarde, después de tomar los alimentos, se reunían en la *Salle de l'Académie* para la ceremonia. En primer lugar, se pronunciaban algunos discursos de académicos sobre el estado actual de las ciencias y las artes. Después se anunciaba el nombre de los premiados. Acto seguido, el maestro de ceremonias leía el poema ganador o fragmentos del ensayo laureado, para finalmente otorgar la medalla y el premio. Es de resaltar que sólo en muy raras ocasiones se permitió a algunos autores leer su texto y que no siempre tuvieron el efecto oratorio deseado.¹²⁶

Si bien me intereso por el concurso de elocuencia de 1779 organizado por la Academia Francesa, la comprensión de las normas básicas y generales del *concours*

¹²³ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 46 s.

¹²⁴ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 71.

¹²⁵ Para lo que sigue, Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 57 s.

¹²⁶ Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 70.

académique es necesaria. Hay que ver en ellas una serie de principios de ordenamiento e interpretación jurídicos propios de la época. Asimismo, debe entenderse que esas reglas se ajustaban siempre a cada caso en concreto, con la posibilidad de ser evadidas o quebrantadas. La casuística era fundamental. En nuestro tema, hay que estar conscientes de que se trata de un asunto en particular de este fenómeno cultural académico y por lo mismo, las implicaciones de nuestro estudio deben tener presente esta dimensión. Por ello, el análisis de Suger y de la Edad Media a partir de unos elogios del siglo XVIII, permite aterrizar y ponderar muy bien una serie de nociones generales y pretendidamente omnicomprendivas que la historiografía posterior ha empleado para caracterizar la producción histórica-literaria de este periodo.

Capítulo II

El concurso de elocuencia de 1779: los *Éloges de Suger*

Hasta este punto he ofrecido un panorama de lo que considero elementos clave para entender la práctica del elogio en Francia: la tradición retórica de la que proviene, la institución encargada de promoverla y las normas que la regían. Si bien esto es fundamental, para los propósitos de la investigación aún es insuficiente, pues las fuentes principales del trabajo –los *Éloges de Suger*– aparecieron en un momento preciso: el concurso de elocuencia de 1779. ¿Por qué en ese año se eligió a Suger de Saint-Denis como tema de la justa, es decir, por qué un abad del siglo XII se convirtió en un *Grand Homme* digno de ser evocado en el siglo XVIII?

Ante todo, la pregunta implica desentrañar la manera mediante la cual Suger ingresó a la memoria nacional proyectada por la Academia Francesa. Por ello, siempre habrá que cuestionarse: ¿Qué hubo de fondo en el rescate de esta figura histórica? ¿Qué deseos, necesidades y conflictos –individuales o colectivos– se expresaban en la elección de Suger para el concurso de 1779 y cuánto de ello se deja entrever en los elogios?

Para dar respuesta a lo anterior, es necesario esclarecer primero varias cosas: ¿cómo se llevó a cabo el concurso, cuántas personas participaron, quiénes eran, quién resultó vencedor y cuál fue el criterio de los jueces para otorgar el premio? ¿Qué características y estructura generales presentaban los textos, de qué fuentes se nutrieron y cuántos de ellos –al principio manuscritos– devinieron versiones impresas? Y por último, ¿cuáles fueron las opiniones de lectores y escuchas contemporáneos a estos elogios?

Al centrarme en las particularidades del caso mi intención es delinear el proceso que dio lugar a estas fuentes, mostrar la lógica de la cual partieron y cómo se inscribieron en un medio como el académico. La posibilidad de explicar la configuración de un personaje medieval como Suger y su época, al par de sus usos ideológicos en manos de hombres de letras, se vería mermada sin la consecución de lo anterior.

1777-1779: desarrollo del *concours*

En estricto sentido –acorde a la práctica ritual llevada a cabo por *l'Académie Française*– el *Prix d'Éloquence* iniciaba con el anuncio del tema del concurso el mismo día en que se premiaba al ganador del certamen anterior. El 25 de agosto de 1777 representa, en nuestro caso, la fecha exacta del cierre y la reapertura de la contienda.¹

Aquél día, fiesta de la monarquía, se celebró una misa en la capilla del Louvre y se escuchó tanto un motete como el panegírico de San Luis, este último a cargo del canónigo de la Iglesia de París, el abad D'Espagnac. En la tarde la Academia tuvo su acostumbrada Asamblea pública ordinaria, en la cual el Canciller de aquella, el señor de Saint Lambert, hizo las veces de Director. En esa jornada se entregó la medalla del Premio de Elocuencia al abogado en el Parlamento, el abad de Remy, por su *Éloge du Chancelier de l'Hôpital*;² al igual que dos *accessit* (especie de segundo lugar) al abad Talbert y a un “Discurso del cual el autor no se hizo conocer”,³ sin olvidar dos menciones honoríficas más. Asimismo, la Academia motivó a un autor, cuyo elogio había sido descartado del concurso –“por su excesiva extensión, que se pasa por mucho de los límites prescritos”⁴–, a publicar su trabajo en el cual *L'Académie Française* “había encontrado bellezas de primer orden, una Filosofía muy aclarada, un gran conocimiento de la materia, y unos sentimientos patrióticos noblemente y fuertemente expresados.”⁵ También allí se anunció el *Prix de Poésie* de 1778: una traducción en versos alejandrinos del comienzo del libro XVI de *La Iliada*, “tanto para

¹ La crónica de ese día se encuentra en: *Supplément à la Gazette*, du vendredi 29 Août 1777. *Gazette de France*, du vendredi 29 Août 1777, p. 341-344, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6442534d> (consulta: 19 de marzo de 2015). Véase también el registro correspondiente de la sesión de la Academia en: Institut de France, *Les Registres de l'Académie Française 1672-1793*, 4 t., Paris, Librairie de Firmin-Didot et C^{ie}, 1895, t. 3, p. 414-416, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6501547v> (consulta: 27 de noviembre de 2015).

² El elogio lo leyó el secretario de la Academia, D'Alembert.

³ « [...] un Discours dont l'Auteur ne s'est point fait connoître », *Supplément à la Gazette*, du vendredi 29 Août 1777. *Gazette de France*, du vendredi 29 Août 1777, p. 341.

⁴ « [...] à cause de son excessive longueur, qui passe de beaucoup les bornes prescrites [...] », *Supplément à la Gazette*, du vendredi 29 Août 1777. *Gazette de France*, du vendredi 29 Août 1777, p. 341.

⁵ « [...] elle [l'Académie] avoit trouvé des beautés du premier ordre, une Philosophie très-éclairée, une grande connoissance de la matiere, & des sentiments patriotiques noblement & fortement exprimés. », *Supplément à la Gazette*, du vendredi 29 Août 1777. *Gazette de France*, du vendredi 29 Août 1777, p. 341.

motivar el estudio de la lengua griega, como para exhortar a la gente joven a formarse sobre los modelos de la sana antigüedad”.⁶

Ahora bien, antes de pasar a la lectura de la traducción en versos franceses del primer libro de la *Farsalia* de Lucano, en voz de De la Harpe; así como del elogio del abad de Choisy por parte de D’Alembert, el mismo señor de Saint Lambert comunicó a los presentes la materia del concurso de 1779: “[...] el Elogio de Suger, Abad de Saint Denis, Ministro-Regente del Reino bajo el reinado de Luis VII, llamado el Joven.”⁷

El hecho de que se convocara con dos años de anticipación estaba justificado, pues con ello se cumplía la voluntad de la Academia de dar tiempo a los participantes para que realizaran sus investigaciones.⁸ Este plazo a los posibles concursantes no era nada nuevo, pues hasta entonces varias ediciones de la contienda se habían dado de esta manera. Con excepción de las tres primeras versiones del *Prix d’éloquence* (1759, 1760 y 1761), donde se convocó anualmente, así como el periodo bastante irregular en torno a la Revolución Francesa (1783-1790), en el cual se postergó la justa en un par de ocasiones; el premio se entregó de forma bianual.⁹

Asimismo, a partir de la convocatoria podemos observar que la cuestión fundamental no residía en saber si Suger fue o no un Gran Hombre. Para la Academia lo era y constituía una verdad aceptada. Al contrario, lo que se buscaba era *amplificar* esa “verdad”. Esto demandaba a los oradores dos tareas fundamentales. Por un lado, debían

⁶ « [...] tant pour encourager l’étude de la langue grecque, que pour engager les jeunes gens à se former sur les modeles de la saine antiquité [...] », *Supplément à la Gazette*, du vendredi 29 Août 1777. *Gazette de France*, du vendredi 29 Août 1777, p. 341. Cfr. « Avis Divers », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-septième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 10 Septembre 1777, p. 147-148, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6525923m> (consulta: 19 de marzo de 2015). Aquí se señala que los trabajos debían ser enviados antes del 1º de julio de 1778. En las dos fuentes se indica que la parte del libro XVI a traducir eran los versos 1-167.

⁷ « [...] l’Éloge de Suger, Abbé de Saint Denis, Ministre-Régent du Royaume sous le regne de Louis VII, dit le Jeune ». *Supplément à la Gazette*, du vendredi 29 Août 1777. *Gazette de France*, du vendredi 29 Août 1777, p. 342.

⁸ « L’Académie, voulant donner aux Auteurs le tems de faire les recherches nécessaires, propose, dès-à-présent, [...] l’Éloge de Suger [...] ». « Avis Divers », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-septième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 10 Septembre 1777, p. 148.

⁹ Cfr. “Annexe I : Sujets proposés au concours d’éloquence de l’Académie Française, de 1759 à 1790”, en Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 391-392. En este listado proporcionado por Bonnet, se toma como fecha de partida el año en que comenzó a elogiarse a los *Grandes Hombres* de la nación. Consúltese también la lista más extensa sobre los concursos de la Academia Francesa, desde 1671 hasta 1793, en Caradonna, “Appendix F”, online attachment to Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 354-367.

conocer “verdaderamente” la vida de aquel Gran Hombre, para lo cual requerían realizar una mínima investigación en aquellos dos años. Por el otro, necesitaban dotar a la “verdad” con la fuerza persuasiva de la elocuencia, pues las grandes acciones exigían expresiones no sólo correctas, sino bellas, capaces de traslucir la veracidad.

En otras palabras, se trataba de lograr un elogio cuya retórica conllevara una argumentación histórica de fondo. He aquí la razón de que este género fuera un vehículo de la ideología de los hombres de letras del siglo XVIII, en particular de los académicos, quienes se arrogaron el derecho de nombrar a los Grandes Hombres de la nación. La elección de Suger fue tan sólo una pieza más de la postura y estrategia políticas ejercidas por la Academia Francesa. ¿Pero qué plan se aprecia en este segmento preciso de la historia del concurso?

Centrarse en la manera de expresar el tema de aquel año puede darnos un indicio. En ella se percibe hacia donde quería la corporación encaminar las reflexiones: el carácter de Ministro-Regente del abad. Suger vivió de 1080 a 1151, fue nombrado abad en 1122 bajo el reinado de Luis VI, quien murió en 1137 y dejó en el trono a su hijo Luis VII. Al recalcar aquella faceta, la Academia dirigía su atención a la última década de la carrera política de Suger. Por la referencia a la Regencia, en realidad todo quedaba condensado en los últimos cinco años. ¿Por qué?

Habré de volver con mayor detenimiento sobre la pregunta al tratar de la imagen de Suger en estos elogios. Por el momento basta con decir que en el centro de esta recuperación del pasado hallamos la cuestión del poder. La selección de Suger y Saint-Denis no fue casual, ambos eran símbolos ligados a la monarquía. El primero, mediante su biografía de Luis VI y la puesta en escena de un ritual de consagración donde Luis VII quedaba glorificado. La segunda, por haber sido el lugar *par excellence* de enterramiento de los monarcas franceses desde la Alta Edad Media. De esta forma, en la convocatoria al *concours d'éloquence* subyacía un anhelo académico de dominación política y social.

Con esta información en mente, regresemos al 25 de agosto de 1777, pues también ese día –aunque ya no como parte de la asamblea de la Academia Francesa– a petición del rey se inauguró en el Salón del Louvre una exposición de las obras concebidas por la

Academia Real de Pintura y Escultura. De entre éstas, cuatro estatuas de mármol (Fénelon, Sully, le Chancelier de l'Hôpital y Descartes) fueron consideradas por el monarca como dignas de ser acomodadas en orden sucesivo, “para transmitir a la posteridad y honrar la memoria de los grandes Hombres, que han ilustrado la Francia y se volvieron útiles a su Patria mediante su genio y sus trabajos.”¹⁰

Los cuatro personajes habían sido temas anteriores de concurso y señalaban sucintamente la línea directriz a la que entonces buscó añadirse el nombre de Suger. Si se abre el espectro a todas las figuras históricas de la competencia desde 1759, nos percatamos de que al inicio predominaron los personajes con méritos bélicos (por ejemplo, Maurice de Sax, René Duguay-Trouin, el duque de Sully Maximilien de Béthune), mientras que para la década de 1770 los hombres de letras habían tomado la batuta (Fénelon, Colbert, Michel de L'Hôpital, Fontenelle). El punto sin retorno parece haberlo constituido René Descartes, quien fue elogiado en 1765. Después de él, casi todos los elegidos sobresalen por sus conocimientos letrados, sin importar si son reyes, cancilleres, ministros, mariscales o dramaturgos.¹¹

Igualmente revelador es la procedencia temporal de los personajes. La mayoría fueron tomados de los siglos XVI al XVIII, con dos excepciones: Carlos V el sabio y Suger de Saint-Denis. De toda la lista son los únicos sobre los cuales podríamos decir que fueron extraídos del corazón de la Edad Media.¹² Por tanto, la comparación resulta ineludible y fructífera a la vez.

¹⁰ « [...] pour transmettre à la postérité & honorer la mémoire des grands Hommes, qui ont illustré la France & se sont rendus utiles à leur Patrie par leur génie & leurs travaux ». *Supplément à la Gazette*, du vendredi 29 Août 1777. *Gazette de France*, du vendredi 29 Août 1777, p. 342. Las esculturas fueron elaboradas por Étienne Gois (*L'Hôpital*), Félix Lecomte (*Fénelon*), Louis-Philippe Mouchy (*Sully*) y Augustin Pajou (*Descartes*). Véase « Annexe III : Sujets des commandes de sculpture pour le Salon, de 1775 à la Révolution », en Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 395-396. Sobre el Louvre, su historia como edificio y su constitución como museo, Jean Pierre Babelon, « Le Louvre. Demeure des rois, temple des arts », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire II : La Nation*, Paris, Gallimard, 1986, v. 3, p. 169-216, especialmente p. 195 s., donde se menciona el nacimiento del *Salon* como lugar para la exposición de obras de arte. Acerca de este último y su conexión con la vida pública parisina en el siglo XVIII, consúltese Thomas E. Crow, *Pintura y sociedad en el París del siglo XVIII*, trad. de Luis Carlos Benito Cardenal, Madrid, Nerea, 1989.

¹¹ Cfr. “Annexe I : Sujets proposés au concours d'éloquence de l'Académie Française, de 1759 à 1790”, en Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 391-392; y Caradonna, “Appendix F”, online attachment to Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 364-367.

¹² Tal vez podría decirse lo mismo de Luis XII (1462-1515). Sin embargo, su vida se sitúa más bien en el final de la Edad Media. Aquí, por supuesto, la temporalidad de la época iría de la caída de Roma (siglo V) a la

El elogio de Carlos V se realizó en 1767, mientras que el de Suger en 1779;¹³ el primero fue un rey del siglo XIV, el segundo un “ministro-regente” del XII; uno fue laico, el otro religioso... ¡Pero ambos Grandes Hombres! En esto hay que ver un giro fundamental en el proyecto político elaborado por los académicos. Si en un principio se reconocía y respetaba la autoridad de la monarquía, posteriormente la Academia se creyó con la suficiente autonomía para, por lo menos, reconvenir a aquella. ¡Todo en un lapso de doce años! Además, no deja de sorprender la disputa por la primacía y el control del pasado. En efecto, ¿quién era el más antiguo de todos los Grandes Hombres? La respuesta era contundente: Suger de Saint-Denis. La jugada resultaba sutil, pero no por ello menos atrevida. Si hemos de comprender a cabalidad la intención de la corporación y de los individuos que la integraban, tendremos que analizar aquello que se condensaba en la figura del abad: deseos cumplidos y frustrados, miedos, angustias, esperanzas y alegrías del pasado, del presente y del porvenir de los hombres de letras.

En suma, la crónica de aquél día de cierre y reapertura del concurso nos muestra una gama de elementos implementados por la Academia y la monarquía francesas. Todo asemejaba un gran teatro donde se iba transitando de escena en escena, de acto en acto, con el fin de dar una serie de mensajes al público asistente y espectador. Este aparato de representación articulaba, a manera de culto, varios temas caros a los académicos y al rey: el gusto refinado por el arte en sus expresiones más conocidas (música, literatura, pintura, escultura, arquitectura), lo cual era signo de distinción; la recuperación de una Antigüedad clásica venerable y digna de ser un modelo a seguir; el anhelo, la búsqueda y consecución de la posteridad (inmortalidad); el reconocimiento de méritos y servicios para vivos y muertos; y la expresión de un sentimiento patriótico-nacional reforzado, entre otras cosas, por el afán de elevar la lengua francesa. La aristocracia, en su conjunto, se desenvolvía en este complejo entramado ideológico y lo reproducía mediante festividades constantes como la de San Luis. Sin embargo, esos momentos eran también oportunidades magníficas para

caída de Constantinopla (siglo XV). Por otro lado, el elogio de este rey fue varios años posterior al de Suger: planeado en un inicio para 1785, fue pospuesto hasta que en 1788 se premió al ganador del certamen, el abad Noël. “Annexe I : Sujets proposés au concours d’éloquence de l’Académie Française, de 1759 à 1790”, en Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 391-392; y Caradonna, “Appendix F”, online attachment to Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 364-367.

¹³ “Annexe I : Sujets proposés au concours d’éloquence de l’Académie Française, de 1759 à 1790”, en Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, p. 391-392; y Caradonna, “Appendix F”, online attachment to Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 365-366.

hacer distinciones, incluso tratándose de la misma clase dominante. Un concurso de elocuencia era una estrategia empleada por los académicos para lograr elevarse en la aristocracia; aunque al implementarla sus resultados podían ser variables.

Por otro lado, como ya lo he mencionado, parte de la eficacia de este tipo de ceremoniales era su repetición; su reproducción continua implicaba también la reconducción de sus objetivos. El recordatorio de la agenda académica era una forma de crear un lazo con el público en general. Por esta razón, el 25 de agosto de 1778 esta parafernalia sirvió para renovar la convocatoria del año anterior. En esta ocasión, siguiendo el ritual habitual –la interpretación del motete, la lectura del panegírico a San Luis, etc. – se celebró una edición más del *Prix de Poésie*, el cual no tuvo ganador, pues nadie a ojos de los jueces fue digno del galardón.¹⁴ En vista de que el premio había quedado desierto, su entrega se pasó al año siguiente, esta vez con un tema muy distinto del anterior: “*una obra en verso a la loa de M. de Voltaire*”.¹⁵ (Éste había fallecido en mayo de 1778, por lo que se convirtió en un elegible para este tipo de celebraciones). El director de la Academia añadió “que el género del Poema y la medida de versos serían según la elección de los autores, y que se deseaba que la pieza no excediese 200 versos”;¹⁶ sin olvidar la medalla de oro que recibiría el vencedor, la cual tendría un valor de 1100 *livres*.¹⁷ Tras este anuncio, con un busto de Voltaire expuesto en el recinto para el placer de los reunidos, se repartieron los programas de este certamen de poesía y se recordó igualmente a los presentes que el concurso de elocuencia, cuyo tema era Suger, tendría lugar el año entrante.¹⁸

En este acto uno puede apreciar una decisión importante. La muerte de Voltaire acaecida no hacía mucho había planteado un problema serio: ¿no merece este hombre

¹⁴ Pese a no premiar a nadie, el director de la Academia anunció que “algunas piezas merecían ser distinguidas” y “que otras tres piezas habían parecido estimables a algunas miradas”. Todas ellas fueron mencionadas durante la ceremonia. Para lo sucedido aquel día, véase: *Les Registres de l'Académie Française 1672-1793*, t. 3, p. 441-442. Las citas se encuentran en la p. 441.

¹⁵ « [...] *un ouvrage en vers à la louange de M^r de Voltaire* [...] ». *Les Registres de l'Académie Française 1672-1793*, t. 3, p. 441.

¹⁶ « [...] que le genre du Poème et la mesure des vers seroient au choix des auteurs, et qu'on desiroit que la pièce n'excedat pas 200 vers [...] », *Les Registres de l'Académie Française 1672-1793*, t. 3, p. 441.

¹⁷ La medalla aumentó su precio tras una aportación de 600 *livres* de un “amigo de Voltaire”. *Les Registres de l'Académie Française 1672-1793*, t. 3, p. 441. Este amigo era en realidad D^r Alembert. Cfr. *Les Registres de l'Académie Française 1672-1793*, t. 3, p. 439.

¹⁸ *Les Registres de l'Académie Française 1672-1793*, t. 3, p. 442. Sobre “el busto en tierra de este gran hombre [Voltaire]”, véase p. 440.

ilustrado por antonomasia ser elevado inmediatamente a la categoría de los Grandes Hombres, puesto que en realidad ya lo era en vida? Cuestión nada sencilla tratándose de una figura tan imponente para los académicos y lo que su corporación representaba.

Quizá la mejor pista sobre el asunto nos la proporciona el registro de la Academia Francesa con fecha 3 de agosto de 1778, cuando el secretario D'Alembert leyó un escrito suyo a los doce miembros reunidos ese día:

Señores,

Ustedes tendrán el año próximo dos premios a entregar, uno de Elocuencia y uno de Poesía. El tema del premio de Elocuencia fue anunciado desde el año pasado; el del premio de Poesía queda por proponer.

Unido, Señores, durante más de treinta años al difunto M. de Voltaire mediante la amistad más tierna, conociendo por otra parte toda la admiración de la cual ustedes estaban penetrados hacia él, y de la cual ustedes le dieron tantas pruebas, creo satisfacer a la vez tanto vuestros sentimientos como los míos, proponiéndoles dar su Elogio para tema del premio de Poesía del año próximo; y con el fin de aumentar todavía, si es posible, el empeño que las gentes de letras tendrán sin duda que ejercer sobre un tema tan interesante para ellos y para nosotros, me tomo la libertad de ofrecerles una suma de seiscientas libras, que junto al valor ordinario del premio, formará una medalla de oro de 1100.

No dudo, Señores, que un gran número de sociedades literarias incluso de países extranjeros, aceptase la oferta que tengo el honor de hacerles a ustedes, pero mi profundo respeto por esta Compañía, y mi celo para todo lo que puede contribuir a su gloria, no me permiten dirigir a otros más que a ustedes el deseo que me formo aquí de ver concurrir todos los talentos a la gloria de un cofrade ilustre, del cual nosotros apreciamos y respetamos la memoria. El temor que tengo por cierto de ver alguna otra Academia quitarnos un tema tan bello, me comprometo a tomar con urgencia la primera ocasión que se presenta de hacerles esta proposición, a la cual me atrevo esperar que ustedes querrán brindar con gusto su aprobación.¹⁹

¹⁹ « Messieurs,

« Vous aurez l'année prochaine deux prix à donner, un d'Eloquence et un de Poësie. Le sujet du prix d'Eloquence a été annoncé dès l'année dernière ; celui du prix de Poësie reste à proposer.

En las palabras de D'Alembert podemos observar el lazo afectivo y la devoción profesada hacia la figura de Voltaire por parte de los letrados de la época. Hallamos también el espíritu de corporación y lealtad que guiaba a los miembros de la Academia Francesa, incluso frente a otros cuerpos de prestigio. Pero igualmente encontramos en su texto un tono autoritario y una exigencia de compromiso propios de un patrocinador de concurso empeñado en imponer su voluntad a los demás. En este sentido, el temor de D'Alembert a que les ganasen el tema es, al mismo tiempo, la expresión de un deseo colectivo por aventajar a otras sociedades letradas y una sutil llamada de atención a los académicos que han de poner manos a la obra para respetar la memoria de Voltaire. De ahí que todos hayan aceptado unánimemente la idea de su secretario y acordado guardar silencio sobre la deliberación hasta la sesión del 25 de agosto, “con el fin de sorprender más agradablemente a la asamblea mediante la proposición del premio.”²⁰

La decisión tomada por los académicos debe leerse entre líneas. En primera instancia, es claro que no hubo la intención de modificar el tema ya anunciado para el concurso de elocuencia de 1779. De haber sido así, esto habría significado tanto romper con las normas rituales establecidas –al cambiar sorpresivamente la materia de la competencia– como evidenciar los ánimos apologistas hacia el *enfant terrible* que había sido Voltaire, al despojar al “Ministro inmortal”²¹ Suger de su lugar en la posteridad. En lugar de ello, estos letrados guiados por D'Alembert prefirieron, muy conforme a su tradición, esperar una

« Attaché, Messieurs, pendant plus de trente années à feu M^r de Voltaire par l'amitié la plus tendre, connoissant d'ailleurs toute l'admiration dont vous étiez pénétrés pour lui, et dont vous lui avez donné tant de preuves, je crois satisfaire à la fois et vos sentimens et le miens, en vous proposant de donner son Eloge pour sujet du prix de Poësie de l'année prochaine ; et afin, d'augmenter encore, s'il est possible, l'ardeur que les gens de lettres auront sans doute de s'exercer sur un sujet si interessant pour eux et pour nous, je prends la liberté de vous offrir une somme de six cens livres, qui jointe à la valeur ordinaire du prix, formera une médaille d'or de 1100.

« Je ne doute point, Messieurs, qu'un grand nombre de sociétés litteraires même des pays étrangers, n'acceptassent l'offre que j'ai l'honneur de vous faire, mais mon profond respect pour cette Compagnie, et mon zèle pour tout ce qui peut contribuer à sa gloire, ne me permettent pas d'adresser à d'autres qu'à vous le vœu que je forme ici de voir concourir tous les talens à la gloire d'un confrere illustre, dont nous chérissons et respectons la mémoire. La crainte que j'ai d'ailleurs de voir quelque autre Académie nous enlever un aussi beau sujet, m'engage à saisir avec empressement la premiere occasion qui se présente de vous faire cette proposition, à laquelle j'ose esperer que vous voudrez bien accorder vos suffrages. » *Les Registres de l'Académie Française 1672-1793*, t. 3, p. 438-439.

²⁰ « [...] afin de surprendre plus agréablement l'assemblée par la proposition du prix. » *Les Registres de l'Académie Française 1672-1793*, t. 3, p. 439.

²¹ *Éloge de Suger, abbé de Saint-Denis, ministre d'état sous le règne de Louis VI, dit le Gros, et Régent du Royaume pendant la croisade de Louis VII, dit le jeune*, par M*** [attribué à Hérault de Séchelles], Paris, Demonville, 1779, p. 7, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5788259p> (consulta: 27 de octubre de 2015).

nueva justa (la de Poesía) y enarbolar la imagen de aquél que consideraban también un Gran Hombre; hacerse de sus derechos y dejar asentada la última palabra frente a los demás. Así, la Academia se mostraba a la vez conservadora y radical, pues a la par que elogiaba a un hombre del pasado, colocaba al mismo nivel a un hombre polémico del presente.

La gloria compartida por este dúo dinámico (Suger y Voltaire) satisfizo a los académicos, en buena parte porque llevaba irremisiblemente a una comparación. En la expresión de un satírico: “El Elogio de un monje, propuesto por la Academia Francesa en el siglo dieciocho, en paralelo con el Elogio de Voltaire, me pareció un trabajo tan punzante (*piquant*), que pensé ocuparme de él.”²²

Espinoso y atractivo a la vez, tal y como la palabra *piquant* nos deja entrever, este elogio propuesto por los académicos buscaba ir más allá de sus límites como cuerpo letrado. En un plano más profundo hay en él una apuesta política y social de la Academia en dos direcciones, pasada y futura. Suger de Saint-Denis era el más antiguo de los Grandes Hombres, Voltaire el más actual, pero su tarea como tales consistía en encaminar a la sociedad hacia un porvenir lleno de progreso y bienestar. La proyección hacia el pasado de una serie de valores e ideales propios del siglo XVIII en el abad del siglo XII es un proceso importante sobre el cual regresaré más adelante. Sin embargo, conviene entender desde ahora que el abad de la Edad Media despertaba menor polémica que el letrado contemporáneo, sin dejar de mantener intactas las pretensiones de la corporación. Como claro síntoma de la reserva académica a cantar muy alto la figura de Voltaire, es el hecho de que hasta 1791, es decir, pasado el estallido de la Revolución Francesa, éste no fue elevado formalmente a la categoría de Gran Hombre. Fue justo en ese año cuando se le entronizó en el naciente Panteón Francés.²³

Tras este momento de crisis y recomposición ante la muerte de Voltaire, el concurso de elocuencia siguió una marcha sin contratiempos. En julio de 1779 la Academia recibió

²² « L'ÉLOGE d'un Moine, proposé par l'Académie Française au dix-huitième siècle, en parallèle avec l'Éloge de Voltaire, me parut un ouvrage si piquant, que je projettais de m'en occuper. » [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 3.

²³ Sobre el encumbramiento de la figura de Voltaire consúltese en especial Bonnet, *Naissance du Panthéon...*, chap. X: “Le Roi Voltaire”, p. 223-241.

los textos de los interesados y en el plazo de unas semanas dio su veredicto. Así, conforme lo dictaba la tradición, el 25 de agosto de 1779 se hacía entrega tanto del *Prix d'Éloquence* como del *Prix de Poésie*.²⁴ El primero le fue dado a Dominique Joseph Garat de manos del obispo de Limoges, quien presidió la asamblea en calidad de Canciller, supliendo al Director, el mariscal de Duras. La lectura de su escrito corrió a cargo de Ducis. De igual forma se brindó una mención especial al trabajo de un autor anónimo, cuya divisa iniciaba con *Salva Libertate Potens...* Por otro lado, la pieza galardonada del concurso de poesía – cuyo autor fue M. de la Harpe– y la que alcanzó el accésit también fueron premiadas y leídas.²⁵ Sin olvidar el anuncio de los temas de las competencias por venir, lo cual era una reactivación del ciclo académico del concurso: el de elocuencia giraría en torno del Duque de Montausier, mientras que el de poesía estaría dedicado a “*La servidumbre abolida en los dominios del Rey, bajo el reinado de Luis XIV.*”²⁶

Para el caso que nos concierne, este es el fin del lapso de la competición que dio lugar a los elogios sobre Suger. Ahora corresponde profundizar en la contienda misma. El siguiente paso es, por lo tanto, saber cuántos y quiénes participaron, cómo elaboraron sus textos y por qué la Academia Francesa declaró en última instancia victorioso a Garat.

²⁴ Para la sesión de ese día: *Les Registres de l'Académie Française 1672-1793*, t. 3, p. 458-459. Una reseña de lo sucedido en: « I. Compte rendu de la séance publique de l'Académie Française, le jour de S. Louis, 25 Août 1779 », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-cinquième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 1^{er} Septembre 1779, p. 137-138, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k65260262> (Consulta: 19 de marzo de 2015). Igualmente véase la entrada del 26 de agosto de 1779 en *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la République des Lettres en France, depuis MDCCLXII, ou Journal d'un observateur...*, 36 t. en 18 vol., [par Louis Petit de Bachaumont, Mathieu-François Pidansat de Mairobert et Moufle d'Angerville], Londres, chez John Adamson, 1780, t. XIV, p. 165-166, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k65316315> (consulta: 28 de junio de 2016).

²⁵ En su momento, M. de la Harpe no se dio a conocer; por medio del Marqués d'Argental comunicó su decisión y renunció al galardón, el cual fue entregado a quien obtuvo el accésit. Evidentemente era sospechoso que un miembro de la Academia ganara el concurso. Cfr. « I. Compte rendu de la séance publique de l'Académie Française, le jour de S. Louis, 25 Août 1779 », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-cinquième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 1^{er} Septembre 1779, p. 137.

²⁶ « [...] le sujet est *La servitude abolie dans les domaines du Roi, sous le regne de Louis XIV* ». *Les Registres de l'Académie Française 1672-1793*, t. 3, p. 459. Cfr. « I. Compte rendu de la séance publique de l'Académie Française, le jour de S. Louis, 25 Août 1779 », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-cinquième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 1^{er} Septembre 1779, p. 138.

Los *éloges* de los *concurrents*

Actualmente, el expediente del concurso de elocuencia de 1779 se encuentra en los archivos que resguarda el Institut de France.²⁷ La información que allí se conserva es valiosa por cuanto nos permite conocer varios detalles sobre la justa. El primero de ellos, el número de participantes.

La Academia Francesa recibió en total doce manuscritos de manera anónima, los cuales fueron enumerados por los jueces conforme a su recepción.²⁸ Cada uno venía acompañado de su respectivo epígrafe, en su mayoría provenientes de autores latinos.²⁹ Igualmente, todos los textos fueron sometidos a la aprobación de doctores de la Sorbona, medida exigida de manera habitual por la Academia para cerciorarse de que no contuvieran “nada contrario a la fe y a las costumbres (*mœurs*)”.³⁰ Una especie de filtro previo, el cual se efectuó a finales de junio, pues el 8 de julio de 1779 parece haber sido la fecha límite en

²⁷ Archives de l’Institut de France, A 12. Concours d’éloquence 1779. Eloge de Suger : Académie Française. Prix d’Éloquence. Éloges de Suger abbé de St. Denis. Concours de 1779 (14 discours). En lo sucesivo lo citaré como: AIF, A 12. Entre paréntesis añadiré el documento en concreto.

²⁸ Aunque en el expediente se lea 14, el número correcto es 12. Esto es fácilmente comprobable gracias a la lista elaborada por los jueces del concurso, así como los cuadernos manuscritos que se encuentran dentro del expediente. Para la lista: AIF, A 12 (Lista “Éloquence 1779”).

²⁹ Salvo un caso –el ganador de la mención– todos optaron por colocar su divisa al inicio de sus textos. La excepción se encuentra en: AIF, A 12 (Éloge N° 12).

³⁰ Para muestra, las aprobaciones por escrito al primer elogio, de los doctores de la Sorbona Girard y De Saint Roman. El primero dice: “Leí un manuscrito que tiene por título *Éloge de Suger* y no he encontrado nada contrario a la fe y a las costumbres” [« J’ai lu un manuscrit qui a pour titre *Éloge de Suger* et je n’y ai rien trouvé de contraire à la foi et aux mœurs »]. El segundo confirma lo anterior: “Leí el mismo elogio que tiene por título elogio de Suger. No he encontrado tampoco nada contrario a la fe y a las costumbres.” [« J’ai lu le meme eloge qui a pour titre eloge de Suger. Je n’y ai rien trouvé non plus de contraire à la foi et aux mœurs. »] Cfr. AIF, A 12 (Éloge N° 1, f. 25 y 26). La fórmula se repite en todos los elogios y a veces se hace de manera conjunta: “Nosotros, doctores en teología de la facultad de teología de París hemos leído el manuscrito intitulado, *éloge historique de Suger, abbé de St. Denys &* y no hemos encontrado nada que nos haya parecido contrario a la fe de la Iglesia y a las buenas costumbres” [« Nous, docteurs en théologie de la faculté de théologie de paris avons lu le present manuscrit intitulé, *éloge historique de Suger, abbé de St. Denys &* et n’y avons rien trouvé qui nous ait paru contraire à la foi de l’église et aux bonnes mœurs. »] AIF, A 12 (Éloge N° 9). La cita está al final del trabajo. También es posible que el mismo concursante reafirme que fue corregido por los doctores. Cfr. AIF, A 12 (Éloge N° 5, [f. 3], n. (a)): “todas las adiciones, correcciones, tachaduras esparcidas en esta obra fueron exigidas de mí por los doctores abajo firmantes” [« toutes les additions, corrections, ratures repandues dans cet ouvrage ont été exigées de moi par les docteurs sousignés »].

En cuanto al papel de los censores, Robert Darnton ha puesto de manifiesto que se interesaban también por las cuestiones de estilo y calidad de los textos, en lo que puede considerarse una cara positiva de su trabajo. Igualmente, este historiador enfatiza que los revisores de textos se preocupaban más por las referencias veladas a personas prominentes de la corte o de la administración regia, que por las ofensas a la religión y las críticas a la autoridad regia. Aunque no descuidaban esto último. Robert Darnton, *Censors at Work. How States Shaped Literature*, New York, W. W. Norton & Company, 2014, p. 23-86.

que la Academia recibió los manuscritos. Dos semanas después los jueces habían terminado de revisarlos.

El 24 de julio el jurado decidió darle la mención al concursante número doce, cuya divisa había sido tomada de Lucano: *Salva Libertate potens, ex solus plebe parata privatus servire sibi; rectorque Regis sed Regnantis erat*. Dos días más tarde, el participante número siete era “coronado por aclamación”, de manera unánime. Su epígrafe provenía de la *Henriade* de Voltaire: « Il n’est pas Roi, mon fils, mais il enseigne à l’être » [“Él no es Rey, hijo mío, pero enseña a serlo”].³¹ El acta de resolución del concurso testimonia el actuar de la Academia.³²

Hoy en día sabemos que el ganador del certamen fue Dominique Joseph Garat, quien se dio a conocer tras el veredicto de los jueces. Pero otros, como aquél que obtuvo la mención, permanecieron en el completo anonimato. La práctica habitual de enviar junto con su manuscrito un papel sellado, en cuyo interior debía escribirse el epígrafe del texto con la verdadera identidad, no era garantía para saber algo del autor.

Además de Garat, quien era abogado en el Parlamento, contamos con siete nombres acompañados de breves datos: “Mouchard, agregado de la Universidad de París”,³³ “Germain Hyacinthe de Romance, Marqués de Mesmon, teniente segundo en el Regimiento de las Guardias Francesas”,³⁴ “Carle, abogado en el Parlamento”,³⁵ “Percheron, Profesor de Humanidades en el Colegio Real de Chartres”,³⁶ “Delamalle, abogado en el Parlamento”,³⁷ “Hardoin de la Reynerie, doctor agregado de la facultad de [derecho] de París”,³⁸ y “el abad Jullien de [...] de Ruevilliers cerca de Montargin”.³⁹

³¹ AIF, A 12 (Lista “Eloquence 1779”). Los epígrafes se leen completos en los respectivos elogios (Nº 7 y Nº 12), pues la lista los abrevia para efectos prácticos. Igualmente pueden verse las fechas tanto en el listado como en las carátulas de los elogios.

³² AIF, A 12 (Acta de resolución).

³³ « Mouchard, agrégé de l’Université de Paris ». AIF, A 12 (Éloge Nº 1).

³⁴ « Germain Hyacinthe de Romance, Marquis de Mesmon, Lieutenant en second au Régiment des Gardes françoises ». AIF, A 12 (Éloge Nº 2).

³⁵ « Carle, avocat au parlement ». AIF, A 12 (Éloge Nº 5).

³⁶ « Percheron, professeur d’humanités au college royal de Chartres ». AIF, A 12 (Éloge Nº 6).

³⁷ « Delamalle, avocat au Parlement ». AIF, A 12 (Éloge Nº 8).

³⁸ « Hardoin de la Reynerie, docteur agrégé de la faculté de [droit] de Paris ». AIF, A 12 (Éloge Nº 9).

³⁹ « [...] l’abbé jullien de [...] de Ruevilliers près de Montargin ». AIF, A 12 (Éloge Nº 10). En este caso los puntos suspensivos entre corchetes señalan una parte ilegible en el manuscrito.

Es de resaltar que la mayoría fueran abogados o profesores en alguna institución educativa; sólo uno de los concursantes poseía un cargo militar y únicamente encontramos entre ellos a un abad. Pese a lo escasa que pareciera esta información, lo anterior nos ofrece los perfiles a partir de los cuales se pueden analizar los textos y establecer los matices adecuados.

En general, hay que considerar a todos como parte de la nobleza de la época, la cual consistía en un grupo joven y en ascenso, fruto de una apertura de este orden social a otros sectores como la burguesía. Esto ocurrió desde el siglo XVII cuando se dio un paulatino ennoblecimiento en algunas capas del tercer estado y que hacia la segunda mitad del siglo XVIII –de 1760 en adelante– se aceleró hasta lograr la “conversión de la sociedad nobiliaria al modelo cultural burgués”.⁴⁰ Los nuevos integrantes de la nobleza provinieron entonces de las actividades financieras y económicas, las profesiones liberales, al igual que de las cortes judiciarias, la administración regia y el ejército.⁴¹

Por otra parte, considerar la nobleza como una unidad indisoluble y consolidada sería seguir una imagen inventada por los ideólogos de la Revolución Francesa, que hicieron de aquélla un obstáculo al progreso de las luces y la enfrentaron a los burgueses.⁴² En realidad, más allá del estereotipo se observa la existencia de varias noblezas cuyas diferencias se dieron a nivel económico, cultural e ideológico.⁴³ Por ello hay que hablar en plural tratándose de nuestros concursantes y su pertenencia al orden nobiliario, pues la opinión de un abogado en el parlamento podía diferir de la de un profesor universitario o la de un teniente, debido a que cada una de estas actividades implicaba una distinta formación, la cual dependía de los recursos financieros con los que contara la familia.

Según este criterio y atendiendo a los participantes del concurso de elocuencia de 1779, podemos decir que la mayoría formaba parte de una nobleza rica. Constituían ese diez por ciento entre los nobles que tenía acceso a una cultura superior, pues gracias a una fortuna considerable habían podido costear los gastos de su educación y hacerse con los

⁴⁰ Guy Chaussinand-Nogaret, *La Noblesse au XVIII^e siècle. De la Féodalité aux Lumières*, présentation d’Emmanuel Le Roy Ladurie, Bruxelles, Complexe, 2000, p. 40-64, la cita se encuentra en p. 60.

⁴¹ Chaussinand-Nogaret, *La Noblesse au XVIII^e siècle...*, p. 49-50.

⁴² Chaussinand-Nogaret, *La Noblesse au XVIII^e siècle...*, p. 74.

⁴³ Chaussinand-Nogaret, *La Noblesse au XVIII^e siècle...*, p. 74.

conocimientos propios de una actividad letrada.⁴⁴ Sin embargo, así como no provenían de la nobleza más pobre –aquella que vivía en completa indigencia, al borde del dramatismo, por debajo de las 1000 *livres* anuales– tampoco pertenecían a las familias modestas (1000-4000 *livres*), y menos aún a las más adineradas (50000 *livres* o superior) cuyo lugar privilegiado era la corte. Más bien, los *concurrents* emergían tanto de la nobleza provincial (10000-50000 *livres*) como de esa nobleza de campo distinguida (4000-10000 *livres*), las cuales conformaban el trece y veinticinco por ciento respectivamente del segundo orden.⁴⁵

Desde este punto de vista, es posible identificar a los participantes como un grupo de élite que al mismo tiempo compartía valores producto de una cultura burguesa, reivindicaba su posibilidad de ascenso al interior del orden nobiliario y ensalzaba algunas diferencias en su pensamiento político según la actividad que desempeñara.

Esta caracterización general quizá sirva también para aquellos casos en los que desconocemos la identidad de los autores. En efecto, de los doce concursantes cuatro ocultaron su nombre, aunque de distinta manera. Uno es el ya mencionado *Salva Libertate Potens...*, ganador de la mención honorífica. Otros dos optaron mejor por darse algún apelativo y terminaron por llamarse “ciudadanos”;⁴⁶ elección que es interesante, sobre todo cuando pensamos en la República de las Letras en su conjunto, así como el carácter social implícito en ella. Y por último, estaba el participante número tres, quien incluso justificó el haber permanecido callado respecto a su identidad, al decir que: « El autor de este discurso cree deber esperar a que la Academia haya pronunciado su fallo, para hacerse conocer, mediante la representación de la minuta de este discurso escrita por la misma mano que esta nota.»⁴⁷ No obstante lo anterior, puede reconocerse a este anónimo gracias a que su elogio vio la versión impresa; por ello en la actualidad se le atribuye la autoría a Pierre-Louis-Claude Gin.⁴⁸

⁴⁴ Chaussinand-Nogaret, *La Noblesse au XVIII^e siècle...*, p. 109.

⁴⁵ Sobre estos cinco grupos de riqueza en la nobleza véase Chaussinand-Nogaret, *La Noblesse au XVIII^e siècle...*, p. 77 s.

⁴⁶ Los papeles sellados tienen escrito «Un Citoyen». Cfr. AIF, A 12 (Éloge N° 4 y Éloge N° 11).

⁴⁷ « L’auteur de ce discours croit devoir attendre que l’Academie ait prononcé son jugement, pour se faire connoître, par la représentation de la minute de ce discours écrite de la même main que cette notte » AIF, A 12 (Éloge N° 3). La cita se encuentra justo en el papel sellado al final del elogio.

⁴⁸ [Pierre-Louis-Claude Gin] *Les effets de l’amour du bien public, dans l’homme d’état, considérés dans la vie de Suger, abbé de S. Denis, Ministre & Régent du Royaume, sous les règnes de Louis VI, & de Louis VII,*

Dado que varios participantes, empezando por los galardonados, pudieron llevar a las imprentas sus escritos, es posible realizar este tipo de comparaciones en las cuales los epígrafes nos sirven de guía. Así se descubre que de los doce manuscritos enviados para concursar sólo cinco alcanzaron la edición: Pierre-Louis-Claude Gin, Germain Hyacinthe de Romance, Percheron de La Galézière, Garat y Delamalle. Por lo demás, hay una razón fundamental para detenerse en esto: diferenciar los impresos de los concursantes de aquellos que no lo fueron, pero que dieron a conocer sus elogios mediante el mismo formato.

Cuando nos colocamos en esta perspectiva, el espectro inicial planteado por el *Prix d'éloquence* se abre para dar paso al de la *République de Lettres* donde, como caja de resonancia, se escuchan los ecos de la melodía ejecutada por la Academia Francesa.

Los *éloges* de los no concursantes

Si quitamos los cinco impresos de los participantes del *concours* de 1779, podemos identificar claramente ocho más cuyos autores no formaron parte de la justa. Aunque sus nombres fueron en su mayoría atribuidos con posterioridad, podemos utilizarlos como referentes. De este modo tenemos al abad Jumel, al baron Deslyons, a De Chasteler, Égide de Lespinasse de Langeac, De Laussat, al abad D'Espagnac, a Louis-Pierre de Saint-Martin y Hérault de Séchelles.⁴⁹

dit le Jeune, par l'auteur de l'Éloge de Monseigneur le Dauphin ayant pour Epigraphe: ...*Nimium vobis Romana Propago*, &c., Lyon, Moutard/De Poilly, 1779, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57878069> (consulta: 27 de octubre de 2015). Cfr. AIF, A 12 (Éloge N° 3).

⁴⁹ Salvo los abades Jumel y D'Espagnac, cuyos nombres aparecen en sus impresos, los demás son atribuidos. De todos ellos, considerando igualmente a los concursantes, el único que logró realizar una nueva edición de su obra fue De Laussat: *Discours sur l'abbé Suger et sur son siècle*, par M. de Laussat, nouvelle édition, Genève et Paris, Barrois aîné, 1780, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57877986> (consulta: 27 de octubre de 2015). En esta ocasión, sí apareció su nombre en la publicación.

Por otra parte, quizá la más problemática de las atribuciones sea la de Hérault de Séchelles, pues aparte de suponer que es el autor de un elogio impreso, se le ha convertido en el ganador del accésit del certamen sobre Suger. Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, p. 104: "Hérault de Séchelles [...] ganó un *accessit* en la Academia Francesa en 1779 por un bastante común y corriente *éloge* sobre Suger, un consejero de Luis VII." ["Hérault de Séchelles [...] earned an *accessit* at the French Academy in 1779 for a rather unremarkable *éloge* for Suger, a counselor of Louis VII."] La nota al final de la frase a la cual envía Caradonna indica un manuscrito en los Archives de l'Institut de France y una referencia bibliográfica. Caradonna, *The Enlightenment in Practice...*, n. 63 (p. 264): "Archives de l'Institut, ms. A1; R. R. Palmer, *Twelve Who Ruled*:

Son varios los motivos que incitaban a algunos letrados de finales del siglo XVIII a no participar en los certámenes académicos y no obstante, una buena parte entró en el juego que aquellos difundían, el de la disputa y la contienda. Desde el fondo de esta actitud se alzaba una cuestión de táctica (¿en qué arena querían combatir?) y a la vez una voz de reclamo.

El barón Deslyons, por ejemplo, veía el reconocimiento de méritos como algo loable, pero se quejaba amargamente de las normas que establecía la Academia:

Que me gusta ver una sociedad de Gente de Letras saldar un deber tan indispensable, y no sufrir que un olvido odioso borre el recuerdo de los trabajos más memorables. Pero cuando ella me fuerza a admirar el celo que la distingue, por qué es necesario que yo esté al mismo tiempo obligado a gemir sobre unos estatutos absurdos, que, imponiéndole [a la Academia] la necesidad de someter las obras destinadas al concurso, a la censura de la Sorbona, coloca a los autores en la imposibilidad de escribir un Elogio con la libertad y la verdad que él exigiera. Sólo puedo añadir aquí mis arrepentimientos a aquellos que un hombre célebre hizo escuchar antes que yo. Como él, yo honro una Compañía donde reside el genio; como él, hago votos por la destrucción de una servidumbre, que pone grandes obstáculos a los progresos de los conocimientos humanos.⁵⁰

The Year of the Terror in the French Revolution (Princeton, 1973), 192-197". En el expediente señalado por el autor no existe información relacionada con este asunto, mientras que en el correspondiente al concurso de 1779 no hay ningún indicio de Hérault de Séchelles como ganador del *accessit*. De hecho, el acta de resolución del concurso indica que nadie obtuvo el *accessit* y que la mención se otorgó a un autor que permaneció anónimo. Cfr. AIF, A 12 (Acta de resolución). Aún si se omite esta confusión entre *accessit* y *mention*, al hacer las comparaciones pertinentes el manuscrito galardonado con la mención honorífica no es equiparable al impreso atribuido a Hérault de Séchelles. Cfr. AIF, A12 (Éloge N° 12) y [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...* He consultado al profesor Caradonna para corroborar la información, pero pese a su amable colaboración no hay elementos que me permitan seguirlo en su afirmación. Le agradezco su ayuda, aunque todo apunta a que siguió lo dicho por Palmer, cuya referencia no he podido verificar. Pese a todo, encontré dos menciones de esta atribución en las *Mémoires secrets...* La primera, en la entrada del 26 de agosto de 1779, en la cual no se proporciona una razón que avale lo dicho; al contrario, se habla del *accessit*: "No se nombró al candidato que tuvo el *Accessit*; pero es seguro que es M. Hérault de Séchelles, joven abogado del Rey, quien deseó no ser conocido." [« On n'a point nommé le candidat qui a eu l'*Accessit* ; mais il est certain que c'est M. Hérault de Séchelles, jeune avocat du Roi, qui a désiré n'être pas connu. »]. *Mémoires secrets...*, t. XIV, p. 165. La otra, del 5 de julio de 1780, es menos explícita: "[...] M. abogado del Rey Haynault, ya conocido por un *Éloge de l'abbé Suger*, quien tuvo el *Accessit* del premio de la Academia francesa en la sesión pasada de San Luis [...]" [« (...) M. l'avocat du Roi Haynault, déjà connu par un *Éloge de l'abbé Suger*, qui eût l'*Accessit* du prix de l'Académie française à la séance de la Saint Louis dernière (...) »]. *Mémoires secrets...*, t. XV, p. 212, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6531678k> (consulta: 28 de junio de 2016).

⁵⁰ « Que j'aime à voir une société de Gens de Lettres s'acquitter d'un devoir si indispensable, & ne point souffrir qu'un oubli odieux efface le souvenir des travaux les plus mémorables. Mais lorsqu'elle me force d'admirer le zèle qui la distingue, pourquoi faut-il que je sois en même-temps obligé de gémir sur des statuts

En estas palabras se alababa la digna tarea emprendida por la corporación, pero de igual forma no podían soslayarse las restricciones “absurdas” de ésta. Al igual que otros de sus congéneres, al desconocer las reglas impuestas por la Academia, el barón Deslyons quería darse ciertas libertades como no someter su texto a la censura de los doctos de la Sorbona. Con ello pretendía escapar a la jurisdicción letrada de los académicos y evitar la corrección política que estos establecían. Las ideas ajenas a los estándares de la Academia podían ser señaladas y severamente reprendidas, por no decir que eran motivo de repulsa y causa suficiente para perder el premio.⁵¹ Por esta razón, este autor hacía un llamado para levantar la voz, esta vez desde el lugar de un simple ciudadano:

[...] Es entonces en el presente que está permitido disputarse el favor de mejor celebrar al gran Hombre que fue la gloria del siglo doce. [...] Osemos elevar también nuestra débil voz; osemos pronunciar algunas palabras en alabanza de Suger; y si el homenaje que le ofrecemos no es el de un Orador, será al menos el de un Ciudadano que no conoce ni la debilidad, ni el interés, ni el temor.

Dejamos a otros el cuidado de disputarse la corona que la Academia va a adjudicar; sólo aspiramos a la aprobación pública, y sólo buscamos hacer pasar en las almas un destello de virtudes del gran Hombre que reverenciamos.⁵²

Este deber cívico al cual aspiraba el barón Deslyons es probable que haya sido el mismo de aquellos anónimos concursantes cuyo papel sellado enunciaba simplemente *un citoyen*. Por otro lado, no deja de sorprender en él que pese a honrar la labor de la

absurdes, qui, en lui imposant la nécessité de soumettre les ouvrages destinés au concours, à la censure de la Sorbonne, mettent les Auteurs dans l'impossibilité d'écrire un Eloge avec la liberté & la vérité qu'il exigeroit. Je ne puis qu'ajouter ici mes regrets à ceux qu'un homme célèbre a fait entendre avant moi. Comme lui j'honore une Compagnie où réside le génie ; comme lui, je forme des vœux pour l'anéantissement d'une servitude, qui met de grands obstacles aux progrès des connoissances humaines. » *Éloge historique de Suger, abbé de St. Denis, ministre d'état et régent du royaume sous le règne de Louis le Jeune*, [par le baron Deslyons], Liège, [s. n.], 1779, p. 4-5.

⁵¹ Por supuesto, Deslyons no menciona que también los impresos eran sometidos a censura, pues requerían de una aprobación para ser publicados. Por citar un ejemplo de los no concursantes, el texto atribuido a Hérault de Séchelles cuenta al final con el aval para su publicación con fecha 3 de septiembre de 1779. Cfr. [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 38. Sobre el proceder cotidiano de los censores, véase Darnton, *Censors at Work...*, p. 23-49.

⁵² « [...] C'est donc à présent qu'il est permis de se disputer l'avantage de mieux célébrer le grand Homme qui fut la gloire du douzième siècle. [...] Osons élever aussi notre foible voix ; osons prononcer quelques mots à la louange de Suger ; & si l'hommage que nous lui offrons n'est pas celui d'un Orateur, il sera du moins celui d'un Citoyen qui ne connoit ni la foiblesse, ni l'interêt, ni la crainte. « Nous laissons à d'autres le soin de se disputer la couronne que l'Académie va décerner ; nous n'aspirons qu'au suffrage public, & nous ne cherchons qu'à faire passer dans les ames une étincelle des vertus du grand Homme que nous révérans. » [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 5-6.

Corporación, la descalificase. El ideal académico del orador era puesto en entredicho cuando se alababan las cualidades de ese ciudadano modelo. Invirtiendo la fórmula de Deslyons uno podía decir que el orador era débil, interesado y temeroso.

De esta forma, la Academia no era digna de reconocimiento y por eso Deslyons, como muchos otros, depositaba su confianza en un juez distinto: el público. A este ente colectivo y difuso se le creía capaz de reflexión y criterio correctos, lo necesario para admirar una buena obra; se trataba de “una instancia de crítica estética” que en teoría rompía el monopolio de las autoridades tradicionales como las cortes, las academias y los expertos.⁵³ Por esta razón, se depositaba en aquél las esperanzas de ser verdaderamente escuchados, las cuales habían sido defraudadas por otros actores sociales. Sin embargo, también era claro que no todos eran incluidos en ese grupo, pues la discusión política estaba al alcance de unos cuantos, quienes tenían los conocimientos necesarios y que integraban la República de las Letras. En este sentido, uno puede apreciar a qué clase de ciudadanos arengaba el barón Deslyons.

Lo interesante de todo esto es que ya desde principios de la década de 1770, la opinión pública era considerada como una corte de justicia, cuya autoridad igualaba cualquier otra. De hecho los académicos compartían esta visión. Por ejemplo, cuando Malesherbes ingresó a la Academia Francesa en 1775 dejó muy claro que:

Se ha erigido un tribunal independiente de todos los poderes y al que todos los poderes respetan, que aprecia el talento, que dictamina acerca de todas las personas de mérito. Y en un siglo ilustrado, en un siglo en el que cada ciudadano puede hablar a la nación entera por medio de la prensa, quienes tienen el talento de instruir a los hombres y el don de conmooverlos, los hombres de letras en una palabra, son en medio del público disperso lo que eran antes los oradores de Roma y de Atenas en medio del público reunido.⁵⁴

⁵³ Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, trad. de Beatriz Lonné, Barcelona, Gedisa, 1995, p. 35.

⁵⁴ Malesherbes, *Discours prononcé dans l'Académie Française le jeudi 16 février [1775] (Paris, 1775)*, p. 5, citado en Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII...*, p. 43-44. Cfr. Mona Ozouf, “‘Public Opinion’ at the End of the Old Regime”, *The Journal of Modern History*, The University of Chicago Press, Chicago, vol 60, Supplement: Rethinking French Politics in 1788, September, 1988, p. S1-S21, <http://www.jstor.org/stable/1880368> (consulta: 2 de diciembre de 2013), la cita de Malesherbes se encuentra en p. S9.

Tal y como lo ha señalado Roger Chartier, en las palabras de Malesherbes se expresaban las nuevas características de los jueces, que iban más allá de la jurisdicción ordinaria. Al no depender idealmente de un poder (un príncipe, por ejemplo) sus sentencias se apreciaban como libres y adquirirían una fuerza sorprendente. “Erigir así en magistrados de un tribunal ideal y supremo a los hombres de letras equivalía a transferir a su favor la legitimidad, fundamentalmente judicial, de todos los poderes tradicionales, comenzando por los del rey y los del parlamento.”⁵⁵

Por ello, vemos que cuando apelaban al público, esta clase de autores ponía en marcha tres estrategias muy definidas: 1) dar un valor universal a una causa particular (la obligación impuesta por la Academia que Deslyons elevó a una tarea de todos); 2) quebrantar el secreto del proceso judicial y mostrarlo ante los demás (revelar la censura académica de los elogios y lo perverso que era para la expresión libre); y 3) emplear un estilo de escritura propio de los relatos de moda, que se nutrían del melodrama y del uso de la primera persona del singular (los reclamos amargos, los homenajes y votos hechos por Deslyons a nombre propio).⁵⁶

Alguien como Égide de Lespinasse de Langeac, quien pretendía ir a contracorriente al escribir no un elogio sino una sátira de Suger, empleaba las mismas estrategias. Según el autor, primero intentó elogiar al abad, para inmediatamente darse cuenta de que había perdido el tiempo, pues en realidad desde el principio debió emprender la “crítica” del personaje. Al percatarse de ello, Lespinasse de Langeac reconsideró su propio trabajo:

[...] el hombre no teniendo de libre, aquí, más que su opinión, yo no podía resolverme a alabar lo que debía condenar. [...] Pensaba, que, sin herir a la Academia, de la cual respeto el Conjunto, y de la cual varios Miembros me son queridos, podría pintar a Suger con semejanza. En efecto, en la elección de los Temas que la Academia adopta y propone, es de presumir, que ella tiene menos intención de honrar la ceniza de los Muertos mediante elogios que ellos ya no entienden, que de iluminarnos mediante sus acciones: ojalá que de

⁵⁵ Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII...*, p. 44.

⁵⁶ El desarrollo de estas estrategias se encuentra en Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII...*, p. 48: “La universalización de lo particular, la publicación de lo secreto, la ‘ficcionalización’ del discurso: estos son los recursos que permiten a los abogados apelar a la opinión y, al hacerlo, pretender ser sus intérpretes autorizados.”

estas acciones se haga nacer verdades que instruyan, ¿qué importa que su marco sea un Elogio o una Sátira?⁵⁷

Con el sarcasmo que caracteriza en general a este texto, Lespinasse de Langeac ridiculizaba tanto la autoridad como el propósito de sus “queridos” y “respetados” académicos. Al revertir el orden e impulsar una sátira de un Gran Hombre, este autor buscaba hacerse notar y resaltar por sobre todos los que publicaban elogios: elevar su intento particular al nivel de lo general y con ello ganar la partida. En él como en tantos más había la vanidad de quien ejercía el oficio de las letras y buscaba el aplauso.

En este sentido, Lespinasse de Langeac nos recuerda a los personajes literarios de la época, en especial al posterior Vizconde de Valmont en *Las amistades peligrosas* (1782), pues:

[...] con un nombre ilustre, una gran riqueza, y muchas cualidades amables, [el señor de Valmont] ha conocido muy pronto que, para dominar en la sociedad, basta saber manejar con igual destreza el elogio y la sátira. Nadie le aventaja en ambas cosas; seduce con la una y se hace temer con la otra. Ninguno le estima, pero todos le acarician. Así vive, en medio de un mundo que, más prudente que atrevido, quiere más bien contemplarle que combatirlo.⁵⁸

En esta novela epistolar de Choderlos de Laclos se halla caracterizado con notable maestría un mundo del prestigio y del honor, de la fama y el reconocimiento, de la intriga y del disimulo; aspectos cotidianamente vividos por el autor y que atestiguan tanto el valor como la banalidad de la reputación.

Estos esfuerzos en pos de la admiración pública –al grado de ser motivo de devoción– eran un objetivo compartido por todos. En su *Aviso* al lector, M. de Laussat expresaba elocuentemente este interés personal que encauzaba su actividad literaria:

⁵⁷ « [...] l’homme n’ayant de libre, ici, que son opinion, je ne pouvois me résoudre à louer ce qu’il falloit blâmer. [...] Je pensai, que, sans blesser l’Académie, dont je respecte l’Ensemble, & dont plusieurs Membres me sont chers, je pourrois peindre Suger avec ressemblance. En effet, dans le choix des Sujets que l’Académie adopte & propose, il est à présumer, qu’elle a moins intention d’honorer la cendre des Morts par des éloges qu’ils n’entendent plus, que de nous éclairer par leurs actions : pourvû que, de ces actions on fasse naître des vérités qui instruisent, qu’importe que leur cadre soit un Éloge ou une Satyre ? » [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 3-4.

⁵⁸ Pierre Ambroise Choderlos de Laclos, *Las amistades peligrosas* [1782], prefacio de Gabriel Ferrater, Barcelona, Seix Barral, 1968, carta XXXII, p. 80.

Este Discurso estaba destinado a la Academia, de la cual la aprobación me habría halagado. Aquel que me preguntara por qué no he concursado, o por qué, no concursando, me hago imprimir, no valdría mucho la pena que me pusiera a responderle. Si la Obra me merece algunos ánimos, procuraré justificarlos un día; si sólo me atrae críticas que mortifican, creería aún no haber comprado demasiado caro el favor de aprender a apreciarme.⁵⁹

Lo dicho por De Laussat manifestaba la influencia de la Academia –la cual lo llevó a escribir un elogio sobre Suger– y su deseo tanto de apartarse de ella como de ser valorado por todos los demás. Sus palabras eran igualmente una burla para sus lectores: ¡Los de entonces y los de ahora se quedan con un palmo de narices respecto de las intenciones de este autor! Pero para el historiador actual, su cinismo tiene la peculiar forma de la ironía, pues aunque De Laussat buscaba ocultar sus razones para escribir, su *Aviso* muestra la desbordada confianza en la posteridad, al par de la vanagloria inspiradora de sus aventuras en el combate *savant*. Después de todo, quizá no haya comprado muy caro –sólo dos siglos y fracción– el favor de aprender a apreciarlo.

Por lo demás, este anhelo por ser el centro de atención es moneda corriente entre los concursantes y no concursantes, aunque en los últimos es más fácil identificarlo. De Chasteler es explícito respecto a ello, incluso desde que habla de sí mismo en tercera persona:

[...] *Mr. G. M. D. C. creyó deber aprovecharse del momento, donde la Francia tenía los ojos fijos sobre este gran Hombre, para hacer público el Elogio histórico que ha compuesto: si no lo envió a la Academia Francesa para el concurso, es que siente hasta qué punto un Extranjero está lejos de poder alcanzar esa perfección de estilo, que uno de los Miembros más elocuentes de la Academia Francesa mira con razón como el objeto principal de esta Compañía.*⁶⁰

⁵⁹ « CE Discours étoit destiné à l'Académie, dont le suffrage m'auroit flatté. Celui qui me demanderoit pourquoi je n'ai pas concouru, ou pourquoi, ne concourant pas, je me fais imprimer, ne vaudroit guères la peine que je me donnerois de lui répondre. Si l'Ouvrage me mérite quelques encouragemens, je tâcherai de les justifier un jour ; s'il ne m'attire que des critiques mortifiantes, je croirai encore n'avoir pas acheté trop cher l'avantage d'apprendre à m'apprécier. » [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, Genève, [s. n.], 1779, « Avertissement », [p. 2].

⁶⁰ « [...] *Mr. G. M. D. C. a cru devoir profiter du moment, où la France avoit les yeux fixés sur ce grand Homme, pour rendre public l'Éloge historique qu'il a composé : s'il ne l'a pas envoyé à l'Académie Française pour le concours, c'est qu'il sent combien un Etranger est loin de pouvoir atteindre à cette perfection de style, qu'un des Membres les plus éloquents de l'Académie Française regarde avec raison*

Con los reflectores sobre Suger, De Chasteler no desaprovechó la oportunidad de subir al escenario y exponerse ante otros, si bien con cierta reserva. Este autor reconocía la “perfección de estilo” que caracterizaba el criterio de los jueces de la corporación, la cual era demandada a cualquiera que se atreviera a participar del certamen de elocuencia. De Chasteler implícitamente argumentaba que aquella perfección en el uso de la lengua sólo correspondía a los franceses y que al no pertenecer a esta nación (era un “extranjero”), su intento estaba condenado al fracaso. Así, de manera tácita se aludía a una dicotomía entre lo civilizado y lo bárbaro, entre lo “francés” y lo “extranjero”, donde la Academia daba la última opinión. La retórica de De Chasteler trasluce el problema: en ella se aprecia un tono de amargura capaz de conmover al lector mediante un sentimiento compartido de exclusión. Sin embargo, pese al temor de no hallarse en posesión de una lengua como la francesa, el autor fundaba también dicha empatía en un anhelo: al final había decidido lanzar su texto a un público, cuyos rasgos evocaban a un sujeto mucho más condescendiente, receptivo y comprensivo que la rígida corporación académica.

Sorprendentemente, este carácter extranjero lo vemos aparecer en el texto de Hérault de Séchelles; esta vez desde otra perspectiva y con el fin de aclarar al lector por qué el elogio no participó del *Prix d'Éloquence*, pero sí de la opinión pública en general:

Este Discurso no fue presentado a la Academia Francesa; circunstancias extranjeras a la Literatura, no permitieron al Autor ponerlo a Concurso. Su propósito, haciéndolo aparecer, no es luchar contra M. Garat, cuya Obra merece, en todas las clases de títulos, la corona que ha obtenido; él [el Autor] sólo quiso ensayar sus fuerzas, ¡feliz si la indulgencia se digna a sonreír a sus esfuerzos!⁶¹

A la vanidad acostumbrada se suma en estas frases uno de los aspectos más importantes para entender las fuentes que sustentan este trabajo: el combate. Aunque sea mediante la negación, Hérault de Séchelles da a entender lo que estaba en juego al poner

comme l'objet principal de cette Compagnie. » Éloge historique de Suger, abbé de Saint-Denis, régent du royaume sous le règne de Louis VII, dit le Jeune, Roi de France, par G. M. D. C. [De Chasteler], Amsterdam, 1779, « Avertissement », [p. 2].

⁶¹ « Ce Discours n'a point été présenté à l'Académie Française ; des circonstances, étrangères à la Littérature, n'ont pas permis à l'Auteur de le mettre au Concours. Son dessein, en le faisant paroître, n'est point de lutter contre M. Garat, dont l'Ouvrage mérite, à toutes sortes de titres, la couronne qu'il a obtenue; il n'a voulu qu'essayer ses forces, heureux si l'indulgence daigne sourire à ses efforts! » [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 5, n. (*).

sobre la palestra un elogio. En general, al tener como pretexto un mismo tema, todos los escritos se confrontaban entre sí como “atletas” de una olimpiada griega.⁶² No obstante, había campos muy definidos de la lucha, empezando por el concurso de elocuencia y la opinión pública. En ambos se aprecia la búsqueda del reconocimiento y la fama, aunque lo que podía obtenerse en cada uno era un tanto distinto: en uno, una medalla de oro; en otro, una exorbitante reputación. Lo importante radicaba en la acción de elevarse: al encumbrar a un Gran Hombre también se buscaba el propio ascenso. El hecho de que Hérault de Séchelles no hubiera podido medir sus fuerzas con los *concurrents*, por razones ajenas a las estrictamente literarias (¿cuáles?), era una muestra de una oportunidad perdida. Como si se tratase de un niño a quien sus padres no le han permitido salir a jugar hasta no ver terminados sus deberes, el autor se lamentaba ante sus amigos justificándose por su demora. En este sentido, si el manuscrito existía y no alcanzó su destino, el impreso garantizó el arribo –tarde pero seguro– a la arena de combate y dio a Hérault de Séchelles una nueva oportunidad de enaltecerse.

Pero a esta y otras excusas, también podían sumarse objetivos más particulares y a la vez complejos relacionados con una encarnizada rivalidad: tener la razón sobre una cuestión determinada, o bien, refutar un texto en concreto y con ello minar el prestigio de alguien más en beneficio propio. Es el caso de Louis-Pierre de Saint-Martin, quien lanzó sus dardos directo a la cabeza del abad D’Espagnac sin siquiera referir su nombre:

Escritas [las *Réflexions*...] con calor, ¿lo fueron con imparcialidad? Concediendo al Autor la gloria del Escritor elocuente; ¿le podemos conceder también la de Escritor verídico? Desconocido en la República de las Letras, me atrevo a atacar un rival cuyos primeros pasos se anunciaron con esplendor. Sería temerario de mi parte pretender igualarlo en

⁶² En un brevísimo comentario anónimo sobre el *Éloge de Michel de l’Hôpital* de M. Doigny, se alude a este símil griego de competencia: “M. Doigny es uno de los atletas más constantes para los premios Académicos. No mereció todavía este año más que una mención honorífica de la Academia. Hay que esperar que a fuerza de luchar y combatir, conseguirá por fin la corona tan deseada.” [« M. Doigny est un des athlètes les plus constans pour les prix Académiques. Il n’a mérité encore cette année qu’une mention honorable de l’Académie. Il faut espérer qu’à force de lutter & de combattre, il parviendra enfin à la couronne si désirée. »] « IV. *Éloge de Michel de l’Hôpital*...par M. Doigny », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-septième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 10 Septembre 1777, p. 147, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6525923m> (consulta: 19 de marzo de 2015).

elocuencia, pero al menos la verdad que le opongo, me da una ventaja infinitamente más halagadora.⁶³

Encontramos en este pasaje la distinción entre elocuencia y verdad, donde esta última tenía la preeminencia y es la que a final de cuentas designaba al vencedor de la disputa particular. Pero hay que recordar siempre la fuerza persuasiva de la palabra, la cual en un concurso de oratoria era vital. Por ello, elocuencia sin veracidad era retórica vacía, mientras que verdad sin locuacidad podía convertirse en una aburrida lección carente de sentido.

Por otra parte, el blanco de los ataques de De Saint-Martin, el abad d'Espagnac, canónigo de la iglesia de París, compartía muchos de los valores que hemos enunciado hasta ahora. En su *Aviso* al lector dice lo siguiente:

*Habiéndome determinado, por razones particulares, a someter al juicio del Público estas Reflexiones, que no debían en primer lugar ser más que para mi amigo, no temí posponer, hasta el presente, para ponerlas al día: la pequeña vanidad de aparecer al mismo tiempo que las otras Obras, que aparecieron sobre el mismo tema, hizo vacilar ante mis ojos el placer de asegurarme la verdad. No tengo necesidad de advertir Señores, Religiosos de S. Denis, que mi intención no es hacer la sátira de su Congregación; si hubiese querido pintar la Abadía de S. Denis, tal y como se le ve hoy, le hubiese hecho el elogio; la Congregación de S. Mauro es demasiado querida en la República de las Letras, para que no me haga, en todo momento, un deber de respetarla.*⁶⁴

⁶³ « Ecrites [les *Réflexions*...] avec chaleur, que ne le sont-elles avec impartialité ? En accordant à l'Auteur la gloire d'Ecrivain éloquent ; que ne pouvons-nous lui accorder aussi celle d'Ecrivain véridique ? Inconnu dans la République des Lettres, j'ose attaquer un rival dont les premiers pas se sont annoncés avec éclat. Il seroit téméraire de ma part de prétendre l'égaliser en éloquence, mais du moins la vérité que je lui oppose, me donne un avantage infiniment plus flatteur. » [Louis-Pierre de Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, par M. l'Abbé ***, Avocat en Parlement, Paris, Chez les Marchands de Nouveautés, 1780, p. 4, <https://books.google.es/books?id=9MYWAAAAQAAJ&hl> (consulta: 14 de diciembre de 2015).

⁶⁴ « M'ETANT déterminé, par des raisons particulieres, à soumettre au jugement du Public ces *Réflexions*, qui ne devoient d'abord être que pour mon ami, je n'ai pas craint de différer, jusqu'à présent, à les mettre au jour : la petite vanité de paraître en même-tems que les autres Ouvrages, qui ont paru sur le même sujet, n'a pu balancer à mes yeux le plaisir de m'assurer de la vérité. Je n'ai pas besoin d'avertir Messieurs les Religieux de S. Denis, que mon intention n'est pas de faire la satyre de leur Congrégation ; si j'eusse voulu peindre l'Abbaye de S. Denis, telle qu'on la voit aujourd'hui, j'en eusse fait l'éloge ; la Congrégation de S. Maur est trop chere à la République des Lettres, pour que je ne me fasse pas, en tout tems, un devoir de la respecter. » *Réflexions sur l'Abbé Suger et son siècle*, par M. l'abbé D'Espagnac, Chanoine de l'Église Metropolitaine de Paris, & Vicaire General de Sens, Londres, [s. e.], 1780, « Avertissement », [s. p.], <https://books.google.com.mx/books?id=uxs7AAAACAAJ&hl> (Consulta: 14 de diciembre de 2015).

Este abad también estaba seducido por la idea de ver su texto junto a otros tantos acerca del mismo tema y salir airoso con la verdad entre las manos. Igualmente, se puede interpretar que había un conflicto colectivo importante con sus contemporáneos religiosos (por ello la mención a la Congregación de San Mauro, ante la cual se disculpa de antemano por lo que ha escrito). Muy al estilo de Lespinasse de Langeac, D'Espagnac no dudó en apelar al “respeto” que le profesaba a aquella, y menos aún de “encarecer” su papel dentro de la República de las Letras, aunque al final haya plasmado ideas contrarias a esta cortesía previa, todo para avivar aún más el fuego de la polémica.

Los mauristas, fundados en tiempos de Richelieu en el siglo XVII, innovadores en el desarrollo de los estudios históricos bajo el impulso de Jean-Gregoire Tardieu, gozaron a lo largo del siglo XVIII de un prestigio que fue desgastándose con el correr de los años.⁶⁵ Así, cuando D'Espagnac lanzó su crítica vedada a la congregación, en realidad evidenció a una corporación extenuada ya sin lustre. Pese a lo que pueda decirnos el autor, se aprecia en sus palabras que el deber de respetar a la congregación benedictina tenía cada vez menos fundamento. La sensación placentera experimentada por él al poseer la verdad es justo lo que le oponía a los mauristas, quienes durante más de un siglo se arrogaron los derechos sobre ese placer mediante una serie de trabajos eruditos sin precedentes. En él vemos la reacción de quien creía vencer a un célebre pero veterano combatiente.

Esta clase de invectivas no solo se dirigía a los miembros de la Iglesia, sino también a los que conformaban la nueva manera de pensar del siglo. Las luces y su *philosophie* fueron también el blanco de los elogiadores. El abad Jumel es quizá el mejor ejemplo. Según él, aunque Suger era con frecuencia objeto de admiración y pocas veces reprendido, para “la nueva filosofía, merece apenas un recuerdo, porque fue Monje, y quizá incluso porque fue Cristiano. Este es el fallo que pronunciaron los bellos espíritus, y que la moda vuelve irrevocable.”⁶⁶

⁶⁵ Sobre la Congregación benedictina de San Mauro, desde el punto de vista del desarrollo de la investigación histórica, véase la primera parte del libro de Blandine Barret-Kriegel, *Les Historiens et la Monarchie III: Les Académies de l'histoire*, Paris, Presses Universitaires de France, 1988, p. 19-167.

⁶⁶ « DE SUGER, ce Ministre si souvent digne d'éloges, rarement répréhensible, mais qui, selon la nouvelle philosophie, mérite à peine un souvenir, parce qu'il fut Moine, & peut-être même parce qu'il fut Chrétien. C'est l'arrêt qu'ont prononcé les beaux esprits, & que la mode rend irrévocable. » Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 1-2.

Aunque la frase puede considerarse una argucia retórica, no puede negarse que el texto de Jumel respira de un extremo al otro del altercado contra la filosofía ilustrada, a quien le disputa el derecho de atribuirse la última palabra en materia histórica. Porque como lo diría este abad: “Desde que la nueva Filosofía trata la Historia como déspota, ya no se encuentra ahí la verdad.”⁶⁷

En este sentido, jamás debemos olvidar que la disputa por la verdad, los ataques directos o indirectos a los contrarios, la vanidad y el apelar a un público, no eran exclusivos de los no concursantes. Para usar las palabras de Jumel, se trataba de una “moda”. Todos, en mayor o menor medida, se hacían eco de estos mismos valores, aunque la voz de reclamo nos parezca más fuerte en este grupo de no participantes.

Un *concurrent* como Delamalle, abogado en el Parlamento, era igualmente capaz de exigir mayor rigor en las pruebas por la verdad y a la vez dirigir un enfático embate contra el anónimo Lespinasse de Langeac. En efecto, advirtiendo al lector, Delamalle contaba cómo optó por imprimir su elogio de Suger, algo que jamás habría soñado de no ser porque:

[...] me cayó entre las manos un escrito satírico, distribuido clandestinamente, intitulado, *Suger, Moine de Saint-Denis*: esta pieza anónima respira de un extremo al otro el furor del odio y la mala fe de la envidia; este Ministro [Suger] es pintado allí como un bribón, un bárbaro; un hombre a la vez cobarde y cruel; concibo cómo el gusto del epigrama, de los resentimientos personales y el deseo de la venganza inspiran una sátira; cómo, queriendo hacer lo que se llama una obra punzante (*piquant*), se escogiera por objeto de sus sarcasmos, un Escritor célebre, o un hombre establecido; pero no puedo comprender que el ansia de singularizarse, determine a acumular injuria sobre injuria, falsedad sobre falsedad, para envilecer a un Ministro muerto desde hace seiscientos años: ¿Es a Suger, es a los Monjes, es a la Academia Francesa que el Autor quiere envilecer? No desenredo sus motivos: si creyó que era útil desengañar a la nación abusada, y de tachar de nuestros anales un hombre que usurpaba los honores debidos al genio y a la virtud; ¿por qué ocultarse? Era necesario hacer justicia claramente, nombrarse y citar sus autoridades [...] ⁶⁸

⁶⁷ « Depuis que la nouvelle Philosophie traite l’Histoire en despote, on n’y trouve plus la vérité. » Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 22.

⁶⁸ « [...] il me tomba entre les mains un écrit satirique, distribué sous le manteau, intitulé, *Suger, Moine de Saint-Denis* : cette pièce anonyme respire d’un bout à l’autre la fureur de la haine & la mauvaise foi de la jalousie ; ce Ministre y est peint comme un fourbe, un barbare ; un homme à la fois lâche & cruel ; je conçois

En el alegato de Delamalle sobresalen las razones por las cuales la sátira de Lespinasse de Langeac puede formar parte del grupo de los elogios. Ella era el perfecto contrapunto de este género y lo complementaba al definir vía negativa los atributos del Gran Hombre, pero más aún, ella surgía de la misma serie de valores que compartían los elogiadores. Sin embargo, había un límite que no podía cruzarse: la injuria y la falsedad. Por esta razón, Delamalle concebía como entendible que alguien llevado por el resentimiento o por el ánimo de sobresalir pudiera escribir una sátira; mientras le resultaba incomprensible una persona que elaboraba un texto lleno de mentiras. En él vemos además un sentido del honor que exigía conocer a su oponente y garantizar la igualdad de circunstancias. Desde esta perspectiva, el anonimato era el recurso de quienes no podían mantener su palabra con pruebas y por tanto, debían esconder el rostro.

En calidad de abogado, Delamalle buscaba elevarse sólo mediante la verdad y perfilar así una arena de combate donde debía figurar no sólo la exposición clara y elocuente, sino también los testimonios. En esta visión jurídica quien estuviera mejor armado sería el justo vencedor de la contienda. Así lo pensó Delamalle cuando exigió al autor de la sátira sus pruebas, porque en su opinión, cualquiera que hubiera leído “los monumentos históricos originales” a la manera de un “juez imparcial” no emprendería la condena de Suger.⁶⁹ El desafío a duelo del leguleyo quedaba asentado:

[...] que él [el autor de la sátira] no se sorprenda si denunció su obra como una sarta de mentiras; y para definir las ideas sobre este objeto, proporcionaré enseguida del discurso los artículos principales sobre los cuales él está invitado a citar sus autoridades; colocaré en oposición los pasajes, fielmente extraídos, de los monumentos históricos que tienen alguna

comment le goût de l'épigramme, des ressentimens personnels & le désir de la vengeance inspirent un satire ; comment, voulant faire ce qu'on appelle un ouvrage piquant, on choisit pour objet de ses sarcasmes, un Écrivain célèbre, ou un homme en place ; mais je ne puis comprendre que l'envie de se singulariser, détermine à accumuler injure sur injure, fausseté sur fausseté, pour avilir un Ministre mort depuis six cents ans : est-ce à Suger, est-ce aux Moines, est-ce à l'Académie Française que l'Auteur en veut ? Je ne démêle point ses motifs : s'il a cru qu'il étoit utile de détromper la nation abusée, & de rayer de nos annales un homme qui usurpoit les honneurs dûs au génie & à la vertu ; pourquoi se cacher ? Il falloit faire justice hautement, se nommer & citer ses autorités [...] » *Éloge de Suger, ministre et régent du royaume, en réponse à la satire intitulée « Suger, moine de Saint-Denis »*, par M. Delamalle, Avocat au Parlement, Amsterdam, Lottin le jeune/ Merigot le jeune/ Demonville, 1780, « Avertissement », p. iii-iv, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57880419> (consulta: 27 de octubre de 2015).

⁶⁹ Delamalle, *Éloge de Suger...*, « Avertissement », p. ix.

relación con aquellos de la sátira, y terminaré con algunas observaciones sobre los errores que se le imputan más generalmente a Suger.⁷⁰

En efecto, la publicación cuenta al final con un apartado de “Extractos y Notas” en el que Delamalle intentaba desenmascarar “la mala fe” del autor de la sátira. De ésta citaba algunos pasajes e inmediatamente le oponía uno tomado de esos monumentos originales “para mostrar hasta qué punto se ha abusado de ellos.”⁷¹

Por supuesto, no todos seguían el parecer de Delamalle, incluso para discutir abiertamente con otro escritor, pero el reclamo de la ausencia de autoridades permite pensar en cómo los concursantes y no concursantes elaboraron sus textos. En otras palabras, ¿cuáles fueron las fuentes consultadas por ellos y cómo las leyeron?

Los “monumentos originales” para la historia de Suger

Rastrear en los elogios sobre Suger una serie de lecturas que los autores pudieron haber hecho para escribir sus textos no es cosa sencilla. Por un lado, implica esbozar el estado de los conocimientos acerca del abad del siglo XII durante los años del concurso; por el otro, se trata de centrar la discusión en cómo leían los autores sus fuentes. Sin embargo, emergen varias dudas: ¿Todos tuvieron acceso a los monumentos históricos? De ser así, ¿cuántos y

⁷⁰ «[...] qu'il [l'auteur de la satyre] ne s'étonne pas si je dénonce son ouvrage comme un tissu de mensonges ; & pour fixer les idées sur cet objet, je donnerai à la suite du discours les articles principaux sur lesquels il est invité de citer ses autorités ; je mettrai en opposition les passages, fidelement extraits, des monumens historiques qui ont quelque rapport à ceux de la satyre, & je terminerai par quelques observations sur les torts qu'on impute le plus généralement à Suger. » Delamalle, *Éloge de Suger...*, « Avertissement », p.

x.

⁷¹ Delamalle, *Éloge de Suger...*, « Extraits et Notes », p. 45-67. La cita del texto proviene de p. 45. Aquí también se encuentra desarrollado el procedimiento para hacer esta confrontación. Entre otras cosas, Delamalle señala que “cuando no citemos nada [en oposición al extracto de la sátira], es que esperaremos que se nos indique las fuentes de donde se obtuvo [la información]; y esperaremos mucho tiempo.” [« Lorsque nous ne citerons rien, c'est que nous attendrons qu'on nous indique les sources où on a puisé ; & nous attendrons longtemps »].

Un caso similar se encuentra en el texto atribuido a Louis-Pierre de Saint-Martin, quien critica abiertamente al abad D'Espagnac, citando un fragmento de las *Réflexions* de éste, para inmediatamente “refutarlo”. Sin embargo, De Saint-Martin no le opone ninguna prueba, más bien, simplemente señala su postura contraria y polemiza al respecto. Cfr. [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 16 s. En un ejemplo notable [p. 15, n. (b)], De Saint-Martin critica a D'Espagnac por no citar a los analistas antiguos, dando a entender que los conocía, ¡pero él tampoco los menciona!

en qué forma? En caso contrario, ¿qué otros medios les sirvieron para elaborar sus escritos? Finalmente, ¿qué se puede saber sobre cómo construyeron sus textos?

El recorrido de larga duración que he realizado en la introducción de este trabajo ya ha mostrado que, desde el siglo XII, se contaba con obras de corte histórico de las cuales se podía echar mano para hablar sobre Suger de Saint-Denis; muchas de ellas editadas desde fines del siglo XVI. Por supuesto, primero las fuentes originales.

De las obras de Suger, la *Vita Ludovici Grossi Regis* (c.1137-1145) fue editada por Pierre Pithou en el noveno tomo de su *Historiae Francorum Scriptores Veteres* (1596); mientras que François Duchesne hizo lo propio al integrarla en el cuarto volumen de la monumental *Historiae Francorum Scriptores Coetanei* (1641), que su padre André Duchesne había emprendido desde 1636.⁷²

Asimismo, el *Scriptum consecrationis ecclesiae sancti dionysii* (1144) fue incluido por Duchesne en su compilación, pero el manuscrito en que se apoyó este erudito estaba incompleto. La labor colectiva dirigida por Jean Mabillon restituyó las dos páginas faltantes del texto, cuando se le publicó nuevamente en los *Vetera Analecta* (1723), esta vez con base en un manuscrito proveniente de Saint-Victor.⁷³ No obstante, Michel Félibien ya había reproducido el *Scriptum consecrationis* como parte de las pruebas de su *Histoire de l'abbaye royale de Saint-Denys en France* (1706).⁷⁴

La *Gesta Suggestii Abbatis* (c. 1144-1149) o tratado sobre la administración de Suger, fue analizada por primera vez en la *Histoire de l'abbaye de S. Denys en France* (1625) de Jacques Doublet. Su publicación no se dio sino hasta 1641, cuando François

⁷² Sobre las ediciones de la *Vita Ludovici*, véase Henri Waquet, « Introduction », en Suger, *Vie de Louis VI le Gros*, éditée et traduite par Henri Waquet, Paris, Les Belles Lettres, 1929, p. XXIV-XXVI. Waquet señala a André Duchesne como el editor, pero en realidad, antes de su muerte este erudito sólo pudo ver realizados los dos primeros tomos. Su hijo François Duchesne tomó el relevo y llevó a la imprenta los volúmenes restantes.

⁷³ El manuscrito en que se basó Duchesne pertenecía en el siglo XVII a la colección de Claude Alexandre Petau; aquél que siguió Mabillon, provenía del siglo XV y después de la publicación de los *Vetera Analecta* se le consideró perdido, aunque hoy se sabe su localización. Véase Françoise Gasparri, « Introduction », en Suger, *Œuvres I : Écrit sur la consécration de Saint-Denis, L'Œuvre administrative, Histoire de Louis VII*, texte établi, traduit et commenté par Françoise Gasparri, Paris, Les Belles Lettres, 1996, p. LIX-LX.

⁷⁴ Gasparri, « Introduction », en Suger, *Œuvres I*, p. LX. Sobre la obra de Michel Félibien, su confección y estructura, véase Anne Lombard-Jourdan, « Archéologie d'un 'bel ouvrage'. *Histoire de l'abbaye royale de Saint-Denys en France* par Michel Félibien », en Anne Lombard-Jourdan, *Saint-Denis lieu de mémoire*, préface de Jean Rollin, Paris/Saint-Denis, Fédération des Sociétés Historiques et Archéologiques de Paris et de l'Île-de-France/PSD, 2000, p. 287-356.

Duchesne –siempre él– la incluyó en su recopilación de fuentes, reimprimiéndola en 1648, bajo el título de *Sugerii abbatis liber de rebus in administratio sua gestis*. Nuevamente, en 1706, Félibien la reprodujo, esta vez acompañándola de un comentario.⁷⁵

En cuanto al *De Glorioso Rege Ludovico, Ludovici filio* (c. 1137-¿?) también puede decirse que se conocía. Este texto que versa sobre la vida de Luis VII fue publicado por primera vez por Duchesne en la ya mencionada obra de 1641.⁷⁶ Sin embargo, hay que hacer notar que en aquél entonces se creía que toda la historia había sido elaborada por Suger, pues no fue sino hasta el siglo XIX que se precisó que sólo un fragmento de la misma correspondía a la autoría del abad. Lo anterior es importante, porque si vemos aparecer la referencia entre nuestros autores es muy probable que hayan tenido esta consideración para con el texto.

En cuanto a la serie de cartas y epístolas elaboradas por Suger, también eran relativamente accesibles y conocidas. La correspondencia del abad, la cual consta de veintiséis epístolas en latín redactadas por él, apareció en la *Historiae Francorum Scriptores Coetanei* de 1641. Para ello, Duchesne utilizó un manuscrito que pertenecía a los hermanos Dupuy y que actualmente está perdido. No obstante, es muy probable que el mismo documento haya sido consultado por Jean Baudoin, quien publicó un año antes su *Le ministre fidèle représenté sous Louis VI en la personne de Suger* (1640). En esta obra, además de caracterizar el actuar del abad, Baudoin realizó una tarea única, pues tradujo al francés cuarenta y seis epístolas –escritas por Suger y dirigidas a él.⁷⁷ Asimismo, Charles de Combault d’Auteuil dio a conocer parte de la correspondencia latina en su *Histoire des Ministres d’État* (1642). Mientras que E. Martène y V. Durand, en su *Thesaurus novus*

⁷⁵ Gasparri, « Introduction », en Suger, *Œuvres I*, p. LX-LXII.

⁷⁶ Gasparri, « Introduction », en Suger, *Œuvres I*, p. LXII-LXIV.

⁷⁷ Françoise Gasparri, « Les manuscrits, éditions et traductions », en Suger, *Œuvres II : Lettres de Suger, Chartes de Suger, Vie de Suger par le moine Guillaume*, texte établi, traduit et commenté par Françoise Gasparri, Paris, Les Belles Lettres, 2001, p. XXXV-XXXIX. Hasta la aparición de la edición de Gasparri, la de Baudoin tenía el honor de ser la única traducción al francés de la correspondencia de Suger. Por otro lado, Jean-Marie Le Gall ha señalado que la obra de Baudoin formaba parte de la literatura política que apoyaba a Richelieu y redefinía el ideal ministerial. De hecho, el libro estaba dedicado a él y aunque es cierto que Richelieu no fue abad de Saint-Denis, es significativo que después Mazarino y Retz sí lo hayan sido. Cf. Jean-Marie Le Gall, *Le mythe de Saint-Denis. Entre Renaissance et Révolution*, Paris, Champ Vallon, 2007, p. 466.

anecdotorum (1717), sacaron a la luz veintiuna epístolas que venían a complementar la edición de Duchesne.⁷⁸

Respecto de las cartas, éstas podían consultarse fácilmente en las obras de Doublet, Duchesne y Félibien.⁷⁹ De todas ellas, quizá la más célebre en la época haya sido la conocida como *Testament de Suger*. Redactada en junio de 1137, es decir, a la muerte de Luis VI el Gordo, la carta era considerada en el siglo XVII –aún lo es– como la expresión más fiel del pensamiento y personalidad del abad. El título con el cual era conocida, sin duda vinculaba este escrito a otro igualmente importante: el testamento elaborado por Richelieu. El lazo no es casual, pues el cardenal-ministro impulsó la figura de Suger en su época, lo cual indica que desde entonces existía una tradición que hace de este personaje del siglo XII un símbolo ligado a la conducción del gobierno.

Otra fuente disponible para la época, aunque no de la autoría de Suger, la constituía la *Vita Sugerii* (c. 1152), escrita por el padre Guillaume, quien fuera secretario del abad en el siglo XII. Este texto latino, que puede considerarse la primera biografía de Suger, fue editado por primera vez en la recopilación de Duchesne de 1638. Y más tarde apareció en la obra de Charles de Combault d'Auteuil de 1642. No obstante, dos años antes había sido traducida al francés, gracias al trabajo de Jean Baudoin. En vista de que se trataba de un testimonio contemporáneo al abad, esta *Vita* siempre aparecía junto a las obras de Suger. Por ello, aparte de los libros ya mencionados, figuró entre las pruebas que incluyó Michel Félibien a su historia de Saint-Denis.⁸⁰

Como vemos, había un repertorio de obras bastante amplio para quien estuviera interesado en la vida de Suger. En este sentido, el breve recuento de los textos nos muestra el gran trabajo de erudición que se había realizado desde el siglo XVII por quienes se interesaron en el pasado francés. Varios de los nombres mencionados (Pithou, Duchesne, Mabillon, los hermanos Dupuy, Baudoin) formaron parte de aquellos que se dedicaron con especial ahínco al estudio académico de la Edad Media; de quienes revaloraron lo que hasta

⁷⁸ Gasparri, « Les manuscrits, éditions et traductions », en Suger, *Œuvres II*, p. XXXVIII.

⁷⁹ Gasparri, « Les manuscrits, éditions et traductions », en Suger, *Œuvres II*, p. XXXIX-XLI.

⁸⁰ Gasparri, « Les manuscrits, éditions et traductions », en Suger, *Œuvres II*, p. XLII. Gasparri cae en contradicción al señalar que la edición más antigua es la de Charles de Combault d'Auteuil (1642) y luego que existe la de Duchesne de 1638, así como la traducción francesa de Baudoin de 1640.

entonces había sido un periodo marcado por el desprecio y proporcionaron a las generaciones futuras instrumentos básicos de comprensión histórica.⁸¹

Por otro lado, esta gama de textos también nos indica que, más allá de contar con las habilidades de lectura y escritura, varios de nuestros concursantes y no concursantes sabían latín. El aprendizaje de esta lengua era elemento básico para el acercamiento a las fuentes, aunque se contara igualmente con acceso a las pocas traducciones francesas. Sin embargo, pese a que esta habilidad fuera producto de la educación de entonces, no podemos afirmar que todos hayan sido perfectos latinistas ni que se adentraron al estudio directo de las fuentes. Falta averiguar entonces qué tanto de este repertorio fue explorado o si más bien predominaron ciertas lecturas secundarias que marcaron la tendencia en la interpretación.

El aparato crítico de los elogios: entre elocuencia y erudición

El mejor indicio para investigar sobre las lecturas de los elogiadores de Suger, lo ofrece la serie de notas (a pie, marginales o finales) que algunos de los autores nos dejaron. De los doce participantes del concurso, prácticamente siete tuvieron a bien realizar esta labor (¡Garat ni Delamalle entre ellos!), pero sus notas muchas veces no fueron sistemáticas y la mayoría no señalaban sus fuentes.⁸² Por su parte, de entre los ocho externos al certamen, cinco las usaron de forma muy disímil.⁸³

Y es que tal y como lo ha dicho Anthony Grafton, “en el siglo XVIII, la nota al pie histórica era una forma excelsa del arte literario.”⁸⁴ No es que anteriormente no hubiera – ella existía desde varios siglos atrás y había alcanzado su forma moderna en manos de

⁸¹ Sobre la atención prestada a los estudios medievales y la manera de llevarlos a cabo en el siglo XVII, véase Nathan Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century...*, p. 44-84.

⁸² Para esto véanse las observaciones hechas en la tabla de manuscritos al final de esta tesis. A quienes colocaron una sola nota al pie, como Garat, no los incluimos entre los siete elogios antedichos.

⁸³ Se trata del barón Deslyons, De Chasteler, De Laussat, el abad D’Espagnac y Louis-Pierre de Saint-Martin. Deslyons colocó sólo un par de notas; De Saint-Martin casi no cita y cuando lo hace refiere casi exclusivamente las *Reflexions* de D’Espagnac; De Chasteler ofrece breves notas con algunas indicaciones de sus fuentes; De Laussat y D’Espagnac fueron más prolijos, aunque este último proporciona más informaciones que el primero.

⁸⁴ Anthony Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición*, trad. de Daniel Zadunaisky, México, Fondo de Cultura Económica, 2015, p. 11. Grafton coloca como ejemplo sobresaliente al historiador Edward Gibbon.

Pierre Bayle⁸⁵ sino que las notas solían tener un objetivo distinto al de simplemente señalar un monumento histórico. Quienes no las incluían no las consideraban importantes en su elogio, pero aquellos que sí lo hicieron las empleaban además para añadir comentarios, críticas o reflexiones, los cuales apuntaban casi siempre hacia la polémica.

En este uso inconstante causa mayor interés el grupo de *concurrents* que tras la justa publicó su elogio. De los cinco, únicamente Garat siguió fiel a su texto y, en una decisión comprensible, lo mandó imprimir sin aumentar nada; de haberlo hecho, esto habría significado que su elogio carecía de lo necesario para conquistar el certamen y por tanto, el fallo de la Academia habría sido motivo de burla.

De los cuatro restantes, tres (Germain Hyacinthe de Romance, Pierre-Louis-Claude Gin y Percheron de La Galézière) corrigieron o hicieron agregados a las notas de sus manuscritos.⁸⁶ El único en añadirlas por completo fue Delamalle, pues en origen el texto del concurso no las tenía. El caso de este último, quien en su impreso oponía una serie de autoridades al anónimo Lespinasse de Langeac, nos recuerda que según el autor y la circunstancia particular en la que utilizara su escrito, se podía o no recurrir a las notas.

El dilema entre citar o no citar muestra hasta qué punto la elocuencia y la erudición tiraban cada una del brazo de la Historia. Más allá de alegatos jurídicos como el de Delamalle, tanto en las notas de manuscritos como impresos se observaba esta disputa.

En el fondo se trataba de una elección a nivel cultural entre dos tradiciones propias del campo de los estudios históricos. Según Blandine Barret-Kriegel, la primera provenía de la vieja manera de entender la Historia como parte de la retórica; mientras que la segunda, emparentada con el desarrollo de la ciencia jurídica, emergió de la necesidad de encontrar un fundamento sólido al discurso de los historiadores, quienes trabajaron bajo el cobijo del Estado monárquico. A lo largo del siglo XVII y XVIII se dieron contactos mutuos y múltiples desavenencias, principalmente en el ámbito de la historia religiosa. Sin

⁸⁵ Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición*, p. 113-129.

⁸⁶ Percheron de La Galézière, pese a aumentar considerablemente las notas de su manuscrito original, no tuvo a bien citar ninguna fuente. Cfr. AIF, A 12 (Éloge N° 6) y Jean-Baptiste Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger, Abbé de Saint Denis, Ministre d'État & Régent du Royaume sous le règne de Louis VII, dit le Jeune, avec des Notes historiques*, en Jean-Baptiste Percheron de La Galézière, *L'Ami de la société, suivi de l'Éloge de Suger*, Paris, Savoye, 1784, p. 219-268, 259-268 (notas).

embargo, hacia finales del siglo XVIII la segunda postura acabaría por perder la partida frente a la historia enarbolada por los *philosophes*, en lo que Barret-Kriegel ha calificado como “la derrota de la erudición”. No obstante, pese a este revés, la huella dejada por los trabajos eruditos, cargados de notas y de fuentes, fue demasiado profunda como para borrarse inmediatamente. Y de ahí que siguiera existiendo la exigencia de un aparato sólido que autentificara cualquier opinión.⁸⁷

En el concurso de 1779 aún era notorio este vaivén entre elocuencia y erudición. Por un lado, había quienes sin poner una sola nota tomaban el partido abierto de la primera; por el otro, encontramos ejemplos muy claros donde se intentaba incluso combinar ambas (una elocuencia histórica). Si tomamos como indicio el uso de notas a pie, podríamos afirmar que había una ligera tendencia a la erudición. Pero esto excluye el hecho constatado de que donde llegó a haber notas, la calidad de las mismas fue variable en grado sumo, predominando aquellas que eran más bien ejercicios literarios.⁸⁸ Desde este punto de vista, la elocuencia ganó la partida.

Si uno reconstruye el criterio de la Academia, se dará cuenta que para los jueces de la corporación era mucho más importante esta última que la erudición. Parece obvio decirlo, tratándose de un *Prix d'Éloquence*, pero como una parte de los concursantes mandó sus escritos con notas, el asunto cambia un poco: ¿Ignoraban el criterio de los jueces? ¿Desconocían la diferencia entre elocuencia y erudición o más bien preferían combinarlas para alcanzar una “nueva” perfección de estilo, corrigiendo así el canon académico?

Dejemos por un momento estas preguntas, pues volveré a ellas más adelante, al explicar por qué Garat ganó el certamen de elocuencia. Quisiera por ahora regresar a la cuestión de los monumentos históricos.

⁸⁷ Véase en general, Blandine Barret-Kriegel, *Les Historiens et la Monarchie II: La défaite de l'érudition*, Paris, Presses Universitaires de France, 1988.

⁸⁸ El uso de notas tanto entre concursantes (12) como no concursantes (8) está en cada caso ligeramente por encima de la media: siete participantes y cinco no concursantes. Pero si la comparación la hacemos entre manuscritos participantes (12) e impresos (13), la cifra cambia ligeramente: en siete de doce manuscritos encontramos notas, mientras que en nueve de trece impresos éstas aparecen. Esto pudiera llevar a pensar que los autores reivindicaron el uso de fuentes históricas. Sin embargo se trata de una conclusión apresurada. Como veremos más adelante, sólo unos cuantos (4) citaron explícitamente una gran cantidad de monumentos históricos; los demás se conformaron con notas a manera de comentarios, sin ningún tipo de crítica de fuentes. Su interés estaba en otro lado.

La lectura de los monumentos: la crítica de fuentes

Para sólo hablar de aquellos casos donde sí aparecen citadas las fuentes, las referencias no siempre son claras y exigen del lector un conocimiento previo de los textos: las notas perfilan a un público letrado y erudito a la vez, versado en abreviaturas. Pese a todo, las informaciones que nos proporcionan son valiosas, por cuanto uno puede extraer opiniones de los autores respecto de lo que leyeron. En este sentido, quienes más se destacaron por el uso explícito de sus fuentes fueron el abad D’Espagnac, Germain Hyacinthe de Romance, Pierre-Louis-Claude Gin y Delamalle.⁸⁹

Al enunciar sobre qué autoridades sustentaba sus afirmaciones, D’Espagnac realizó el recuento de monumentos históricos más extenso de todos los elogios consultados. Este abad tenía claro que para hablar de Suger no quedaban más que “una tumba adornada de inscripciones y de emblemas, varias de sus propias obras [de Suger], una Elegía, un Panegírico en verso, su Vida escrita por su Secretario, la Correspondencia de su regencia y las Crónicas contemporáneas”.⁹⁰ No obstante, no todas le inspiraban la misma confianza y daba sus razones.⁹¹

La tumba de Suger quedaba descartada, pues esta se hallaba a un costado de un mausoleo “consagrado a bendecir *las maneras dulces y las inclinaciones dulces* del Príncipe [Carlos IX] que ordenó la masacre de S[aint] Barthélemi.”⁹² En otras palabras, las inscripciones y los emblemas quedaban desacreditados por la naturaleza misma del monumento: una exaltación desorbitante de la persona que ocultaba los hechos más terribles. Razón por la cual también desconfiaba de la fiabilidad del panegírico y la elegía; quizá la misma que lo llevo a titular su texto *Réflexions* y no *Éloge*.

⁸⁹ De todos, el abad D’Espagnac sobresale por su crítica de los textos consultados y por el uso simultáneo de notas a pie, marginales y finales. En los demás casos, cuando mucho, sólo utilizan notas a pie y finales.

⁹⁰ « De tous les monuments anciens, qui nous parlent de lui, il ne reste qu’un tombeau orné d’inscriptions & d’emblèmes, plusieurs de ses propres ouvrages [de Suger], une Elégie, un Panégyrique en vers, sa Vie écrite par son Secrétaire, la Correspondance de sa régence & les Chroniques contemporaines. » D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 1. La nota (1), a la cual envía el autor es un comentario sintético de estas fuentes.

⁹¹ Sobre estas razones, D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 1-4.

⁹² « A côté de ce tombeau, dans le même temple, s’élève un mausolée consacré à bénir *les manières douces & les inclinations douces* du Prince [Charles IX], qui ordonna le massacre de la S. Barthélemi. » D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 1.

En cuanto a la *Vida de Suger* escrita por Guillaume, D'Espagnac azuzaba el fuego de la polémica. Pidiendo perdón a los historiadores que utilizaban esta obra como guía de sus trabajos, este autor afirmaba que aquella no tenía para él una gran autoridad.⁹³ Para ello planteaba una pregunta retórica sobre la base, otra vez, de ejemplos históricos:

Si usted quisiera formarse una idea justa de Cicerón o del Cardenal Ministro que reinó bajo Luis XIII [Richelieu], ¿acaso usted no estaría tentado a no considerar ni el elogio histórico que el primero hizo de sus bellas acciones, ni la apología que dictó el otro a su Secretario, cuando tomó la ambición de hacerse canonizar?⁹⁴

La *Vita* de Guillaume no sólo perdía valor por su parcialidad y por la loa excesiva, sino que era también a ojos de D'Espagnac “un montón de reflexiones sin orden”.⁹⁵ Al dilapidar el prestigio de esta fuente, él hacía lo mismo con quienes la empleaban. Sin embargo, no pudo evitar las complicaciones y cayó víctima de la ironía y la contradicción: ¡Elegió como epígrafe una frase de Guillaume!⁹⁶

En esto D'Espagnac no fue el único en expresar cierta reserva hacia la *Vida de Suger* y verse comprometido a recurrir a ella. De Chasteler, al referirla en una nota, dice que “es más bien un elogio que una historia” y acto seguido la cita como fuente de

⁹³ D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 2 y n. (3). En la nota al final se aprecia su crítica a otros autores que utilizan el trabajo de Guillaume como fuente. Por otro lado, Louis-Pierre de Saint-Martin le reclamó a D'Espagnac por dudar de la credibilidad de los escritos de Suger y Guillaume. Cfr. [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 4-6. Con base en una pregunta retórica (p. 5-6), este autor defendía la autoridad de las fuentes: “Si la verdad había sido herida en el relato de los hechos que ahí son referidos, ¿cómo sucedió que de todos los enemigos de Suger ninguno haya reclamado?” [« Si la vérité avait été blessée dans le récit des faits qu'y y sont rapportés, comment est-il arrivé que de tous les ennemis de Suger aucun n'ait réclamé ? »].

⁹⁴ « Si vous vouliez vous former une idée juste de Cicéron, ou du Cardinal Ministre qui régna sous Louis XIII [Richelieu], vous ne seriez tenté sans doute de vous en rapporter, ni à l'éloge historique que le premier a fait lui-même de ses belles actions, ni à l'apologie que dicta l'autre à son Secrétaire, lorsqu'il lui prit envie de se faire canoniser ? » D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 2-3.

⁹⁵ « La vie de Suger par le Frere Guillaume est un amas de réflexions sans ordre [...] » D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, n. (1), p. 46.

⁹⁶ Esta elección desconcertante pueda quizá explicarse por la autoridad del texto que el abad d'Espagnac desafió. No obstante, éste citó varias veces la *Vida de Suger*. Por ejemplo, al hablar de la “baja extracción” de Suger, D'Espagnac criticó al abad Velly y le opuso como prueba el testimonio de Guillaume. La condena general de esta fuente estaba atenuada por el hecho de que el autor de la *Vita* se basaba en lo que Suger ya había dicho antes. Cfr. D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 49, n. (5): “[...] pero el Hermano Guillaume confirma demasiado bien todo lo que dijo Suger, como para que se pueda dudar de ello.” [« [...] mais le Frere Guillaume confirme trop bien tout ce qu'a dit Suger, pour qu'on en puisse douter »]. Sin embargo, más adelante, D'Espagnac, en flagrante contradicción, llega al grado de creer innecesario e intrascendente rebatirle al abad Velly, ¡pues éste usa a Guillaume como fuente de sus afirmaciones! Cfr. D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 73, n. (48).

información.⁹⁷ Lo que resalta aquí son dos cosas. Por un lado, la conflictiva toma de postura respecto de una fuente contemporánea a Suger que era una alabanza al abad. Por el otro, estaba el hecho de que el elogio, tal y como lo entendían concursantes y no concursantes, había pasado a convertirse en una categoría de análisis, la cual calificaba la naturaleza de un monumento histórico. Una lectura del pasado hecha con las herramientas del presente.

En este sentido, es útil apreciar la reacción de D’Espagnac para con los que consideró los únicos documentos a consultar: las obras de Suger, su correspondencia y las crónicas contemporáneas al abad del siglo XII. Según lo planteado por aquél, no los citaría de manera servil, sino que aplicaría una crítica rigurosa.⁹⁸ Su breve comentario sobre las crónicas la ejemplifica: no debía perderse de vista que habían sido confeccionadas en los monasterios y que sus informaciones muchas veces eran contradictorias y por tanto, debían compararse unas con otras.⁹⁹ Es decir, se debía lograr la contextualización de la fuente, aunque para ello fuera necesario obedecer las necesidades del presente: D’Espagnac afirmaba que las crónicas habían sido elaboradas en un tiempo que no era “aquel del gusto ni aquel de la razón”.¹⁰⁰

En cuanto a las fuentes originales de Suger utilizadas en los elogios, es interesante observar que la *Vita Ludovici*, en comparación con el *Scriptum consecrationis* o con el

⁹⁷ « La Vie de Suger, écrite par le Moine Guillaume, l’un de ses disciples, est plutôt une éloge qu’une histoire. » [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 31, n. (24). La nota (26) muestra el uso de Guillaume como autoridad.

⁹⁸ D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 3 y 4.

⁹⁹ Sobre esas otras fuentes que debían compulsarse, pueden mencionarse las recopilaciones de *Coutumes* o de ordenanzas de distintas regiones de Francia, así como obras de otros autores de la Edad Media, que aparecen en otros elogios.

La confrontación de monumentos –en este caso crónicas– como fundamento de una crítica es la que le permite a D’Espagnac desafiar a una autoridad de la época como el abad Velly. Cfr. D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 81, n. (60): “Cuando considero las investigaciones eruditas (*savantes*) que hizo M. Abad Vely [*sic*], lamento siempre, que no haya puesto más filosofía; se ve bien que ha tenido la paciencia de devorar todas las antiguas Crónicas, pero raramente las ha comparado entre sí, y esto es el primer deber de todo hombre que quiere escribir Historia. Sin esta precaución, se corre el riesgo en todo momento de caer en el error.” [« Lorsque je considère les recherches savantes qu’a faites M. l’Abbé Vely [*sic*], je regrette toujours, qu’il n’y ait pas mis plus de philosophie ; on voit bien qu’il a eu la patience de dévorer toutes les anciennes Chroniques, mais il les a rarement comparées entr’elles, & c’est le premier devoir de tout homme qui veut écrire l’Histoire. Sans cette précaution, on risque à tout instant de tomber dans l’erreur »].

Por otro lado, el abad Velly es un blanco reiterado de ataque. D’Espagnac, al criticarlo, llega a llamarlo sarcásticamente “el más exacto de nuestros Historiadores”. D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 38, n. (a) : « Voilà le jugement que porte le plus exact de nos Historiens ».

¹⁰⁰ D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 3-4.

tratado sobre su administración, aparecía citada en muchas más ocasiones. Igualmente, pese a las críticas de D'Espagnac, la *Vita* elaborada por Guillaume estaba casi al par de las obras de Suger. Y respecto de la correspondencia, ésta se asomaba con frecuencia, aunque se reducía a un par de epístolas o cartas, de las cuales el *Testament de Suger* era la piedra clave. En otras palabras, en general el elogio perfilaba una selección de fuentes relacionadas con la historia política y la labor administrativa, cuyas páginas respiraban del perfume de la alabanza y que estaban llenas tanto de actos guerreros como de confesiones personales del abad del siglo XII, dignas de la reformulación retórica dieciochesca.

A esta predilección de obras sugerianas se añadían otras de autores pertenecientes a la Edad Media –incluso no contemporáneos de Suger–, cuyos nombres vemos desfilar en las notas de los elogios: Guillaume de Nangis, san Bernardo, Abelardo, Eloísa, Otón de Freising, Procopio de Cesarea, Ana Comnena, Sigebert de Gembloux, Robert de Hoveden, Rigord, Joinville, Pedro Diácono, Pedro Lombardo, Guillaume de Saint-Thierry, Guillaume de Tyr, etc.

Sin embargo, el conocimiento de los monumentos históricos originales se dio en la minoría de casos. En su lugar parece que hubo un par de lecturas secundarias que influyeron fuertemente a concursantes y no concursantes. De entre ellas, quizá la de mayor prestigio fue la *Histoire de Suger* de Dom Gervaise, cuyos tres tomos habían sido publicados en 1721.¹⁰¹ Las críticas expresadas hacia este autor confirmaban con creces la autoridad de la que gozaba su historia a fines del siglo XVIII.

Tanto D'Espagnac como Delamalle reclamaban el hecho de que la obra de Gervaise sirviera de base a los autores de los elogios, especialmente porque era un libro carente de rigor histórico.¹⁰² Pero la crítica en Delamalle era más enérgica, pues a ojos de este

¹⁰¹ [François Armand Gervaise] *Histoire de Suger, abbé de S. Denis, Ministre d'Etat, et Regent du Royaume sous le regne de Louis le Jeune*, 3 t., Paris, Chez Jean Musier, 1721. La misma edición en tres tomos fue impresa por François Barois en 1721.

¹⁰² D'Espagnac le criticaba su falta de rigor; también a aquellos que lo seguían. En muchos casos se mostró irónico o sarcástico al referirlo en sus notas. Así, en algún momento cuando no pudo corroborar la información proporcionada por Gervaise, D'Espagnac señaló que: “Fui sin duda menos afortunado en mis investigaciones: no encontré nada de todo eso.” [« J'ai sans doute été moins heureux dans mes recherches : je n'ai rien trouvé de tout cela. »] D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 62, n. (28); un tono menos burlón se aprecia en p. 65, n. (30). De igual manera, a veces remite a alguna “excelente Disertación” de Gervaise. D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 62, n. (29).

abogado del Parlamento, la historia de Gervaise era el texto base del autor de la sátira que buscaba erradicar. Al reprocharle sus faltas, Delamalle intentaba matar dos pájaros de un tiro:

Dom Gervaise [...] tenía imaginación; [...] se puede reducir a diez páginas lo que hay de exacto sobre la historia de Suger; Gervaise no carecía sin embargo de algunas de las cualidades del historiador; tenía juicio, agudeza (*pénétration*) y saber; pero viendo que esta historia proporcionaba pocos hechos, creyó que remontándose seis o siete siglos, estaba permitido ayudar a la letra; muchos Historiadores piensan que vale más interesar a su Lector mediante fábulas, que aburrirlo mediante gacetas deshilvanadas, y no tienen escrúpulo en suplirlas ante la falta de materia; Gervaise, que se proponía decir algo nuevo y decir mucho, se encareció mucho por sobre todos aquellos que le habían precedido; es difícil escribir la vida de un hombre célebre, sin usurpar un poco los derechos del Panegirista y del Crítico; Gervaise abusó de los unos y de los otros; en ello cometió el más grande perjuicio a la memoria de Suger; para un Escritor que tiene la paciencia y la buena fe de consultar las piezas originales, hay mil Lectores que se refieren a la justicia y condenan bajo palabra. Con frecuencia Gervaise supone hechos y achaca a Suger acciones, resoluciones y consejos de los cuales no se duda en ninguna parte; más a menudo exagera sus errores [de Suger] y lo censura siguiendo su manera de ver.¹⁰³

Por su parte, Delamalle explícitamente menciona dos elogios que siguieron las mentiras de Gervaise: los que llevaban por epígrafe *Justissimus unus* y *Quid facian Romae mentire nescio*. El abogado del Parlamento realizó la acusación sobre el segundo sin siquiera conocerlo directamente. Cfr. Delamalle, *Éloge de Suger...*, « Avertissement », p. ix, n. (a). Los elogios a los cuales se refiere Delamalle son los atribuidos a Herault de Séchelless y De Laussat, respectivamente.

¹⁰³ « Dom Gervaise [...] avoit de l'imagination ; [...] on peut réduire à dix pages ce qu'il y a d'exact sur l'histoire de Suger ; Gervaise ne manquoit cependant pas de quelques-unes des qualités de l'historien ; il avoit du jugement, de la pénétration & du savoir ; mais voyant que cette histoire fournissoit peu de faits, il a cru qu'en remontant à six ou sept siècles, il étoit permis d'aider à la lettre : beaucoup d'Historiens pensent qu'il vaut mieux intéresser son Lecteur par des fables, que de l'ennuyer par de gazettes décousues, & ne se sont point scrupule de suppléer au défaut de matiere : Gervaise, qui se proposoit de dire de nouveau & d'en dire long, a enchéri de beaucoup sur tous ceux qui l'avoient précédé ; il est difficile d'écrire la vie d'un homme célèbre, sans usurper un peu les droits du Panégyriste & du Critique ; Gervaise a abusé des uns & des autres ; en cela il a fait le plus grand tort à la mémoire de Suger ; pour un Ecrivain qui a la patience & la bonne foi de consulter les pieces originales, il y a mille Lecteurs qui s'en rapportent à justice & condamnent sur parole. Souvent Gervaise suppose des faits & prête à Suger des actions, des résolutions & des conseils dont il n'est question nulle part ; plus souvent il exagere ses torts [de Suger] & le censure suivant sa manière de voir. » Delamalle, *Éloge de Suger...*, « Avertissement », p. vi-vii.

La crítica a Gervaise mostraba el conflicto ya barajado entre verdad y falsedad.¹⁰⁴ Un historiador debía apelar siempre a la primera: el buen uso de su juicio, agudeza y saber lo conducían a la exactitud. En esta visión Delamalle apelaba a un ideal estoico, donde el panegírico y la crítica eran válidos siempre y cuando no rebasaran los límites de la veracidad cuyo refugio era la fuente original; donde la imaginación no era la cualidad principal, sino el sentido de justicia, de rectitud y sometimiento a los hechos; un enfoque moderado que inclusive alcanzaba a la extensión del texto (¡No servía escribir tres tomos si sólo diez páginas eran dignas de calificarse como útiles!). En última instancia, la concisión como signo inequívoco de verdad y elocuencia.

Sin embargo, ¿podemos simplemente suponer que todos siguieron a Gervaise y que no consultaron otros textos? Es probable que la suya fuera una lectura que marcó tendencia, pero compartió el terreno con más. En las notas se distingue este abanico de posibles lecturas secundarias, el cual por otro lado nos indica la formación y conocimientos históricos del XVIII. Aunque, nuevamente, debe recordarse que una minoría citó este tipo de textos.

Con lo anterior en mente, a grandes rasgos podemos diferenciar dos grupos de obras que sirvieron de apoyo. El primero lo conformaron los poetas e historiadores antiguos (Horacio, Virgilio, Tácito, César, Plinio, Amiano Marcelino). En una clara muestra del clasicismo propio de la educación del siglo XVIII, estos autores proveían las máximas universales para la comprensión del espíritu humano, de sus pasiones y acciones, sin olvidar que eran ejemplos de elocuencia.

Por su parte, el segundo grupo lo integraron textos que podríamos denominar “contextuales”, es decir, cuya función primordial era dar a los elogiadores informaciones e interpretaciones generales sobre el pasado de Francia, en particular, sobre la época de

¹⁰⁴ De hecho, Delamalle mostraba que en la época en la que fue publicada la obra de Gervaise, ésta había sido criticada por sus errores. En aquél entonces, el ataque había corrido a cargo de Vincent Thuillier, el cual dio pie a la réplica de Gervaise. Delamalle, *Éloge de Suger...*, « Avertissement », p. viii. La respuesta de Gervaise vio la luz en su *Défense de la nouvelle histoire de l'abbé Suger avec L'apologie pour Feu M. l'abbé de la Trappe D. Armand-Jean Bouthillier de Rancé. Contre les calomnies & les invectives de D. Vincent Thuillier, Religieux de la Congrégation de Saint Maur, répanduës dans son Histoire des Contestations sur les Études Monastiques inserée dans son premier Tome des Œuvres posthumes de D. Mabillon 1724*, Paris, Chez J. B. Claude Bauche le fils, 1725, <https://books.google.com.mx/books?id=GANUAAAACAAJ&pg> (consulta: 17 de julio de 2016).

Suger. No es casual que figuraran aquí la crema y nata de los trabajos eruditos de siglos anteriores, o bien, los productos literarios de la nueva *philosophie*, ambos repartidos en varias categorías.

Primero, algunos instrumentos fundamentales para el estudio del pasado reciente en general y la Edad Media en particular: los glosarios de Charles du Cange (1610-1688), así como las recopilaciones e investigaciones de Pierre Pithou (1539-1596), los hermanos Pierre Dupuy (1582-1651) y Jacques Dupuy (1591-1656), André Duchesne (1584-1640) y su hijo François Duchesne (1616-1693), Etienne Baluze (1630-1718), Jean Mabillon (1632-1707), Ellies Dupin (1657-1719), Antonio Muratori (1672-1750) y Martin Bouquet (1685-1754).

En seguida, obras de corte general centradas principalmente en la historia de Francia: las *Recherches de la France* (1560-1607, 1621) de Etienne Pasquier, la *Histoire de France* (1643-1651) o el *Abrégé chronologique* (1668) de Mézeray, la *Histoire de France* (1713) del padre Gabriel Daniel, el *Abrégé chronologique* (1744) del Président Henault, la *Histoire de France depuis l'établissement de la monarchie jusqu'à Louis XIV* (1762) del abad Velly, las *Observations sur l'histoire de France* (1765) del abad Mably y las *Variations de la Monarchie Française* (1765-1789) de Gauthier de Sibert.

Igualmente algunas historias de la Iglesia como la *Histoire ecclésiastique* (1er tomo en 1691) del abad de Fleury; o bien, textos acerca de la literatura medieval, en especial los de La Curne de Saint-Palaye que se publicaron en las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*. De la misma forma, se recurrió a trabajos particulares sobre la historia de Saint-Denis (los de Jacques Doublet y Michel Félibien); a aquellos que se abocaban a la época de Suger como un escrito de Dupin sobre el siglo XII; a textos sobre temas militares y políticos relativos a la nobleza: la *Histoire de la milice française* (1721) del padre Daniel o los escritos de Henri de Boulainvilliers; e inclusive a algunas obras de los más afamados *philosophes*: *De l'Esprit des Lois* (1748) de Montesquieu y el *Discours sur les sciences et les arts* (1750) de Rousseau.

Resulta difícil calibrar el impacto de todas estas lecturas en los autores de los elogios, pero nos dan una muestra del conocimiento que se tenía en la época y con ello de

la cultura histórica de la cual bebían. Pese a esto, debe destacarse que no todos citaron de la misma forma y que donde hay indicios de fuentes aparecen mucho más las referencias a los textos de Suger o la *Vita* de Guillaume, consultadas en las ediciones de Duchesne, Felibien o Doublet; con menor frecuencia se alude a obras secundarias, de las cuales Gervaise es pieza fundamental; mientras que los nombres de Rousseau y Montesquieu aparecen excepcionalmente. Sin embargo, esta jerarquía de obras es tan sólo aparente, pues sobresale que usaron por igual autores añejos como aquellos recién llegados al ámbito de las letras. En ocasiones uno puede ver citar como autoridad los *Glossarium* de Du Cange, las *Recherches* de Pasquier, las *Observations* de Mably o el trabajo de Montesquieu antes que la *Vita Ludovici* de Suger.

En este sentido, resultan mucho más reveladoras las ausencias. Por hablar de los trabajos biográficos alrededor de Suger, hay varias referencias reducidas al mínimo o por completo inexistentes: la *Histoire de l'administration de Suger abbé de S. Denys* (1645), escrita por Michel Baudier; la *Histoire des ministres d'État* (1642) de Charles de Combault d'Auteuil; y los retratos del abad hechos tanto por Vulson de la Colombière en 1650 como por D'Auvigny en 1739. En otras palabras, estas obras habían dejado de ser –si es que alguna vez lo fueron– autoridad en la materia, en beneficio de Gervaise por ejemplo; o bien, fueron omitidas intencionalmente dado el préstamo que hicieron de ellas los elogiadores.¹⁰⁵ Igualmente, en una clara muestra del espíritu ilustrado, están desaparecidas las alusiones a cualquier escrito de corte teológico. Y en la misma venia, se encuentra el silencio respecto de las obras de Voltaire, el cual es por demás significativo, pues es claro que se le conocía, pero su figura y su reciente fallecimiento planteaba problemas serios especialmente en relación con la toma de posturas políticas radicales.

Aun así, parece haber un flujo común de ideas que se expresaron en la manera de abordar al abad del siglo XII. Fuera mediante una lectura secundaria o mediante un trabajo más sistemático con las fuentes originales, existía en los autores cierta coherencia y por ello

¹⁰⁵ David Bell ha señalado con acierto que los autores de elogios se basaron en los compendios de biografías que circulaban en la época. Pero como ejemplo indica que Garat utilizó los hechos y la estructura narrativa encontrados en D'Auvigny. Bell, *The Cult of the Nation in France...*, p. 116, n. 23 (p. 261). Bell no ofrece una prueba clara de la afirmación, pues su sentencia sólo invita a realizar la comparación. Al igual que otros elogiadores, Garat pudo acudir a muchas fuentes para elaborar su texto, por lo que resulta difícil acuñar una obra que haya pasado por ser un referente exclusivo.

es posible hablar del recuerdo de Suger en los elogios. Y no obstante los reclamos que hoy en día pudieran lanzarse a la crítica histórica dieciochesca, sería imperdonable omitir los esfuerzos que varios de sus representantes –mayores y menores– realizaron con miras a la exploración y apropiación del pasado. Un descubrimiento a fin de cuentas tambaleante entre la erudición y la elocuencia.

Garat y su *Éloge de Suger* ante el tribunal del gusto

Esta coherencia cultural a nivel de las fuentes no termina por explicar por qué Garat ganó el certamen de 1779. Según lo que hemos visto, está claro que este abogado no triunfó gracias al despliegue de un corpus bibliográfico-documental. De hecho, su impreso es el único que, salvo excepcionales correcciones de los censores, permanece igual al manuscrito original sin notas enviado a la Academia Francesa. De esta observación se depende también que su éxito no provino del uso novedoso de algún texto al cual sus congéneres tuvieran un acceso restringido. Y todo indica que compartió con los demás tanto la gama de fuentes como la manera de leerlas. Entonces, ¿por qué salió vencedor de la justa?

He apuntado líneas arriba que lo que interesaba a la Academia era la elocuencia por sobre la erudición: no sólo en vista del *concours d'éloquence*, sino porque lo que estaba en juego era la correcta ejecución literaria. En este caso, la corporación académica debía velar por que los elogios fueran tales y se mantuvieran prístinos ante cualquier intento de mezclar algún otro elemento inconsistente con sus propiedades. Así, cuando la academia otorgó de forma unánime el premio a Garat, lo que hizo fue calificar las habilidades oratorias del autor.

Los censores que revisaron los manuscritos no sólo certificaron que los elogios fueran acordes a la fe y las buenas costumbres, sino también verificaron las pifias de estilo: sus plumas vertieron tinta, rayando y rectificando las palabras o frases carentes de elocuencia.¹⁰⁶ Por lo que al final estos aciertos o errores en el desempeño de las facultades

¹⁰⁶ En particular, el del participante número cuatro (*un citoyen*) presenta la mayor cantidad de rectificaciones, tantas que su manuscrito tuvo que ser copiado nuevamente para facilitar la lectura del mismo. Cfr. AIF, A 12 (Éloge N° 4, « Avis au Lecteur » y *passim*).

literarias dieron la pauta a la decisión unánime de premiar a Garat, a la vez que negaron el reconocimiento al resto de participantes. En palabras de los jueces:

Ninguno de los discursos que concursaron pareció merecer el *accessit*. Algunos contienen cosas bien pensadas, y suponen en sus autores conocimientos y luces; pero se encontraron allí demasiadas ideas vagas, obscuras o comunes, una marcha débil y cansina, y sobretodo demasiado poco de movimiento y colorido.¹⁰⁷

No obstante, a ojos de la Academia hubo una excepción que se situó entre el vencedor y los perdedores: el ganador de la mención honorífica. Según la corporación académica, éste había sido el único que “fue juzgado digno de una invención particular; porque pareció tener más rapidez e interés que los otros, y que ofrece algunos lugares elocuentes.”¹⁰⁸

Pero tanto en el reclamo a los perdedores como en las palabras de aliento al acreedor de la mención, se aprecian los elementos que constituyeron el criterio de los jueces. En principio, un conocimiento del tema y reflexión pertinentes que mostraran el ejercicio correcto de *las luces*. Pero más importante aún, ese conglomerado de sabiduría debía reflejarse en el discurso mismo del autor, en el cual eran fundamentales la claridad y fluidez en la expresión de las ideas; sin olvidar la inventiva e imaginación para escapar a los lugares comunes y ofrecer al lector un deleite sin igual. Por lo tanto, la utilización de un aparato crítico erudito era un síntoma inequívoco de un orador convaleciente que, impotente para persuadir a su auditorio, recurría a esas muletas modernas llamadas notas.¹⁰⁹

¹⁰⁷ « Aucun des discours qui ont concouru n'a paru meriter l'*accessit*. Quelques uns renferment des choses bien pensées, et supposent dans leurs auteurs des connoissances et des lumières ; mais on y a trouvé trop d'idées vagues, obscures ou communes, une marche foible et trainante, et surtout trop peu de mouvement et de coloris. » AIF, A 12 (Acta de resolución).

¹⁰⁸ « Un seul [...] a été jugé digne d'une invention particuliere ; parce qu'il a paru avoir plus de rapidité et d'interêt que les autres, et qu'il offre quelques endroits éloquens. » AIF, A 12 (Acta de resolución). En este caso los puntos suspensivos entre corchetes señalan una frase o palabra rayada en el documento e ilegible.

¹⁰⁹ En una breve reseña acerca de un elogio anónimo sobre Michel de l'Hôpital se encuentran dichos criterios: “Este Elogio es aquel que parece el más completo, y que mejor hace destacar el carácter del Canciller de l'Hôpital. Las máximas son sabias, los buenos principios respetados; nada de esas grandes palabras para decir cosas comunes, falsas, o que seducen a la turba de tontos e ignorantes mediante un tono de osadía y sarcasmo. El estilo no está formado; podría ser más fácil, las transiciones más naturales, las frases libres de todo este aparejo de incisos que las vuelve pesadas y cansinas. El autor colocó las notas al pie de las páginas; ellas son cortas, y tanto mejor para el lector juicioso, que quiere que se le muestre todo entero, en el discurso mismo, el hombre del cual se le habla. *Isócrates* no colocó notas en el Panegírico de *Helena*, ni *Plinio*, en el de *Trajano*. *Bossuet* y *Fléchier* no las agregaron en sus Oraciones fúnebres de los *Condé* y los *Turenne*. Estos grandes

En otras palabras, la Academia calificó a los concursantes con base en un criterio estético-literario.¹¹⁰ Sin embargo, surgen varias preguntas: ¿Fue el discurso de Garat realmente superior al de los demás concursantes, es decir, reunió todos los elementos de elocuencia en un grado mayor al del resto? Por otro lado, ¿la decisión de la Academia fue inobjetable para ese juez difuso llamado “público”? ¿O Cuáles fueron las opiniones surgidas desde este ente colectivo al que se le adjudicó la capacidad de deliberar en materia literaria?

En primera instancia, las expectativas respecto del resultado del concurso eran altas en la República de las Letras. El carácter tradicional y repetitivo del certamen, lejos de borrarlas, las renovaba: se esperaba que el ganador fuera digno del triunfo, que su *genio* fuera aplaudido con creces por el público asistente.¹¹¹ Sin embargo, el día en el cual se premió a Garat sucedió otra cosa:

Oradores sabían que les bastaba elegir algunos rasgos característicos. El desarrollo y todos los hechos particulares se desprenden de la historia. Esta difusión de notas es de invención moderna y supone, en nuestros Retóricos, la impotencia de pintar un hombre y de hacerle conocer perfectamente mediante una aplicación justa de sus principales acciones. De ahí viene que ellos tienen necesidad de recurrir a todos estos accesorios, y que sus notas a menudo dicen más que su charla oratoria.” [« Cet Eloge est celui qui paroît le plus plein, & qui fait mieux ressortir le caractere du Chancelier de l'Hôpital. Les maximes font sages, les bons principes respectés ; point de ces grands mots pour dire des choses communes, fausses, ou qui séduisent la tourbe des sots & des ignorans par un ton de hardiesse & de sarcasme. Le style n'est pas formé; il pourroit être plus facile, les transitions plus naturelles, les phrases dégagées de tout cet attirail d'incises qui les rendent lourdes & traînantes. L'Auteur a mis les notes au bas des pages; elles sont courtes, & tant mieux pour le Lecteur judicieux, qui veut qu'on lui montre tout entier, dans le discours même, l'homme dont on lui parle. *Isocrate* n'a point mis de notes dans le Panégyrique d'*Hélène*, ni *Pline*, dans celui de *Trajan*. *Bossuet* & *Fléchier* n'en ont point ajouté dans leurs Oraisons funebres des *Condé* & des *Turenne*. Ces grands Orateurs savoient qu'il leur suffisoit de choisir quelques traits caractéristiques. Le développement & tous les faits particuliers sont du ressort de l'histoire. Cette diffusion de notes est d'invention moderne, & suppose, dans nos Rhéteurs, l'impuissance de peindre un homme & de le faire connoître parfaitement par une application juste de ses principales actions. Delà vient qu'ils ont besoin de recourir à tous ces accessoires, & que leurs notes souvent disent plus que leur bavardage oratoire. »] « V. *Éloge du Chancelier de l'Hôpital*... par M. ***, avec cette Epigraphe : *Et teneo antiquum manibus pedibusque decorem...* », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-septième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 10 Septembre 1777, p. 147, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6525923m> (consulta: 19 de marzo de 2015).

¹¹⁰ Esto es claro incluso en la valoración de la caligrafía. Si uno observa los doce manuscritos, se dará cuenta que el de Garat no sólo contiene el menor número de correcciones, sino que su letra es la más estilizada, clara y limpia. AIF, A 12 (Éloge N° 7). En este sentido, puede compararse su manuscrito con el del participante número diez (el abad Jullien), cuya caligrafía pudo haber dejado mucho que desear a los jueces. Cfr. AIF, A 12 (Éloge N° 10).

¹¹¹ “Se esperaba que este día fuera un día de gloria y de triunfo; se esperaba que el *genio* inmortal, el *genio* de todos los tiempos, el *genio* superior a todos los otros, recibiera los homenajes dignos de él; se esperaba que los aplausos fueran prodigados sin medida.” [« ON s'attendoit que ce jour seroit un jour de gloire & de triomphe; on s'attendoit que le *génie* immortel, le *génie* de tous les tems, le *génie* supérieur à tous les autres, recevrait des hommages dignes de lui; on s'attendoit que les applaudissemens seroient prodigués sans mesure. »] « I. Compte rendu de la séance publique de l'Académie Française, le jour de S. Louis, 25 Août

Todas las esperanzas fueron frustradas. La sesión pareció larga y fatigante; los discursos y los versos, aunque leídos con énfasis y con la intención de captar la aprobación de los oyentes, los interesaron débilmente; los aplausos no fueron tan frecuentes como habitualmente.¹¹²

¿La Academia erró su decisión? ¿Debió declarar desierto el concurso? ¿Garat no era lo suficientemente competente? Nuevamente hubo aquí un entorno propicio para que los críticos literarios se regodearan en la polémica. El discurso de Garat no fue del agrado de todos y las breves reseñas lo discutían:

[...] su elogio se hace destacar mediante pensamientos expresados con la suficiente verdad, fuerza y precisión, cualidades demasiado visiblemente buscadas por el Autor con el fin de darse el mérito de un pensador profundo. Pero diremos también que este elogio que sólo es una especie de relato cronológico de los principales hechos del Abad Suger, está escrito con un estilo frío, y que está desprovisto de toda suerte de movimientos oratorios. Tiene más bien el aire de una disertación que podría figurar en la recopilación de las Memorias de la Academia de Bellas Letras, que de un Discurso donde se exige siempre el calor y los ornamentos proporcionados al tema. El final sobre todo se reciente de este tono de disertador. Se sabe que los Oradores recolectan ordinariamente todas sus fuerzas para volver su peroración animada y patética; y M. Garat se aplica a mostrar la diferencia que se encuentra entre un Legislador y un Administrador. Todo eso es bastante seco y no viene a nada.¹¹³

1779 », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-cinquième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 1^{er} Septembre 1779, p. 137, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k65260262> (Consulta: 19 de marzo de 2015).

¹¹² « Toutes les espérances ont été trompées. La séance a paru longue & fatigante; les discours & les vers, quoique lus avec emphase & avec l'intention de capter les suffrages des auditeurs, les ont foiblement intéressés ; les applaudissemens n'ont pas été si fréquens qu'à l'ordinaire. » « I. Compte rendu de la séance publique de l'Académie Française, le jour de S. Louis, 25 Août 1779 », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-cinquième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 1^{er} Septembre 1779, p. 137.

¹¹³ « Nous ajouterons encore que son éloge se fait remarquer par des pensées exprimées avec assez de vérité, de force & de précision; qualités trop visiblement recherchées par l'Auteur afin de se donner le mérite d'un penseur profond. Mais nous dirons aussi que cet éloge qui n'est qu'une espece de récit chronologique des principaux faits de l'Abbé Suger, est écrit d'un style froid, & qu'il est dépourvu de toutes sortes de mouvemens oratoires. Il a plutôt l'air d'une dissertation qui pourroit figurer dans le recueil des Mémoires de l'Académie des Belles-Lettres, que d'un Discours où l'on exige toujours la chaleur & les ornemens proportionnés au sujet. La fin sur-tout se ressent de ce ton de dissertateur. On sait que les Orateurs ramassent ordinairement toutes leurs forces pour rendre leur péroration animée & pathétique; & M. Garat s'attache à montrer la différence qui se trouve entre un Législateur & un Administrateur. Tout cela est bien sec, & ne vient à rien. » « II. *Éloge de Suger, Abbé de S. Denis...* par M. Garat... », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-cinquième

Está claro que la simple ausencia de notas no salvaba al autor de las andanadas sobre su arte. Seco y frío, así fue como su discurso fue recibido entre el público. La comparación con una disertación de las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* era por demás significativa: señalaba que había en Garat un estilo propio de los dedicados al estudio concienzudo y erudito del pasado, pero al mismo tiempo alejado de los grandes oradores.¹¹⁴ En voz de Jean-François de la Harpe, aquél se apoyaba en detalles “más hechos para una memoria jurídica, que para un elogio oratorio.”¹¹⁵ Además, según la opinión de este crítico, los defectos eran evidentes:

Los conocedores se dan cuenta fácilmente que la marcha del discurso no es bastante oratoria, que el plan no es bastante atractivo, que el autor carece de esos movimientos que estimulan el interés y mantienen la atención; que su estilo no está aún bastante formado; que él peca a menudo mediante el desorden de las construcciones y la carencia de armonía; que está a veces por debajo de la dignidad del género.¹¹⁶

A pesar de este tipo de regaños, no todos se mostraron tan severos e incluso hubo quienes apreciaron algunos fragmentos de verdadera elocuencia.¹¹⁷ Gente de letras como De la Harpe reconocieron en Garat un talento prometedor, con avances significativos en sus

Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 1^{er} Septembre 1779, p. 138, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k65260262> (Consulta: 19 de marzo de 2015).

¹¹⁴ Sobre el papel de esta Academia dentro del desarrollo de los estudios históricos y su relación con el poder monárquico, véase la segunda parte del libro de Barret-Kriegel, *Les Historiens et la Monarchie III: Les Académies de l'histoire*, p. 169-297.

¹¹⁵ Jean-François de la Harpe, « Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis...par M. Garat », en *Mélanges inédits de littérature, de J. B. [sic] de la Harpe, recueillis par J. B. Salgues ; pouvant servir de suite au Cours de Littérature*, Paris, J. H. Chaumerot/Chaumerot Jeune, 1810, p. 220, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6476972j> (consulta: 19 de marzo de 2015).

¹¹⁶ « Les connaisseurs s'aperçoivent aisément que la marche du discours n'est point assez oratoire, que le plan n'est pas assez attachant, que l'auteur manque de ces mouvements qui excitent l'intérêt, et soutiennent l'attention ; que son style n'est pas encore assez formé, qu'il pêche souvent par l'embarras des constructions et le défaut d'harmonie ; qu'il est quelquefois au-dessous de la dignité du genre. » De la Harpe, « Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis...par M. Garat », en *Mélanges inédits de littérature...*, p. 213.

¹¹⁷ Se tiende a citar fragmentos completos del elogio de Garat para decir cuándo sí fue elocuente y cuándo no. En general, se reconoce que realizó un retrato “soberbio”, bien ejecutado, de san Bernardo. Cfr. De la Harpe, « Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis...par M. Garat », en *Mélanges inédits de littérature...*, p. 212-229, en especial p. 224 (« superbe portrait de Saint-Bernard ») y 227 (un pedazo « moins parfait » sobre Eloísa y Abelardo); véase también « Lettre VI. Éloge de Suger, Abbé de S. Denis...par M. Garat... », *Journal de littérature, des sciences et des arts*, Paris, au Bureau du Journal, 1779, t. V, p. 145-163, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6436934r> (consulta: 19 de marzo de 2015), sobretodo p. 149 (« Le motif de l'exorde est ingénieux »), 153 (Héloísa como « un morceau touchant & plein d'intérêt »), 154 (sobre la « impression » que causó el retrato de san Bernardo), 158 (« la beauté » de la oblación de Suger) y 160 (« cette grace & cette sensibilité douce » al describir la amistad del Luis el Gordo y Suger).

habilidades, aunque aún alejado de la perfección oratoria.¹¹⁸ En este camino de ascenso, el galardón del concurso de 1779 era un fuerte aliciente, pero se aconsejaba a manera de reprimenda que: “Si M. Garat quiere ser un orador, es necesario que estudie esta ciencia [la elocuencia], y que esté bien persuadido de que, para adquirirla, no basta cultivar su pensamiento, sino que debe también encender su imaginación.”¹¹⁹

Los comentarios negativos sobre el desempeño literario de Garat eran, en realidad, el reverso de un refinamiento de estilo que los hombres de letras del siglo XVIII habían idealizado.¹²⁰ Todos ellos se fundaban en una serie de elementos cuya formulación había sido plasmada décadas antes por el conde de Buffon. En el *Discurso sobre el estilo* (1753) se reflexionaba ya sobre una forma de escritura acorde a la nobleza de quienes debían ejercitarla:

Para escribir bien es necesario, pues, dominar plenamente el tema; es preciso reflexionar mucho para ver con claridad el orden de los pensamientos propios y formarlos en una serie, una cadena continua, donde cada punto represente una idea; cuando se haya tomado la pluma, será necesario conducirla sucesivamente sobre el rasgo inicial sin permitirle que se desvíe, sin apoyarla demasiado desigualmente, sin darle otro movimiento que el

¹¹⁸ De la Harpe, «Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis...par M. Garat», en *Mélanges inédits de littérature...*, p. 212-213. Cfr. «Lettre VI. Éloge de Suger, Abbé de S. Denis...par M. Garat...», *Journal de littérature, des sciences et des arts*, t. V, p. 162-163. Hay que recordar que Garat ya había participado en el concurso de elocuencia anterior sobre Michel de l'Hôpital, en 1777; además, ganaría los certámenes de 1781 y 1784 con su *Éloge de M. le duc de Montausier* y el *Éloge de Fontenelle*, respectivamente. La crítica, pese a todo, siguió considerando sus textos casi de la misma manera. Cfr. «Correspondance Académique. Séance publique & distribution des Prix de l'Académie Française, du 25 Août 1781», *Journal de littérature, des sciences et des arts*, Paris, au Bureau du Journal, 1781, t. IV, p. 346, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6389703k> (consulta: 19 de marzo de 2015).

¹¹⁹ «Si M. Garat veut être un orateur, il faut qu'il étudie cette science, et qu'il soit bien persuadé que, pour l'acquérir, il ne suffit pas de cultiver sa pensée, mais qu'il faut aussi échauffer son imagination.» De la Harpe, «Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis...par M. Garat», en *Mélanges inédits de littérature...*, p. 215; véase también «Lettre VI. Éloge de Suger, Abbé de S. Denis...par M. Garat...», *Journal de littérature, des sciences et des arts*, t. V, p. 163.

¹²⁰ Cuando se reconvenía a Garat se aludía a dicho ideal: “M. Garat debe proporcionar una atención severa a perfeccionar su estilo: no se encuentra siempre en él esta claridad de ideas, esta marcha fácil y esta justeza de expresiones que caracterizan a nuestros buenos Escritores: se desea en él este acorde del colorido que halaga a la imaginación, de la armonía que place al oído, y de la simplicidad que remueve dulcemente el alma y que la interesa. He ahí sin embargo las cualidades que son el encanto de nuestras excelentes Obras, y que les aseguran la ventaja de ser siempre releídas con un nuevo placer.” [«M. Garat doit apporter une attention sévère à perfectionner son style : on n'y trouve pas toujours cette netteté d'idées, cette marche facile & cette juste de d'expressions qui caractérisent nos bons Ecrivains : on y désire cet accord du coloris qui flatte l'imagination, de l'harmonie qui plaît à l'oreille, & de la simplicité qui remue doucement l'ame & qui l'intéresse. Voilà cependant les qualités qui sont le charme de nos excellens Ouvrages, & qui leur assurent l'avantage d'être toujours relus avec un nouveau plaisir.»] «Lettre VI. Éloge de Suger, Abbé de S. Denis...par M. Garat...», *Journal de littérature, des sciences et des arts*, t. V, p. 163.

determinado por el espacio que debe recorrer. En esto consiste la severidad del estilo, esto es también lo que hará la unidad y lo que regulará la rapidez; asimismo, sólo esto bastará para hacerlo preciso y sencillo, igual y claro, vivo y continuo. Si a esta primera regla, dictada por el intelecto, se le agrega la delicadeza y el gusto, el escrúpulo en la elección de las expresiones, el cuidado de no nombrar las cosas sino en los términos más generales, entonces el estilo tendrá nobleza. Si se agrega aun la desconfianza para con el primer impulso propio, el desprecio de todo lo que no sea más que brillo y una repugnancia constante por lo equívoco y lo cómico, el estilo tendrá gravedad y hasta majestad.¹²¹

Aunque también se aplicaba sobre otros elogiadores,¹²² este acuerdo generalizado sobre el estilo perfecto llevó a un par de reseñistas a buscar las razones del relativo fracaso de Garat. Estos maestros de la disección literaria no vacilaron en su respuesta: la culpa radicaba en la elección del tema de la justa, ¡porque no era susceptible de elocuencia!¹²³

¹²¹ Georges-Louis Leclerc, Conde de Buffon, *Discurso sobre el estilo* [1753], trad. de Alí Chumacero, presentación de John A. Nairn, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 26-27.

¹²² Sobre el texto de Jumel se decía que en realidad, si lo hubiera enviado a concurso, la Academia lo habría rechazado; no porque hiciera “la Apología de los Monjes y la sátira de los Filósofos”, sino por su mal desempeño oratorio: “No basta con tener la razón: hay que tener el arte de presentarla bien, de adornarla, de hacerla gustar a sus lectores; y M. Abad *Jumel* ha tomado demasiado a menudo la declamación por la verdadera elocuencia.” [« Ce n'est pas assez que d'avoir raison: il faut avoir l'art de la bien présenter, de l'orner, de la faire goûter à ses Lecteurs ; & M. l'Abbé *Jumel* a trop souvent pris la déclamation pour la véritable éloquence. »] « III. *Éloge de Suger*... par M. l'Abbé *Jumel*... », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Quarante-septième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 24 Novembre 1779, p. 187, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k65260388> (consulta: 19 de marzo de 2015).

En cuanto al elogio hecho por Pierre-Louis-Claude Gin, se apreciaban los conocimientos de su autor, sus “reflexiones justas y profundas”, así como sus notas “instructivas”. « IV. *Les effets de l'amour du bien public dans l'Homme d'État, considérés dans la vie de Suger*... », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Quarante-sixième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 17 Novembre 1779, p. 183, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6526037v> (consulta: 19 de marzo de 2015).

Un tanto distinta fue la opinión sobre el libro de Percheron. No hubo ningún comentario sobre su elogio de Suger; la crítica se centró en la organización de la obra. En general, se le consideraba una mala recopilación hecha con “pedazos dispartados” y se cuestionaba abiertamente el por qué su autor la publicó. La conclusión final del reseñista era que Percheron debía darse cuenta de “la diferencia que hay entre enseñar y hacerse imprimir.” « Lettre III. *L'Ami de la Société, suivi de l'Éloge de Suger, par M. l'Abbé Percheron*... », *Journal de littérature, des sciences et des arts*, Paris, au Bureau du Journal, 1783, t. VI, p. 50-62, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6424226w> (consulta: 19 de marzo de 2015), las citas se encuentran en p. 51 y 62, respectivamente.

¹²³ “Por lo demás, si el elogio carece de un cierto interés, se piensa que el tema no era susceptible de ello.” [« Au surplus, si l'éloge manque d'un certain intérêt, on pense que le sujet n'en étoit pas susceptible. »] « Quelle a été la fortune du Dityrambe, & que dit-on de l'éloge de Suger ? », *Nouvelles de la République des Lettres et des Arts*, Paris, du Mardi 28 Décembre 1779, p. 62, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6360886v> (consulta: 19 de marzo de 2015), y p. 61 (« la dissection de ces pièces »). Esta nota se centra más en el ditirambo a Voltaire y lamenta que no haya buenos autores que eleven, con la calidad letrada esperada, a ese « génie universal ».

Por otro lado, esta exigencia de un gran tema podía jugar en contra del orador. En una reseña acerca del elogio de Michel de l'Hôpital redactado por M. Doigny, se dice lo siguiente: “Su Discurso es de un toque

La observación es reveladora por cuanto la materia del concurso era un abad del siglo XII. En vista de que el canon establecía que “lo sublime no puede encontrarse sino en los grandes temas,”¹²⁴ la Edad Media terminaba por convertirse en un motivo no apto para el despliegue de un noble estilo:

No es que su nombre [Suger] merezca ser confundido entre los nombres culpables o incluso solamente indiferentes ante la posteridad; ¿pero un hombre que el Historiador puede alabar fríamente, detallando sus servicios, basta al tono de admiración, que un Orador puede fingir en un Elogio y que debe recibir naturalmente de su tema? El Elogio de un hombre semejante molesta a la vez al talento y a la delicadeza; es cruel alabar sin convicción y difícil apasionarse por objetos mediocres.¹²⁵

En el fondo de estas críticas a la *calidad* del tema, se alzaba el repudio a la supuesta grandeza impulsada por la Academia. Bajo este razonamiento, la elección de Suger sólo podía provenir de una decisión de mal gusto. En consecuencia, los académicos tácitamente eran llamados mediocres, moviendo a la risa pública.¹²⁶ Su rango y calidad en materia literaria era puesta en entredicho, no sólo por la pésima decisión sino por las funestas repercusiones: la Academia obstaculizaba el progreso de los espíritus en el arte oratorio.

débil; pero ¿también el tema co[n]venía a la desgana de su pincel? [« Son Discours est d'une touche foible ; mais aussi le sujet co[n]venoit-il pas à la mollesse de son pinceau ? »] « IV. *Éloge de Michel de l'Hôpital*...par M. Doigny », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-septième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 10 Septembre 1777, p. 147.

¹²⁴ Buffon, *Discurso sobre el estilo*, p. 30. Esta importancia del objeto o tema a tratar, lo vemos aparecer en la novela de Choderlos de Laclos: “El mérito de una obra se compone de su utilidad o del agrado que procura, o de ambas cosas cuando es capaz de reunir las; pero el gustar (que no prueba siempre el mérito) a menudo depende más de la elección del asunto que de la ejecución, del conjunto de los objetos que presenta, que del modo con que son desempeñados.” Choderlos de Laclos, *Las amistades peligrosas*, Prefacio del redactor, p. 22.

¹²⁵ « Ce n'est pas que son nom [Suger] mérite d'être confondu parmi les noms coupables ou même seulement indifférens à la postérité : mais un homme que l'Historien peut louer froidement, en détaillant ses services, suffit-il au ton d'admiration, qu'un Orateur ne peut feindre dans un Eloge & qu'il doit recevoir naturellement de son sujet ? L'Eloge d'un pareil homme gêne tout-à-la-fois le talent & la délicatesse ; il est cruel de louer sans conviction & difficile de se passionner pour des objets médiocres. » « Lettre VI. *Éloge de Suger, Abbé de S. Denis*...par M. Garat... », *Journal de littérature, des sciences et des arts*, t. V, p. 147.

¹²⁶ Tal y como lo plantea una reseña sobre Garat, esta risa pública sobre el triunfador y quien lo proclamaba era habitual después de la premiación; en cambio, era más importante “pedir cuenta” a la Academia Francesa de la elección de Suger como materia del concurso de 1779. « Lettre VI. *Éloge de Suger, Abbé de S. Denis*...par M. Garat... », *Journal de littérature, des sciences et des arts*, t. V, p. 146 : « Aujourd'hui, c'est du choix de son sujet qu'on a droit de lui demander compte ». Más adelante (p. 149), en este texto se afirmaba categóricamente que el elogio de Suger no debió haber seguido al de Michel de l'Hôpital.

Garat no había logrado alcanzar el *tono* deseado por todos¹²⁷ porque se había visto atado de manos por un objeto que debía figurar en su elogio; víctima de expresiones forzadas, su imaginación y calidad como orador fueron degradadas sin que nada pudiera hacer para remediarlo.

De algún modo, en este diagnóstico también quedaba sin contestarse cuál habría podido ser un gran tema de concurso. Dicho vacío bien pudo haberse llenado con quien fuera el elegido para el *Prix de Poésie* de 1779, Voltaire... Pero el silencio al respecto fue sepulcral.

Sin embargo, sí hubo quien se preguntó por la intención de la Academia al elegir a Suger de Saint-Denis, lanzando a su vez una hipotética respuesta:

Creo entrever la razón que pudo determinar a aquellos que eligieron este tema. Persuadidos de que Suger había pensado mejor que todo su siglo acerca del fanatismo destructor de las Cruzadas, ellos supusieron que, en el entusiasmo filosófico, esta idea sublime podría vivificar su Elogio. Quizá también, fatigados del brillo de otro hombre del cual la Iglesia consagró la Memoria, quisieron rebajar a San Bernardo para elevar a Suger, y crear un Filósofo en un siglo de barbarie, para ponerlo en oposición con un Santo. Si tales fueron las esperanzas de la Academia, el Orador coronado extrañamente las ha traicionado mucho, ya que el pedazo más distinguido de su Discurso es sin duda el retrato de S. Bernardo, y que uno de los más brillantes es el momento donde representa a Suger despojado de esa pretendida flema filosófica, en medio de los furores contagiosos que desolaban Europa.¹²⁸

¹²⁷ Buffon había expresado ya esta relación entre la grandeza del objeto a desarrollar y la consecución de un estilo perfecto: “El tono no es sino la adecuación del estilo con la naturaleza del tema y no debe nunca ser forzado, nacerá naturalmente del fondo mismo de la cosa y dependerá mucho del grado de generalidad a que se hayan llevado los pensamientos. Si se les ha elevado a las ideas más generales y si, en sí mismo, el tema es grande, el tono parecerá alcanzar la misma altura; si, manteniéndolo en esta elevación, el intelecto contribuye suficientemente a dar a cada objeto una luz fuerte, si se le puede agregar a la energía del dibujo, la belleza del colorido, si se puede, en una palabra, representar cada idea por una imagen viva y bien acabada y formar de cada serie de ideas un cuadro armonioso y elegante, el tono será no solamente elevado, sino sublime.” Buffon, *Discurso sobre el estilo*, p. 28-29.

¹²⁸ « Je crois entrevoir la raison qui a pu déterminer ceux qui ont fait choix de ce sujet. Persuadés que Suger avoit mieux pensé que tout son siècle sur le fanatisme destructeur des Croisades, ils ont présumé que, dans l’engouement philosophique, cette idée sublime pourroit vivifier son Eloge. Peut-être aussi, fatigués de l’éclat d’un autre homme dont l’Église a consacré la Mémoire, ont-ils voulu rabaisser Saint-Bernard pour élever Suger, & créer un Philosophe dans un siècle de barbarie, pour le mettre en opposition avec un Saint. Si telles ont été les espérances de l’Académie, l’Orateur couronné les a bien étrangement trahies, puisque le morceau le plus distingué de son Discours est assurément le portrait de S. Bernard, & qu’un des plus brillans est le moment où il représente Suger dépouillé de ce prétendu flegme philosophique, au milieu des fureurs

Arribar a la conclusión de que la corporación académica quería hacer de Suger un *philosophe* y minar a la sacrosanta religión, fue un logro de la reflexión de fines del siglo XVIII, aunque encontraba a su vez un límite (¿cómo explicar la contradicción que implicaban los retratos de San Bernardo y de un Suger sin *filosofía*?). El comentario de este reseñista anónimo resaltaba muy bien que hubo algo extra para decidir al ganador del concurso. Un simple criterio estilístico no bastaba, era necesaria además una serie de pensamientos que representaran el sentir de la Academia. Más allá de la elocuencia, la cuestión radicaba en los argumentos esgrimidos por el concursante para hacer de Suger un Gran Hombre, un Padre de la Patria.

En otras palabras, aparte del *cómo* se expresaban las cosas, importaba mucho el *qué* de las mismas. Garat sedujo a la Academia con ideas que iban en sintonía con ésta e impulsó, desde su elogio, imágenes que las simbolizaran. La crítica literaria dieciochesca no se dio a la tarea de analizarlas pormenorizadamente. En lo siguiente, trataré de disipar ese vacío centrándome no sólo en el ganador, sino en el conjunto de textos que abordaron a Suger y construyeron su recuerdo a finales de la década de 1770.

contagieuses qui désoloient Europe. » « Lettre VI. *Éloge de Suger, Abbé de S. Denis...par M. Garat...* », *Journal de littérature, des sciences et des arts*, t. V, p. 147-148, la cita se encuentra en p. 148.

Capítulo III

La construcción del Gran Hombre: Suger de Saint-Denis y la simbolización del pasado

Una comunidad puede generar una peculiar manera de construir un pasado y de relacionarse con él. Cuando la Academia Francesa decidió evocar una serie de Grandes Hombres creó un lazo particular con sus ancestros. Suger de Saint-Denis fue tan sólo una pieza más de lo anterior, pero una que en las explicaciones sobre la constitución del *Panthéon* francés ha sido menospreciada y olvidada con frecuencia.¹

En este capítulo intentaré exponer cuál fue esa singular forma de vincularse con el pasado y cuáles fueron las estrategias empleadas para traer de vuelta a un abad del siglo XII y, con él, a la época que lo vio nacer. Mediante los elogios de 1779 me interesa ante todo indagar el proceso de creación de una memoria social cuyas líneas directrices provenían de la Academia, pero que fueron transformadas al paso en aquel coro de voces integrado por concursantes y no concursantes.

Unas cuantas preguntas permitirán explorar esta caja de resonancia. Fundamentalmente, ¿cómo concebían el pasado estos hombres de letras del siglo XVIII? ¿Cuáles fueron las múltiples vías para la construcción del recuerdo? ¿Qué imagen de Suger y de la Edad Media se plasmó en los *éloges*? ¿Cuáles fueron los valores e ideales que se condensaron en la figura de este abad a fines del siglo XVIII y qué conflictos surgieron a

¹ En el estudio de Bonnet nunca se aprecia bien cuál es la razón de la introducción de Suger en esta lista de Grandes Hombres. Bonnet se enfoca mucho más a lidiar con las figuras controvertidas de Voltaire, Diderot y Rousseau. La actitud de este autor es comprensible, pues Suger no formó parte del *Panthéon* surgido tras la Revolución. Cfr. Bonnet, *Naissance du Panthéon...* No obstante, dado que Suger es el referente más antiguo de la lista, me parece que amerita un poco más de espacio en la explicación de esta paulatina conformación de la genealogía de los *Grands Hommes*. ¿Por qué referirse a una figura del siglo XII en ese año de 1779? ¿Y por qué este abad no terminó por incluirse en ese panteón “definitivo” tras la revolución, pero sí en la posterior *cour* de Napoleón? Por otro lado, en cuanto al tema de la nación en Francia, David Bell –aunque crítico de algunas ideas de Bonnet– tampoco toma en cuenta la procedencia temporal de los personajes para hablar de la conformación de un canon de la memoria nacional francesa. Esto es entendible en la medida en que su estudio no se centra únicamente en el surgimiento del *panthéon*. Sin embargo, el análisis de los compendios de vidas de hombres ilustres en los siglos XVII y XVIII, tal y como Bell lo efectúa, exigía también considerar aquel factor. Las brillantes observaciones del autor hubieran podido enriquecerse con una exploración de la dinámica del recuerdo en esa serie de “biografías colectivas” (*collective biographies*) que encumbran a un determinado número de figuras del pasado. Cfr. Bell, *The Cult of the Nation in France...*, chap. 4: National Memory and the Canon of Great Frenchmen, p. 107-139.

propósito de esta configuración? Y en general, ¿qué sentido asignarle a esta simbolización de lo pretérito?

La Edad Media y el proceso de recontextualización del Gran Hombre

A primera vista, alabar a un personaje de la Edad Media (*moyen âge*) en un siglo ilustrado expresaría una contradicción, cuando no un sinsentido. ¿Acaso el elogio de Suger es también el de lo medieval? ¿Cómo un *Grand Homme* de la nación pudo surgir de las tinieblas (*ténèbres*) y de la barbarie (*barbarie*) de una época mediana (*moyenne*)? ¿Por qué un periodo tan despreciado bien valió un rezo secular, un recuerdo colectivo por parte de algunos hombres de letras?

Para captar el sentido de esta aparente contradicción es necesario entender cuál fue el lazo que establecieron estos autores con su pasado y cómo lo configuraron. Las metáforas de las que se valieron son una excelente guía en este proceso.

La primera de estas metáforas proviene de una pregunta básica: ¿Cómo se conoce el pasado? La respuesta era clara: mediante un viaje en el cual se remontaban los siglos y las edades para llegar a un destino particular y acercarse a otros hombres que habitaron antes su mundo. La noción surgía de una práctica cotidiana. El siglo XVIII era la época del *grand tour*, de la exploración de otros continentes, otras naturalezas, otras sociedades con sus particulares formas de organización política;² pero también de otros tiempos, lo pretérito de otros lugares perceptible tanto en sus ruinas como en los viejos manuscritos conservados.

En un ejemplo notable, alguien como La Curne de Saint-Palaye se formó como estudioso del pasado medieval en el siglo XVIII gracias a su condición de viajero: en sus trayectos pudo consultar las arcas de las bibliotecas, conocer de primera mano los manuscritos, intercambiar opiniones con eruditos de distinta índole, visitar los monumentos antiguos, etc.³

² Elio Franzini, *La estética del siglo XVIII*, trad. de Francisco Campillo, Madrid, Visor, 2000, p. 52-70.

³ Gossman, *Medievalism and the Ideologies...*, p. 23 s. Anteriormente, Nathan Edelman había señalado que en siglo XVII un medio para hacer investigación era el *Voyage litteraire*, o como él lo nombra, una “expedición de investigación” (*research expedition*). A este se sumaban otros más: la consulta en bibliotecas o

El viaje permitía confrontarse con modos de vida ajenos, no ya para abrazarlos y hacerlos suyos sino para reconocer con un afán enciclopédico las diferencias y acentuarlas.⁴ Quienes se trasladaban a un lugar distinto conservaban una prudente distancia respecto de otra cultura, al par que buscaban acercarse a ella mediante la razón. Sin embargo, no les interesaba empatizar y asimilarse; su intención era más bien la de distinguirse, una actitud a todas luces condescendiente.

En un plano temporal, esta aceptación de la diferencia cultural radical como medio de distinción, tenía serias implicaciones. En principio, pasado, presente y futuro podían aproximarse sin jamás llegar a confundirse, es decir, que era posible reducir la distancia de tiempo, pero ésta siempre debía permanecer. Así, por ejemplo, el hombre del presente viajaba al pasado o al futuro, sin jamás llegar a ser como sus congéneres de *aquellos* tiempos. Lo mismo a la inversa: un hombre del pasado o del futuro jamás podría haber sido uno del presente; a lo más, habría alcanzado a establecer comunicación con él mediante formas variadas, todo con el fin de asentar un legado o instaurar una promesa. De lo anterior se desprende entonces que el viajante defendía y consolidaba una identidad temporal y cultural, la cual entraba en confrontación con otras y podía, en muchas ocasiones, enarbolarse en un grado superior al del resto.

Por otro lado, esta imagen del viaje tenía otra metáfora asociada, aunque casi imperceptible en los elogios: la lectura. Hérault de Séchelles, por ejemplo, llamaba a su público a “abrir los vastos Anales de la Historia” y apreciar el espectáculo de los Grandes Hombres.⁵ En una referencia implícita a la tradición monástica y a las polémicas de los siglos precedentes en torno a la historia eclesiástica, este autor recorría las páginas de la Historia como el monje recorría las del libro sagrado, para recapitular la historia de la creación y de la salvación. En Hérault de Séchelles, por supuesto, ya no aparecía la Biblia;

manuscritos de colecciones privadas, el modelo de los anticuarios y la edición y publicación de textos originales de la Edad Media. Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century...*, p. 66 s. y p. 70 (sobre el viaje).

⁴ Franzini, *La estética del siglo XVIII*, p. 53; Gossman, *Medievalism and the Ideologies...*, p. 23-24; y Nisbet, *Historia de la idea de progreso*, p. 208-216.

⁵ « Ouvrons les vastes Annales de l’Histoire [...] ». [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 6. Más adelante (p. 12), el autor utiliza prácticamente las mismas palabras para hablar de un viaje al pasado: “Recorriendo juntos los vastos campos de la Historia [...]” [« Parcourant ensemble les vastes champs de l’Histoire »]

su lugar lo había ocupado la narración universal del desarrollo plurisecular de la naturaleza humana. De cualquier manera, se evidenciaba el papel sacralizador del elogio.

Sin embargo, ¿cómo lograr ese viaje o esa lectura? La imaginación era el mecanismo, o mejor dicho, la facultad del pensamiento que permitía ambos. A través de ella, la interpretación era posible y el desciframiento de los signos y símbolos del transcurso temporal adquiriría verdadero significado. Por lo mismo, no es casual verle asociada con otras imágenes como aquella de la memoria (*mémoire*).

El viaje del pensamiento hacia el pasado brindaba un conocimiento invaluable al hombre del presente y el sentimiento dejado por el trayecto podía ser muy hondo. ¿Cómo calibrar esa huella? ¿Cómo analizar lo sucedido? Leer el pasado era hacer memoria, guardar un recuerdo, evocarlo. Para ello se contaba con instrumentos que facilitaran el proceso y garantizaran la permanencia de aquellas reminiscencias. En este caso el objeto intelectual era la serie de Grandes Hombres, dentro de los cuales figuraba Suger de Saint-Denis.

Sin embargo, aquí también entraban en juego otras metáforas particularmente poderosas en los elogios: las pictóricas. Las impresiones recogidas durante el viaje debían cristalizarse y transmitirse, para lo cual el autor debía verter todo su talento para lograr un cuadro (*tableau*) digno de contemplarse. A la manera de un pintor, el elogiador guiaba su pincel (*pinceau*) a fin de capturar los rasgos (*traits*) más representativos del Gran Hombre.⁶ De haber logrado una obra maestra, su retrato (*portrait*) transmitiría un sentimiento profundo y serviría de punto de anclaje de una memoria compartida.

⁶ Por mencionar un par de ejemplos: “Yo comencé el elogio de Suger por el cuadro de sus talentos y de sus virtudes, lo terminaré pintando el trabajo que realizó en el curso de su carrera: ¡Feliz, si mi pincel puede imitar la noble simplicidad que lo caracterizó!” [« J’ai comencé l’éloge de Suger par le tableau de ses talents & ses vertus, je l’acheverai en peignant l’emploi qu’il en fit dans le cours de sa carrière : heureux, si mon pinceau peut imiter la noble simplicité qui le caractérise ! »] [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 8. Por su parte, De Laussat al final de su texto afirmaba lo siguiente: “Para mí, retrocediendo lejos de mi Siglo, me pensé alimentado en los bosques de la Germania y de los Belgas, cultivando las únicas luces de la razón, y no conociendo todavía más que las ventajas de la verdad; yo seguí después con un ojo exacto todos los movimientos de Suger, y osé juzgarlo y pintarlo.” [« Pour moi, reculant loin de mon Siècle, je me suis supposé nourri dans les forêts de la Germanie & des Belges, cultivant les seules lumières de la raison, & ne connoissant encore que les avantages de la vérité ; j’ai suivi ensuite d’un œil exact tous les mouvemens de SUGER, & j’ai osé le juger & le peindre. »] [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 55-56.

Pero este pintor era más que un simple retratista. En algún momento aplicaba su imaginación pictórica no ya a un individuo, sino al conjunto de los seres humanos, en un esfuerzo filosófico de mayor envergadura, tal y como Germain Hyacinthe de Romance lo apuntaba:

Considerado desde este punto de vista, el retrato de un gran hombre deviene un cuadro de la humanidad, el espectáculo de una virtud dominante, de un encadenamiento de circunstancias difíciles, de un sistema de conducta que tiene por objeto la felicidad de los hombres. Pero si el héroe, propuesto a la admiración pública, se encuentra hundido en la sombra de la Historia; a medida que los límites de los tiempos se reculan, el campo de la filosofía se agranda; ella suple la rareza de los monumentos por una crítica exacta de lo que queda; ella interroga la naturaleza; y, en sus reglas generales, ella extrae aplicaciones particulares. En esta escena inmensa de acontecimientos humanos, los objetos se degradan alejándose: ella nos previene contra las ilusiones, y, calculando la diferencia de las grandezas reales con las grandezas aparentes, ella asigna a las cosas su verdadera estimación. Ya no se trata de comparar un hombre con los hombres, de pesar las acciones y los pensamientos en un círculo de circunstancias aproximadamente iguales; hay que enfrentar siglo a siglo, medir los pasos de la naturaleza, apreciar lo que el hombre debe a los conocimientos, a los errores, a los vicios, a los prejuicios de su siglo; el movimiento que él ha imprimido a los tiempos que le han seguido, aquello que ha recibido de los tiempos que le han precedido; lo que podía ser, lo que debía ser, lo que ha sido.⁷

Esta gran obra producto del razonamiento humano era la contraparte general de un cuadro particular. La tarea de quien elogiaba debía ser lograr centrar la mirada en un solo hombre y al mismo tiempo capturar en una imagen el devenir humano en su totalidad. Por

⁷ « Envisagé sous ce point de vue, le portrait d'un grand homme devient un tableau de l'humanité, le spectacle d'une vertu dominante, d'un enchaînement de circonstances difficiles, d'un système de conduite qui eut pour objet le bonheur des hommes. Mais si le héros, proposé à l'admiration publique, se trouve enfoncé dans l'ombre de l'Histoire; à mesure que les bornes des temps se reculent, le champ de la philosophie s'agrandit; elle supplée à la rareté des monumens par une critique exacte de ce qui reste ; elle interroge la nature; &, dans ses règles générales, elle puise des applications particulières. Dans cette scène immense des évènements humains, les objets se dégradent en s'éloignant: elle nous prévient contre les illusions, &, calculant la différence des grandeurs réelles avec les grandeurs apparentes, elle assigne aux choses leur véritable estimation. Il ne s'agit plus de comparer un homme à des hommes, de peser les actions & les pensées dans un cercle de circonstances à peu près égales; il faut opposer siècle à siècle, mesurer les pas de la nature, apprécier ce que l'homme doit aux connoissances, aux erreurs, aux vices, aux préjugés de son siècle; le mouvement qu'il a imprimé aux temps qui l'ont suivi, celui qu'il a reçu des temps qui l'ont précédé; ce qu'il pouvoit être, ce qu'il devoit être, ce qu'il a été. » *Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis, Premier Ministre sous les règnes de Louis le Gros et de Louis le Jeune, et Régent du Royaume*, [par le Marq. de Mesmon Romance], Amsterdam, [s. n.], 1779, p. 4-5, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5787708s> (consulta: 27 de octubre de 2015).

ello, la evocación de una época y la determinación de su lugar en el progreso de los conocimientos eran fundamentales.

En otra metáfora cara al pensamiento ilustrado, podría decirse que el creador del *éloge* era un director de escena. Este maestro del teatro debía recrear con tintes dramáticos a su personaje central mediante la correcta composición del escenario y actores afines, es decir, del medio en el cual se desenvolvería el Gran Hombre y que habría de fungir como el lugar de nacimiento, desarrollo y elevación del *genio*, pero también de los mayores obstáculos al mismo. Este “contexto”, un cuadro moral (vicios y virtudes) con tintes teatrales, no podía ser más que histórico, especialmente si se buscaba la verosimilitud de los acontecimientos y con ello un efecto mucho más poderoso de persuasión basado en el estatuto de verdad.

En nuestro caso, el elogio de Suger de Saint-Denis implicaba la representación del periodo en el cual vivió; una tarea a fin de cuentas inevitable, pero sobretodo necesaria. Ninguno de los que lo alabaron o satirizaron escapó a esta exigencia propia del género, en un proceso bastante consciente por parte de los autores.⁸ El tiempo intermedio entre una Antigüedad Clásica y su Renacimiento, la Edad Media, les ofreció quizás ciertas posibilidades que explotaron con sus plumas.

La visión sombría acerca de la Edad Media, así como los primeros atisbos de su constitución como periodo, se observan en el humanismo del siglo XIV.⁹ Los poetas

⁸ En un ejemplo notable, De Laussat iniciaba su discurso afirmando que: “La Historia de un Monje Ministro, bajo Luis el Gordo, y Regente del Reino, bajo su Sucesor, será naturalmente aquella del siglo doce.” [« L’HISTOIRE d’un Moine Ministre, sous LOUIS LE GROS, & Régent du Royaume, sous son Successeur, sera naturellement celle du douzième siècle. »] [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 3. Igualmente, De Romance, en su primera nota aclaratoria, apelaba a esta contextualización: “Para hacerse una idea justa de nuestro tema, hay que conocer el estado de Europa, en el siglo once, y haber considerado todo el desarrollo de los acontecimientos que habían consumado la destrucción del imperio Romano. La historia de las causas sería demasiado vasta, y demasiado extranjera aquí; basta con observar que la formación de este coloso y su destrucción, hicieron dos grandes revoluciones en el estado político y en las costumbres de las naciones Europeas.” [« Pour se faire une juste idée de notre sujet, il faut connoître l’état de l’Europe, dans l’onzième siècle, & avoir envisagé toute la suite des évènements qui avoient consommé la destruction de l’empire Romain. L’histoire des causes seroit trop vaste & trop étrangère ici ; il suffit d’observer que la formation de ce colosse & sa destruction, firent deux grandes révolutions dans l’état politique & dans les mœurs des nations Européennes. »] [De Romance], *Éloge de Suger...*, N° 1. Premier Éclaircissement, p. 67-71, la cita está en p. 67. El autor habla del siglo XI, porque Suger nació en 1080.

⁹ Sobre el surgimiento de la imagen sombría de este periodo, véase el estudio clásico de Theodore E. Mommsen, “Petrarch’s Conception of the ‘Dark Ages’”, *Speculum*, Medieval Academy of America, vol. 17, no. 2, april, 1942, p. 226-242, <http://www.jstor.org/stable/2856364> (consulta: 17 de junio de 2015). Acerca

del origen del concepto “Edad Media” y los primeros vocablos latinos que le dieron forma, véase Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century...*, p. 1-23. Igualmente, consúltese el trabajo de Jean-Michel Dufays, quien con mayor énfasis ha destacado que la investigación de este tipo de conceptos, cuya función es delimitar y caracterizar un lapso de tiempo, es en realidad un “verdadero psicoanálisis de la actividad historiográfica”. Jean-Michel Dufays, « *Medium tempus* et ses équivalents : aux origines d’une terminologie de l’âge intermédiaire », *Il pensiero politico. Rivista di storia delle idee politiche e sociali*, Leo S. Olschki, vol. XXI, núm. 2, 1988, p. 237-249, <https://docs.google.com/file/d/0B21oFaPUTXX-WkEwR1MtMkUyX2M> (consulta: 28 de julio de 2016), la cita se encuentra en p. 237; y Jean-Michel Dufays, « La place du concept de ‘moyen âge’ dans l’historiographie », *Revue belge de philologie et d’histoire*, Université de Bruxelles, vol. 65, núm. 2, 1987, p. 257-273, http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/rbph_0035-0818_1987_num_65_2_3582 (consulta: 28 de julio de 2016).

Para una discusión en español relativamente reciente sobre el tema véase Eduardo Baura García, “De la ‘media tempestas’ al ‘medium aevum’”. La aparición de los diferentes nombres de la Edad Media”, *Estudios Medievales Hispánicos*, Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, Máster Universitario en Estudios Medievales Hispánicos, núm. 2, 2013, p. 27-46, <http://www.uam.es/otros/muemh/downloads/emh2.pdf> (consulta: 28 de julio de 2016). Este autor había incursionado previamente en el problema, con algunas ausencias importantes como el estudio de Nathan Edelman. Cfr. Eduardo Baura García, “El origen del concepto historiográfico de la Edad Media Oscura. La labor de Petrarca”, *Estudios Medievales Hispánicos*, Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, Máster Universitario en Estudios Medievales Hispánicos, núm. 1, 2012, p. 7-22, <http://www.uam.es/otros/muemh/downloads/emh1.pdf> (consulta: 28 de julio de 2016). En todos los trabajos antes citados se remite a más bibliografía especializada.

En el ámbito mexicano, Antonio Rubial también ha reflexionado sobre el concepto de Edad Media, aunque lo utilizó como un pretexto para introducir una discusión sobre la permanencia de elementos culturales surgidos en este periodo y que aún pueden corroborarse en el contexto mexicano. Véase Antonio Rubial García, “La Edad Media. Un concepto problemático y multifuncional”, *Destiempos. Revista de curiosidad cultural*, Grupo Destiempos, núm. 38, abril-mayo 2014, p. 7-16, <http://www.destiempos.com/n38/RevistaDestiempos38.pdf> (consulta: 28 de julio de 2016). Agradezco al profesor Antonio Rubial el haberme indicado la existencia de este texto.

Por otro lado, además de la ya mencionada trilogía conformada por los trabajos de Edelman, Gossman y Montoya alrededor del medievalismo y la imagen de la Edad Media en Francia, puede consultarse la visión de síntesis –sobre todo a nivel de la literatura– de Albert Pauphilet, « Le mythe du moyen âge. XVIe-XVIIe-XVIIIe-début du XIXe siècle », en Albert Pauphilet, *Le Legs du Moyen Âge. Études de littérature médiévale*, Melun, Librairie d’Argences, 1950, p. 23-63. El autor juega con la conformación de la Edad Media como un “mito” desde el siglo XVII, el cual pervive; aunque resulta difícil captar en qué sentido utiliza dicho concepto. A mi entender, Pauphilet piensa la Edad Media como una estructura de pensamiento que permite remitirse a un pasado remoto y simplificarlo para desprender de él nuevos relatos. Por lo demás, en su recorrido sucinto resalta con notable acierto la paulatina transformación en la sentimentalidad de los literatos franceses respecto de la Edad Media. Asimismo, atiéndase a las observaciones de Jean-Michel Dufays, « Le ‘moyen-âge’ au dix-huitième siècle : contribution à l’étude de la terminologie et de la problématique d’‘époque intermédiaire’ », *Études sur le XVIIIe siècle*, Université de Bruxelles, vol. VIII, 1981, p. 125-145, <https://docs.google.com/file/d/0B21oFaPUTXX-UXg3TIE1YTR6Slk> (consulta: 28 de julio de 2016); y Jürgen Voss, « Le problème du Moyen Âge dans la pensée historique en France (XVIe-XIXe siècle) », *Revue d’histoire moderne et contemporaine*, Société d’Histoire Moderne et Contemporaine, t. 24, n. 3, jul.-sep. 1977, p. 321-340, <http://www.jstor.org/stable/20528405> (consulta: 9 de agosto de 2015). A Voss debemos un monumental estudio en alemán sobre el concepto de Edad Media en Francia; el artículo sintetiza los resultados de su investigación. También puede consultarse Barbara G. Keller, *The Middle Ages Reconsidered. Attitudes in France from the Eighteenth Century through the Romantic Movement*, New York, Peter Lang, 1994. La autora centra su análisis literario en ese tránsito hacia las visiones de la Edad Media propias del siglo XIX, aunque privilegia una organización por autores representativos, más que por tendencias en las actitudes. Ahora bien, pese a su carácter general e introductorio de tintes polémicos, todavía resultan útiles las reflexiones de Jacques Heers, *Le Moyen Âge, une imposture*, Paris, Perrin, 2008, especialmente la primera parte; y de Giuseppe Sergi, *La idea de Edad Media. Entre el sentido común y la práctica historiográfica*, trad. y nota preliminar de Pascual Tamburri, Barcelona, Crítica, 2000, en particular p. 17-40. Para Sergi

ofrecieron las primeras características negativas del mismo, en un intento por distanciarse de su pasado reciente. Sin embargo, este modernismo renacentista caracterizado por su clasicismo intransigente, convivió muy pronto con una actitud de veneración y respeto por las épocas anteriores. Desde el siglo XV, eruditos y anticuarios se aventuraron en el estudio de los siglos intermedios, en parte porque buscaban una identidad propia mediante la localización del origen de la nación francesa. La empresa, patrocinada en gran medida por el Estado Monárquico, testimonia que la constitución de este periodo corrió paralela a las discusiones jurídicas en torno al surgimiento de los feudos;¹⁰ lo cual derivaba, en última instancia, en una disputa teórica sobre el estado de derecho y la soberanía, ligados al colonialismo, rastreable en los trabajos de gente como Pasquier, Bodin, Hotman, De Thou, Du Tillet, etc.¹¹ No es casual que en la búsqueda de fundamentos sólidos para los debates, se hayan confeccionado las herramientas que hoy en día son el sustento de la ciencia histórica, como la diplomática, la filología y en última instancia, ese instrumento probatorio que es el aparato crítico.¹² Sin olvidar, por supuesto, que la Edad Media fue el lugar *par excellence* de los motivos que constituyeron buena parte tanto de la poesía, la literatura *romanesque*, así como de los espectáculos operísticos, teatrales y dancísticos de los siglos XVI al XVIII.¹³

“‘Periodizar’ es una operación cultural orientada a la comprensión de la historia” (p. 28); a la Edad Media, como categoría historiográfica, hay que entenderla así.

¹⁰ Barret-Kriegel, *Les Historiens et la Monarchie II...*, p. 75-132.

¹¹ Barret-Kriegel, *Les Historiens et la Monarchie II...*, p. 115-132. Esta tesis ha sido desarrollada recientemente por Kathleen Davis, quien aborda la constitución de la Edad Media como un fenómeno moderno de “política del tiempo” que permite el dominio. Esta es la razón por la cual desde su surgimiento, este periodo sirve de base a una reflexión sobre la soberanía cifrada en el tema del feudalismo y la secularización. Cfr. Kathleen Davis, *Periodization and Sovereignty. How Ideas of Feudalism and Secularization Govern the Politics of Time*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2012. Agradezco a Julián González de León por llamar mi atención sobre este libro, así como facilitarme el acceso al mismo.

¹² Véase en general Barret-Kriegel, *Les Historiens et la Monarchie II...*

¹³ Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century...*, cap. III, p. 111-123 (reactualización de la caballería mediante torneos, *carrousels*, y certámenes poéticos), 124-128 (*ballet*), 129-130 (ópera), 131 (juegos de cartas), 131-140 (parodias de la caballería); caps. IV-V, que tratan sobre los héroes medievales y nacionales en la novela, el drama y la poesía, especialmente, épica; y cap. VI, que es un estudio sobre la apreciación y la actitud sobre la literatura medieval. Cfr. Montoya, *Medievalist Enlightenment...*, la sección II, cap. 3-4, p. 71-144, donde se abordan los *Romans*, la ópera, la música, y la lírica trovadoresca de inspiración medieval, así como su recepción y desarrollo en Francia, durante la primera mitad del siglo XVIII. Acerca de las representaciones medievales en el teatro, véase Anna Maria Raugéi, « Moyen Âge et siècle des Lumières : l'écran du passé dans le théâtre du XVIIIe siècle », *Cahiers de l'Association internationale des études françaises*, n. 47, 1995, p. 15-31, http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/caief_0571-5865_1995_num_47_1_1861 (consulta: 29 de julio de 2016).

En síntesis, se trataba de un periodo hacia el cual se expresaba bastante ambigüedad: en un extremo de las actitudes, un profundo desprecio y hostilidad; en el otro, un aprecio incondicional; en medio de ambos, una estima con reservas, en la que la visión negativa se diluía a base de concesiones piadosas.¹⁴ A fin de cuentas, un cliché aceptado o rechazado, usado para distintos objetivos, y cuya definición provenía mucho más de una consideración literaria o poética que de una reflexión histórica.¹⁵

Esto último era la razón por la cual los límites cronológicos de la Edad Media, desde que aparecieron los primeros vocablos latinos para designarla, siempre fueron ambiguos. Cuando se colocaban marcadores temporales, algunos no la hacían remontar más allá del siglo XIV; otros la situaban en lo que hoy conocemos como la Alta Edad Media (s. V-X) o bien, la referían a un siglo específico. No obstante, era un hecho que en Francia, a fines del siglo XVII, el término *moyen âge* comenzó a predominar gracias a que muchos estudiosos lo trasladaron de sus lecturas latinas, aunque esto no inhibió otras fórmulas de comprensión histórica.¹⁶ Así, encontramos, por ejemplo, las tres razas de los reyes, las cuatro grandes dinastías o, en un plano más general, una distinción entre antiguo y moderno.

Esta última estuvo en el centro de las reflexiones al grado de volverse una querrela en Francia a fines del siglo XVII.¹⁷ El impulso que esta disputa le dio a la concepción de la Edad Media debe ser tomado en cuenta, pues la rehabilitación del periodo se debió en buena medida a aquellos que siguieron la bandera de los Modernos.¹⁸ Los Antiguos defendían un apego al canon clásico, un acatamiento de las formas y el orden,

¹⁴ Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century...*, p. 43. En su momento Edelman se dedicó a probar la existencia de visiones favorables hacia la Edad Media.

¹⁵ Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century...*, cap. I, p. 1-43; y Montoya, *Medievalist Enlightenment...*, p. 35-36.

¹⁶ Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century...*, p. 5-10. El autor utiliza el *Dictionnaire Universel* (1690) de Furetière y el *Dictionnaire de l'Académie* (1694), como ejemplos de esta ambigüedad cronológica hacia el periodo. Cfr. Montoya, *Medievalist Enlightenment...*, p. 36-37.

¹⁷ Para esta querrela y su relación con el desarrollo de la historia filosófica, véase Barret-Kriegel, *Les Historiens et la Monarchie II...*, p. 269-306. Desde el punto de vista estético, cfr. Franzini, *La estética del siglo XVIII*, p. 29-36. Para el papel fundamental de esta disputa en la idea de progreso: Bury, *La idea del progreso*, p. 87-106 y Nisbet, *Historia de la idea de progreso*, p. 216-223.

¹⁸ Montoya, *Medievalist Enlightenment...*, p. 21-35, 49-52; Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century...*, p. 16 s.; Gossman, *Medievalism and the Ideologies...*, p. 28-44. Por su parte, Barbara Keller le da entrada a esta querrela, pero no ahonda en las repercusiones de ésta en el proceso de conformación de una imagen de la Edad Media. Cfr. Keller, *The Middle Ages Reconsidered...*, p. 9-10.

especialmente en materia literaria; por el otro lado, los Modernos buscaban en parte escapar a este traje tan ceñido. Aunque a veces se tienda a radicalizar la oposición entre uno y otro bando, lo cierto es que ambos compartieron un origen aristocrático y apelaron a la tradición humanista.

Sin embargo, en la búsqueda por romper el patrón, el recurso a la Edad Media vino de maravilla a los Modernos. Si bien repitieron el lugar común de una edad oscura, la ambigüedad cronológica del periodo les proporcionaba una oportunidad para escapar a las exigencias de los Antiguos; asimismo, les permitía referirse a una época que desconocía las reglas clásicas, pues su “barbarie” y su estado “primitivo” la conservaron con un grado de ingenuidad e inocencia, con lo cual se podía crear sin referencia a ningún modelo establecido. Lo anterior se vinculaba estrechamente a la discusión sobre el progreso, donde ese periodo oscuro planteaba problemas a la visión de perfeccionamiento paulatino, tanto de los conocimientos como de la sociedad en su conjunto.¹⁹ También remitía a la búsqueda de una herencia nacional propia –en especial frente a la tradición romana–, lo cual convirtió a la Edad Media en una especie de “Edad de Oro” del pasado francés. En otras palabras, un lugar motivo de orgullo, pero también a partir del cual valorar sus contribuciones originales a la civilización.²⁰

Hay que recordar que sólo hasta mediados del siglo XVIII la Edad Media comenzó a articularse como un concepto histórico, con marcadores cronológicos parecidos a los que hoy en día le otorgamos de forma convencional. Según Alicia Montoya, anteriormente, desde principios del siglo XVIII y como producto de la Querrela de los Antiguos y Modernos, *le moyen âge* funcionó a la manera de una categoría moral, o bien, como un eje para la reflexión epistemológica.²¹

¹⁹ Lo que se introduce con la Edad Media oscura es la posibilidad de una regresión o de un alto en el progreso. La idea que se mantiene, pese a todo, es la de la permanencia de la naturaleza humana. Bury, *La idea del progreso*, p. 87-106.

²⁰ Gossman, *Medievalism and the Ideologies...*, p. 28. Hay varias expresiones de este anti-italianismo, o mejor dicho, anti-romanismo. Por ejemplo, la búsqueda en las investigaciones jurídicas de un *Mos Gallicus*, o en la producción literaria la literatura de los *bon vieux temps*. Sobre la influencia del modelo italiano en Francia y el desarrollo del anti-italianismo, véase la síntesis de Jean-Marie Le Gall, *L'Ancien Régime (XVI^e-XVII^e siècles)*, Paris, Presses Universitaires de la France, 2013, 21-48. En su momento, existió una crítica a la noción de los *bon vieux temps*. Cfr. Montoya, *Medievalist Enlightenment...*, p. 60-64.

²¹ Montoya, *Medievalist Enlightenment...*, p. 43.

Esto siguió latente aún después de crear un canon cronológico para la Edad Media. El cuadro de desarrollo histórico de la humanidad, planteado por De Romance en 1779, subrayaba muy bien la cuestión de la *philosophie* y de las fuertes preocupaciones morales que existían en la composición de la obra.

Ahora bien, si tuviéramos que encontrar una imagen que condensara todas esas metáforas ligadas con el proceso de pensamiento volcado hacia el pasado, se trataría de un *Salon* dieciochesco. En efecto, éste representaría una galería del tiempo, en el cual el hombre del siglo XVIII se encuentra y se desenvuelve a la manera de un crítico de arte: a sus espaldas contempla la serie de cuadros históricos particulares y generales de la humanidad, pero inmediatamente vuelve su mirada sobre el sendero que recorre en ese inmenso lugar; es posible que en algún momento experimente la necesidad de ser retratado para conservar su memoria, pero a fin de cuentas tendrá que instruir a los que vienen después de él en la contemplación y apreciación artística del tiempo, y en el dominio del mismo con sus pinceles (reales o metafóricos).

Un fuerte componente estético residía en esta forma de visualizar el tiempo histórico. Esta organización espacial y temporal cifrada en una imagen era el marco colectivo que permitía el desenvolvimiento de varias facultades del pensamiento como la memoria. De hecho, aquella provenía de una práctica cotidiana propia de los estamentos elevados de la época. Como signo de la sociabilidad de aquellos años, el *Salon* del Louvre – donde se exhibían los cuadros patrocinados por la Academia Real de Pintura y Escultura – consistía en una galería abierta al público, de la cual la verdadera apreciación estaba reservada a algunas mentes ilustradas. En suma, se trataba de un lugar de reunión cuyas características dominantes estaban dadas por los valores de una cultura aristocrática.²² Por supuesto, esta manera de concebir la adquisición de conocimientos estaba cifrada también en los libros. Las críticas aparecidas en las publicaciones periódicas o los tratados relacionados con el quehacer artístico y pictórico, pudieron haber tenido mayor fuerza en la

²² Véase en general el libro de Crow, *Pintura y sociedad...*

forja de dicha imagen. A esta, además, se le asoció una metáfora que habría de tener serias repercusiones al hablar de la Edad Media: la luz y la sombra.²³

Tal y como la óptica de aquel tiempo lo sabía, el ojo requiere de luz para poder ver. ¿De dónde provenía la iluminación de aquella galería del tiempo? Por un lado, de la Naturaleza: concepto caro a los letrados del siglo XVIII, el cual les permitía lidiar con la idea de Dios impulsada por los teólogos cristianos. Por el otro, una luz artificial surgida del hombre mismo, parecida a la de una vela, la cual guiaba al sujeto en su recorrido hasta que su vida se extinguiese.

Sin embargo, donde existía luz también había sombra y, en este sentido, el siglo XVIII se volcó con particular entusiasmo sobre ésta, tratándola como un objeto de percepción. Psicólogos cognitivos, físicos de la luz y pintores la consideraron importante y experimentaron una fascinación, al grado de llegar a una auténtica “esciofilia”.²⁴ La particularidad de las investigaciones dieciochescas residía en que se cuestionaron sobre el papel de la sombra en el problema del conocimiento humano, es decir, ¿qué tanto ayuda o no la sombra a percibir y qué tipo de información nos provee?²⁵ En una convicción bastante arraigada, la mayoría aceptaba que la sombra tenía un rol fundamental en la apreciación del mundo, independientemente de los medios y bases de la interpretación del mismo.²⁶ Al tratarla como objeto de percepción, adquirió una valoración positiva, lo cual permitió estudiar a detalle fenómenos asociados a ella: 1) su oscuridad o intensidad relativa según la situación en la que se encuentra; 2) el color de la sombra y en la sombra; 3) su estructura o

²³ Para una breve discusión sobre la “oscuridad” como metáfora en el siglo XVIII, véase Janne Tunturi, “Darkness as a metaphor in the historiography of the Enlightenment”, *Approaching Religion*, vol. 1, no. 2, December, 2011, p. 20-25.

²⁴ Michael Baxandall, *Las sombras y el Siglo de las Luces*, trad. de Amaya Bozal Chamorro, Madrid, Visor, 1997, p. 27, para el estudio de la sombra en el siglo XVIII véanse sobre todo los capítulos II y IV.

²⁵ Baxandall, *Las sombras y el Siglo de las Luces*, cap. II, p. 33-45, especialmente, p. 43. Esta particularidad es importante, pues permite relativizar esa fascinación por las sombras. En palabras del propio Baxandall (p. 43): “Afirmar que el siglo XVIII estuvo muy interesado en las sombras sería decir muy poco: no hay manera de corroborar este tipo de afirmaciones y, en cualquier caso, los ilustrados estuvieron más o menos interesados por las sombras y no más conspicuamente que, por ejemplo, los del s. XVII. Lo que sí podríamos afirmar es que la atención dieciochesca concedida a la sombra tuvo ciertas características y puntos de atención identificables así como cierto tono distintivo.”

²⁶ Baxandall, *Las sombras y el Siglo de las Luces*, p. 47.

su variación interna; 4) fenómenos visuales relacionados con la difracción de la luz; y 5) las modificaciones pictóricas de la sombra natural.²⁷

Aunque esto estaba pensado en términos de percepción visual y de la experiencia sensible,²⁸ las metáforas empleadas en nuestros elogios permiten enlazar este tipo de reflexiones con aquellas relativas al estudio del pasado. En nuestro caso, es claro que el siglo de las luces (*lumières*) encontró un perfecto contrapunto en una Edad Media oscura. Pero la metáfora humanista surgida desde tiempos de Petrarca servía ahora a los fines de los ilustrados.

Con la imagen de la pintura en mente, el elogiador concebía su tarea como la realización de un cuadro que mostrara perfectamente una luz, un Gran Hombre del pasado. Pero para lograrlo era necesario también representar aquella distancia temporal propia del viaje del pensamiento. En términos pictóricos análogos, lo que estaba en juego era el efecto de alejamiento o acercamiento de los objetos, cuya repercusión era situar la mirada del espectador; y lo anterior sólo era concebible si se recurría a una degradación o definición progresiva de los objetos. En esto, la utilización de la sombra, de su colorido e intensidad, tenía un lugar privilegiado, pues además de los matices a los cuales daba lugar, por efecto de contraste permitía llamar la *atención* sobre alguna parte del cuadro.²⁹ Al autonombrarse

²⁷ Baxandall, *Las sombras y el Siglo de las Luces*, cap. IV, 23, p. 90-92.

²⁸ Baxandall, *Las sombras y el Siglo de las Luces*, cap. IV, p. -126, en especial p. 92 y 97. El autor (p. 127) lo sintetiza de la siguiente forma: “Los problemas que interesaron a esta comunidad observadora de sombras fueron: ¿qué puede decirse del contorno de las sombras y hasta qué punto puede decirse algo con cierto rigor? ¿Cómo afectan la complejidad de movimientos de la luz, concretamente la reflexión y difracción, a las formas de la sombra? ¿Qué es lo que determina las diferentes intensidades de las diferentes sombras en puntos diferentes de un mismo espectro? ¿Qué les ocurre a las sombras ante una luz difusa? ¿Qué les ocurre a los colores de los objetos en la sombra y por qué, a veces, las propias sombras parecen coloreadas?”.

²⁹ En el siglo XVIII se habló también acerca de la sombra en términos de *atención*. Como lo indica Baxandall, este concepto es “bastante inestable –como acto o estado de percepción focalizada y/o percepción dirigida, percepción selectiva, activa, consciente y reflexiva–.” Sin embargo, no carece de utilidad pues lleva a una comprensión más profunda del papel de la sombra en la percepción. Baxandall, *Las sombras y el Siglo de las Luces*, p. 135. Por otra parte, sobre el color negro –generalmente asociado a la sombra–, véase Michel Pastoureau, *Noir. Histoire d'une couleur*, Paris, Seuil, 2008, p. 177-188. El autor deja en claro que el siglo de las luces fue un “oasis coloreado” (p. 182). Esta diversificación de los colores en la vida cotidiana quizá se trasladó a la sombra: negra por tradición, pronto pasó a verse en ella múltiples colores debidos a distintos efectos de intensidad y refracción de la luz.

pintor, el elogiador se constituía y legitimaba como “un analista profesional de la percepción visual”³⁰ del pasado.

No obstante lo antedicho, la metáfora pictórica también debe recordarnos siempre que “un cuadro difiere del orden visual real de muchas formas” y que la creación del pintor es en última instancia artificial.³¹ Así, por mucho que este artista se haya esforzado en captar los verdaderos contornos y figuras de las cosas, con seguridad las más de las veces su intelecto los omitió o simplemente los reemplazó por convenciones establecidas para auxiliarlo a terminar su obra.

Igualmente, la imagen que hace del elogiador un pintor debe conducirnos a la comprensión de esas relaciones tejidas a partir del intercambio de miradas y de la atención prestada a las mismas, pues tanto pintor como espectador realizaban una elección de lo significativo y establecían una mediación, constituyendo así un “mercado de la atención”, que se reproducía gracias a una serie de valores compartidos.³²

³⁰ Estudiando las apreciaciones del filósofo escocés Thomas Reid, vertidas en su *An Inquiry into the Human Mind* (1764), Baxandall llega a una definición de pintor en la época: “[...] el pintor es un analista profesional de la percepción visual. Debe tratar los estímulos visuales que componen el color del objeto, la figura del objeto, la iluminación contingente, la distancia del observador y todos los demás elementos de la visión que solemos tratar, mezclándolos en un signo complejo; y debe hacerlo con un medio físico que supone un análisis reflexivo de los elementos.” Baxandall, *Las sombras y el Siglo de las Luces*, p. 136. En mi caso de estudio, la metáfora que hace del elogiador un pintor lleva implícitamente esta carga de sentido, la cual convierte a aquél en alguien muy consciente de su labor. Nos enfrentamos aquí con la manera en la que estos autores quieren ser percibidos y comprendidos.

³¹ Baxandall, *Las sombras y el Siglo de las Luces*, p. 140-142, la cita se encuentra en p. 140. Un ejemplo notable es que un cuadro tiene un carácter geométrico plano, algo que nuestra vista y el mundo no. La escala dentro de una obra pictórica plantea problemas similares. Aquí está en juego el concepto de representación, pues el cuadro “se trata de una imagen de algo *real* y también de una *imagen* de algo real” (p. 140).

³² A propósito de este “mercado de la atención”, me permito citar en extenso el pasaje bastante sugerente de Baxandall: “Un modelo de pensamiento que resulta viable para algunos aspectos del arte y la cultura es, precisamente, el de un auténtico mercado de la atención, un intercambio de atenciones valioso para el otro. Nosotros y el artista nos confabulamos para permutar nuestras respectivas atenciones en una atribución socialmente institucionalizada. Este valora nuestra atención por muchas razones y no sólo porque pueda relacionarse con cualquier tipo de beneficio material cultural: su identidad social y la idea de su propia humanidad aparecen implícitas en la transacción de forma compleja. Por otro lado, nosotros atendemos a la representación donde se deposita su atención a la vida y al mundo porque lo encontramos agradable o beneficioso, a veces incluso edificante. La transacción no es simétrica: él valora la atención que le prestamos, nosotros valoramos la atención que el [*sic*] presta a la vida y al mundo. El [*sic*] nos valora como representativos de la humanidad general: nosotros le valoramos en cuanto que posee una facultad especializada, aunque quizás articule una cualidad humana general. Pero el patrón sigue siendo el del mercado, con una elección por ambas parte [*sic*] y una mediación recíproca.” Baxandall, *Las sombras y el Siglo de las Luces*, p. 142.

Por supuesto, es necesario reconocer que un elogio no es una pintura y que como texto tiene características propias y plantea problemas concretos. Sin embargo, atender a estas metáforas explica muy bien los objetivos declarados de estos autores. Buscando convertirse en auténticos maestros del claroscuro textual, iluminaban artificialmente a una figura del pasado, destacándola en su narración mediante un juego con la sombra de aquél tiempo. Se trataba de un procedimiento general que, en el caso de Suger, alcanzó una mayor intensidad por la carga negativa que la Edad Media venía soportando desde hace siglos.

Esa luz central del cuadro del *éloge* era el símbolo de la razón y por ello Suger fue ante todo un ilustrado del siglo XII, o como diría el abad Jumel:

Es una luz que sale del caos de la feudalidad, que no deja aún escapar más que alguno que otro fulgor, pero que esparcirá pronto las más vivas claridades: así este astro nocturno, que nos ilumina en las tinieblas, sólo se desarrolla tal y como es después de habernos mostrado diversas fases, y crecido sucesivamente a nuestros ojos.³³

En las palabras de Jumel se aprecia el dramatismo propio de este tipo de textos, acorde con una sensibilidad particular expresada en aquel vaivén entre luz y sombra. A nivel del recuerdo, este contraste potencializaba la evocación al hacer del pasado oscuro ese olvido necesario a todo acto radiante de reminiscencia. La Edad Media era entonces un lugar de memoria, un marco forjado al paso de los siglos –especialmente desde los historiadores-juristas del siglo XVI y XVII– que permitía lidiar con el devenir temporal de la nación. En este caso, el periodo medieval cifraba las esperanzas ilustradas de una aristocracia en una figura del pasado como Suger.

No obstante, tal y como nos sugiere el extracto de Jumel, el término Edad Media (*moyen âge*) es casi inexistente en los elogios. En su lugar están presentes otros mucho más en boga y que condensan el desprecio humanista para con la época medieval: la “feudalidad” (*féodalité*), el “gobierno feudal” (*gouvernement féodal*) o la “anarquía feudal” (*anarchie féodale*). Estas palabras remitían a un periodo, pero ante todo a un régimen

³³ « C'est une lumière qui sort du chaos de la féodalité, qui ne laisse encore échapper que quelque lueur, mais qui répandra bientôt les plus vives clartés : ainsi cet astre nocturne, qui nous éclaire dans les ténèbres, ne se développe tel qu'il est qu'après nous avoir montré diverses phases, & cru successivement à nos yeux. » Jumel, *Eloge de Suger...*, p. 3.

dominante, el cual no sólo era oscuro, sino que estaba cargado con el fardo y el lastre de “la barbarie y la ignorancia” (*barbarie et ignorance*), de los “prejuicios” (*préjugés*), de la fuerza y la opresión.³⁴ Por supuesto, estamos ante características que ya formaban parte del bagaje cultural de los autores y que son retomadas por su facilidad para moldear un recuerdo y ponerlo al alcance de un público entendido en estos referentes. En otras palabras, se recurrió a un cliché que funcionó como imaginario político capaz de garantizar la identificación entre los autores y sus lectores mediante la puesta en marcha de un sentimiento de necesidad del Gran Hombre. En voz del abogado Delamalle:

Desde hace seiscientos años, la Europa inundada por un diluvio de bárbaros, devastada por el furor de las conquistas, sólo era un teatro de combates; la superstición, la ignorancia y la ferocidad se disputaban el imperio sobre una manada de esclavos; leyes, justicia, humanidad, todo había desaparecido: un género de gobierno extraño se había establecido; la feudalidad, monstruo nacido del seno de las turbaciones, había multiplicado los tiranos; más de derecho que la fuerza, de cetro que la espada (*glaive*), de trono que sobre el campo de batalla: esta rica parte del mundo, parecía una guarida de animales feroces, que no se alzaban de sus horribles refugios más que para raptar víctimas o arrebatarse el botín. La Religión desesperada, en medio de estos brutales guerreros, no recibía más que salvajes respetos, más que homenajes ciegos, y sólo tenía excesos que deplorar; todo se convierte en un arma peligrosa entre las manos de los furiosos; el nombre de Dios, escrito sobre los estandartes, da la señal de los combates; sus Ministros incluso son arrastrados por el torrente, sacan también la espada, se ejercitan en el asesinato, y con sus manos sangrientas, van a disponer y servir los altares. Dondequiera reina una combinación monstruosa, de superstición y licencia; al lado de la ignorancia el orgullo está sentado; la ambición y la avaricia predicán el desprecio del mundo y de las riquezas; la Iglesia alarmada reitera vanamente sus esfuerzos para restablecer las cadenas de la disciplina que se quiebran por todas partes; ella misma es atacada en sus fundamentos, los cismas se multiplican, el espíritu de dominación se apodera de todas las cabezas, confunde todos los poderes, y con una mano igualmente temeraria, los Príncipes golpean los altares, y los Obispos estremecen

³⁴ No está de más mencionar que el “prejuicio” se entendía como una idea previa, un juicio anticipado sobre alguna cuestión. En este sentido, el término no sólo tiene un carácter negativo, sino también positivo. Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century...*, p. 338. Por otra parte, “barbarie” remitía siempre a una discusión antropológica de corte valorativo, donde lo “civilizado” funcionaba como contrapunto perfecto. Este término, que a menudo se ligaba con la “ferocidad”, tenía una connotación dada por el humanismo del siglo XVI. Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century...*, p. 14-18; y Montoya, *Medievalist Enlightenment...*, p. 31-32.

los tronos: en medio de los gritos de guerra y de los resplandores de anatemas, los Fieles consternados buscan sus guías, los súbditos extraviados ya no reconocen a sus amos; y los Pueblos, siempre víctimas de las pasiones de los Grandes, no obtienen de tantas divisiones y combates, más que el cautiverio, la miseria o la muerte.

¿Cómo la Francia salió de este caos? ¿Qué mano dio el impulso a esta máquina en desorden?³⁵

Resulta evidente que la seguidilla de lugares comunes envolvía y ahogaba al lector en un caos de imágenes. Como si se tratase de una tabla de salvación, la subsecuente pregunta permitía no sólo tomar un respiro, sino centrar la atención en la reflexión sobre la Francia y el posible escape de aquel naufragio en la anarquía, la barbarie y la superstición. La representación de la feudalidad funcionaba entonces como el trampolín del Gran Hombre (Suger de Saint-Denis) quien sería el encargado de impulsar, gobernar y dirigir a buen puerto aquella nación.³⁶

³⁵ « Depuis six cents ans, l'Europe inondée par un déluge de barbares, dévastée par la fureur des conquêtes, n'étoit qu'un théâtre de combats ; la superstition, l'ignorance & la férocité s'y disputoient l'empire sur un troupeau d'esclaves ; loix, justice, humanité, tout avoit disparu : un genre de gouvernement étrange s'étoit établi ; la féodalité, monstre né du sein des troubles, avoit multiplié les tyrans ; plus de droit que la force, de sceptre que le glaive , de trône que sur le champ de bataille : cette riche partie du monde, sembloit un repaire d'animaux féroces, qui ne s'élançoient de leurs affreuses retraites que pour enlever des victimes ou s'en arracher les dépouilles. La Religion désespérée, au milieu de ces farouches guerriers, n'en recevoit que de sauvages respects, que d'aveugles hommages, & n'avoit que des excès à déplorer; tout devient une arme dangereuse entre les mains des furieux ; le nom de Dieu, écrit sur les étendarts, donne le signal des combats ; ses Ministres même sont entraînés par le torrent, tirent aussi l'épée, s'exercent au meurtre, & de leurs mains sanglantes, vont parer & servir les autels. Par-tout règne un mélange monstrueux de superstition & de licence ; à côté de l'ignorance l'orgueil est assis ; l'ambition & la cupidité prêchent le mépris du monde & des richesses ; l'Eglise allarmée réitère vainement ses efforts pour renouer les chaînes de la discipline qui se brisent de toutes parts ; elle-même est attaquée dans ses fondemens, les schismes se multiplient, l'esprit de domination s'empare de toutes les têtes, confond tous les pouvoirs, & d'une main également téméraire, les Princes frappent les autels, & les Evêques ébranlent les trônes : au milieu des cris de guerre & des éclats des anathèmes, les Fidèles consternés cherchent leurs guides, les Sujets égarés ne reconnoissent plus leurs maîtres ; & les Peuples, toujours victimes des passions des Grands, ne recueillent de tant de divisions & de combats, que la captivité, la misère ou la mort.

« Comment la France est elle sortie de ce cahos ? Quelle main a donné l'impulsion à [c]ette machine en désordre ? » Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 12-13. Más adelante (p. 18-19), el autor vuelve a una seguidilla de imágenes sobre el régimen feudal “honrado con el nombre de gobierno”.

³⁶ « Cuando la Europa gemía bajo la anarquía feudal, que la fuerza tenía lugar de ley, que una ignorancia profunda ocultaba la verdad, un hombre se elevó por el solo esfuerzo del genio hasta la causa de las desgracias de su patria.” [« Lorsque l'Europe gémissoit sous l'anarchie féodale, que la forcé tenoit lieu de loix, qu'une ignorance profonde cachoit la vérité, un homme s'est élevé par le seul effort du génie jusqu'à la cause des malheurs de sa patrie. »] [Gin] *Les effets de l'amour du bien public...*, p. 3. El autor inicia su texto con esta frase. Sobre la metáfora que hace de Suger un indispensable capitán de barco, véase Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 46: “Un Reino es un navío lanzado en medio de los mares, y que, teniendo continuamente que pelear contra los peñascos y las tempestades, tiene necesidad de un Piloto tal como Suger” [« Un Royaume est

Pero si la imagen del “gobierno feudal” aparece por doquier en los elogios,³⁷ no se debía exclusivamente a que con ello se potencializaba la figura de Suger. Para estos autores, además, la representación de aquel “siglo fogoso (*fougueux*) de la feudalidad”³⁸ condensaba y proyectaba una serie de miedos y angustias. Como un “monstruo político”,³⁹ el régimen de la época medieval les recordaba el peligro de la decadencia y destrucción de todo vínculo social, la ausencia de la soberanía y en última instancia, la pérdida total de la civilización; elementos cifrados en la nostalgia del desaparecido imperio romano. Ejemplo de ello son también las palabras de Dominique Joseph Garat, abogado en el parlamento y ganador del concurso de elocuencia de 1779:

Quando de nuestro siglo uno se traslada al tiempo donde Suger recibió el nacimiento, la imaginación osa a penas detenerse sobre los cuadros que se ofrecen a ella. El genio de los bárbaros, después de una lucha de cinco siglos, había destruido en Europa todas las Artes de la civilización, que desde largo tiempo ya no eran cultivadas más que por Esclavos envilecidos bajo la Dominación Romana. El legislador de la segunda Raza, quien parece el único en ocupar toda la duración, Carlomagno, había en vano recreado todo con su Imperio; la mano que había elevado esta soberbia Obra era la única capaz de sostenerla. La Sociedad misma pareció disolverse con su Imperio, y se ve a todos los Franceses separándose rápidamente en tropas enemigas, correr en armas, encerrarse en castillos, únicamente ocupados en mantener o en preparar asedios. En este estado de confusión y de guerra, que se ha llamado el Gobierno feudal, nada se veía ya de todas las instituciones sociales. Los

un navire lancé au milieu des mers, & qui, ayant continuellement à disputer contre les rochers & les tempêtes, a besoin d'un Pilote tel que SUGER. »] ¡La metáfora hace de Suger el conductor del reino mismo!

³⁷ Para otros ejemplos de esta imagen del gobierno feudal, cfr. [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 5 s., 28-29 y n. 7 (p. 59-61). Por su parte, De Romance planteaba el gobierno feudal como una consecuencia terrible de la caída del imperio romano a manos de los bárbaros. El autor comparaba esta catástrofe con la erupción del Vesubio, tras la cual era difícil que emergiera la antigua vegetación, y por tanto, los efectos aún eran visibles en el paisaje del presente. [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 21 s. Véase también su extensa nota aclaratoria sobre el gobierno feudal: [De Romance], *Éloge de Suger...*, N° III. Troisième Eclaircissement, p. 79-96. Asimismo, Pierre-Louis-Claude Gin, ofrecía un cuadro donde la debilidad y la ambición eran las causas del gobierno feudal. [Gin] *Les effets de l'amour du bien public...*, p. 11-12.

³⁸ « [...] le siècle fougueux de la féodalité [...] ». Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 40. Es de resaltar que la palabra *fougueux*, además de traducirse como fogoso, impetuoso, brioso, impulsivo o entusiasta, se utiliza para decir que algo es poco fértil. La feudalidad adquirió ambos sentidos.

³⁹ « [...] le Gouvernement féodal, monstre politique [...] ». [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 5.

Pueblos estaban por todas partes en la servidumbre, y el poder soberano no estaba en ninguna parte. [...] ⁴⁰

La imaginería asociada a la Edad Media, aquella del desorden y del caos, constituyó entonces el escenario del Gran Hombre, el marco que permitía recordarlo como portador del orden y la justicia, del progreso y la civilización. Para la mayoría de los elogiadores Suger fue superior a su siglo y un bienhechor incomprendido por su sociedad; un sacrificio de la razón ilustrada en el pasado con miras al progreso de la humanidad.

Pero como he dicho anteriormente, el retrato del “gobierno feudal” no se trataba de una imagen reflexiva sino de un lugar común, un cliché *ad hoc*, el cual además se nutría de las polémicas de la época. ⁴¹ Porque hablar de “feudalidad” era evocar el pasado de la nación y con ello volver a las siempre angustiantes preguntas sobre los orígenes; era también traer a colación las discusiones jurídicas en torno a la soberanía, el derecho de los gobiernos a dominar, así como de los sectores sociales que ejercían el poder y su manera de hacerlo. La particularidad de los *Éloges de Suger* fue que sin entrar en debates áridos y extensos propios de la ciencia jurídica, expresaron aquellas problemáticas de una manera simple y elocuente con base en la vida de un abad del siglo XII.

El surgimiento del genio

El modelo del *éloge* planteaba claramente que debía honrarse la vida de un Gran Hombre desde su nacimiento hasta su muerte. Como ninguno de los autores fue insensible a ello, empezaron por lo siguiente: ¿Cuál era el origen de Suger de Saint-Denis?

⁴⁰ « Lorsque de notre siècle on se transporte au temps où Suger reçut la naissance, l'imagination ose à peine s'arrêter sur les tableaux qui s'offrent à elle. Le génie des barbares, après une lutte de cinq siècles, avoit détruit en Europe tous les Arts de la civilisation, qui dès long-temps n'étoient plus cultivés que par des Esclaves avilis sous la Domination Romaine. Le Législateur de la seconde Race, qui semble seul en occuper toute la durée, Charlemagne avoit en vain tout recréé avec son Empire ; la main qui avoit élevé ce superbe Ouvrage étoit seule capable de le soutenir. La Société même parut se dissoudre avec son Empire, & l'on vit tous les François se séparant rapidement en troupes ennemies, courir en armes, se renfermer dans des châteaux, uniquement occupés à soutenir ou à préparer des sièges. Dans cet état de confusion & de guerre, qu'on a appelé le Gouvernement féodal, on ne voyoit plus rien de toutes les institutions sociales. Les Peuples étoient partout dans la servitude, & le pouvoir souverain n'étoit nulle part. [...] » Garat, *Éloge de Suger...*, p. 6-7.

⁴¹ Sobre el uso de la historia de la Edad Media como “repertorio de temas de polémica”, véase Pauphilet, « Le mythe du moyen âge », p. 34-36, la cita se encuentra en p. 35. El autor se centra en Voltaire como un ejemplo notable.

Sin embargo, esta pregunta que estaba dirigida a responder quiénes fueron los padres de este personaje histórico o de qué lugar del reino provenía, implicaba otra cuestión de fondo para los elogiadores: ¿cómo surgió el Gran Hombre y de dónde procedía su *genio*?

Por sorprendente que parezca, la respuesta a las dos fue en un principio prácticamente la misma: no se sabía, era “oscuro”.⁴² En efecto, en el siglo XVIII –por no decir que hasta bien entrado el siglo XX– se desconocía mucho sobre el nacimiento y la parentela de este hombre, así como del sector social del cual emanaba.⁴³ A lo más se indicaba la existencia, en los registros necrológicos de la abadía, de menciones a su padre Hélinand y a uno de sus hermanos; y también se hablaba del origen humilde del abad, basándose en las palabras del propio Suger o en las de su biógrafo Guillaume.⁴⁴ Por tanto, tal y como lo diría De Chasteler, “la obscuridad y la pobreza envolvieron su cuna”.⁴⁵

La imagen socorrida del origen incierto y la extracción baja de Suger fue una herramienta útil para la redacción de los elogios. El misterio como parte esencial de su composición sumaba al dramatismo perseguido por los autores y se ajustaba perfectamente al canon del género, haciendo del Gran Hombre una figura que no se encontraba a diario en la Historia; porque si el *genio* se diera a montones, no tendría nada de extraordinario. Al par que se generaba suspenso alrededor de la vida del elogiado, el debate giraba en torno a cómo un simple mortal podía elevarse hasta alcanzar la gloria de la posteridad. En ese

⁴² Por ejemplo, [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 6: « Né [Suger] dans une condition parfaitement obscure [...] » ; así como el satírico [Lespinnasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 4 : « On ignore l'origine de Suger ».

⁴³ Hoy en día se ha logrado reconstruir una parte del árbol familiar de Suger y se ha especulado sobre su posible pertenencia al mismo tronco familiar que detentó el abadiato en Saint-Denis en el siglo XI y XII. Pero estos descubrimientos son relativamente recientes. En general puede consultarse Bur, *Suger...* y Grant, *Abbot Suger of St-Denis...*, aunque para esta discusión particular resulta más ilustrativo el trabajo de Rolf Grosse, « La famille de l'abbé Suger », *Mélanges*, Paris, Bibliothèque de l'École des Chartes, t. 162, 2004, p. 497-500.

⁴⁴ [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 28, n. (1): « C'est en vain qu'on a cherché à illustrer la famille de Suger [...] » y en seguida cita tanto a Suger en la edición de Duchesne como a Guillaume para sustentar su afirmación. La opinión generalizada es que “La Historia no nos enseña nada más sobre su nacimiento y sus primeros años” [« L'Histoire ne nous apprend rien de plus de sa naissance & de ses premières années »]. Garat, *Éloge de Suger...*, p. 8. Algunos de los elogiadores insistían en que autores como Dupin se empeñaban en vano en darle un nacimiento ilustre a Suger, pues éste y su biógrafo Guillaume dan testimonio de lo opuesto. Cfr. [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 57, n. 1; [Gin] *Les effets de l'amour du bien public...*, p. 36, n. 1; D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 5, n. 5 (p. 49); [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 6, n. (a); y [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 6, n. (a).

⁴⁵ « [...] l'obscurité & la pauvreté entourèrent son berceau. » [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 3.

transcurso se traían a colación varios temas relacionados con el concepto de *nobleza* del siglo XVIII: el nacimiento, la familia, el linaje y, por supuesto, el mérito y el reconocimiento.

a) Genealogía

Recordar el cuadro del desarrollo histórico de la humanidad planteado por Germain Hyacinthe de Romance ayuda a una mejor comprensión del asunto. Este autor, aparte de haber señalado la tarea filosófica de los elogiadores, no dudaba en hacer la distinción entre las grandezas “reales” y “aparentes”.⁴⁶ Con ello, este marqués de Mesmon establecía implícitamente la separación y la comparación entre los logros obtenidos por una nobleza sin nacimiento, sin pertenencia a un linaje reconocido y aquellos de la vieja nobleza de cepa; el primer tipo se hacía a sí misma, tras muchos trabajos y sacrificios, el segundo no requería más que de un nombre prominente de familia. Al efectuar este cotejo en el tema de la grandeza –a la manera en que llamaba a oponer un siglo a otro– y adjudicar la “realidad” a una nobleza y la “apariencia” a otra, De Romance propugnaba por una valoración moral. Asimismo, esto permitía el establecimiento de una jerarquía donde el punto más elevado era ocupado, no por uno u otro tipo de nobleza, sino por el *philosophe* encargado de encontrar la “verdadera estimación” de las cosas. Esta era la preeminencia que se arrogaban todos aquellos que incursionaban en el género del *éloge*.⁴⁷

Por lo demás, esta era la opinión de Percheron de La Galézière cuando convocaba a recorrer “los fastos de la historia” y comparar a “los grandes hombres nacidos en la oscuridad con aquellos que unieron a los talentos la feliz ventaja del nacimiento.” Todo para concluir que era observable “en los primeros una marcha más sostenida, un carácter más firme, y más decidido, talentos más marcados, una capacidad y luces más extendidas.”⁴⁸ En el fondo, la tarea filosófica consistía en pesar los espíritus, para

⁴⁶ Véase la n. 7 de este capítulo III.

⁴⁷ Esto a pesar de las diferencias. Por ejemplo, Jumel abiertamente declaraba que no compararía su propia época con el siglo de Suger –como lo haría De Romance– porque sabía que cada época era distinta. En su toma de postura usaba una metáfora donde cada edad asemejaba una flor de cualidades distintas, pero todas igualmente valiosas en la creación de Dios. Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 4.

⁴⁸ « Parcourons les fastes de l’histoire, comparons les grands hommes nés dans l’obscurité avec ceux qui ont uni aux talens l’heureux avantage de la naissance. Nous verrons dans les premiers une marche plus soutenue,

corroborar la existencia de “este ascendiente que las almas fuertes tienen tarde o temprano sobre las almas ordinarias”.⁴⁹

Al apelar a un origen oscuro y la pobreza en la que nació Suger, los elogiadores hicieron de él un hombre sin linaje, quien fue elevándose de su condición primigenia hasta alcanzar la nobleza; así este personaje obtuvo el justo mérito de su esplendor y el reconocimiento no sólo de sus contemporáneos, sino de la posteridad. Este hombre, a consideración de todos, fue el “creador de su nombre, único Artesano de su grandeza” y muestra fehaciente de que las “Familias indigentes” contaban con virtud y talento, tanto como el de las “Razas ilustres”.⁵⁰ En este sentido, el abad del siglo XII fue para los autores un ejemplo asombroso y evidente (*frappant*) de que “los vanos prejuicios del nacimiento no corrompieron [su] alma”.⁵¹ Porque en última instancia

Suger no fue del número de esos hombres privilegiados, que la fortuna coloca de repente en medio de la carrera: no se anuncia naciendo mediante una larga seguidilla de ancestros, mediante una lista fastuosa de títulos y de cualidades que dispensan demasiado a menudo el mérito. La gloria que rodea la cuna del gran hombre, vale todos los antepasados.⁵²

Esta discusión que colocaba en un plano más elevado a una *nobleza* debida no a un nombre de prestigio, sino a aquella obtenida del sacrificio y la alta virtud, permite leer los elogios como testimonios de la lucha constante por la legitimidad en el seno de la aristocracia. Porque la legitimidad provee los fundamentos a la jerarquía de la clase dominante y regula el acceso a la misma. Al distinguir entre “verdadera” grandeza,

un caractère plus ferme & plus décidé, des talens plus marqués, une capacité & des lumières plus étendues. » Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 220.

⁴⁹ « [...] il [Suger] prend enfin cet ascendant que les ames fortes ont tôt ou tard sur les ames ordinaires. » Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 220.

⁵⁰ « Créateur de son nom, seul Artisan de sa grandeur, il prouva que la vertu & les grands talens se rencontrent aussi bien dans le sein d'une Famille indigente, que chez les Races illustres [...] » [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 7.

⁵¹ « Les vains préjugés de la naissance ne corrompirent pas l'ame de Suger [...] ». Con esta frase De Chasteler dio inicio a su elogio. [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 3. Sobre el hecho de que Suger fuera un ejemplo sorprendente, véase Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 220 (« Le grand homme qui est l'objet de cet éloge, en est un exemple frappant ») y la n. 1, donde el autor habla de lo infrecuentes que son este tipo de ejemplos, haciendo un símil con lo raros que son los privilegios concedidos a ciudadanos con una prole numerosa.

⁵² « Suger ne fut point du nombre de ces hommes privilégiés, que la fortune place tout d'un coup au milieu de la carrière : il ne s'annonce point en naissant par une longue suite d'ancêtres, par une liste fastueuse de titres & de qualités qui dispensent trop souvent du mérite. La gloire qui environne le berceau du grand homme, vaut tous les ayeux. » Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 221.

implícitamente se aludía a una “falsa” y con ello se dejaba a esta última incapaz de justificar cualquier aspiración de poder. Al debatir sobre el origen de Suger se discutía el derecho a ascender social y políticamente.

Por lo mismo, debe tenerse claro que la aristocracia no estaba unificada. En ella encontramos distintos acuerdos y desavenencias entre la nobleza de toga (*robe*) y la de espada (*épée*), los estamentos elevados del clero y los burgueses que formaban parte ya de las dinámicas de la corte. En cada una, además, se observaban distintas fuerzas que tendían al conservadurismo o al radicalismo, lo cual podía permear fuertemente su reconstrucción del pasado.⁵³ Así, aunque entre participantes y no participantes del concurso de 1779 fuera posible apreciar algunas diferencias, bien puede decirse que la postura política general consistió en una *philosophie* moderada, acorde sobre todo a los lineamientos dictados por instituciones que aspiraban a la conservación del orden: la Academia y la crítica literaria avalada por la monarquía.

Pero aparte del derecho a dominar social y políticamente, con el asunto del nacimiento emergía otro problema igual de preocupante para los elogiadores: si Suger se hizo a sí mismo de la nada, sin una familia ilustre que lo encumbrara, ¿de dónde procedía su *genio*? Aunque la respuesta no parece del todo clara en los textos, la mayoría se inclinaron por decir que este abad poseía talentos dados por naturaleza. Sin embargo, esto terminaba por representar un dolor de cabeza, pues si todo se le achacaba a la naturaleza, ¿por qué un ciudadano habría de esforzarse en emular a un Gran Hombre con la aspiración de volverse como él? ¿Qué esperanza le quedaba una vez sabiendo que si la naturaleza no ofrecía los dones no había forma de elevarse y que por tanto su destino estaba sellado? Evidentemente, no hay una formulación teórica de estos problemas en los textos, pero su manera de explicar el ascenso de Suger ofrecía salidas al dilema no siempre exentas de contradicción.

Una respuesta a la cuestión era que Suger poseía un talento innato pero que había sido moldeado por él durante su vida mediante acciones virtuosas. Aquí hay que ver una jugada *philosophique* fundamental, derivada de aquella querrela entre Antiguos y Modernos: la armonización entre la noción de progreso y la idea de la permanencia de la

⁵³ Gossman, *Medievalism and the Ideologies...*, p. 87-125.

naturaleza humana. Este principio, trasladado al elogio, convirtió a Suger en un ser con talentos naturales que debían desplegarse en el transcurso de su vida para alcanzar la perfección.⁵⁴ La concepción de permanencia y desarrollo de la naturaleza humana abría la puerta para explicar cómo alguien con dones naturales podía ser emulado: porque su talento dado de principio, se hacía paso a paso. En esto, el talento era la pieza clave: precedía al *genio* y correspondía entonces a la naturaleza humana en general. Así, el Gran Hombre se volvía asequible para cualquiera que aspirara a la perfección. Sin embargo, continuaba el vacío explicativo: ¿cuándo y cómo saber si ese talento se volvía *genio*?

Para los elogiadores, Suger desde muy niño dio muestra de sus habilidades, de su *genio*. Sin embargo, esta contestación era insuficiente, pues aunque pudiera aceptarse la precocidad de este personaje para desarrollarlo, ¿de dónde lo obtuvo en tan poco tiempo si no fue de la naturaleza? La obsesión por la pregunta nos muestra la necesidad –creada tal vez– por encontrar Grandes Hombres, por descubrir su naturaleza para dominarla y recrearla.

Desde esta perspectiva, el galimatías tomaba la forma de otra pregunta: ¿Qué permanecía igual en los Grandes Hombres? Su uso de razón. Como un ilustrado del siglo doce, Suger no desafiaba la naturaleza de estos seres excepcionales, garantes del bien público y del progreso de la humanidad. En esto había un acatamiento del canon impuesto por la Academia.

Pero a pesar de todos los matices que pudieran hacerse, es verdad que para la corporación académica la razón ilustrada pasaba por ser hija de la *nobleza*. Provenientes de una élite citadina, con las maneras propias de la aristocracia, los académicos defendieron en la razón unos orígenes legítimos. Aquí debe considerarse que en el siglo XVIII, la cuestión de los orígenes de la nobleza en Francia era un tema muy debatido y directamente asociado con el de la nación, al grado de volverse dudas existenciales: ¿Quiénes somos? ¿Quiénes son nuestros ancestros: los barbaros o los romanos? El papel de estas preocupaciones en la creación de un imaginario sobre la Edad Media fue fundamental. El concurso de elocuencia

⁵⁴ “[...] dones que él [el hombre destinado a desempeñar un gran rol] recibió de la naturaleza, todo le proporciona la ocasión de desplegar sus talentos.” [« [...] des dons qu’il [l’homme destiné à jouer un grand rôle] a reçus de la nature, tout lui fournit l’occasion de déployer ses talents. »] Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 219.

de 1779 retomó el tono tradicional de las discusiones de la élite letrada, donde las tesis en torno a la verdadera procedencia de los nobles –las de Henri de Boulanvilliers y del abad Dubos, llamadas “germanista” y “romanista” por Montesquieu– cifraban los problemas del surgimiento de la nación francesa, el derecho a la representación política, la obtención de privilegios y la ascendencia en la conducción del gobierno.⁵⁵

Según una postura muy propia de los *philosophes*, la razón no podía surgir espontáneamente, ella debía existir desde antes y en el curso de los siglos estaba obligada a hacer pequeños progresos en los saberes hasta llegar al presente. El descubrimiento de aquel cuadro de desarrollo histórico de la humanidad estaba destinado a mostrar ese recorrido de la luz por sobre las sombras de los tiempos. Por eso, en el marqués de Mesmon esta tarea de la *philosophie* expresaba no sólo una necesidad sino el deseo de una humanidad trascendente.⁵⁶

Lo interesante de todo esto es que a la manera de la vieja nobleza, los filósofos ilustrados voltearon sus rostros hacia el pasado y tejieron su propia genealogía del conocimiento. Para esta empresa sistemática de legitimación de su lugar social y político, los elogios fueron claves. Me refiero no sólo a aquellos ofrecidos a los Grandes Hombres, sino también a ese segundo tipo de textos dedicados a los académicos. En efecto, mucho antes incluso que se comenzara la tradición de conmemorar a las figuras excepcionales del pasado de la nación en 1759, la muerte de un miembro de la Academia permitía al nuevo académico alabar las contribuciones de su predecesor al saber, a la nación y a la humanidad. La asociación y asimilación de este hombre de letras con el Gran Hombre, aunque implícita, nos permite ver a qué aspiraba la Academia en su conjunto, así como todos aquellos que le seguían el juego. La disputa por un lugar incierto de privilegio en el futuro llevó a los académicos a garantizarse un sitio seguro y fuerte en el pasado, desde el cual ascender. En ellos, el regreso a los orígenes representó una manera de tomar un nuevo impulso.

⁵⁵ Para estas discusiones en torno al origen de la nación, véase Claude Nicolet, *La fabrique d'une nation. La France entre Rome et les Germains*, Paris, Perrin, 2006, p. 57-106; y Sylvain Venayre, *Les origines de la France. Quand les historiens racontaient la nation*, Paris, Seuil, 2013, p. 17-32.

⁵⁶ Véase la n. 7 de este capítulo III.

Por si fuera poco, si uno observa esta manera de proyectar la legitimidad, sobresale que sus bases hayan sido las anteriores estructuras historiográficas ligadas al poder. Es notorio que la sucesión de elogios de *Grands Hommes* y de los académicos recuerde aquella de los reyes tal y como la encontramos en la historiografía regia, en especial, en las *Grandes Crónicas de Francia*.⁵⁷ De este modo, la apropiación de la genealogía fue una estrategia sutil de los hombres de letras –académicos principalmente– para lograr privilegios, así como la dominación de la sociedad y su porvenir.⁵⁸

Así, el rezo secular sobre Suger de Saint-Denis consistió en un compás de la pausada partitura del concurso de elocuencia, la cual fue ajustando el oído y la sensibilidad del público a un “nuevo” principio genealógico de explicación histórica. En los elogios, el linaje de Suger no está dado por una familia de *sangre* ilustre, sino por una de *pensamiento* ilustrado y, en estricto sentido, atendiendo a todos los temas seleccionados para el certamen de elocuencia, ¡él terminó convirtiéndose en el ancestro más antiguo de esa progenie, en un padre fundador! Al menos en teoría, la nobleza de sangre fue desplazada por la del pensamiento.

b) Educación

Conforme a esta aspiración de los letrados estaba la idea de reforma moral de la sociedad, esta última creada a imagen y semejanza de la aristocracia.⁵⁹ Por ello, si los Grandes Hombres habían sido siempre portadores de la razón y el progreso, debía saberse cómo producirlos para con su ayuda arribar a la felicidad pública. Este ideal de formación

⁵⁷ La genealogía como marco explicativo de la historia en la tradición cronística de Saint-Denis es analizada por Gabrielle M. Spiegel, *The Chronicle Tradition of Saint-Denis: A Survey*, Brookline, Mass. and Leyden, Classical Folia Editions, 1978. Véase también Gabrielle M. Spiegel, “Genealogy: Form and Function in Medieval Historiography”, en Gabrielle M. Spiegel, *The Past as Text. The Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, Maryland, The Johns Hopkins University Press, 1999, p. 99-110; y Bernard Guenée, « Les Grandes Chroniques de France. Les Roman aux roys (1274-1518) », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire II : La Nation*, 3 v., Paris, Gallimard, 1986, v. 1, p. 189-214.

⁵⁸ Vemos aquí discusiones ligadas a la cuestión nacional que reaparecerán en el siglo XIX bajo otras formas, en especial, la legitimación de privilegios mediante la genealogía. Véase Venayre, *Les origines de la France...*, p. 35-49.

⁵⁹ Cfr. Chaussinand-Nogaret, *La Noblesse au XVIII^e siècle...*, Chap. VIII : Un projet de société, p. 205-227. El análisis de este autor se centra en los cuadernos de quejas de 1789. No obstante, pueden cotejarse algunas de sus observaciones con mi análisis de los elogios, los cuales manifiestan ideas de reforma social que se estaban barajando entre la aristocracia una década antes.

humana sólo podía cubrirlo una institución social de la época: el colegio. Pero un niño con talento innato, capaz de hacerse a sí mismo, ¿era necesario que fuera a la escuela? Y de haber sido ese el caso, ¿qué clase de educación debía recibir para desarrollar su *genio*?

Acorde al saber histórico adquirido en el siglo XVIII, los elogios manifestaban que Suger fue entregado al monasterio de Saint-Denis a la edad de diez años y desde entonces recibió una educación acorde a los preceptos de la Iglesia. Sin embargo, ¿fue su formación la más conveniente a su persona?

Para empezar, la entrega de un niño a la abadía en el siglo XII era en la mayoría de los elogiadores un motivo para criticar con indignación la superstición y la ignorancia de aquella época: consideraban que los padres de entonces sacrificaban inhumanamente a sus hijos dejándolos, sin su consentimiento, bajo la protección de unos “seres pusilánimes” que, aparte de ir en contra del progreso de los conocimientos, tenían las más de las veces unas costumbres licenciosas.

En efecto, ¿era justo que la devoción de los padres fuera suficiente para forzar a sus hijos a abrazar la vida monástica? Qué extraña legislación que aquella que, no solamente autorizaba esa costumbre (*coutume*) singular, sino que coaccionaba a los infelices, así sacrificados, a permanecer en la prisión donde se les consignaba, sin esperanza de regresar jamás al mundo. *Sabios y Filósofos, quienes, con ojo atento, recorren los Anales de los Imperios, una justa indignación los sujeta, cuando encuentran hechos tan contrarios a la sana razón: ustedes gimen entonces sobre la suerte de los hombres; ustedes se elevan contra esos seres pusilánimes, que miran los progresos de las Ciencias y las Letras como una desgracia para la Sociedad.....*

Si ellas hubieran sido más cultivadas en esos siglos, donde la ignorancia degradaba la dignidad de nuestra existencia, la posteridad no reclamaría hoy contra la dureza de esos padres desnaturalizados, que cegados por el prestigio de una falsa piedad, inmolaban a sus hijos.⁶⁰

⁶⁰ « En effet, étoit-il juste que la dévotion des parens fut suffisante pour forcer leur enfans à embrasser la vie monastique ? Quelle étrange législation que celle qui, non-seulement autorisoit cette coutume singulière, mais qui contraignoit les malheureux, ainsi sacrifiés, à rester dans la prison où on les consignoit, sans espérance de rentrer jamais dans le monde. *Sages & Philosophes, qui, d'un œil attentif, parcourez les Annales des Empires, une juste indignation vous saisit, lorsque vous y rencontrez des faits si contraires à la saine raison : vous*

Desde esta perspectiva el monasterio y sus monjes representaron para la mayoría un proyecto educativo decadente y vicioso donde los jóvenes, alejados del mundo real, perdían su libertad y desperdiciaban sus talentos.⁶¹

En el caso de Suger, la culpa de haber pasado por el claustro fue de sus padres y de las creencias de la época, porque como lo diría Garat de forma despectiva, “se creía entonces que allí se aprendía alguna cosa.”⁶² Esta distancia temporal y la ascendencia moral declarada por el ganador del concurso iban acordes con otros elogiadores, para quienes esas

gémissez alors sur le sort des hommes ; vous vous élevez contre ces êtres pusillanimes, qui regardent les progrès des Sciences & des Lettres comme un malheur pour la Société.....

« Si elles avoient été plus cultivées dans ces siècles, où l'ignorance dégradoit la dignité de notre existence, la postérité ne réclamerait pas aujourd'hui contre la dureté de ces pères dénaturés, qui aveuglés par le prestige d'une fausse piété, immoloient leurs enfans. » [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 8-9.

Cfr. [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 3; [Gin] *Les effets de l'amour du bien public...*, p. 36, n. 1; [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 4 y 58, n. 2; Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 260, n. 2. Percheron señalaba que este tipo de costumbres se eliminaban paulatinamente. Por su parte, D'Espagnac era más mesurado al indicar que los padres lo hacían para no abandonar a sus hijos en los bosques. Sin embargo, enfatizaba que los niños estaban indefensos ante los padres que pronunciaban por ellos los votos para ingresar al monasterio, coartando así su libertad. D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 5. Asimismo, quienes a ojos de los elogiadores proscribieron este “sacrificio” fueron motivo de loa, como el papa Clemente III. [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 10 (« Clément III, pour un tel acte d'équité, mérite des éloges »).

⁶¹ Esta crítica a la vida monástica se hallaba por doquier, aunque sin duda el satírico Lespinasse de Langeac se ensañó al poner el dedo en la llaga en más de una ocasión. Es de resaltar que cuando habla del clero del siglo XII en realidad proyecta acusaciones que están dirigidas a la Iglesia del siglo XVIII. Por ejemplo: “Estas actas estaban en latín; para remediar la ignorancia de los Obispos, (hablo de aquellos de ese siglo bárbaro,) el Papa ordenó al Obispo de Châlons, de interpretarlos en Francés.” [« Ces actes étoient en latin; pour remédier à l'ignorance des Évêques, (je parle de ceux de ce siècle barbare,) le Pape ordonna à l'Évêque de Châlons, de les interpréter en François. »] Es de notar que el énfasis puesto en ese siglo XII bárbaro, tácitamente lleva a pensar en el del presente y por tanto, los obispos del siglo XVIII son llamados ignorantes en el latín, ridiculizando su saber y autoridad. Véase [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 44. También cfr. [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 4-5 (desorden y laxitud de las costumbres en el monasterio de Saint-Denis); 6-7 (monjes como “individuos despreciables” y llenos de “supercherías”); 11 (“espíritu de orgullo” e “inutilidad” de la Iglesia y sus monjes); 17 (“espíritu monacal” caracterizado por la avaricia y la astucia); 41 (privilegios dados a los monjes por el papa, colmando su “orgullo apasionado”). Véase igualmente [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 57, n. 2 (la vida monástica laxa confirmada por historiadores). D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 12-13 (crítica a Suger, al clero de la época y al desorden de los monasterios, llamados “especies de tabernas”); 13, n. (b) (por llevar yelmos y espuelas, así como beber, nació el dicho que afirma que “el hábito no hace al monje”); 54, n. 17 (desorden de la vida monástica en Saint-Denis confirmado por una carta de san Bernardo). [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 25 (san Bernardo y su reclamo a la laxitud de los benedictinos). [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 11 (“devoción supersticiosa”, al igual que vida “escandalosa” y de “laxitud” en los monjes).

⁶² « [...] on croyoit alors qu'on y apprenoit quelque chose ». Garat, *Éloge de Suger...*, p. 9.

costumbres debían ser cosa del pasado, aunque para el Gran Hombre del siglo XII se tuviera que reconocer que ese momento fue cuando comenzó a despertar su *genio*.⁶³

Por lo mismo, alguien como D’Espagnac señalaba con un acento menos ofensivo que “lo que hubiese sido para Suger una desgracia en cualquier otro siglo [entrar al monasterio], no lo fue en el suyo.”⁶⁴ De manera indulgente, se reconocía que en aquella época la única forma de adquirir conocimientos era ingresando a la vida monástica, la cual gozaba de un gran prestigio –de ahí también la explicación del “prejuicio tan favorable” que hizo posible que los miembros de casas dinásticas fueran enviados a estudiar en las escuelas dirigidas por monjes.⁶⁵ De esta forma, el abad D’Espagnac benévolamente concluía que “el estado religioso era el único donde Suger pudo recibir educación, educación a pesar de la cual, a menudo se permanece en la obscuridad, pero, sin la cual, raramente se sale de ella.”⁶⁶

En realidad, la manera de concebir la educación del siglo XII nos dice mucho de la pedagogía del XVIII, como lo demuestra esta reflexión de Deslyons acerca de Suger:

Privado de la educación doméstica, cuyo objetivo es formar el temperamento, sentar en el corazón un fundamento de moral, y que, después del nacimiento, es el primer beneficio que un niño debe esperar de sus padres; él [Suger] encontró felizmente, en una educación pública, con qué corregir la carencia de la primera.⁶⁷

⁶³ “Hábito inhumano [...]; pero fue al mismo tiempo el principio de su gloria” [« Usage inhumain (...); mais fut en même tems le principe de sa gloire »]. [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 4.

⁶⁴ « Mais ce qui eût été pour Suger un malheur dans tout autre siècle, n’en fut pas un dans le sien ». D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 5.

⁶⁵ D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 5-6. Sobre el “prejuicio tan favorable”, véase [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 7: “Reinaba, en el tiempo del nacimiento de Suger, un prejuicio tan favorable a los Claustros, que se veía a los Príncipes incluso renunciar a su dignidad, para abrazar la vida religiosa.” [« Il régnoit, au temps de la naissance de Suger, un préjugé si favorable aux Cloîtres, qu’on voyoit les Princes même renoncer à leur dignité, pour embrasser la vie religieuse. »].

⁶⁶ « [...] l’état religieux était le seul où Suger put recevoir de l’éducation, l’éducation, malgré laquelle, souvent on reste dans l’obscurité, mais, sans laquelle, rarement on en sort. » D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 6. Nótese que al final de la frase se emplea el tiempo presente, rompiendo con ello la distancia temporal. También De Romance decía que pese a todo (la barbarie, la ferocidad, la rareza de los hombres y los libros), en la abadía era donde se recibía la mejor educación. [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 12.

⁶⁷ « Privé de l’éducation domestique, dont l’objet est de former le tempérament, de jeter dans le cœur un fondement de morale, & qui, après la naissance, est le premier bienfait qu’un enfant doit attendre de ses parens ; il [Suger] trouva heureusement, dans une éducation publique, de quoi corriger le défaut de la première. » [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 11-12.

La distinción entre el ámbito doméstico y público es propia del tiempo de los elogiadores, quienes han considerado adecuado llevarla a la época de Suger para situar el grado de avance de la sociedad en la línea de desarrollo histórico de Francia. Pero si en el siglo XII la única educación pública se la debían a la Iglesia, parece que en el XVIII esto ya no satisfizo a los hombres de letras, aun cuando varios pasaron por los colegios patrocinados por la institución eclesiástica. En general, lo que permeó en la discusión fue el papel asignado a la religión en la formación de las nuevas generaciones (¿Hasta qué punto debía aceptarse su influencia?). Los dos tipos de educación planteados por Deslyons y proyectados en el siglo de Suger, implícitamente indicaban que la preponderancia de la religión en el ámbito público era cosa del pasado; en su lugar, debía encontrarse una enseñanza cívica y laica, compartida libremente con el fin de dar a luz a más hombres de *genio*.⁶⁸ Así, al mismo tiempo en que se impulsó en la opinión pública una propedéutica ciudadana de tintes republicanos, se buscó relegar la religión al ámbito doméstico.⁶⁹

Pero en esto, los elogiadores estaban lejos de llegar a un acuerdo y por ello Jumel se dio a la tarea de rebatir enérgicamente aquella postura que deseaba abandonar en un rincón o un viejo desván lo realizado por la Iglesia.

Al intentar desterrar aquella imagen sombría, Jumel aplicaba su talento oratorio a defender la vida del claustro, llamando a sus congéneres a no arrepentirse del paso de Suger por el monasterio, porque “el tiempo que se pasa en un piadoso retiro no está jamás perdido: el corazón se encoge en el comercio del mundo, en lugar de que se agrande cuando se acerca a ese ser inmenso en quien todos nosotros tenemos el movimiento y la vida.”⁷⁰

⁶⁸ Los vituperios hacia el siglo XII son el reverso de los ideales buscados por los elogiadores. Por ejemplo, Hérault de Séchelles afirmaba “*que no había educación para el Genio*” [« *qu’il n’y avait point d’éducation pour le Génie* »]. El autor retomaba las palabras de M. de la Harpe –quien hablaba sobre el rey Enrique IV– para aplicarlas al caso de Suger. [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 9. D’Espagnac, en otro orden de ideas, indicaba que Suger sólo pudo recibir educación tomando el hábito religioso, porque en la época el hombre libre que acaso sabía leer no tenía derecho a enseñarle a sus hijos. D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 50, n 10.

⁶⁹ Bell ha señalado que los componentes religiosos del sentimiento nacional en Francia se reconvirtieron y ajustaron durante el siglo XVIII. Para este autor no hubo descristianización, sino contracción de la creencia, es decir, una interiorización de la religión. Cfr. Bell, *The Cult of the Nation in France...*, p. 37 s.

⁷⁰ « Ne regrettons point ici ses premières années [de Suger]; le tems qu’on passe dans une pieuse retraite n’est jamais perdu : le cœur se rétrécit dans le commerce du monde, au lieu qu’il s’agrandit quand il se rapproche de cet être immense en qui nous avons tous le mouvement & la vie. » Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 5.

Por supuesto, el “sacrificio” de Suger era para este autor un motivo de orgullo y una oportunidad para cantar en alto la gloria de Dios en la tierra. Sin embargo, el alegato de Jumel a favor de aquella oblación, a la cual elevaba a nivel de prodigio,⁷¹ no hacía sino confirmar la visión negativa que imperaba hacia 1779. La respuesta ardiente y resentida de este autor revelaba la nostalgia de un hombre que vio en su presente el desprestigio en el que había caído su corporación. La Iglesia y sus costumbres de antaño habían terminado por convertirse en un blanco fácil; su existencia en el presente estaba puesta en duda, al igual que su derecho a monopolizar la educación con sus colegios y universidades. Los *bon vieux temps* del nostálgico Jumel eran aquellos donde la Iglesia tenía un lugar privilegiado en el imaginario social, cuando la religión no cargaba los fardos de la superstición y la superchería y contaba con una superioridad moral. Por esta razón, cuando este autor hablaba de cómo era la educación piadosa del claustro en el siglo XII, negaba la existencia de la *philosophie* de una manera tan enérgica, como si quisiera extirparla de una vez por todas y restaurar el antiguo legado en el siglo XVIII:

La nueva filosofía no se ha mostrado todavía sobre la tierra: ella no vendrá a alterar la sólida educación que os da la piedad, ella no vendrá a deciros que hay que romper los vínculos de la Religión para probar la felicidad; que el culto que se rinde a lo Eterno; que la esperanza de otra vida sólo son quimeras y prejuicios.⁷²

Vemos así cómo un intento de contextualización de la Edad Media sirvió para proyectar dificultades, anhelos y angustias de los letrados. En particular, la divergencia en la opinión sobre una institución de cultura como el monasterio del siglo XII fue una manera de condensar el problema de la pedagogía nacional. Y por ello, aunque Jumel resultó el más enérgico, su opinión no fue una voz en el desierto. Otros más compartieron la idea de que, pese a todos los males, los claustros –especialmente los benedictinos– gozaron de virtudes que no debían silenciarse, pues gracias a ellos se mantuvo un pie dentro del camino del

⁷¹ Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 4: « [...] voilà sans doute un événement qui tient du prodige ».

⁷² « La nouvelle philosophie ne s'est point encore montrée sur la terre : elle ne viendra point altérer la solide éducation que vous donne la piété : elle ne viendra point vous dire qu'il faut rompre les liens de la Religion pour goûter la félicité ; que le culte qu'on rend à l'Éternel ; que l'espoir d'une autre vie ne sont que des chimères & des préjugés. » Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 6-7.

progreso; y que si algún mal había existido, era a consecuencia del temperamento mismo de los hombres y no de la religión.⁷³

En este sentido, como el asunto de fondo era el avance de los conocimientos y la creación de Grandes Hombres para la nación, no fue casual que el tema de la enseñanza derivara en una confrontación entre dos tipos de pensamiento: uno propio de los religiosos y otro de laicos. Así, en sintonía con la imagen de la Edad Media, esa división acabó incorporándose de manera simple a los elogios como la diferencia entre la escolástica y la *philosophie*.

En el siglo XVII, esta figura binaria había sido un componente de las representaciones sobre *le moyen âge* y generó acalorados debates entre los hombres de letras. De aquel *Grand Siècle* databan las reservas y concesiones en materia filosófica y teológica respecto de una época considerada oscura, las cuales se volvieron el acervo de futuras generaciones de escritores. Pero aunque es cierto que el escolasticismo constituyó una buena oportunidad para acercarse al periodo medieval en tiempos de Luis XIV, también debe resaltarse que desde entonces se convirtió en un cliché utilizado para referirse y criticar más bien a una educación moderna, al pasado reciente más que al de los siglos intermedios.⁷⁴ Por ello, la discusión que se encuentra en los elogios de 1779 resultó un episodio más de la querrela con una tradición de pensamiento religioso y su correspondiente pedagogía. O para decirlo de otro modo, se trató de un renovado ajuste de cuentas con el pasado, en especial desde que el racionalismo de Descartes y sus seguidores dio pie a dicho balance cultural en el siglo XVII.

Por principio de cuentas, la distinción entre dos tipos de pensamiento estaba situada en el terreno de la moral. Fieles a la idea de la permanencia de la naturaleza humana, los elogiadores consideraban la capacidad de razón como universal, pero a su vez reconocían que existían buenos y malos modos de pensar. De ahí la crítica a la escolástica y su

⁷³ Cfr. Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 233 (religión como dadora de un “espíritu de orden y regularidad”); [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 13 (los benedictinos y algunos de sus logros, como ser el “asilo” de los conocimientos en el occidente) y 124 (labor de conservación benedictina); Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 28 (hubo hombres del clero virtuosos) y 33 (reclamar a la humanidad, no a la religión, los errores cometidos).

⁷⁴ Para las discusiones sobre la escolástica y su relación con las actitudes de letrados hacia la Edad Media en el siglo XVII, véase Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century...*, p. 23-40.

comparación casi inmediata con la *philosophie*, por lo cual el cliché adquirió otras connotaciones.

Acerca del siglo de Suger, se pensaba abiertamente que atada a la superstición “la educación [...] no hacía Poetas, Oradores y Sabios [...]”,⁷⁵ tal y como lo hubiera deseado el canon clásico del siglo XVIII. La razón del fracaso pedagógico era para los elogiadores contundente: “No había entonces ninguna escuela donde se enseñaran las ciencias exactas y las bellas-letras; una ciencia árida y tenebrosa, *la Escolástica*, peor que la grosera ignorancia, habitaba los claustros y las catedrales.”⁷⁶

Decir que las universidades de entonces no estaban oprimidas por el error; que simplemente eran distintas a las del presente, como lo hacía Jumel, era insuficiente para revertir la imagen negativa de la mayoría.⁷⁷ Aunque esta superioridad en el terreno de la opinión no acalló a quienes –como De Chasteler– consideraban exagerada dicha representación del pasado en materia de pensamiento:

Pero el cuadro [acerca del saber elaborado por Rousseau] ¿no está demasiado cargado? La Teología, es verdad, había perdido ese carácter sagrado, que solo puede hacerla respetable; pero no se limitaba al estudio de la Teología: se estudiaba desde entonces a los Autores que nos sirven todavía hoy de modelos.

Homero, Virgilio, Lucano, eran familiares a Suger; hasta Horacio, cuya moral era tan diferente de la suya, tenía tales encantos para él, que recitaba a veces hasta treinta versos de corrido; el desprecio que él [Suger] tenía por la moral del Epicúreo no le impedía apreciar la emoción (*sel*) ática del Poeta: ese estudio lo preservó del contagio general; es en

⁷⁵ « L'éducation [...], elle ne faisoit pas des Poëtes, des Orateurs & des Savans, mais elle auroit formé de grands Rois, si la superstition l'eût permis. » Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 14.

⁷⁶ « Il n'y avoit alors aucune école où l'on enseignât les sciences exactes & les belles-lettres ; une science aride & ténébreuse, *la Scolastique*, pire que la grossière ignorance, habitoit les cloîtres & les cathédrales. » [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 8. Sobre la escolástica como un “alimento” carente de las mejores propiedades, véase Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 222: “!Pero qué alimento! Elementos amorfos de gramática, ningún principio de gusto, conocimientos filosóficos que se limitaban a una falsa dialéctica, más ocupada de las palabras que de las cosas, una teología llena de cuestiones vanas, sutiles y contenciosas.” [« Mais quel aliment! Des élémens informes de grammaire, aucun principe de goût, des connoissances philosophiques qui se bornoient à une fausse dialectique, plus occupée des mots que des choses, une théologie remplie de questions vaines, subtiles & contentieuses. »].

⁷⁷ Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 7.

esta fuente fecunda, que él extrajo esa elocuencia viril, que hacía callar las pasiones a su voz y subyugaba la voluntad de aquellos que lo escuchaban.⁷⁸

En respuesta a la tendencia generalizada de desprecio, De Chasteler mostraba un sentido de comprensión del pasado mediante la puesta de relieve de la Antigüedad Clásica en el desarrollo del pensamiento de Suger. Su reconvención al referente de Rousseau, “un Moderno igual de célebre por su rareza que por su genio y su filantropía”,⁷⁹ era un golpe a un rival importante que permitía ganar prestigio, pero también una manera de llamar la atención sobre lo irracional que podría ser negarle todo mérito a una educación monástica que, a fin de cuentas, también se nutrió de la Antigüedad e incentivó “en el espíritu poco ilustrado de sus conciudadanos” no sólo las ciencias, sino “una cierta urbanidad de costumbres (*mœurs*), propia para temperar esa rigidez de la cual los claustros [estaban] raramente exentos.”⁸⁰ Así, manteniendo una sana distancia respecto de su presente y valorando positivamente una parcela del pasado, De Chasteler podía apreciar la aportación cultural de una institución como el monasterio.

Al discutir sobre la tradición educativa y de pensamiento los elogios incorporaron la escolástica a la historia del desarrollo del conocimiento humano.⁸¹ Con el cristal del

⁷⁸ « Mais le tableau n'est-il pas trop chargé ? La Théologie, il est vrai, avoit perdu ce caractere sacré, qui seul peut la rendre respectable ; mais on ne se bernoit pas à l'étude de la Théologie : on étudioit dès-lors les Auteurs qui nous servent encore de modeles aujourd'hui.

« Homere, Virgile, Lucain, étoient familiers à Suger ; Horace même, dont la morale étoit si différente de la sienne, avoit de tels charmes pour lui, qu'il en récitoit quelquefois jusqu'à trente vers de suite : le mépris qu'il avoit pour la morale de l'Epicurien ne l'empêchoit pas d'apprécier le sel attique du Poëte : cette étude le préserve de la contagion générale ; c'est dans cette source féconde, qu'il puisa cette éloquence mâle, qui faisoit taire les passions à sa voix & subjugoit la volonté de ceux qui l'écoutoient. » [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 4-5.

⁷⁹ « Telle est l'idée que nous donne de ces siècles d'ignorance un Moderne aussi célèbre par sa bizarrerie que par son génie & sa philanthropie. » [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 4. El nombre de Rousseau sólo aparece en la nota 2 al final del texto.

⁸⁰ [...] les Monasteres, devenus le sanctuaire des sciences, sentoient combien il leur étoit important de les cultiver ; c'étoit elles qui leur assuroient un empire mérité sur l'esprit peu éclairé de leurs concitoyens ; celui de Saint-Denis, peu éloigné de la Cour & souvent honoré de la présence de ses Souverains, joignoit à la culture des sciences une certaine urbanité des mœurs, propre à tempérer cette rigidité dont les cloîtres sont rarement exempts. » [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 5.

⁸¹ De Romance, en una larga nota aclaratoria apoyada en una historia de la filosofía, esboza el recorrido histórico de la Escolástica. Según el autor, el comienzo de este “error” en el pensamiento lo debemos a Juan Damasceno, quien introdujo el pensamiento de Aristóteles en el siglo VIII; la escolástica y su aristotelismo causó mucho daño y se difundió hasta que el genio de Descartes le puso un alto. De Romance dividía la historia del escolasticismo en tres edades: 1) De Lanfranc a Alberto el Grande, cuando Pedro Lombardo y su libro de sentencias se hicieron famosos, pero donde no se consultaban los documentos originales y por lo tanto había errores graves de interpretación; 2) de Alberto al fin del siglo XII, con la figura de Durand de Saint-Porcien, donde predominó Tomás de Aquino con su suma teológica y se debatían cuestiones absurdas

progreso a la mano, todos los autores observaron positiva o negativamente el escolasticismo colocándolo en medio de una línea de ascenso temporal. Pero acorde con la mayoría, si en algún punto de la línea de perfeccionamiento la escolástica había ocupado un lugar de privilegio, era tiempo de que diera un paso de costado y dejara que las luces surtieran su efecto, que la *philosophie* ocupara el puesto que merecía. Con ello se garantizaba el tránsito de un mal pensar a un buen pensar, que por consecuencia llevaría al bien común. Esta fue la fórmula y el ideal detrás de la disputa entre escolástica y *philosophie*, porque sin un enemigo, la segunda hubiera carecido de un elemento que garantizara su necesidad y legitimara su posición dominante en la sociedad. Es decir, asociando el peligro de la ignorancia, la barbarie y la superstición con el escolasticismo, la *philosophie* encontró –como el Gran Hombre– un trampolín para su propio enaltecimiento.

Por lo demás, es este soberbio autoproclamarse superiores el que Jumel tanto detestaba en los filósofos modernos. A causa de lo anterior, no dejó de censurarles, pues en el fondo representaban un ataque a la moral de humildad predicada por el cristianismo. En esta apología de la religión, Jumel empuñaba un argumento que, como vimos desde el inicio de este apartado, era la piedra del zapato de todos los elogiadores: ¡Suger se formó en un monasterio y acabó por ser un Gran Hombre! Identificando y nutriendo la contradicción en la que caía el pensamiento ilustrado al elogiar a un abad del siglo XII, Jumel defendió a capa y espada la verdad de su fe y la razón de ser del monasterio en una época distinta: “¿Nuestros Filósofos modernos hubieran sospechado que una educación monástica sería el germen de tan bello reinado, ellos que quisieran que la libertad de pensar sirviese de regla a todos aquellos que elevan la juventud?”⁸²

entre los bandos nominalistas y realistas; y 3) de Durand al “renovamiento del espíritu humano” por Descartes, periodo del cual casi no habla el autor. También De Romance apuntaba que antes de las edades, el periodo que va del siglo VIII al año 1070, la escolástica lo utilizó para volverse ciencia. Además, para este elogiador, el cambio en la forma de pensar del espíritu humano era como aquel de la serpiente que muda de piel. ¡La escolástica se convirtió así en la vieja piel del *esprit*! Cfr. [De Romance], *Éloge de Suger...*, N° II. Sécond Éclaircissement: Sur la Scolastique, p. 72-79. Por su parte, De Laussat, al hablar sobre el arte del sofisma, reconocía un renacimiento de la dialéctica en la época de Suger. [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 58, n. 4.

⁸² « Nos Philosophes modernes auroient-ils soupçonné qu’une éducation monastique seroit le germe d’un si beau regne, eux qui voudroient que la liberté de penser servît de règle à tous ceux qui élèvent la jeunesse ? » Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 28. Quizá también sea esta la razón por la cual D’Espagnac se cuida de ir tan lejos en su crítica a la congregación de San Mauro y parecer un engréido ante los ojos del clero.

Pero sin importar cuán lejos hayan ido en su defensa de los valores cristianos, el grito de Jumel y los apologistas de la religión se ahogó en la que parecía ser la única forma de plantear la cuestión del pensamiento y la educación. Las figuras binarias (público-doméstico, escolástica-*philosophie*, religión-laicidad) fueron el recurso de todos los elogiadores; mediante ellas, cifraron y encauzaron los problemas sociales de una élite letrada ansiosa de gloria e inmortalidad.

Este deseo de posteridad nos devuelve al tema del *genio* y su reproducción, porque pese a la educación de corte escolástico, Suger logró elevarse, es decir, escapar a aquella red de pensamiento. Las preguntas que se imponían entonces eran cómo y por qué Suger fue impermeable a aquella enseñanza y destacó de entre todos los demás. El ganador del certamen de elocuencia de 1779, Garat, enunciaba lo que pretendía ser una solución del enigma:

Entre los espíritus distinguidos, hay algunos que no pueden recibir los errores que forman la enseñanza pública, y es esta especie de falta de inteligencia la que es el signo de su genio; hay otros que teniendo más facilidad, sin tener menos agudeza, son capaces de retener todos los errores en su memoria, sin que estos tengan el poder de perjudicar su razón, y que brillan mucho tiempo por esas mismas doctrinas que tendrán un día la gloria de destruir. Suger fue de este número. Él se anunció primero como un prodigio en esa mezcla confusa de gramática, metafísica y teología, conocida bajo el nombre de escolástica. Pero si él hubiese reinado en las Escuelas, no hubiese sido jamás más que un Monje de Saint-Denis: él mostró pronto unos gustos y talentos que presagiaban mejor su destino.⁸³

La reflexión es interesante por cuanto en lugar de decir que Suger no aprendió nada en el monasterio, Garat enfatizaba que este hombre del siglo XII aprendió todos los errores para darse a la futura tarea de erradicarlos. Al contrastarlo con aquellos carentes de inteligencia, a quienes su ignorancia protegía de forma *genial* pero no los salvaba —¡porque

⁸³ « Parmi les esprits distingués, il en est quelques-uns qui ne peuvent rien recevoir des erreurs qui forment l'enseignement public, & c'est cette espèce de défaut d'intelligence qui est le signe de leur génie ; il en est d'autres qui ayant plus de facilité, sans avoir moins de justesse, sont capables de retenir toutes les erreurs dans leur mémoire, sans qu'elles aient le pouvoir de nuire à leur raison, & qui brillent long-temps par ces mêmes doctrines qu'ils auront un jour la gloire de détruire. Suger fut de ce nombre. Il s'annonça d'abord comme un prodige dans ce mélange confus de grammaire, de métaphysique & de théologie, connu sous le nom de Scholastique. Mais s'il eut toujours régné dans les Ecoles, il n'eût jamais été qu'un Moine de Saint-Denis : il montra bientôt des goûts & des talens qui présageoient mieux de sa destinée. » Garat, *Éloge de Suger...*, p. 9.

no repararon en su caída en la equivocación!– Garat señalaba la virtud de Suger. Acorde con el vencedor del certamen, “retener en la memoria” las fallas era estar consciente de las mismas y por ende, ser lo suficientemente sabio para mover las facultades del espíritu y hacerles frente. En el fondo, pese a toda la buena o mala educación recibida, el talento innato del hombre de genio, su capacidad de razón y su habilidad para hacerse a sí mismo, bastaban para sobreponerse ante cualquier obstáculo que amenazara el progreso.

Pero esta empresa de generación de figuras extraordinarias estaba cifrada en un símbolo y por ello, Suger llevó los ropajes del letrado dieciochesco: ¿Acaso no se le exigía al elogiador realizar un ejercicio de memoria para conocer los errores del pasado y remediarlos con el fin de arribar a un futuro más perfecto? ¿La narración de la vida de un abad del siglo XII no era para él un momento de reflexión total capaz de reorientar la brújula de su sociedad? Cuando se decía que Suger experimentó un vacío al recibir la educación escolástica, se afirmaba que este hombre no estaba hecho para la vida especulativa del claustro y se ensalzaban tanto su carácter como sus dones naturales.⁸⁴ La sensación de carencia y necesidad pasadas era tan sólo una forma de aludir a la condición presente. Hecho a imagen y semejanza de los elogiadores, Suger revistió los deseos de un grupo ávido de asentar su posición social. Por esta razón, no fue una simple casualidad que los hombres de letras proyectaran en el abad de la Edad Media una representación de sí mismos como sujetos distinguidos por su soledad, autodidactas y de perfil resuelto, elevados entre sus coetáneos mediante la imaginación y su don de palabra; individuos extraordinariamente viriles, líderes natos bendecidos con mayor consciencia, erudición y elocuencia que el resto. La atención puesta a los talentos de Suger, muestra hasta qué punto el hábito de éste no hizo al monje, sino al letrado del siglo XVIII.⁸⁵

⁸⁴ Cfr. [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 8 (el vacío dejado por la escolástica); Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 3 (no estar hecho para la vida del claustro).

⁸⁵ Cfr. [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 6 (la teología recibida no ahuyentó los dones naturales de Suger). Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 223 (Suger se educó a sí mismo), 242 (los múltiples talentos de Suger en un siglo caótico revelan que el hombre de genio lo abarca todo). Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 10 (El alma elevada de Suger, no sólo lo aleja de los prejuicios de su tiempo, sino que le confiere el sentimiento de estar destinado a reformar el futuro), 11 (talento de Suger para lograr la fraternidad). [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 18 (Suger y su soledad de consciencia), 47-48 (hombre de genio y su amplitud de dominio) y N° VII. *Éclaircissement: sur quelques détails relatifs à la vie de Suger*, p. 117-131 (Suger y su razón fortificada gracias al aislamiento, del cual gustaba; digno de admiración y respeto, contaba con una variedad de talentos y nunca se abandonaba a la afectación). [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 16 (el genio de Suger “abrazaba todos los objetos”). [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p.

c) Historia

En vista de esta actitud, tampoco sorprende la respuesta de los elogiadores al porqué Suger de milagro no se corrompió al igual que los monjes de su época. Como Garat apuntaba, en parte el talento innato lo había salvado, pero acorde a la mayoría, Suger se había dado a sí mismo la educación que necesitaba. ¿De qué forma? Sus dones naturales lo impulsaron a seguir la vía de los estudios históricos, abandonando así la caduca educación escolástica, porque en palabras de Percheron de La Galézière: “¡Ah!, es en la historia, es en la política donde él [Suger] debe procurarse sus luces.”⁸⁶

Entendida como una “vasta recopilación de las experiencias del hombre”, o como un “vasto cuadro del mundo político y moral”, la historia fue una maestra de mayor envergadura para el desarrollo del genio de este personaje.⁸⁷ Los autores de *éloges*, en mayor o menor medida, reconocieron en Suger un interés precoz por conocer el pasado y asimilar sus enseñanzas: la familiaridad con lo pretérito anunciaba al futuro Gran Hombre.

Sin embargo, nuevamente, la consideración dieciochesca de la historia pesó sobre la imagen del siglo XII. Lo que estaba en juego era una pedagogía ciudadana impulsada por los hombres de letras, algo que De Chasteler no podía esconder al hablar del abad:

Él [Suger] no había descuidado ni la Poesía ni la Física; pero la Historia sobretodo tenía encantos para él; convencido de que el primer deber de un ciudadano es adquirir los conocimientos que pueden hacerlo útil a su patria, Suger sabe que para servirla hay que conocer sus intereses y sus relaciones; ¿qué maestra más segura en esta carrera que la Historia? Es ella quien recuerda (*retrace*) a nuestros ojos las faltas y los éxitos de siglos pasados, para servir de lecciones a los siglos que les siguen.⁸⁸

83-84 (Suger como un “espíritu sublime”, superior, multifacético, profundo, sólido), 85-86 (Suger y su erudición propia de un orador y un filósofo, al igual que una elocuencia sin comparación).

⁸⁶ « Ah! c'est dans l'histoire, c'est dans la politique qu'il doit puiser ses lumières. » Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 222.

⁸⁷ « Mais l'Histoire, ce vaste recueil des expériences de l'homme, fixoit particulièrement son attention [de Suger]. » [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 9 ; y Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 222-223: « Il [Suger] voit dans ce vaste tableau du monde politique & moral [...] ».

⁸⁸ « Il [Suger] n'avoit négligé ni la Poésie ni la Physique ; mais l'Histoire sur-tout avoit des charmes pour lui ; convaincu que le premier devoir d'un citoyen est d'acquérir les connoissances qui peuvent le rendre utile à sa patrie, Suger sait que pour la servir il faut connoître ses intérêts & ses rapports : quel maître plus sûr dans cette carrière, que l'Histoire ? C'est elle qui retrace à nos yeux les fautes & les succès des siècles passés, pour servir de leçons aux siècles qui les suivent. » [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 5-6.

Al igual que Suger, aunque podía decirse que los elogiadores cultivaron el estudio de la biblia, la poesía y la física, el de la historia fue decisivo para su formación. Ella, única y verdadera *magistra vitae*, acervo de grandezas y miserias del género humano, constituía “una experiencia anticipada”,⁸⁹ un oráculo de los tiempos venideros, al cual en teoría todos podían consultar, pero cuyas respuestas sólo correspondía a los más sabios desentrañar. De Chasteler era uno de estos *savants* para quienes, además, fomentar la lectura del género histórico tenía una utilidad política muy apreciada: crear hombres fieles a su patria mediante modelos pasados de virtud, dignos a su vez de emulación.⁹⁰ De Romance, por ejemplo, era bastante consciente de las repercusiones de esta propedéutica histórica en la formación del carácter de un individuo, en este caso Suger de Saint-Denis:

Él [Suger] recorría los siglos y los países; y, contemplando la *uniformidad* y la *variedad* de la especie humana; la uniformidad en el instinto del hombre, en sus pasiones, en sus necesidades, en sus intereses; la variedad en sus opiniones, en sus gustos, en sus hábitos; buscaba, acercando estas contradicciones aparentes, comprender el punto invariable de la razón, que es el conocimiento de los verdaderos intereses de la humanidad. [...] Pero, después de haber contemplado la cadena de los grandes acontecimientos, meditado las acciones de los grandes hombres, estudiado la continuación de sus visiones, de sus proyectos, de los obstáculos, de los recursos y de las consecuencias, fue obligado a hacer volver sus ojos sobre los cuadros entristecidos de la historia de la edad media, sobre el estado miserable y humillado de la especie humana en el tiempo donde vivía, su alma dulce y noble debió estrecharse; y, encontrándose como perdido en esta multitud de esclavos y de tiranos, se retiró en ese asilo interior que se había formado: y es sin duda a este concurso de circunstancias que hay que atribuir el carácter concentrado de *Suger*, cuya alma era por cierto tan dulce y tan afectuosa. Tan diferente de sus contemporáneos por sus ideas, por sus sentimientos, por sus hábitos; llevando un alma antigua en tiempos modernos, debió acostumbrarse a no buscar los vanos aplausos de los hombres de los cuales no apreciaba la

⁸⁹ « Cet examen intéressant [de l'Histoire] devient pour lui [Suger] une expérience anticipée. » Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 223.

⁹⁰ Sobre este tema, confróntese el tan interesante como extenso pasaje de De Romance, donde habla del hombre vicioso y del hombre virtuoso, así como de lo que este último debe soportar para lograr el bien siempre. [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 19-20.

opinión; se vio reducido a desdeñar la estima pública, lo que es el último grado del vicio, cuando no es el más sublime esfuerzo de la virtud.⁹¹

Vemos cómo la historia ofrecía al Gran Hombre un momento de reflexión: un instante de soledad para valorar el desarrollo de la humanidad; una pausa dramática que lo aislaba de su cotidianidad para dirimir acerca del sentido del devenir y entonces sí, poner manos a la obra. Sin embargo, este argumento para persuadir acerca de la necesidad en el presente de una historia al servicio de la nación, era en realidad una forma de convencer al público de lo indispensables que eran quienes la elaboraban. Esta fue la razón por la cual los redactores de *éloges* a fines del siglo XVIII defendieron en sus textos un sustrato histórico sólido, fuente de conocimiento verdadero, capaz de asegurarles la victoria en la lucha por las almas de los ciudadanos franceses. Al titular sus escritos *Elogios históricos*, y llamarse implícitamente historiadores, se vistieron con la toga de un linaje muy antiguo y se autoproclamaron los nuevos jueces del devenir de la nación. Además, si el ejemplo de Suger mostraba que la gran reflexión precedía a la gran acción, la ascendencia de los hombres de letras —en particular los *philosophes*— quedaba garantizada. Y si este abad, considerado un Gran Hombre, había leído, pensado y escrito la historia —literal y metafóricamente— hasta convertirse en “un alma antigua en tiempos modernos”, ¿qué podía esperar la posteridad de los elogiadores?⁹² Distintos por sus ideas, e impulsados por la

⁹¹ « Il [Suger] parcourait les siècles & les pays; &, contemplant l'*uniformité* & la *variété* de l'espèce humaine ; l'*uniformité* dans l'instinct de l'homme, dans ses passions, dans ses besoins, dans ses intérêts ; la *variété* dans ses opinions, dans ses goûts, dans ses habitudes ; il cherchoit, en rapprochant ces contradictions apparentes, à saisir le point invariable de la raison, qui est la connoissance des vrais intérêts de l'humanité. [...] Mais, lorsqu'après avoir contemplé la chaîne des grands événemens, médité les actions des grands hommes, étudié la suite de leurs vues, de leurs projets, des obstacles, des ressources & des conséquences, il fut contraint de ramener ses yeux sur les tableaux attristans de l'histoire du moyen âge, sur l'état misérable & humilié de l'espèce humaine au temps où il vivoit, son ame douce & noble dut se resserrer ; &, se trouvant comme perdu dans cette foule d'esclaves & de tyrans, il se retira dans cet asyle intérieur qu'il s'étoit formé : & c'est sans doute à ce concours de circonstances qu'il faut attribuer le caractère concentré de *Suger*, dont l'ame étoit d'ailleurs si douce & si affectueuse. Différent tellement de ses contemporains par ses idées, par ses sentimens, par ses habitudes ; portant une ame antique dans des temps modernes, il dut s'accoutumer à ne pas rechercher les vains applaudissemens des hommes dont il ne prisoit pas l'opinion ; il se vit réduit à dédaigner l'estime publique, ce qui est le dernier degré du vice, quand ce n'est pas le plus sublime effort de la vertu. » [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 10-11.

⁹² La manera en que describen el proceder de Suger historiador dice mucho de sus pretensiones como elogiadores. Por ejemplo, Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 223: “Él [Suger] cita a su tribunal a todos los hombres que jugaron un gran papel en el universo, y juzga sus faltas y sus éxitos.” [« Il [Suger] y cite à son tribunal tous les hommes qui ont joué un grand rôle dans l'univers, & il juge leurs fautes & leur succès. »].

Academia, estos letrados se arrogaron el título de conservadores y renovadores de la tradición nacional al mismo tiempo.

Es en este sentido que deben leerse los pasajes acerca de la capacidad de Suger para generar un archivo en su abadía, o mejor aún, de su papel fundamental en la conformación de la tradición cronística de Saint-Denis.⁹³ La referencia a este lugar evocaba, por supuesto, imágenes apreciadas tratándose de la monarquía francesa: no solo remitía al considerado santo patrón de toda la Galia, San Dionisio (*Saint Denis*) y a la relación entre la Francia y Dios; también aludía a las tumbas de los reyes franceses que la abadía resguardaba con mucho celo prácticamente desde tiempos de los Carolingios.⁹⁴ Por tanto, se traía a colación un pasado monárquico glorioso de poderío, devoción y respeto; un tiempo ya ido donde figuraban los reyes de las tres razas, cuyo mayor legado habían sido las gestas narradas en ese monumento histórico invaluable del siglo XIII, logro de monjes benedictinos, las *Grandes Crónicas de Francia*.

La importancia dada en los elogios a la cronística de Saint-Denis tiene que ver con la reformulación de una tradición y el establecimiento de un nuevo canon histórico. En los elogiadores, si el monasterio benedictino, con todos los elementos propios de la religión, les causaba repulsa; la necrópolis regia, el símbolo de poder y el lugar generador de una historiografía nacional les fascinaban en demasía. Ciertamente era que la referencia a la monarquía y su representación del poder y dominio, los convertía hasta cierto punto en conformistas y mantenedores del *statu quo*; sin embargo, su búsqueda por desprestigiar a la religión y ocupar el lugar moral de ésta, les otorgaba originalidad y un nuevo brío. Nótese además que para este grupo ya no eran los santos patronos de Francia, como san Dionisio, los que debían figurar, sino los nuevos modelos sacros de virtud de los Grandes Hombres: la nación y rey *très chrétiens* habían sido desplazados.⁹⁵ Las ausencias de referencias a

⁹³ [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 5-6 (Suger concibe las *Grandes Crónicas de Francia*), 9 (Suger y el archivo de Saint-Denis); Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 242 (Suger estudió y práctico la historia) y n. 14 (Suger tuvo la idea de las crónicas).

⁹⁴ Sobre la relación entre este imaginario nacional-monárquico y su carácter divino, cifrada en la figura de san Dionisio y proveniente desde la Edad Media, véase Colette Beaune, *Naissance de la nation France*, Paris, Gallimard, 1985, chap. III: Saint Denis: un patronage contesté, p. 83-125.

⁹⁵ En su momento Colette Beaune indicó que: “¡Es la nación muy cristiana quien da a luz a los santos y no a los héroes, esas imitaciones posteriores!” [« C’est la nation très chrétienne qui enfante des saints et non pas des héros, ces contrefaçons postérieures ! »]. Beaune, *Naissance de la nation France*, p. 10. La palabra *contrefaçon* tiene también una acepción de falsificación, por tanto esta frase es ambigua en grado sumo.

escritos teológicos en los *éloges*, pretendía extirpar de una vez por todas aquella autoridad eclesiástica y otorgársela a la Academia, nueva guardiana del pasado de la nación y por ende, nueva pedagoga de la patria.

Por esta misma razón, la inexistencia en las notas a pie de toda la literatura en torno a San Dionisio es significativa: señala que, aparte de este afán de desplazar a la religión de las conciencias, se transmitía un temor hacia ese tipo de trabajos y lo que en su momento representaron. En efecto, todos esos textos que hablaban sobre el santo, desde el siglo XVI, estaban directamente relacionados con disputas teológicas y controversias políticas ligadas a las guerras de religión, suscitadas a raíz de la difusión del protestantismo y del desarrollo del galicanismo en Francia.⁹⁶ Marcada como un viejo, pero grave error de los franceses, el cual los había llevado al conflicto civil y generado desunión, dicha literatura de polémica teológica fue hecha a un lado en los elogios, en beneficio del nuevo canon académico cuya promesa era justamente el consenso.

Además, el énfasis puesto en la historiografía de Saint-Denis, indicaba muy bien el movimiento que en teoría debía experimentar la escritura del pasado nacional: una proyección a futuro que investía a los Grandes Hombres de la patria con un ropaje universal. Este cambio, ligado al deseo de trascendencia de una élite letrada es el que se observa cuando se pasa de lo dicho por De Chasteler sobre la educación, a las palabras de De Romance y la constitución del carácter. Entre ambos, hay un proceso ambiguo donde la nación da pie a lo universal y viceversa. De ahí la mención no sólo a los franceses, sino también a la humanidad entera, adquiriendo con ello el trazo ecuménico de la *philosophie*. Pedagogía nacional y universal quedaban confundidas, haciendo de la historia de Francia el nuevo evangelio del progreso de la humanidad; uno que habría de ser continuado a la manera en que los viejos monjes benedictinos realizaron las *Grandes Crónicas de Francia*.

Además de apuntar brevemente que los héroes sustituyeron a los santos como figuras forjadoras de un sentimiento nacional, la autora juega con la idea de que para los franceses los verdaderos modelos deben ser cristianos. Con ello, resuena de fondo el imperativo religioso que se halla presente en el sentimiento nacional francés y el contradictorio afán secularizador hacia el mismo. Pese a todo, se deja en claro que otro tipo de nación surge a raíz del heroísmo y no de la santidad, en un nuevo balance de la relación con el Dios cristiano.

⁹⁶ Véase en general el estudio de Le Gall, *Le mythe de Saint-Denis...*, en especial la segunda parte sobre las controversias, p. 146-326.

Esta creación de las ciencias habría sido incompleta, si *Suger* no hubiera puesto al mismo tiempo su atención sobre la Historia nacional. ¡Quién conocía mejor que él la importancia de estos archivos de la humanidad! depósito precioso donde la justicia de los siglos marchita al tirano feliz, venga al héroe oprimido, donde el alma de los grandes hombres vive y respira toda entera, y, comunicándose mediante un tacto invisible, llama sobre sus huellas a aquellos que son dignos de admirarlas y seguir las.⁹⁷

Si para De Romance aquellas crónicas eran “la base de nuestra antigua Historia, y un depósito público de verdad que fijó a menudo las más grandes cuestiones”; y “se las mostraba a los extranjeros como el depósito sagrado de la Historia nacional”,⁹⁸ ¿qué esperar de los textos surgidos del certamen de elocuencia convocado por la Academia? Así como pensaban que Suger había resucitado la historia, también concursantes y no concursantes estaban llamados a cumplir con un deber moral y nacional que habría de encumbrarlos.⁹⁹ Y aunque sus producciones escritas pudieran ser ridiculizadas por otros hombres de letras – como lo fueron los textos de Suger a manos de Lespinasse de Langeac–,¹⁰⁰ creían tener mucho más que palabras para defender su gloria. Porque el *genio*, aunque surgido del pensamiento, sólo llegaba a su máximo esplendor si se traducía en acción. De manera optimista, el imperativo que guiaba a la pedagogía del siglo XVIII iba más allá de la contemplación estética del pasado: llamaba a modificar el cuadro de los acontecimientos humanos mediante un correcto uso de la razón y la virtud.

⁹⁷ « Cette création des sciences auroit été incomplète, si *Suger* n'eût porté en même temps son attention sur l'Histoire nationale. Qui connoissoit mieux que lui l'importance de ces archives de l'humanité ! dépôt précieux où la justice des siècles flétrit le tyran heureux, venge le héros opprimé, où l'âme des grands hommes vit & respire toute entière, &, se communiquant par un tact invisible, appelle sur leur traces ceux qui sont dignes de les admirer & de les suivre. » [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 50.

⁹⁸ « Ces Chroniques sont restées la base de notre ancienne Histoire, & un dépôt public de vérité qui fixa souvent les plus grandes questions. » [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 51; « [...] on les montrait aux étrangers comme le dépôt sacré de l'Histoire nationale [...] » [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 123.

⁹⁹ Cfr. [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 122, donde Suger “resucitó la Historia, y estableció *las grandes Crónicas de S. Denis*”, pues la historia “se había perdido en Francia en la barbarie de la segunda raza: *Nitardo*, nieto de Carlomagno, es el último historiador de esa época”. [« L'Histoire s'étoit perdue en France dans la barbarie de la seconde race : *Nithard*, petit-fils de Charlemagne, est le dernier historien de cette époque. *Suger* ressuscite l'Histoire, & il établit *les grandes Chroniques de S. Denis*. »].

¹⁰⁰ Cfr. [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 24. También véase Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 266, quien indica que Suger fue inferior en estilo de escritura a san Bernardo y Abelardo.

Los múltiples rostros de la grandeza: Suger en acción

El territorio que cubrió Suger con su actividad, según leemos en los elogios, fue vasto y de ahí la representación de su *genio* diversificado:

El Universo entero admirará sin cesar, en la vida de un solo hombre [...] todo lo que puede volver recomendable un Religioso, un Orador, un Soldado, un General de ejército, un Abad, un Historiador, un Hombre de Corte, un Ministro de Estado, un Regente del Reino, un Filósofo.¹⁰¹

Cada una de estas caras cifraba el campo de acción del individuo. Vemos, pues, el desdoblamiento del personaje a la manera de un dios con múltiples advocaciones, todas y cada una parte integral del mismo.¹⁰² Este fue, justamente, el sentido que Jumel desplegó al realizar aquel símil entre Suger y la luna: ambos transitaban por distintas fases hasta alcanzar su plenitud e iluminarlo todo.¹⁰³ Pero, ¿cuáles fueron los logros de Suger? ¿Cuál fue su contribución a la Francia y a la humanidad? El barón Deslyons ofrecía una síntesis grandilocuente:

[...] su sabiduría [de Suger] abraza todas las partes: pone la reforma en la Abadía de Sainte Geneviève, donde reinaba el desorden; restablece la disciplina en todos los Monasterios donde la irregularidad se había introducido; mantiene los derechos del Rey en la colación de los beneficios. Celoso de la autoridad del Príncipe, no usurpa los derechos de los Particulares; obliga a los Magistrados a hacer Justicia; se presta, sin reserva, a las necesidades que ella demanda; subsana la impunidad de los crímenes, la opresión de los débiles, la indolencia de los Oficiales, el abuso de su autoridad, el exceso mismo de su celo; sabe hacer respetar la autoridad de las Leyes, sin irritar los espíritus; corrige, sin imprimir temor; gana a los hombres persuadiéndolos, y no empleando las amenazas y el terror de los

¹⁰¹ « L'Univers entier admirera sans cesse, dans la vie d'un seul homme [...] tout ce qui peut rendre recommandable un Religieux, un Orateur, un Soldat, un Général d'armée, un Abbé, un Historien, un Homme de Cour, un Ministre d'État, un Régent du Royaume, un Philosophe. » [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 7.

¹⁰² El símil con Dios se encuentra de manera explícita en Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 21: “esa imagen me recuerda al Creador extendiendo su mano sobre el caos y separando los elementos para constituir el mundo.” [« cette image me rappelle le Créateur étendant sa main sur le cahos & séparant les éléments pour en former le monde. »]. El autor hablaba de cómo Suger pensaba en las instituciones que establecería y cómo su acción creó un gobierno perfecto a partir de la anarquía feudal.

¹⁰³ Véase la n. 33 de este capítulo III.

castigos; tiene, sobre los espíritus, un ascendiente increíble: todo se somete a sus órdenes.¹⁰⁴

En esta letanía se aprecia el fuerte legado del ritual cristiano, de esa oración fúnebre y su función sagrada de evocación, de restauración de lo perdido, del sentimiento de lo ya ido y que no volverá jamás salvo en la forma de un recuerdo gozoso, porque Suger ha alcanzado la inmortalidad. Misterio doloroso del rosario que emparentaba a este hombre del siglo XII con la rosa mística, la torre de David, el arca de la alianza, la fuente de la eterna juventud y que demandaba de parte del público asistente un gran ‘así sea’, un amén que pretendía la comunión de las conciencias, en un ambiente de seriedad y solemnidad, garantizado ya no por la Iglesia, sino por la Academia.

Lo fundamental es que las máscaras de este multifacético personaje, sin importar el terreno cubierto, apuntaban a la buena administración y gobierno, a la consecución del orden y la justicia, a la victoria de la razón sobre la fuerza bruta, a la libertad sobre la esclavitud, a la luz sobre la oscuridad de su siglo. La acción de Suger se representaba entonces como una intervención necesaria, como acto a favor de una patria en peligro.¹⁰⁵ De ahí el tono épico que convierte toda su vida en una empresa de proporciones titánicas, al grado de imaginarlo como el héroe político capaz de enfrentar a la “hidra” del gobierno feudal.¹⁰⁶

¹⁰⁴ « [...] sa sagesse [de Suger] embrasse toutes les parties : il met la réforme dans l'Abbaye de Sainte Genevieve, où régnoit le désordre ; il rétablit la discipline dans tous les Monastères où l'irrégularité s'étoit introduite ; il soutient les droits du Roi dans la collation des bénéfices. Jaloux de l'autorité du Prince, il n'usurpe pas les droits des Particuliers ; il oblige les Magistrats de rendre la Justice ; il se prête, sans réserve, aux besoins qu'elle demande ; il remédie à l'impunité des crimes, à l'oppression des foibles, à l'indolence des Officiers, à l'abus de leur autorité, à l'excès même de leur zèle ; il sçait faire respecter l'autorité des Loix, sans irriter les esprits ; il corrige, sans imprimer la crainte ; il gagne les hommes en les persuadant, & non pas en employant les menaces & la terreur des peines ; il a, sur les esprits, un ascendant incroyable : tout plie sous ses ordres. » [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 72-73.

¹⁰⁵ [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 24. Jumel también representó a Suger como un reformador en un tiempo necesitado. Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 30. Por otro lado, Delamalle, al enfatizar el servicio a la patria prestado por Suger, decía que “la inacción de un gran hombre es a la sociedad lo que la ausencia de Sol es a la naturaleza”. [« l'inaction d'un grand homme est à la société ce que l'absence du Soleil est à la nature ».] Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 32.

¹⁰⁶ Cfr. Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 27: “Es así que Suger ataca el gobierno feudal; pero inútilmente se abate las cien cabezas de esta hidra, si el poder Eclesiástico tiene éxito en sus pretensiones.” [« C'est ainsi que Suger attaque le gouvernement féodal; mais inutilement on abbat les cent têtes de cet Hydre, si la puissance Ecclésiastique réussit dans ses prétentions. »]. La misma imagen empleó De Romance al referir el gobierno en la época de Suger como “esa multitud de Estados contenidos en el *Estado*, y la hidra de los intereses

Sin embargo, ¿qué hay de fondo en esta representación idealizada sobre un hombre de la Edad Media? La convocatoria de la Academia para elogiar al “Ministro-Regente” es quizá el indicio clave para comprender los valores que simbolizaba en el siglo XVIII la figura de Suger: nos muestra que se trataba de poner al día el viejo ideal ministerial, capaz de transmitir confianza y seguridad respecto del futuro.¹⁰⁷

Por esta razón, Suger aparecía como una figura de Iglesia con moral de ministro y no de abad.¹⁰⁸ Para los autores de elogios, su faceta de director del monasterio que lo resguardó durante sus primeros años, destacaba porque este personaje impulsó la conciliación antes que el conflicto y sobre todo, motivó la reforma de las costumbres entre sus hermanos monjes.¹⁰⁹ Por ello, se hablaba de un Suger sabio que había prestado servicios tanto a la religión como a la humanidad.¹¹⁰ Sabiduría que también se apreciaba, según los autores, en sus capacidades de administración económica del reino; cualidades que posiblemente contrastaban con los esfuerzos fallidos de políticos como Jacques Turgot y Jacques Necker ante el déficit de la década de 1770.¹¹¹

En vista de aquel ideal de ministro, el orden y la justicia ocuparon mucho espacio en las narraciones de la vida de Suger. En manos de los elogiadores, éste no sólo experimentó un gran amor por ambos, sino que lograba imponerlos; hacía respetar su autoridad con base

particulares siempre opuesta al interés público” [« (...) cette multitude d’États renfermés dans l’Etat, & l’hydre des intérêts particuliers toujours opposé à l’intérêt public. »]. [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 29.

¹⁰⁷ [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 11.

¹⁰⁸ Cfr. Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 57: “Sólo quise alabar al Ministro, y no al Abad de St. Denis: queda a los Oradores decidir si hice bien.” [« Je n’ai voulu louer que le Ministre, & non l’Abbé de St. Denis : c’est aux Orateurs à décider si j’ai bien fait. »].

¹⁰⁹ Sobre el conflicto y la conciliación, véase [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 54. Sobre esta paz, Lespinasse de Langeac se mofaba de que la Iglesia a lo mucho lograba apaciguar los furros un par de días. El autor aludía a lo que hoy conocemos como la Tregua y la Paz de Dios. [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 38. Sobre la reforma hecha por Suger, cfr. [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 49; [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 11; [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 27; y [Gin] *Les effets de l’amour du bien public...*, p. 18 (entiende la reforma como el restablecimiento del “orden, la decencia y el amor de los estudios útiles”). Una visión menos favorable al abad y que busca contextualizar sus intenciones, se encuentra en D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 57-60, n. 25.

¹¹⁰ [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 35.

¹¹¹ Sobre Suger y el orden impuesto a las finanzas del reino, véase [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 22; Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 250; Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 35. Por su parte, De Laussat pintaba a Suger como un sabio administrador, después de hablar de deudas e impuestos que los ciudadanos debían pagar en el siglo XII. En realidad, parece que el autor se refiere a su propio siglo. [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 50-51. Sobre los ideales reformistas en materia económica, así como el “señor déficit” y las sucesivas crisis experimentadas en el último tercio del siglo XVIII, véase Olivier Coquard, *Lumières et Révolutions 1715-1815*, Paris, Presses Universitaires de France, 2014, p. 63-71 y 89-95.

en un fundamento legítimo; recuperaba y defendía los derechos de un reino atacado por tiranos feudales; garantizaba la paz y depositaba su confianza en el pueblo para gobernar; en suma, disipaba el caos mediante un correcto actuar.¹¹² Lo anterior en armonía con el sueño imperial de superioridad, con reminiscencias romanas, subyacente en el culto al Gran Hombre.¹¹³

Sin embargo, en esta discusión sobre el poder y la autoridad había una cuestión central: ¿hasta dónde era permisible que esta figura extraordinaria dominara? En otras palabras, ¿cuáles debían ser los límites de la superioridad del *genio*?

Los temas del ejercicio del castigo y la violencia cifraron entonces el debate, cuyo desarrollo estuvo lejos de generar un común acuerdo. Si para algunos la acción de Suger de castigar a los vasallos que desafiaban la autoridad regia era una cosa encomiable, propio de un carácter firme; para otros representaba una muestra de abuso de poder, un sentido de la disparidad en las penas, muy acorde con la barbarie monacal y el espíritu fogoso (*fougueux*) de aquellos tiempos.¹¹⁴ Aunque no había una solución definitiva, la discusión revelaba

¹¹² Cfr. [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 32 (restablecimiento del orden); [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 43-44 (Suger dirige el Estado en medio del caos); [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 13-14 (Restaurador del orden en un reinado de caos); [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 74 (orden y acuerdo en el gobierno); [Gin] *Les effets de l'amour du bien public...*, p. 30 ("Suger hizo respetar la autoridad de la cual era depositario") y 32 (administración de justicia); [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 7 (amor por la justicia) y 9 (recuperación de derechos sobre las tierras); Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 19 (paz y confianza en el pueblo), 20 (clemencia como complemento de la justicia en Suger), 25 (su "opinión" de la justicia eleva a Suger) y 41 (justicia como "fundamento legítimo de la autoridad" y "verdadero título de los reyes"); Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 231 (cuida los intereses del Estado), 233 ("la providencia lo disponía al gobierno de un gran pueblo"), 249 (Suger se hace respetar).

¹¹³ Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 221 (existen grandes hombres como existen imperios) y 232 (Luis VI no logró un Imperio debido a los vasallos de la corona y sus "guerras privadas"); [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 13 (el genio es superior a las circunstancias), 21 (el genio de Suger con gran "poder e imperio" hace el bien); [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 12 (Suger es del tipo de genio que está destinado a mandar sobre otros).

¹¹⁴ Sobre la firmeza de carácter y la moderación del poder ejercido por Suger, cfr. [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 31 (el orgullo humillado y castigado de los vasallos fue un servicio memorable de Suger); Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 242 (Suger no abusó de su poder); [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 21 (Suger no abusó de su autoridad); [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 30 (el genio es consciente de sus límites); [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 1 y 23 (límites y moderación de Suger); [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 20, n. a (metáfora del bastón recto para describir a Suger) y 27 (firmeza de Suger).

Sobre la violencia, el castigo y la crítica a Suger por su exceso, véase [Gin] *Les effets de l'amour du bien public...*, p. 53 (la verdad no se propaga con la violencia); [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 32 (Reproche a Suger por la violencia y la guerra); [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 20 (castigos); [Lespinnasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 62 (castigos y barbarie monacal) y 76 (¡Suger regente corta cuarenta orejas!); D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 24-25 (disparidad en los castigos).

aquello que más deseaban los elogiadores en materia de virtud política; y como siempre, un episodio de la vida de Suger les dio la pauta: el enfrentamiento con los señores feudales.

En los textos, la acción del “ministro-regente” fue la de un represor de sublevaciones nobiliarias.¹¹⁵ Pero su actuar no era ciego, sino que estaba regido por la razón.¹¹⁶ Es esto lo que le dio la victoria sobre personajes como el señor de Puiset. Tal y como lo diría Percheron de La Galézière: “En vano éste [el barón de Puiset] despliega todos sus recursos, en vano despliega su coraje y su habilidad en los combates. El genio tiene siempre el ascendiente sobre la fuerza. Suger solicita, negocia. Mediante su política diestra, triunfa de su enemigo, y la fortaleza de Puiset, donde él había desafiado tanto tiempo la autoridad real, devino su conquista.”¹¹⁷

Si bien Lespinasse de Langeac ponía en tela de juicio el proceder del ministro, llegando al grado de culparlo por la desaparición de la nobleza;¹¹⁸ al hacer de Suger y del señor feudal los portadores de la luz y la sombra, respectivamente,¹¹⁹ los demás elogiadores defendieron no sólo un ideal de virtud política, sino su utilidad para Francia. Así como se sostenía una diferencia entre el bien y mal pensar mediante la distinción entre *philosophie* y escolástica, también existía un bien y mal actuar, donde la línea de frontera estaba dada por el beneficio obtenido para la patria. El barón de Puiset fue el ejemplo perfecto de alguien cuyas mejores cualidades jugaron en contra de la nación.¹²⁰

¹¹⁵ En un caso ejemplar, el barón Deslyons retrataba a Suger y esta represión de manera tal que llevaba a la comparación con el siglo XVIII. [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 57.

¹¹⁶ Cfr. [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 41 (Suger fue la voz de la razón en una nación de leones); [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 37 (Suger hizo política para brindar razón y justicia) y 78.

¹¹⁷ « Envain celui-ci [le baron de Puiset] déploie-t-il toutes ses ressources, envain dépolie-t-il son courage & son habileté dans les combats. Le génie a toujours l'ascendant sur la force. Suger sollicite, négocie. Par sa politique adroite, il triomphe de son ennemi, & la forteresse du Puiset, où il avoit bravé si long-tems l'autorité royale, devient sa conquête. » Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 224.

¹¹⁸ [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 22-23. Más adelante (p. 30), este autor señalaba que la intención del barón de Puiset era vengarse de Suger, algo que éste se había ganado gracias a su presunción.

¹¹⁹ La metáfora de la luz y la sombra fue empleada directamente en el caso de Puiset por Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 10-11. Por su parte, Delamalle destacaba la labor del Ministro, asociando la representación con una impresión sensorial: “Lo percibo. El encanto de estos cuadros me seduce y me arrastra [...]” [« je le sens. Le charme de ces tableaux me séduit & m'entraîne (...)»]. Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 23. Aunque las metáforas relativas al sentido del tacto son más bien una excepción, permiten entender la escala de sensaciones que la retórica de los elogios utilizaba para persuadir sobre la veracidad del discurso, así como para generar en el público receptor una emotividad particular que buscaba dominar las consciencias.

¹²⁰ [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 12.

Esto es lo que permitió también incluir la faceta de un Suger soldado. Tema espinoso que se libró gracias a dos estrategias: 1) la contextualización del afán guerrero como propio de una época donde se gustaba del combate, la valentía y el honor; y 2) la afirmación según la cual este hombre del siglo XII, a diferencia de los señores feudales, tenía una causa justa por la cual luchar, y su ejercicio de violencia no tenía más fin que el de garantizar el orden para el bien de todos.¹²¹ En este sentido, lo que se moldeaba era la figura del “Hombre de Estado”.¹²² Los elogiadores, en consonancia con los académicos, propugnaron en sus textos por alcanzarla, hasta lograr “subyugar a los hombres mediante la dulzura (*douceur*) y la razón”¹²³ y no a través de la opresión y la violencia de armas de la vieja aristocracia.

En realidad, la discusión de estos temas estaba vinculada a la crítica del absolutismo monárquico, su despotismo y sus mecanismos de coerción. Los hombres de letras, algunos ligados a la Academia, simpatizaban con los valores de moderación, diálogo, paz, respeto y apego a la ley, propios del parlamentarismo de la segunda mitad del siglo XVIII. Por esta razón, su descontento –o cuando menos escepticismo– hacia la autoridad regia provino en buena medida del reciente golpe político dado por la corona en 1771, cuando ésta intentó disolver los parlamentos. Ante los ojos de los letrados esto representó un abuso de la monarquía, la cual infringió la ley.¹²⁴ Los intentos posteriores de Luis XVI y de ministros como Necker por lograr la reconciliación y ocultar además el desastre en materia de finanzas fueron entonces una muestra del fracaso de la autoridad y su corte. La ausencia de un sentimiento de unión guiado por la figura del rey fue notoria. La legitimidad de un

¹²¹ Sobre la guerra y Suger soldado, cfr. D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 10; [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 30 s. y 48 (símil con el soldado griego); [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 7; [Lepinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 26-27 (tiempo de barbarie que gustaba del combate). Acerca del amor por el bien público, véase en general [Gin] *Les effets de l’amour du bien public...* y [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 19.

¹²² Percheron de La Galézière señalaba que era normal ser un religioso y volverse guerrero en la época de Suger. Lo excepcional, según el autor, consistía justamente en convertirse en un Hombre de Estado. Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 263.

¹²³ « [...] subjuguier les hommes par la douceur et la raison » Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 225. El autor se refería a lo que Suger había aprendido. Cfr. [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 58.

¹²⁴ La justicia pesaba mucho para los elogiadores. El abogado Delamalle, por ejemplo, clamaba que de nada servía la valentía de un rey si éste era injusto. Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 38.

patriotismo regio estaba en duda y en su lugar se buscó colocar nociones de patria y de nación perfiladas por el ideal parlamentario en Francia.¹²⁵

La Academia jugó aquí un papel ambiguo. Hay que recordar que su tradición de concursos encumbraba al monarca y todos los símbolos y valores asociados a él. Pero el elogio a los Grandes Hombres de la nación fue mucho más allá de este patriotismo monárquico. El Hombre de Estado que se pintaba en elogios como el de Suger apuntaba a un republicanismo que deseaba erradicar el despotismo de los reyes y crear un nuevo pacto político entre la élite dominante por el bien público de los franceses. En ese nuevo contrato social, la libertad era un asunto fundamental y ésta, por supuesto, debía estar garantizada por el soberano del presente. Para ello contaba con un legado valioso de ancestros, cuyo ejemplo en el pasado debía encauzar su propio actuar, porque ‘nunca hay que olvidar’. En palabras del abogado Delamalle:

Admiremos aquí la grandeza del alma unida a la fuerza del genio; Suger avanza un paso en la carrera, y este paso llega a la meta; él creó un pueblo, hizo un rey: ¡gran lección para ustedes, Soberanos de la tierra! no olviden nunca que el hombre nació libre, y que ustedes vinieron al mundo desnudos como el último de vuestros súbditos, ustedes serán justos, se volverán poderosos y harán a vuestros pueblos felices. Los Cortesanos entregados a vuestras pasiones, os dirigen otro lenguaje; entonces, ellos os despojan y os arruinan: remontad al siglo de Suger y ved lo que hizo. La libertad del Francés se convirtió en la muestra de su apego al trono y la fuente de la riqueza de sus Reyes. Aislado por la servidumbre, privado de los más bellos derechos de la naturaleza y de la sociedad, ¿de qué sería capaz el hombre esclavo? él ha perdido el sentimiento de la nobleza y de la fuerza, sólo le queda aquel de sus males.¹²⁶

¹²⁵ Bell, *The Cult of the Nation in France...*, p. 68 s.

¹²⁶ « Admirons ici la grandeur de l'ame unie à la force du génie ; Suger avance un pas dans la carrière, & ce pas touche au but ; il a créé un peuple, il a fait un Roi : grande leçon pour vous, Souverains de la terre ! n'oubliez jamais que l'homme est né libre, & que vous êtes venus au monde nuds comme le dernier de vos sujets, vous serez justes, vous deviendrez puissants & vous rendrez vos peuples heureux. Les Courtisans vendus à vos passions, vous tiennent un autre langage ; eh bien, ils vous dépouillent & vous ruinent : remontez au siècle de Suger & voyez ce qu'il a fait. La liberté du François est devenue le gage de son attachement au trône & la source de la richesse de ses Rois. Isolé par la servitude, privé des plus beaux droits de la nature & de la société, de quoi l'homme esclave seroit-il capable ? Il a perdu le sentiment de la noblesse & de la force, il ne lui reste que celui de ses maux. » Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 21-22.

Sin embargo, si se exigía al soberano la protección de los “derechos de la naturaleza y la sociedad” también se pedía al súbdito algo a cambio: “[...] cumple tu destino, trabaja, la naturaleza lo demanda, la sociedad lo exige, vive y paga al Estado el Precio de la protección que concede.”¹²⁷ Así, las obligaciones mutuas redefinidas mediante un nuevo pacto fueron la música de fondo en las representaciones sobre un Suger de Saint-Denis símbolo de libertad. Los autores la proyectaron en dos temas altamente significativos para la organización social y política de Francia: la creación de la *comuna* y la esclavitud.

En torno al primero, se afirmaba que el abad del siglo XII tuvo el genio necesario para establecer un organismo que garantizara la libertad de gobierno y comercio. Aunque algunos letrados renegaban de esta autoría,¹²⁸ lo cierto fue que la referencia a la comuna hizo de Suger un sabio libertador de un pueblo oprimido por la feudalidad.¹²⁹ La sola mención de dicha institución llevaba irremisiblemente a la cuestión del origen de la burguesía y, por ende, a toda esa carga de sentido que hacía del burgués un liberal, portador de bienestar económico y político, valores que la nobleza del siglo XVIII ya había adoptado como suyos. A fin de cuentas, entender la organización comunal del siglo XII como el nacimiento de los Estados Generales y subsecuentemente, del Tercer Estado, estuvo lejos de ser una referencia implícita.¹³⁰

¹²⁷ « [...] remplis ta destinée, travaille, la nature le demande, la société l'exige, vis & paye à l'Etat le Prix de la protection qu'il accorde. » Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 22. El autor hablaba de cuando Suger hizo un llamado para poblar y hacer productivos algunos territorios que estaban en el descuido total.

¹²⁸ D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 71, n. 48.

¹²⁹ [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 33 (Suger, “el primero desde los Romanos [que] pronunció en Europa la palabra *libertad*”); Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 233 y 235 (Suger, sabio que creó un pueblo libre); [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 16; Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 26 (comunidades, “obra maestra de sabiduría y política” por parte de Suger).

¹³⁰ “A través del proyecto que había concebido el Abad Suger, y que las circunstancias no le permitieron ejecutar por completo, las ciudades formaban cada una en particular tantas pequeñas Repúblicas, quienes tenían sus leyes, sus costumbres, sus usos, y que, bajo el nombre de *Comunas*, fueron el origen de los Estados generales donde ellas tomaron lugar, y formaron lo que se llamó más adelante el *Tercer Estado*.” [« Par le projet qu'avoit conçu l'Abbé SUGER, & que les circonstances ne lui permirent pas d'exécuter entièrement, les Villes formoient chacune en particulier autant de petites Républiques, qui avoient leurs lois, leurs coutumes, leurs usages, & qui, sous le nom de *Communes*, furent l'origine des Etats généraux où elles prirent séance, & formèrent ce qu'on appela dans la suite le *Tiers-Etat*. »] [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 19-20. Cfr. lo dicho por Jumel: “La porción más descuidada entre los Ciudadanos, es ordinariamente el tercer estado: se le abandona, por así decirlo, al azar, mientras que ella arranca de las entrañas de la tierra los preciosos tesoros que bajo tantas formas diversas, conservan esta vida rápida que siempre estamos a punto de perder. El reinado municipal se estableció a través de los cuidados del Ministro de Luis el Gordo [Suger]; y este Monarca, sin ser Carlomagno, aplaudió este generoso propósito.” [« La portion la plus négligée parmi les Citoyens, est ordinairement le tiers-état : on l'abandonne, pour ainsi dire, au hasard, tandis qu'elle arrache des entrailles de la terre les précieux trésors qui sous tant de formes diverses, perpétuent cette vie rapide que nous

Pero así como la sola mención de la comuna llevaba inmediatamente a la burguesía, también la libertad conducía al tema de la esclavitud –tal y como lo demostraban las palabras de Delamalle. Y por ello esta figura binaria se aparecía, en especial tratándose de un régimen feudal. Así, en Hérault de Séchelles la afirmación sobre el origen del Tercer Estado estaba precedida por una perorata relativa a la servidumbre y el subsecuente acto liberador de Suger:

El siervo, agobiado bajo el peso de la tiranía, maldecía el momento cuando iba a volverse padre, y no cesaba de derramar lágrimas sobre la suerte de sus hijos, para los cuales no preveía un porvenir más feliz. El Reino en fin, cuyo vigor y la constitución parecían inalterables, desde que Carlomagno había sentado los fundamentos sobre una base más sólida, el Reino ya no era más que un esqueleto descarnado, que tenía necesidad de un alma, y del que una mano prudente y sabia podía sola reparar el antiguo esplendor.

Suger conoció pronto las fuentes del mal, y se apresuró a poner un remedio. Luis, por su lado, dándose prisa en secundar las visiones generosas y benéficas de su Ministro, trabajó en reprimir los desórdenes que los grandes Vasallos de su Corona mantenían en sus Estados. Mientras que él montaba a caballo, y que a la cabeza de sus tropas perseguía a los Tiranos de su Pueblo y lo vengaba de su yugo odioso, Suger, a través del sabio establecimiento de las *Comunas*, y de la restricción del poder de las Justicias señoriales, cortaba el mal desde la raíz, y preparaba de lejos la gran revolución de la cual Luis XI sintió primero la necesidad, y que estaba reservado al Cardenal de Richelieu consumir varios siglos después.

¡Tiempos horribles! ¡Era de Hierro! ¡Días de calamidades y dolores! [...]

Estas desafortunadas víctimas que la avaricia arranca despiadadamente a la tierra ingrata que los vio nacer, para someterlos sin descanso a los trabajos más difíciles, estos tristes juguetes de un puñado de bárbaros opresores, estos desafortunados que se trata con más inhumanidad que los moradores feroces de los sombríos bosques de África; estos miserables niños de la Naturaleza, que unos Pueblos que se pretenden más sabios y más refinados (*policés*) que ellos, han sometido a sus caprichos, y de los cuales trafican como los animales más viles, los Negros de nuestras Colonias no gimen en una esclavitud más

sommes toujours au moment de perdre. Le regne municipal s'établit par les soins du Ministre de Louis-le Gros (Suger); & ce Monarque, sans être Charlemagne, applaudit à ce généreux dessein. »] Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 46-47.

horrible que aquella que han sufrido vuestros padres. Se les vendía lo mismo que ustedes venden a vuestros hermanos; no podían escogerse un refugio que les conviniera, ni comprometerse voluntariamente en las dulces leyes del matrimonio (*hymen*). Encadenados a la gleba sobre la cual habían nacido, estaban forzados a esperar en las alarmas y bajo el látigo del despotismo una muerte que los trabajos y las penas maduraban por adelantado casi siempre. El hierro de la servidumbre más cruel era instaurado sin cesar sobre su cabeza agobiada; la libertad, ese patrimonio del hombre, ese bien tan dulce del cual sólo se conoce el precio cuando se le ha perdido, la libertad jamás era el término de sus trabajos; y para colmo de miseria, languidecían privados incluso de la esperanza, la única consolación del infeliz y el único recurso que le queda para soportar con coraje el peso de sus penas.

[...]

¿Entonces? Ustedes, que no enrojecen al alabar sin cesar la felicidad de esos siglos bárbaros a vuestros conciudadanos, aproxímense, temerarios; coloquen los ojos sobre este bosquejo que la debilidad de mi pincel no me permitió hacer con toda la energía de la cual es susceptible: juzguen, por el movimiento que excita en ustedes, la impresión que haría sobre vuestra alma este cuadro dibujado por una mano más firme... ¡ustedes palidecen!...Entreveo sobre vuestras frentes prohibidas la huella del terror que se apodera de vuestros sentidos... ¿Cuál sería hoy vuestra suerte, si Luis VI no hubiese gemido sobre la servidumbre de vuestros padres, y buscado los medios de romper sus trabas? ¿Gozarían ustedes ahora de los dulzores de una vida agradable y apacible, si Suger no hubiese secundado las generosas intenciones de su Rey, y removido parte de los obstáculos que se opondrían todavía a vuestro júbilo? Este infatigable Ministro no toma ningún reposo, que él no haya hecho cesar el mal o encontrado los medios de detener los progresos: la Justicia va a tomar una nueva forma; los criminales ya no tendrán asilos, y su poder ya no será confundido con la tiranía.¹³¹

¹³¹ « Le Serf, accablé sous le poids de la tyrannie, maudissoit le moment où il alloit devenir père, & ne cessoit de verser des larmes sur le sort de ses enfans, pour lesquels il ne prévoyoit pas un avenir plus heureux. Le Royaume enfin, dont la vigueur & la constitution paroissoient inaltérables, depuis que Charlemagne en avoit assis les fondemens sur une base plus solide, le Royaume n'étoit plus qu'un squelette décharné, qui avoit besoin d'une ame, & dont une main prudente & sage pouvoit seule réparer l'antique splendeur. « Suger connut bientôt les sources du mal, & se hâta d'y porter remède. Louis, de son côté, s'empressant de seconder les vues généreuses & bienfaisantes de son Ministre, travailla lui-même à réprimer les désordres que les grands Vassaux de sa Couronne entretenoient dans ses Etats. Tandis qu'il montoit à cheval, & qu'à la tête de ses troupes il poursuivoit les Tyrans de son Peuple & le vengeoit de leur joug odieux, Suger, par le sage établissement des *Communes*, & la restriction du pouvoir des Justices seigneuriales, coupoit le mal dans sa

Encontramos en esta cita extensa una fuerte carga emotiva en la representación del actuar de Suger. También hay aquí un matiz que hace del personaje un fiel seguidor del monarca (¡quien ha tenido la visión para desterrar la gleba!). Pero la línea que trazó el autor respecto del pasado parece difusa. Por supuesto, se hablaba de la servidumbre de la época medieval como una esclavitud, pero la representación del siglo XII transmitía una imagen sobre una dominación propia del colonialismo del XVIII. En esto hay que advertir que no se criticaba la esclavitud del extranjero, sino la del francés: según el autor, a diferencia de la servidumbre del reino en la Edad Media, ¡los negros de sus colonias experimentaron mucho menor sufrimiento! En el discurso de Hérault de Séchelles existía además la promesa de ese “patrimonio del hombre”, es decir, la creación de una esperanza a la cual el dominado se abandonara para soportar sus penas. Algo totalmente necesario, según nos lo hace ver ese despliegue retórico cifrado en preguntas contrafactualas (¿Qué hubiese pasado si...?), cuyo fin, además, era mostrar que se proporcionó en el pasado una base sólida a la Francia que no había que borrar de la memoria. En este sentido, si

racine, & préparoit de loin la grande révolution dont Louis XI sentit le premier la nécessité, & qu'il étoit réservé au Cardinal de Richelieu de consommer plusieurs siècles après.

« Temps affreux ! âge de fer ! jours de calamités & de douleurs ! [...] »

« Ces malheureuses victimes que l'avarice arrache impitoyablement à la terre ingrate qui les a vu naître, pour les soumettre sans relâche aux travaux les plus pénibles, ces tristes jouets d'une poignée de barbares oppresseurs, ces infortunés qu'on traite avec plus d'inhumanité que les hôtes féroces des sombres forêts de l'Afrique ; ces misérables enfans de la Nature, que des Peuples qui se prétendent plus sages & plus policés qu'eux, ont assujettis à leurs caprices, & dont ils trafiquent comme des animaux les plus vils, les Nègres de nos Colonies ne gémissent pas dans un esclavage plus affreux que celui qu'ont enduré vos pères. On les vendoit de même que vous vendez vos frères ; ils ne pouvoient ni se choisir une retraite qui leur convînt, ni s'engager à leur gré dans les douces lois de l'hymen. Enchaînés à la glèbe sur laquelle ils étoient nés, ils étoient forcés d'y attendre dans les alarmes & sous le fouet du despotisme une mort que les travaux & les chagrins prématureroient presque toujours. Le fer de la servitude la plus cruelle étoit levé sans cesse sur leur tête appesantie ; la liberté, ce patrimoine de l'homme, ce bien si doux dont on ne connoît le prix que lorsqu'on l'a perdu, la liberté n'étoit jamais le terme de leurs travaux ; & pour comble de misère, ils languissoient privés même de l'espérance, la seule consolation du malheureux & l'unique ressource qui lui reste pour supporter avec courage le poids de ses peines.

[...]

« Eh bien ? vous, qui ne rougissez pas de vanter sans cesse à vos Concitoyens le bonheur de ces siècles barbares, approchez, téméraires; jetez les yeux sur cette esquisse que la foiblesse de mon pinceau ne m'a pas permis de rendre avec toute l'énergie dont elle est susceptible : jugez, par le mouvement qu'elle excite en vous, de l'impression que feroit sur votre ame ce tableau dessiné par une main plus ferme.... Vous pâlissez ! j'entrevois sur vos fronts Interdits l'empreinte de la terreur qui s'empare de vos sens.... Quel seroit aujourd'hui votre sort, si Louis VI n'eût pas gémi sur la servitude de vos pères, & cherché les moyens de rompre leurs entraves ? Jouiriez-vous maintenant des douceurs d'une vie agréable & paisible, si Suger n'eût pas secondé les généreuses intentions de son Roi, & levé une partie des obstacles qui s'opposeroient encore à votre bonheur ? Cet infatigable Ministre ne prend point de repos, qu'il n'ait fait cesser le mal ou trouvé les moyens d'en arrêter les progrès : la Justice va prendre une nouvelle forme ; les criminels n'auront plus d'asiles, & sa puissance ne sera plus confondue avec la tyrannie. » [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 15-19. Cfr. Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 27.

Carlomagno instauró ese legado y en algún punto se tomó la ruta equivocada hasta llegar a la anarquía feudal, Suger y Luis VI enderezaron el camino.

En ello puede apreciarse una fuerte deuda que los elogiadores del siglo XVIII querían fincar en Suger. Un compromiso que exigía de ellos una responsabilidad: continuar la labor emprendida por el abad, la cual, como testigo en una carrera de relevos, se transmitía a través de un linaje de Ministros-Regentes hasta llegar a Richelieu. Por supuesto, esta línea recordaba explícitamente los momentos que, según el imaginario político de los letrados, fueron de gran esplendor para la monarquía; pero también insinuaba silenciosamente otros nombres importantes de una historia reciente como Mazarino, Colbert, Felipe de Orleans, Turgot, Necker, etc.¹³² ¿Quién sería entonces el siguiente en la cadena?

Cierto era que la iniciativa por crear este lazo a través de los siglos se remontaba a los tiempos en los cuales Richelieu buscó asegurarse el parentesco con figuras como Suger y hacerlas a su imagen y semejanza. También desde el siglo XVII se discutía sobre el papel que tenían los abades de Saint-Denis en la dirección del gobierno monárquico. Sin embargo, en los años del concurso de elocuencia de 1779, la disputa había rebasado el ámbito de Saint-Denis y podía derivarse a distintos sectores implicados en la dirección del gobierno. Esto fue lo que el actuar de un abad en el siglo XII sacó a flote.

Por lo anterior, en un tono similar al de Héroult de Séchelles, Pierre-Louis-Claude Gin sostenía que únicamente una clase de hombres libres tenía la fuerza para convertirse en un contrapeso del despotismo; y el lugar que designaba para ellos no era otro más que las comunas. Además, a éstas no sólo las creía lo “bastante poderosas para resistir a la tiranía”, sino que las consideraba el antecedente de “asambleas verdaderamente nacionales, conocidas bajo el nombre de *Estados Generales*, destinados a llevar a los pies del trono los deseos de la Nación [...]”.¹³³

¹³² Hubo una excepción en esto: De Saint-Martin fue el único que sí mencionó a Colbert. [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 24.

¹³³ [Gin] *Les effets de l'amour du bien public...*, p. 12-13. La cita del texto se encuentra en p. 13: « Bientôt se formerent des Communes assez puissantes pour résister à la tyrannie. Ainsi se préparoient par degrés ces assemblées vraiment nationales, connues sous le nom d'*Etats-Généraux*, destinées à porter aux pieds du trône les vœux de la Nation [...] ».

De lo anterior se desprende que los aristócratas amantes del parlamentarismo y críticos de una monarquía absolutista, se proyectaron como voceros de la Francia entera: al considerarse una casta de hombres libres, razonables e iguales entre sí y por tanto, aptos para decidir el rumbo del gobierno, se autoimpusieron la tarea de darle un “alma” a “un esqueleto descarnado”. En esto, dos términos que apelaban a un consenso sintetizaron muy bien sus objetivos: por un lado, *nation*, cuyo sentido apuntaba a una nostálgica restauración de los vínculos jurídicos que garantizaban el privilegio político de un grupo; y por el otro, la *patrie*, asociada al restablecimiento de una comunidad moral en busca de un bien público.¹³⁴ La figura ministerial de Suger, su conducta en el pasado según lo imaginaron los elogiadores, simbolizó a fin de cuentas ambos propósitos con una fuerte dosis de ambigüedad, pues su lema parece haber sido ‘progresar y mantener el privilegio’. Algo que no causó conmoción en la corporación académica, pues fácilmente se acoplaba con su tendencia de *philosophie* moderada y su actitud conformista avalada por la monarquía.

Resulta entonces revelador que varios textos presentaran a Suger como un “revolucionario” y que la mayoría de los autores se inclinara por entender la palabra *révolution* como una reforma, un cambio paulatino del transcurso temporal, a través de un movimiento regular, ordenador y necesario.¹³⁵ Pocos defendieron la necesidad de una crisis violenta, una transformación brusca, aunque la presencia de estas actitudes señalaba la radicalización de algunas ideas.¹³⁶ Quizá fue D’Espagnac quien mejor captó el espectro que podía cubrir aquél término oscilante:

Sin duda raramente se han visto esas revoluciones súbitas donde el genio aparece e impacta (*reverse*), revoluciones sin embargo más duraderas y sobretodo más seguras; porque, para cambiar una constitución, se necesita un instante o siglos; pero cuando faltan al genio o los medios, o el coraje de concebir así las revoluciones, al menos las prepara, al menos deposita

¹³⁴ Bell, *The Cult of the Nation in France...*, p. 68.

¹³⁵ Para esta noción de “revolución” como cambio paulatino., cfr. [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 22 y 24; [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 12; Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 9. De Laussat era mucho más ambiguo en su uso de la palabra *révolution*. [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 30. Por su parte Hérault de Séchelles hablaba de una “gran revolución”, pero se refería a una modificación relevante que se trabaja lentamente, al paso de varias figuras políticas importantes. [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 16.

¹³⁶ Cfr. [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 31. El autor –que aquí no usa el término *révolution*– mencionaba que si a veces son necesarias estas crisis violentas para restablecer el orden, no debe confundirse el *genio* que conserva el Estado por el bien común, con la persona que se aprovecha de estos momentos críticos para su propio beneficio.

entre sus contemporáneos los gérmenes reformadores que se desarrollan en las razas futuras.¹³⁷

Este vaivén en la manera de concebir el cambio –como algo “súbito”, o bien, que “germina” lentamente– dio pie a afirmaciones que buscaban una piedra de toque entre ambos extremos. Así, al hablar del tipo de historia –y no elogio– que deseaba realizar, Delamalle expresaba este afán conciliador: “He ahí la historia que escogí: las revoluciones son mis garantes, la tradición es mi guía.”¹³⁸

En consecuencia, se rememoraba una genealogía de ministros, de los cuales Suger había sido el más antiguo y el que había dado una nueva pauta de comportamiento digno de emular. No se requería de una transformación repentina, sino de una pequeña reforma basada en el regreso, mantenimiento y continuación de una moral ministerial que restaurara el orden, “reparara el antiguo esplendor” y permitiera perfeccionar su sociedad al paso de las generaciones. La representación de Suger ayudaba a los elogiadores a tirar de esta fina hebra de tradición hasta llegar a su presente.

Sin embargo, es posible preguntarse lo siguiente: ¿Este interés en el hombre de acción no fue un deseo frustrado de los hombres de letras? ¿No fue una manera de defender el valor de su pensamiento reformador frente a los transformadores bruscos de su tiempo? La defensa de una nobleza sin nacimiento, de un pensamiento ilustrado antes que de una sangre ilustre; de una educación cívica y laica, de un gobierno garante de libertad y justicia, ¿no reclamaba un enemigo con el cual compararse? ¿Quiénes fueron esos “señores feudales” del siglo XVIII? ¿Quiénes fueron esos “hombres de acción” que jamás tuvieron ideales tan altos como los que estos letrados depositaron en figuras como Suger? Las fuentes no nos proporcionan una respuesta contundente al respecto, pero las discusiones

¹³⁷ « Sans doute il s'est vu rarement de ces révolutions subites où le génie paraît & renverse, révolutions pourtant plus durables & sur-tout plus sûres ; car il faut, pour changer une constitution, un instant ou des siècles ; mais quand il manque au génie ou le moyens, ou le courage de concevoir ainsi les révolutions, au moins il les prépare, au moins il dépose parmi ses contemporains des germes réformateurs qui se développent dans les races futures. » D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 34-35. Es de resaltar que para este autor, Suger fue incapaz de generar un cambio y, por lo tanto, no merecía los títulos de grandeza que se le daban.

¹³⁸ « Voilà l'histoire que j'ai choisie: les révolutions sont mes garants, la tradition est mon guide. » Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 16.

sobre el actuar de un Gran Hombre de la Edad Media nos ofrecen la serie de valores que este grupo de elogiadores tenía en gran estima, incluso pese a las diferencias entre ellos.

Suger y sus contemporáneos: la preeminencia en la inmortalidad

Una imagen no puede construirse aisladamente: para que adquiriera su singularidad debe estar inmersa en un universo de imágenes asociadas entre sí; como parte de un diálogo que por sí sola aquella no puede generar. Las relaciones surgidas de la confrontación de las distintas representaciones e ideas son las que construyen nuevos significados para la imagen. De tal forma que se superponen unas a otras hasta confundirse entre ellas, aunque sepamos que si alguna faltase, la imagen principal perdería una conexión importante y por tanto, dejaría relegado algún sentido que aquella unión impulsaba.

Una premisa constructivista habitó los elogios de fines del siglo XVIII. Su racionalidad es comprensible para nosotros mediante la metáfora del pintor y su cuadro. Cuando el artista buscaba expresar un sentimiento particular en alguno de sus personajes, lo hacía no mediante la representación del gesto explícito que lo manifestara. Antes bien, aquella emoción se transmitía a través del posicionamiento de dicho personaje en el cuadro y el tejido de relaciones construidas con otros actores u objetos. En un principio estético bastante practicado, la fuerza de la representación radicaba no en la pantomima, sino en que el espectador fuera capaz de colegir los vínculos que dirigían el sentimiento y conseguir captar la emoción.¹³⁹

Este sistema relacional operaba también para la escritura, razón por la cual se seleccionaron imágenes afines que terminaron por potencializar el patetismo de la imagen principal dentro del elogio. En todos los textos redactados con motivo del concurso de elocuencia de 1779, vemos aparecer a otros personajes que están situados casi en el mismo nivel que Suger, incluso al grado de convertirse en elogios dentro del elogio principal. Cada uno de ellos permitió crear un lazo particular con el abad del siglo XII, lo cual derivó en el

¹³⁹ Thomas Crow, *La inteligencia del arte*, trad. de Laura E. Manríquez, revisión de Clara Bargellini y Rita Eder, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2008, cap. 4: Sacrificio y transformación, p. 115-148, en especial, p. 128, 137 y 145-148.

desprendimiento de nuevos significados para el Gran Hombre. Al respecto, son tres los casos que merecen discutirse: los reyes Capeto (Luis VI el Gordo y Luis VII el Joven), san Bernardo y la pareja conformada por Abelardo y Eloísa.

a) Los regentes: Luis el Gordo, Luis el Joven y un rey sin corona

La relación respecto de los reyes Capeto que se perfiló en los elogios sobre Suger es para nosotros un indicio de las aspiraciones políticas de los letrados y de sus contradicciones. Si como hemos visto, existía una crítica al carácter absolutista de la monarquía, no había necesariamente un desprecio de la Corona y de la figura que la encarnaba.¹⁴⁰ Antes bien, se observa en los textos un vínculo muy fuerte con los monarcas, aunque de condición variable.

En principio, el lazo entre Suger de Saint-Denis y Luis VI tenía para los elogiadores una base histórica: ambos se habían conocido y se formaron juntos en la escuela del monasterio. Según De Saint-Martin, ahí fue donde el joven Suger “aprendió a conocer a su rey, a hacerse estimar, a merecer su confianza.”¹⁴¹ Desde entonces –y pese a que se reconocía un intervalo de tiempo en el cual Suger no tuvo un estrecho contacto con la corte del rey–, se estableció una unión que llegaría a la amistad, especialmente gracias a los múltiples servicios que prestó Suger al monarca.¹⁴² En Palabras de Percheron de la Galézière:

Suger, después de un servicio tan importante, ya no es observado simplemente como un hábil y fiel Ministro. Luis el Gordo lo honra con el nombre de Amigo. Vive con él en la familiaridad más íntima. Es sobretodo en una enfermedad de este Príncipe que toda la Corte fue testigo de esta relación estrecha. Él quería siempre tenerlo a su lado. Depositaba en el

¹⁴⁰ Para ejemplo, cfr. [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 64.

¹⁴¹ « [...] il [Suger] apprit à connoître son Roi, à s'en faire estimer, à mériter la confiance. » [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 8.

¹⁴² Cfr. [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 13-14; Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 237-238; [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 7-8 (amistad que sigue un instinto natural); [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 13 (Luis VI “seducido” por las cualidades de Suger), 28 (simpatía como garante de una relación verdadera), 53 (celo y fidelidad del ministro hacia el rey); Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 6 (Luis VI y Suger unidos por la virtud); [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 17 (amistad de Suger con los Grandes del reino). Una visión no tan favorable a Suger, se encuentra en [Lepinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 7. El autor no menciona amistad alguna entre Luis VI y Suger, pero sí reconoce un lazo entre ambos.

seno de este fiel Ministro todos sus pensamientos y sentimientos. ¡Cuántas veces no le dio el nombre de Amigo, y de querido Amigo! Oh, ustedes que repelen a los suyos a través de la altivez y el orgullo, cuando una vez la fortuna puso algún intervalo entre ellos y ustedes, ustedes que se dignaron apenas a lanzar una mirada sobre aquellos a quien ustedes habían jurado una amistad eterna, ustedes que desconocían a aquellos que compartían antaño vuestros placeres y vuestras penas, a aquellos en el seno de los cuales ustedes depositaban con tanta confianza vuestros secretos y las dulces confidencias de vuestro corazón, aproxímense al lecho de este generoso Príncipe, vean cómo aprieta tiernamente la mano de su Amigo, cómo se apoya sobre su corazón, cómo tiene los ojos fijos en él; y aprendan que la diferencia de rangos debe ennoblecer la amistad y no destruirla.¹⁴³

La loa del valor de la amistad era en los elogiadores una manera de renovar el pacto con el rey, de hacerle ver que lejos de minar su autoridad, sus reconvenciones sólo pretendían lo mejor, tal y como Suger lo hiciera en el siglo XII. Pero pese a este elogio de una unión afectuosa y sincera con el monarca, los textos manifestaban un reordenamiento de aquel común acuerdo: la verdadera amistad suponía una igualdad entre quienes la contraían. Por ello, se afirmaba que sin importar su distinto nacimiento, Suger y Luis VI se reconocieron como iguales.¹⁴⁴

Esta pretendida equidad se transmitía mediante las representaciones de un Suger no sólo ministro sino Regente. Por ello, el plan para lograr apaciguar el reino y restaurar el orden subvertido por los señores feudales, fue para los autores una obra conjunta entre el abad y Luis VI.¹⁴⁵ Incluso un escéptico Lespinasse de Langeac, apelaba a esta igualdad al

¹⁴³ « Suger, après un service aussi important, n'est plus regardé simplement comme un habile & fidèle Ministre. Louis-le-Gros l'honore du nom d'Ami. Il vit avec lui dans la familiarité la plus intime. C'est surtout dans une maladie de ce Prince que toute la Cour fut témoin de cette liaison étroite. Il vouloit toujours l'avoir à ses côtés. Il déposoit dans le sein de ce fidèle Ministre toutes ses pensées & ses sentimens. Combien de fois ne lui donna-t-il pas le nom d'Ami, & de cher Ami ! O vous qui repoussez les vôtres par la hauteur & la fierté, quand une fois la fortune a mis quelque intervalle entre eux & vous, vous qui daignez à peine jeter un regard sur ceux à qui vous aviez juré une amitié éternelle, vous qui méconnoissez ceux qui partageoient autrefois vos plaisirs & vos peines, ceux dans le sein desquels vous déposiez avec tant de confiance vos secrets & les doux épanchemens de votre cœur, approchez du lit de ce généreux Prince, voyez comme il serre tendrement la main de son Ami, comme il l'appuie sur son cœur, comme il a les yeux fixé sur lui ; & apprenez que la différence des rangs doit ennoblir l'amitié & non la détruire. » Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 237-238.

¹⁴⁴ [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 7; [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 25-27.

¹⁴⁵ [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 17; [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 16; [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 40 (Luis y Suger, defensores de los derechos del trono); Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 14-16 (Suger fue necesario a Luis VI y con ambos se conjuntó prudencia y fuerza); [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 12-13 (la situación del reinado de Luis VI y

afirmar que las faltas de los reyes eran también las de sus ministros.¹⁴⁶ En todo caso, se proyectaba en la Edad Media un ideal nostálgico, según el cual alguna vez existió una nobleza poderosa capaz de funcionar como contrapeso a la autoridad regia.¹⁴⁷

Al evocar a los reyes Capeto se traía a colación el tema de la nobleza en su conjunto, en especial aquella cuyo lugar privilegiado era la corte. En este sentido, el viejo dicho *dime con quién te juntas y te diré quién eres* resonó de fondo en los textos. Ahí donde Suger aparecía como una figura fuerte y joven de apoyo moral, de amigo incondicional que con valor enunciaba la verdad por más terrible que fuera, de fiel servidor y digno consejero; el mundo cortesano palidecía. La representación desangelada de decadencia, exceso y lujo –tanto en el vestir como en el hablar–, de luchas encarnizadas entre facciones políticas, hizo de la corte en tiempos de Suger un espejo de aquella que los elogiadores atestiguaban en su presente.¹⁴⁸ No por nada Lespinasse de Langeac la comparó con los claustros: ambos fuente de profundo desprecio.¹⁴⁹

Estaba claro, entonces, que el rey debía elegir mejor sus amistades en el gobierno. En este sentido, la imagen de un Suger consejero cifraba un criterio distinto para integrar la corte. En otras palabras, ¿quién tenía el derecho para prestar consejo al monarca y en función de qué cualidades se gozaba de este privilegio? Los elogiadores proporcionaron las respuestas, aludiendo, por supuesto, al ejemplo pasado de este Gran Hombre.

Según el parecer de la mayoría, sólo los sabios debían aconsejar al rey: aquí radicaba la apuesta política de los académicos, al igual que de todos los aristócratas letrados. El argumento que enarbolaron para defender esta postura se apoyaba en un episodio histórico: la partida de Luis VII a la segunda cruzada de 1147. Para algunos la

la acción encomendada a Suger). La igualdad se daba incluso en términos de heroísmo épico: Luis VI era pintado como un nuevo Hércules. Cfr. Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 238.

¹⁴⁶ [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 18.

¹⁴⁷ Deslyons, por ejemplo, decía que la nobleza del siglo XII “era tan poderosa” que contrarrestaba la fuerza de la monarquía. La afirmación permite cuestionarse si la nobleza de su presente aún contaba con ese poder. [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 17.

¹⁴⁸ Sobre el mundo cortesano de la época y su comparación con Suger, cfr. [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 14 (Suger, cortesano que se hizo amar sin halagar); Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 225-226 (Suger y la corte: distinción entre una cultura de las ciencias y artes, y una de armas), 233 (un hombre sabio no se queda sólo en la corte), 240 (la Corte y sus facciones), 243-244 (Cortesanos y príncipe); [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 16 (viejos cortesanos frente a un joven Suger), 52 (modestia edificante de Suger); [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 18 (problemas en la corte).

¹⁴⁹ [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 51.

decisión precipitada del rey se adjudicó a su actitud de ignorar los prudentes consejos de Suger, quien le advirtió de los peligros de abandonar su reino.¹⁵⁰ Así, el fracaso del monarca en aquella cruzada se interpretó como la consecuencia inmediata de esta actitud; y como un error conducía a otro, en este caso muchos hombres —entiéndase franceses— del siglo XII perecieron a causa de “la peligrosa moral de un Rey fanático”.¹⁵¹

Pese a todo, se había logrado evitar la catástrofe en el reino, gracias a que Suger se convirtió en Regente ante la ausencia del monarca. Lo interesante de esta manera de entender los acontecimientos, es que la decisión de colocar a Suger al frente del gobierno fue resultado de una elección; algo que fue una constante para este personaje.¹⁵² Pero en más de una ocasión estas votaciones tomaron la forma de una asamblea, más parecida a la organización política del siglo XVIII que a la del siglo XII. Estos episodios en la vida de Suger, sirvieron a los letrados para ensalzar el valor de nombramientos colegiados, basados en un razonable reconocimiento de habilidades, con lo cual se garantizaría una enseñanza a sus lectores. No fue otra cosa lo que expresó Percheron de La Galézière:

Es en efecto en las grandes asambleas que se aprende a tratar los asuntos, a manejar los espíritus, a dominar las pasiones, a dirigir todos los intereses hacia una misma meta. La variedad de los humores, los caracteres, los espíritus, el choque de intereses, el grado de influencia de cada pasión en los asuntos, la fuerza y el imperio del prejuicio, el ascendiente de una imaginación fuerte sobre el buen sentido y la razón, todo ahí es digno de nuestras observaciones. Uno se forma en las grandes asambleas en esta elocuencia popular y del momento; a menudo más persuasiva que aquella que es el fruto del arte y la reflexión. Ahí se adquiere esa valentía, esa confianza tan necesaria al desarrollo de los talentos. Todas las

¹⁵⁰ Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 244. Sobre este constante llamado a escuchar a los sabios, cfr. [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 16 (el rey buscó gente “ilustrada”). Ignorar estas voces tenía serias consecuencias según lo establecía Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 241.

¹⁵¹ « Quand on voit un infinité d’hommes ainsi sacrifiés à la dangereuse morale d’un Roi fanatique [...] ». [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 76. Sobre el papel de Luis VII y Suger durante esta cruzada, véase [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 80; [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 30-31; [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 31 (razones de Luis VII para ir a la cruzada); [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 24 (Luis VII va a Tierra Santa “más como peregrino que como monarca poderoso”).

¹⁵² Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 230 (Suger elegido unánimemente como abad).

miradas que se fijan entonces sobre ustedes, os elevan por encima de ustedes mismos y os inspiran una noble emulación, que es la garantía más segura de éxito.¹⁵³

Este autor señalaba que cuando Suger asistió a los concilios aprendió esta valiosa lección política, aunque la impronta religiosa de aquella práctica se borraba ante el llamado a la virtud ciudadana y laica. Opinión distinta de la de Jumel, quien justo enarbolaba la importancia de la Iglesia en la conformación de estas asambleas y por tanto, defendía aquel legado político del catolicismo.¹⁵⁴ No obstante, sin importar estos matices respecto al origen del asambleísmo, se estaba de acuerdo en que la única manera de alcanzar el bien común era mediante esta conjunción y enfrentamiento de voluntades diversas.¹⁵⁵ Así, el hecho de que Suger hubiera sido elegido para ocupar la regencia, fue interpretado como una prueba de la unión que este hombre del siglo XII era capaz de impulsar.

Sin embargo, esta retahíla de argumentos a favor de un asambleísmo estuvo lejos de saldar el problema: ¿Quién había sido realmente el culpable del fracaso del monarca en la cruzada? Para Lespinasse de Langeac no cabía la menor duda: ¡el error consistió en que el rey prestó demasiada atención al “imprudente” Suger! En su opinión, aquella catástrofe era producto de la confianza excesiva de unos reyes “supersticiosos” para con los monjes, quienes en realidad no sabían nada.¹⁵⁶ Acaso encontramos aquí una crítica mordaz al símbolo de las pretensiones de una corporación como la Academia. Ya fuera por convicción propia o por la naturaleza contraria de su sátira, este autor nos indica hasta qué punto un no concursante podía hacer emerger el trasfondo político de los elogios. Por lo mismo, la afirmación enfática de Lespinasse de Langeac contrastaba con los titubeantes alegatos en favor de una superioridad de Suger frente a los monarcas.

¹⁵³ « C'est en effet dans les grandes assemblées qu'on apprend à traiter les affaires, à manier les esprits, à maîtriser les passions, à diriger tous les intérêts vers un même but. La variété des humeurs, des caractères, des esprits, le choc des intérêts, le degré d'influence de chaque passion dans les affaires, la force & l'empire du préjugé, l'ascendant d'une imagination forte sur le bon sens & la raison, tout y est digne de nos observations. On se forme dans les grandes assemblées à cette éloquence populaire & du moment ; souvent plus persuasive que celle qui est le fruit de l'art & de la réflexion. On y acquiert cette hardiesse, cette confiance si nécessaire au développement des talents. Tous les regards qui se fixent alors sur vous, vous élèvent au-dessus de vous-même & vous inspirent une noble émulation, qui est le gage le plus assuré des succès. » Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 223.

¹⁵⁴ Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 17.

¹⁵⁵ Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 30.

¹⁵⁶ [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 12 y 81. En esta última página, se narra cómo Suger pide consejo al papa y a san Bernardo, como si no supiera qué hacer, anulando la pretensión de sabio.

Aunque se considerara que los reyes Capeto pudieron cometer errores, los demás elogiadores jamás realizaron críticas tan severas. Por lo tanto, es interesante observar las pequeñas, pero importantes diferencias entre Suger y los monarcas retratados.

Nada es más esclarecedor que el cambio en la manera de evocar tanto a Luis VI como a su hijo Luis VII. Si la referencia a Luis el Gordo conducía a una defensa de la amistad, al igual que de un renovado pacto político basado en la equidad; el retrato de Luis el Joven ponía al lector en estado de alerta respecto de una desbordada e impetuosa autoridad monárquica.¹⁵⁷ A causa de lo anterior, en los textos se tendió a contrastar mucho más a este último soberano con Suger, al cual en general se le dio cierto ascendiente sobre los reyes, a la manera en que se respetaba a un padre.¹⁵⁸ La comparación se radicalizó en algunos, incluso al grado de afirmar que Luis VII fue rey de nombre, más no de hecho.¹⁵⁹ Cosa contraria al abad, quien, como lo diría el epígrafe al texto del ganador Garat, tomado de la *Henriade* de Voltaire: “no es rey, hijo mío, pero enseña a serlo.” De ahí también la loa excesiva a su faceta como Regente, pues Suger adquirió con ello las connotaciones de un rey sin corona, y por tanto, su moral lo elevó ante la posteridad, incluso por encima de los monarcas contemporáneos a él.¹⁶⁰

Lo anterior no debe hacernos olvidar que, pese a todo, la mayoría respetó la figura regia. El nado a contracorriente del satírico Lespinasse de Langeac es una prueba de ello. Por lo mismo, nadie fue tan lejos como él en sus comentarios sobre los reyes; y de hecho,

¹⁵⁷ De hecho existían muchas más alusiones exclusivas a la figura de Luis VI. Por ejemplo, [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 24 y 27 (sobre el legado de Luis VI); y D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 81-82 (Luis VI en las fuentes).

¹⁵⁸ [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 51 (el rey respetaba a Suger como un padre). También se mencionaba la capacidad de Suger para moderar al rey. Cfr. Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 243. Nótese que siguiendo la lógica de las representaciones, Luis VI y Suger se reconocían como iguales; Luis VI era padre de Luis VII; en consecuencia, a la muerte de Luis VI, Suger adquirió en teoría el estatuto de una figura paterna.

¹⁵⁹ Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 257. Aunque este autor le daba reconocimiento al rey (p. 255), en realidad alegaba por dar la gloria al Regente Suger y no al monarca (p. 252), porque en el fondo Suger había hecho mucho más por la autoridad regia (p. 264).

¹⁶⁰ Cfr. Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 34, 36; [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 9 (Suger, rey en el claustro y en el trono); [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 46; [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 20 s.; Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 35; Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 245-246, 248 y 256; [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 70 y 72; [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 42.

es el único que mencionó un hecho delicado políticamente hablando: la muerte de Felipe (1131), primogénito de Luis VI.¹⁶¹

Cierto, la muerte de Luis el Gordo (1137) ocupaba un lugar importante en los elogios sobre Suger, especialmente con el fin de mostrar la gratitud de un fiel ministro a un monarca y con ello llorar una pérdida, en una muestra de patetismo que moviera las almas de los escuchas.¹⁶² Pero el fallecimiento de Felipe era otra cosa, se trataba de un proyecto de futuro monarca que había sido frustrado por un accidente a caballo causado por la intromisión en su camino de un cerdo.¹⁶³ Sin embargo, acorde a la tendencia interpretativa del autor, la consecuencia política de esto era que Luis el Joven, como hijo segundón, carecía de experiencia en el gobierno y por tanto, podía sucumbir ante un Suger ambicioso,

¹⁶¹ [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 68-69.

¹⁶² Por ejemplo, Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 239.

¹⁶³ La oportunidad de narrar este fallecimiento no sólo sirvió a los propósitos satíricos de Lespinasse de Langeac; éste también aprovechó para dar a notar que en el siglo XII se pensó que un demonio disfrazado de cerdo mató al rey. La observación es inusual e interesante, puesto que es el único que lo destaca; además de ser una prueba de que los letrados de esta época no omitían este tipo de detalles. No obstante esta curiosidad, la creencia en la historia del cerdo-demonio está lejos de merecer mayor explicación, pues pasaba por uno más de los absurdos atribuidos a la supersticiosa Edad Media. Por otro lado, no deja de sorprender la sutil pero efectiva comparación entre Suger y ese cerdo que provocó la muerte del rey. Con ello, se da cuenta del carácter pro-monárquico del autor, aunque resulta difícil saber si es o no una consecuencia de la naturaleza satírica de su texto. [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 68-69. Recientemente Michel Pastoureau ha dedicado un libro a esta muerte frecuentemente ausente de las Historias de Francia, así como a los símbolos ligados a ella, como el cerdo; y las consecuencias de aquel fallecimiento tanto en el plano político como simbólico. La tesis del autor señala que a mediados del siglo XII el *azur* y la flor de lis – relacionados con el culto a la virgen María– fueron adoptados por la monarquía francesa, la cual los introdujo en sus escudos de armas y blasones como una manera de borrar la mancha surgida tras aquella muerte infame de Felipe en 1131, a la cual se suman otros factores negativos como el desafortunado reinado de su hermano Luis VII (su inexperiencia para gobernar, su querrela con el papa al nombrar obispos, su fracaso en la segunda cruzada, los problemas para engendrar un primogénito, etc.). ¿Qué tipo de nociones políticas están en juego en este historiador cultural al hablar de esta muerte? ¿Puede hablarse de un regreso a un problema nacional y político que aún debe mucho de su formulación a autores como Lespinasse de Langeac? Cfr. Michel Pastoureau, *Le Roi tué par un cochon. Une mort infâme aux origines des emblèmes de la France ?*, Paris, Seuil, 2015. En este libro (p. 173-208), Pastoureau también aborda los “ecos próximos y lejanos” de aquel fallecimiento en una especie de *mémoire longue*. Así, el autor afirma (p. 180-184) que para el siglo XVII y XVIII, esa muerte ya no es infame o vergonzante, sino más bien “extraña”, tal y como la calificó François Eudes de Mézeray en su *Histoire de France* –la cual, por cierto, quizá fue leída por Pastoureau en su juventud y de la cual obtuvo la primera noticia sobre ese fascinante rey muerto por un cerdo (véase p. 227). La opinión de Mézeray es similar a la de otros historiadores que, en nuestro caso, formaron igualmente la baraja de posibles lecturas para la confección de los elogios sobre Suger en 1779: Gabriel Daniel, Félibien, Lobineau, Montfaucon, y Velly. Además, según lo indica Pastoureau, hacia el final del Antiguo Régimen la responsabilidad de la muerte no fue asignada tanto al cerdo –a ese *porcus diabolicus* que menciona Suger en su *Vita Ludovici* en el siglo XII– sino a quien se suponía por entonces su propietario: un comerciante. Así, este episodio histórico adquirió un gran “valor ideológico”, pues en un momento prerrevolucionario de tensión social, el asesino propiamente dicho de esta historia era el mercader. Probablemente, Lespinasse de Langeac se hizo eco de esta interpretación para criticar a quienes defendían a Suger como un símbolo de la nación, a quienes apelaban a su papel de creador de la comuna y, por ende, del Tercer Estado.

tal y como este autor gustaba retratarlo.¹⁶⁴ Justo porque nunca comulgó con la idea de un Suger grande y extraordinario –tanto como para superar a los monarcas–, Lespinasse de Langeac se dio esta libertad para comentar aquel acontecimiento. En este sentido, su atrevimiento y el silencio otorgado por el resto nos revelan el ascendiente moral y político que se buscaba en el elogio del Ministro-Regente.

b) Hombre de Iglesia/Hombre de Estado: ¿san Bernardo o el abad Suger?

Si el desprecio de la institución eclesiástica y del mundo cortesano fueron moneda relativamente corriente en los elogios, ¿a qué venía a cuento el retrato de un santo en la pintura de un Gran Hombre como Suger? ¿Por qué Bernardo de Claraval, sus acciones y su carácter, ocuparon varias páginas en estos textos?

En principio, este santo fue quizá la figura que más puso en peligro la pretendida inmortalidad y gloria de Suger. La comparación con los monarcas no vació tanto los tinteros de los elogiadores como aquella que sostuvo con un hombre de Iglesia como san Bernardo.¹⁶⁵ Por ello, en su momento a Garat se le reconoció también por un “soberbio” retrato de este personaje, sobre el cual vale la pena volver:

Pero entonces vivía en un Claustro, en lo profundo de un desierto, un hombre cuyos Depositarios del poder supremo debían ambicionar los sufragios tanto como aquellos de un Senado o de un Pueblo Legislador. En este único rasgo se debe reconocer a ese Abad de Claraval, vuelto tan célebre con el nombre de San Bernardo. Ningún hombre ejerció sobre su siglo un imperio tan extraordinario. Arrastrado hacia la vida solitaria y religiosa por uno de esos sentimientos imperiosos, que no dejan otros en el alma, fue a tomar sobre el Altar todo el poder de la Religión. Cuando salía de su desierto, aparecía en medio de los pueblos y Cortes, las austeridades de su vida, impresas sobre los rasgos donde la naturaleza había difundido la gracia y la belleza, colmaban todas las almas de amor y respeto. Elocuente en

¹⁶⁴ Siempre representa a Suger como alguien a quien se le ha dado la mano y en su lugar, ha preferido tomar el brazo. Véase [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 43, 57 y 70. En contraparte, Jumel siempre defendió que Suger agradecía los favores del rey. Cfr. Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 10.

¹⁶⁵ Para muestra Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 19 -21, quien cierra su elogio con una cita de san Bernardo donde se alaba a Suger; [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 45-46, 71 s. Aunque crítico de la excesiva importancia dada a Bernardo, también Lespinasse de Langeac le dedica unas líneas, cfr. [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 84 (san Bernardo se contentó con escribirle a Suger y no hablarle directamente).

un siglo donde el poder y los encantos de la palabra eran absolutamente desconocidos, triunfaba de todas las Herejías en los Concilios; hacía enternecerse en lágrimas a los Pueblos, en medio de los campos y plazas públicas: su elocuencia aparentaba uno de los milagros de la Religión que él predicaba. En fin, la Iglesia, de la cual era la luz, parecía recibir las voluntades divinas por su mediación; los Reyes y sus Ministros, a quienes él no perdonó jamás ni un vicio ni una desgracia pública, se humillaban bajo sus reprimendas, como bajo la mano de Dios mismo; y los Pueblos, en sus calamidades, iban a formarse alrededor de él, como van a lanzarse a los pies de los Altares. Extraviado por el entusiasmo mismo de su celo, daba a sus errores la autoridad de sus virtudes y de su carácter, y arrastró a Europa a grandes desgracias. Pero guardémonos de creer que jamás haya querido engañar, ni que haya tenido otra ambición que aquella de agrandar el Imperio de Dios. Es porque estaba engañado él mismo, que era siempre tan poderoso; hubiera perdido su ascendiente con su buena fe. La Iglesia, a pesar de sus errores que ella reconoció, lo colocó en el rango de los Santos; el Filósofo, a pesar de los reproches que puede hacerle, debe elevarlo al rango de los grandes Hombres.¹⁶⁶

Pero aunque pudiera decirse que san Bernardo y Suger fueron hombres superiores a su siglo, cada uno gozó de un estatuto distinto, basado en los objetivos de su actuar: mientras uno atendía los asuntos de la Religión, el otro encaminaba sus esfuerzos a la

¹⁶⁶ « Mais alors vivoit dans un Cloître, au fond d'un désert, un homme dont les Dépositaires du pouvoir suprême devoient ambitionner les suffrages autant que ceux d'un Sénat ou d'un Peuple Législateur. A ce trait seul on doit reconnoître cet Abbé de Clairvaux, devenu si célèbre sous le nom de Saint Bernard. Nul homme n'a exercé sur son siècle un empire aussi extraordinaire. Entraîné vers la vie solitaire & religieuse par un de ces sentimens impérieux, qui n'en laissent pas d'autres dans l'ame, il alla prendre sur l'Autel toute la puissance de la Religion. Lorsque sortant de son désert, il paroissoit au milieu des Peuples & des Cours, les austérités de sa vie, empreintes sur des traits où la nature avoit répandu la grâce & la beauté, remplissoient toutes les âmes d'amour & de respect. Eloquent dans un siècle où le pouvoir & les charmes de la parole étoient absolument inconnus, il triomphoit de toutes les Hérésies dans les Conciles; il faisoit fondre en larmes les Peuples, au milieu des campagnes & des places publiques : son éloquence paroissoit un des miracles de la Religion qu'il prêchoit. Enfin l'Eglise, dont il étoit la lumière, sembloit recevoir les volontés divines par son entremise ; les Rois & leurs Ministres, à qui il ne pardonna jamais ni un vice ni un malheur public, s'humilioient sous ses réprimandes, comme sous la main de Dieu même; & les Peuples, dans leurs calamités, alloient se ranger autour de lui, comme ils vont se jeter aux pieds des Autels. Egaré par l'enthousiasme même de son zèle, il donna à ses erreurs l'autorité de ses vertus & de son caractère, & entraîna l'Europe dans de grands malheurs. Mais gardons-nous de croire qu'il ait jamais voulu tromper, ni qu'il ait eu d'autre ambition que celle d'agrandir l'Empire de Dieu. C'est parce qu'il étoit trompé lui-même, qu'il étoit toujours si puissant ; il eût perdu son ascendant avec sa bonne foi. L'Eglise, malgré ses erreurs qu'elle a reconnues, l'a mis au rang des Saints; le Philosophe, malgré les reproches qu'il peut lui faire, doit l'élever au rang des grands Hommes. » Garat, *Éloge de Suger...*, p. 23-25. Sobre las opiniones de la elocuencia de la autor véase el Capítulo II de esta tesis. Confróntese también la extensa nota aclaratoria que acerca de san Bernardo ofrece [De Romance], *Éloge de Suger...*, N° VI. Éclaircissement sur la vie & le caractère de S. Bernard, p. 101-117. El único que ofreció un elogio de san Bernardo, en detrimento de Suger fue D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 42 s. y 83.

política y al Estado.¹⁶⁷ Esta fue sin duda la línea divisoria que puso a Suger un paso por delante de Bernardo, lo cual nos indica que la virtud religiosa —¡la santidad!—, por muy magnífica que se hubiera considerado, pasaba a un segundo plano tratándose de la conducción del gobierno. Por ello, Deslyons afirmaba que “el Abad de Saint-Denis, siempre presa de sus declamaciones [de San Bernardo], se ocupa, sin ponerles atención, de asuntos más serios. Gobierna el estado como Político, mientras que san Bernardo lo considera en tanto hombre devoto.”¹⁶⁸ Así, Iglesia y Estado conformaron los dos lados de la moneda francesa, ambos simbolizados con los rostros de Bernardo y Suger, respectivamente.

Sobra decir que las comparaciones llegaban al grado de distinguir entre una elocuencia propia del corazón (Bernardo) y otra perteneciente al razonamiento (Suger).¹⁶⁹ El episodio histórico que permitía conocer al ganador de la partida oratoria lo constituyó justamente esa “piadosa locura de las cruzadas”.¹⁷⁰

En el siglo XVIII era bien sabido que san Bernardo había sido el promotor de la segunda cruzada y que para ello utilizó su don de palabra, capaz de encender los corazones y animar a todo un pueblo a dirigirse a Tierra Santa. También era conocido de todos los elogiadores, el que Suger se había opuesto con insistencia a tal proyecto y que había prevenido seriamente al rey de los peligros que le aguardaban si abandonaba su reino.¹⁷¹ La narración de este trance histórico y la conclusión a favor de Suger no sorprende, pero muestra muy bien la lógica de los textos: la segunda cruzada se llevó a cabo, Luis VII partió a Jerusalén y Suger tuvo que mantener en sus manos el reino en calidad de Regente. Como el sabio que ve sucumbir a los mejores espíritus a causa de un talento desbordado,

¹⁶⁷ Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 235-236; y Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 32.

¹⁶⁸ « L'Abbé de Saint-Denis, toujours en proie à ses déclamations [de Saint Bernard], s'occupe, sans y faire attention, d'affaires plus serieuses. Il gouverne l'État en Politique, tandis que saint Bernard ne l'envisage qu'en homme dévot. » [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 45-46.

¹⁶⁹ Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 236. Sobre Suger y la fuerza de la elocuencia, véase Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 14.

¹⁷⁰ « [...] la pieuse folie des Croisades [...] ». [Lespinnasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 9.

¹⁷¹ Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 31-32; [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 28; [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 19; [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 36 s., 45, 59. Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 34; [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 67; [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 33; Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 244. Hubo quien objetó que Suger, hacia el final de su vida, planeaba llevar a cabo una cruzada. Por ejemplo, [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 55.

así se imaginaban los autores al abad de Saint-Denis. Bernardo, por su cuenta, habría de pagar cara la equivocación y cargar con el fardo de desprestigio que lo hizo tambalearse de su pedestal elevado, al punto de calificarlo como falso profeta.¹⁷²

Por otro lado, la representación de la victoria de la prédica de san Bernardo y sus consecuencias funestas, ¿no fue la advertencia hecha por los hombres de letras del siglo XVIII a todos aquellos que se dejaban seducir por unas cuantas palabras –bien organizadas y diseñadas para conmover–, sin reflexionar sobre las mismas? ¿No fue también esa imagen del pasado el signo de su impotencia presente como letrados: incapaces para generar la reflexión y temerosos de ser ignorados por el auditorio?

Sin embargo, estos miedos y angustias no fueron el único lastre que soportó la figura de san Bernardo en su lucha por la inmortalidad. Por si no fuera suficiente con criticar la labor del sacerdote y subsumirlo frente al filósofo ilustrado; con exhibir la superstición religiosa y defender con creces la razón de Estado;¹⁷³ varios textos moldearon los acontecimientos pasados de tal forma que sugirieron en san Bernardo un desapego por su patria y un excesivo apoyo a los asuntos de Roma. Las alusiones no son directas, pero las narraciones sobre la Querrela de las investiduras en el siglo XII y las cruzadas, pusieron de manifiesto que Suger abogó siempre por la Francia, mientras que Bernardo adoptó el partido de los papas.¹⁷⁴ Acaso se advierte aquí la presencia de un fuerte sentimiento

¹⁷² [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 75 (falso profeta). Sobre la segunda cruzada, la participación de san Bernardo y las terribles consecuencias que se desencadenaron con esta expedición a oriente, véanse [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 64-65; [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 31 s.; [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 25 s.; [Lespinnasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 14-15; Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 268. En un caso excepcional, De Romance, quien había señalado la sagacidad de Suger al rechazar las cruzadas, defendió a éstas como un mal necesario para el cambio en la constitución política de los pueblos. De Romance realizaba un análisis filosófico de los efectos políticos de las cruzadas, al grado de considerarlas un bien general, ¡pues “avanzaron y prepararon la caída del sistema feudal”! Por supuesto, De Romance envió todas estas reflexiones a una nota al final del texto. Cfr. [De Romance], *Éloge de Suger...*, N° V. *Éclaircissement sur l'effet politique des Croisades*, p. 99-101.

¹⁷³ [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 34 (*philosophe* superior al sacerdote), 49 (“cruel” cuando Suger regresa a ser religioso), 50 (Religión y Estado), 60 s. (la razón de Estado y san Bernardo), 69 (clero arruinaría a los laicos y al soberano), 88 (antes de la religión está el deber del ciudadano); Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 229 (hombre de Estado frente al hombre de religión); [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 11 (sobre la religión).

¹⁷⁴ Sobre la Querrela de las investiduras, cfr. [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 34; [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 28; [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 14 (se afirma que el cristianismo arruinó a Roma); Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 230 (perturbación de la paz social con la querrela); [Lespinnasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 15. Acerca de san Bernardo y la ambición de los papas, véanse [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 30; [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 60 (intrigas); Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 8.

galicano en materia religiosa, unido a una tendencia propia de quienes revitalizaron los estudios sobre la Edad Media francesa en el Antiguo Régimen: el anti-romanismo.¹⁷⁵ En todo caso, si Suger adelantó en los elogios por una cabeza al desbocado san Bernardo en su carrera a la inmortalidad, fue gracias a dos frentes de acción simbólica: por un lado, el de la pedagogía política donde se enfrentaban Iglesia y Estado; y por el otro, el de la pedagogía nacional, en cuyo seno se batían a duelo el francés y el extranjero (romano, germano, etc.).

c) Abelardo y Eloísa o la pasión según la razón dieciochesca

La desbordada elocuencia de san Bernardo nos conduce a explorar un tema frecuente en los elogios: ¿Hasta dónde un hombre podía dejarse llevar por un ánimo encendido? Acorde al ideal racional y estoico, las pasiones del alma debían dominarse y con ello se obtenía una alta virtud. No es casual que así como el Gran Hombre se confrontó con un santo, después se comparara con una pareja de amantes de destino calamitoso: Abelardo y Eloísa.

Por separado, estos dos personajes históricos simbolizaban cosas un tanto distintas. Abelardo, cuando menos desde el siglo XVII, estaba relacionado con el cliché del escolasticismo y se le condenaba con severidad en materia filosófica. Eloísa, por su parte, en tanto que mujer, permitía introducir el tema del deseo y la pasión. Pero en pareja, pasaron a simbolizar un amor que excedía los límites de lo permitido. En este sentido, junto a Eloísa, Abelardo gozó de considerable estima, pues pronto se transformó en un héroe *romanesque*.¹⁷⁶

En principio, la historia de estos amantes era bien conocida gracias a que muy pronto se publicó la correspondencia que mantuvieron entre ellos; cartas excepcionales que

¹⁷⁵ Para algunas expresiones indirectas de un sentimiento galicano y anti-romano, cfr. Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 29; [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 36-38, 44 y 74; [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 8; [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 25 y 42; [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 19; [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 11 (Suger tentado por Roma, siempre eligió la Francia); [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 36 (Suger y su elogio de la falsedad italiana); [Gin] *Les effets de l'amour du bien public...*, p. 24 s. y p. 56.

¹⁷⁶ Edelman, *Attitudes of Seventeenth-Century...*, p. 35, n. 68. Para una discusión más extensa de la recepción de la historia de esta pareja, como parte de una reconfiguración del deseo apoyado en el medievalismo del siglo XVIII, véase Montoya, *Medievalist Enlightenment...*, chap. 5: Reconfigurations: Medievalism and Desire, between *Eros* and *Agape*, p. 145-181.

hoy en día continúan fascinando a los investigadores.¹⁷⁷ Este conocimiento de las fuentes – ciertamente mediado por traducciones y criterios estilísticos de los siglos XVII y XVIII– se complementó con una tradición literaria del *romance* que hizo de Abelardo y Eloísa un motivo altamente aprovechable, especialmente para cifrar concepciones específicas sobre el amor.

En el siglo XVIII, la interpretación de esta historia amorosa, mediante las epístolas, tuvo básicamente dos vertientes. Por un lado, hubo quienes se centraron en las primeras cartas, las cuales señalaban una noción de amor mucho más terrestre y carnal (*eros*); por el otro, un grupo –particularmente eclesiásticos– que enfatizó la última parte de la correspondencia, pues enaltecía un concepto mucho más divinizado (*ágape*). En otras palabras, se trataba de dos tradiciones de lectura: una volcada sobre la narrativa de pasión y otra mucho más interesada en la conversión religiosa del deseo.¹⁷⁸

En realidad, con estas discusiones se perfilaba un problema mucho mayor: ¿qué tanto se puede conocer mediante el afecto y el sentimiento?¹⁷⁹ Las cartas de Madame de Sévigné a su hija o la novela epistolar *Julie ou la Nouvelle Héloïse* (1761) de Rousseau, fueron ejemplos de obras literarias del siglo XVIII donde se buscaron nuevas formas de sentir y de expresar, sin referirse exclusivamente a la experiencia religiosa. Antes bien, su propósito fue encontrarle a ésta un lugar dentro de un abanico mucho más amplio de posibilidades del deseo y del sentimiento, donde también tenía cabida un afecto desbordado, no razonado.¹⁸⁰

Sin embargo, ¿qué es lo que se aprecia de todo lo anterior en los elogios? De gran importancia resultaba determinar hasta qué punto Suger participó de la historia desafortunada de aquellos amantes y si había obrado bien respecto de ellos. En este sentido, todos los elogiadores parecían conocer perfectamente el *roman* de Abelardo y Eloísa –tanto que no entraron en detalles–, a partir del cual determinaron si Suger había sido, o no,

¹⁷⁷ Sobre la recepción de la correspondencia de Abelardo y Eloísa, cfr. Montoya, *Medievalist Enlightenment...*, p. 150-154.

¹⁷⁸ Montoya, *Medievalist Enlightenment...*, p. 150-156.

¹⁷⁹ Montoya, *Medievalist Enlightenment...*, p. 164-165.

¹⁸⁰ Según Alicia Montoya, Madame de Sévigné y Rousseau son dos casos que se enfrentaron a la tensión entre *eros* y *ágape*, cfr. Montoya, *Medievalist Enlightenment...*, p. 157 s.

injusto con ellos. El reclamo de Jumel a la fábula de aquella pareja, indicaba hasta qué punto se le tenía en gran estima entre la élite letrada y galante:

Suger hubiera sido sin duda más humano con Abelardo y Eloísa, si ellos le hubiesen inspirado esa sensibilidad que anima hoy en día a nuestros Poetas, cuando es cuestión de sus demasiado célebres amores. Pero un Religioso, para encender su imaginación y su corazón, ¿debía abandonarse a unas ficciones que el espíritu de nuestro siglo embellece, y que la licencia de nuestras costumbres (*mœurs*) diviniza? Es la Fábula y no la Historia quien ha vuelto a esta pareja desafortunada tan memorable, y que, en detrimento de los Bernardo, los Norberto, los Pedro de Cluny, los Yvo de Chartres, los Pedro Lombardo y los Ricardo de Saint-Victor, osa mirarla como el ornamento y el fenómeno del siglo doce. El amor es tan poco durable por él mismo; que para hacerse ilusión va a buscar en las aventuras más novelescas (*romanesques*), un alimento propio a nutrir sus fuegos.¹⁸¹

Era evidente que para Jumel, Abelardo y Eloísa no merecían estar entre las figuras “memorables” de la Historia de Francia. Sin embargo, este autor fue capaz de intuir la razón del éxito de la “ficción” de esta pareja: una tradición *romanesque* capaz de “divinizar” un amor “infortunado”. Por lo mismo, Jumel decía que Abelardo estaba “mucho menos hecho para embellecer una Historia que una novela (*Roman*)”, aunque también afirmaba que en el siglo XII éste “fijaba la atención del Público” porque “era interesante por sus desgracias y por su genio”.¹⁸²

Parte sustancial de esta desgracia y genio atribuidos a Abelardo se debía a su facultad de pensamiento, la cual lo llevó a declarar como falsa una creencia fundamental para el monasterio de Saint-Denis: aquella que hacía de Dionisio el Areopagita – contemporáneo y escucha de san Pablo– la misma persona que san Dionisio, obispo de París, y que se asociaban a los escritos conocidos como el *corpus dionisiacum*, sobre la

¹⁸¹ « Suger eût été sans doute plus humain envers Abélard & Héloïse, s'ils lui eussent inspiré cette sensibilité qui anime aujourd'hui nos Poètes, lorsqu'il est question de leurs trop célèbres amours. Mais un Religieux, pour échauffer son imagination & son cœur, devoit-il s'abandonner à des fictions que l'esprit de notre siècle embellit, & que la licence de nos mœurs divinise ? C'est la Fable & non l'Histoire qui a rendu ce couple infortuné si mémorable, & qui, au détriment des Bernard, des Norbert, des Pierre de Cluni, des Yves de Chartres, des Pierre Lombard & des Richard de Saint-Victor, ose le regarder comme l'ornement & le phénomène du douzième siècle. L'amour est si peu durable par lui-même ; que pour se faire illusion il va chercher dans les aventures les plus romanesques, un aliment propre à nourrir ses feux. » Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 23-24.

¹⁸² « Abélard, beaucoup moins fait pour embellir une Histoire qu'un Roman, mais intéressant par ses malheurs & par son génie, fixoit alors [XIIe siècle] l'attention du Public. » Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 21.

jerarquía celeste y la eclesiástica.¹⁸³ Lo interesante es que en este punto, Abelardo era pintado también como un hombre de razón, que desterraba las sombras de la superstición y enarbolaba la verdad. Justo por eso, según varios elogiadores –en especial aquellos que defendieron la superioridad de Abelardo–, esta refutación de la historia del santo le había granjeado la enemistad de los monjes de Saint-Denis, a quienes “humilló” por su “estupidez”.¹⁸⁴

Pero este abuso en contra de Abelardo también estaba acompañado de aquél en contra de su amada Eloísa. Un episodio histórico lo ejemplificaba: la recuperación de derechos sobre el priorato de Argenteuil, por parte del monasterio de Saint-Denis.¹⁸⁵

Debe recordarse que tal y como se contaba la historia, después del trance amoroso y de los obstáculos a su deseo, tanto Abelardo como Eloísa habían terminado por confinarse en un monasterio. Mientras el primero, había llegado a Saint-Denis, la segunda, arribó a Argenteuil, donde tomó la batuta del priorato. Aquí fue donde entraba en escena Suger, pues la dudosa legitimidad de aquella recuperación de derechos por parte de este abad –se ha aludido siempre a triquiñuelas, como la falsificación de documentos–, daba un punto a favor de esta pareja.¹⁸⁶ No obstante, todas las críticas al actuar del abad fueron insuficientes para minar su lugar en la inmortalidad. Antes bien, se encontraron sutiles, pero ingeniosas justificaciones. Jumel, por ejemplo, aseguraba que en lugar de condenar la crítica devastadora de Abelardo, ¡Suger la defendió al protegerlo en su monasterio!¹⁸⁷ Deslyons, por su parte, le echaba la culpa a alguien más, ¡al sostener que fue san Bernardo quien en realidad había perseguido a Abelardo!¹⁸⁸ En cuanto a Eloísa y el asunto de Argenteuil se insinuaba que ésta no reformó las costumbres del priorato ni explotó los recursos de la zona

¹⁸³ Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 21 y [Gin] *Les effets de l'amour du bien public...*, p. 51, n. 23.

¹⁸⁴ [Lespinnasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 50 s. Abelardo desafió también la autenticidad de algunas reliquias de estos monjes. Véase igualmente, D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 15-16. Este autor expresaba una visión favorable no sólo a san Bernardo, sino también a Abelardo y Eloísa; al grado de afirmar que en estos tres la pureza del latín era superior, en comparación con Suger. Cfr. D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 69, n. 43.

¹⁸⁵ Sobre el asunto de Argenteuil, cfr. [Gin] *Les effets de l'amour du bien public...*, p. 19-20; [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 22; [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 12; D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 16 s.

¹⁸⁶ [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 22; [Lespinnasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 64 s. Este último enfatizaba la ambición y la pretensión de desposeer de Suger.

¹⁸⁷ Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 21-22.

¹⁸⁸ [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 43 (Suger no quería que Abelardo se fuera de Saint-Denis).

en beneficio de sus habitantes, como Suger lo logró después al obtener los derechos sobre el sitio; y que a fin de cuentas se trataba de una apropiación legítima.¹⁸⁹

¿Qué era lo que se transmitía de fondo entre los elogiadores? Tras las representaciones de Suger y esta pareja, yacía el asunto de las pasiones. Según la historia *romanesque* de Abelardo y Eloísa, su deseo desmedido los había conducido por una senda de sufrimiento que terminó por separarlos, aún y cuando pudieran haber encontrado en el retiro espiritual algún consuelo. La imagen de Suger era todo lo opuesto: dueño de sus pasiones, se había mantenido inmune de desventuras gracias a su razón y su virtud.¹⁹⁰ Esta era la gran enseñanza sentimental de los elogios.

Pero lo anterior debe relacionarse además con el tipo de doctrinas republicanas y el fuerte sentimiento a favor de un ideal parlamentario en Francia, cuyas principales características estaban dadas por una cultura política masculina.¹⁹¹ Desde esta perspectiva, la historia de Abelardo y Eloísa proyectaba el problema de las mujeres, su papel en la sociedad y el debate público; aunque ciertamente de forma muy marginal. No obstante, la necesidad de incluir a cuentagotas a esta pareja, mostraba la disyuntiva de una cultura masculina que ensalzaba sólo a Grandes Hombres –¡no mujeres!– y que, de algún modo, se había visto forzada a introducir elementos que persuadieran a una audiencia femenina, especialmente aquella que transmitiría las *vidas* de estas figuras extraordinarias entre sus familias, a la manera en que por mucho tiempo se relataron *Los cuentos de mamá oca* de Charles Perrault.¹⁹²

Por otra parte, esta necesidad no debe opacar el hecho de que, a pesar de plantearse el dilema, la respuesta en los elogios jamás contradijo esa cultura política masculina. Por ello, no sorprende en estos textos el papel adjudicado a Eloísa: siempre subsumida a Abelardo, causante de sus males al guiarlo por el camino del deseo. Lejos estaba la Eloísa

¹⁸⁹ [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 12 s. Una justificación más erudita se encuentra en Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 57 s.

¹⁹⁰ Por ejemplo, ante la muerte de Luis VI, Suger fue capaz de dominar y moderar su dolor y desesperación gracias a su razón. Cfr. [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 56.

¹⁹¹ Sobre este republicanismo masculino, desde el punto de vista del desarrollo de un canon de memoria nacional en Francia, véase Bell, *The Cult of the Nation in France...*, p. 125-128.

¹⁹² Sobre el mercado y el público que perfilaron los compendios de vidas de hombre ilustres y el tipo de ideas que su recepción provocó, confróntense las interesantes observaciones de Bell, *The Cult of the Nation in France...*, p. 128-139. Mi afirmación sólo indica una posible razón de la introducción de esta historia de dos amantes en los elogios.

de la tradición *romanesque* que había convertido a Abelardo en un héroe. Antes bien, éste se transformó en un hombre sin fuerza, sin poder. Cualquiera que conociera la historia de estos amantes sabía de sobra que Abelardo había sido castrado como consecuencia de una venganza del tío de Eloísa. Con una fuerte carga sexual, no siempre explícita, la imagen de Abelardo fue la de un pensador atrevido que, arrastrado por una pasión sin límites, cegado en su razón, perdió el signo de su virilidad. Así, apelando a una herencia literaria con motivo medieval, los elogiadores pretendieron instaurar la superioridad de Suger: si éste adelantaba apenas a un desbocado san Bernardo, fácilmente superaba a un impotente Abelardo.

En este sentido, Eloísa sufrió la misma suerte. A ojos de varios elogiadores, perdió el control de su priorato pues no tuvo el carácter ni la fuerza para elevar su condición. En contraposición, Suger –más allá de si fue o no honesto en la obtención de derechos– era considerado como el hombre con las cualidades necesarias para hacer de lugares como Argenteuil terrenos fértiles y útiles al reino de Francia. Por lo demás, este papel sumiso, al menos en el terreno político, estaba confirmado por la que fue la otra representación de mujer en los elogios: Leonor de Aquitania.¹⁹³

De menor aparición en los textos –nótese que era una reina y no una religiosa–, de ella sólo se mencionaba su matrimonio con Luis VII y el subsecuente divorcio de catastróficas consecuencias para Francia.¹⁹⁴ En efecto, para los autores, la disolución de este vínculo –efecto de aquella mala decisión de ir a la cruzada– significó que tiempo después la apasionada Leonor fuera capaz de desposarse con el rey inglés, Enrique II, uniendo así los territorios de Aquitania e Inglaterra, y dando pie a lo que se conocería como el imperio Plantagenêt. El que Suger no viviera lo suficiente como para impedir esta debacle del poder del rey francés, era para algunos prueba suficiente de cuán necesario era

¹⁹³ Existe una breve mención al complicado matrimonio de Felipe I y su esposa Berta de Holanda, el cual conducía al tema del adulterio: Felipe repudió a su esposa y posteriormente se casó con Bertrade de Monfort, ganándose la excomunión papal. Sin embargo, ni Berta ni Bertrade alcanzaron la resonancia que sí tuvieron Eloísa y Leonor en los elogios sobre Suger. Además, debe considerarse que quien señala lo anterior es [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 8. El autor lo hace como una forma de discutir lo absurdo de la excomunión a un rey. Con ello revelaba una tendencia promonárquica.

¹⁹⁴ Cfr. [Gin] *Les effets de l'amour du bien public...*, p. 33; [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 59; [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 22; [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 25-26 y n. 30; Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 38; [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 30 y 78-79, n. b.; Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 238 y 257; Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 42.

un Gran Hombre como él.¹⁹⁵ Sin embargo, las referencias a este asunto no ofrecen mucha información; a lo más se alcanza a percibir una preocupación por el matrimonio de la élite gobernante, en particular: encontrar una autoridad moral, aparte de la Iglesia, que regulara esta institución social, a fin de preservar a la nación de repercusiones funestas. En traducción dieciochesca, un gran “ministro-regente” como lo fue Suger en el siglo XII, cuyo único lazo afectivo y duradero era para con la Francia.

La elevación: Suger, *père de la patrie*

Ningún valor más apreciado por los elogiadores que el de la justicia, en especial tratándose del reconocimiento de méritos y servicios a la Francia. Las representaciones sobre Suger transmitían este ideal, cuyo cumplimiento no debía postergarse indefinidamente. Según los autores, no era necesario esperar a que un hombre importante muriera para honrarlo. Antes bien, era preferible brindarle un homenaje en vida y cantar en alto su genio, tal y como le había sucedido a aquel ministro-regente del siglo XII a manos de los monarcas Capeto.¹⁹⁶

Esta concepción cifraba los propósitos de los académicos, quienes establecieron una sutil, pero eficaz analogía con quien fuera materia del concurso de Poesía en 1779: Voltaire. En sintonía con las pretensiones políticas de la Academia, era posible plantearse lo siguiente: si Suger fue honrado en la vida y en la muerte, ¿no merecía con mayor razón el recién fallecido *philosophe* el reconocimiento de su majestad? En la búsqueda por obtener una medalla de honor, por ascender en la jerarquía del prestigio, ¿no aprovecharon el dolor de una pérdida tan próxima para comunicar sus anhelos? En vista de que elevar a Voltaire al nivel de la paternidad imperecedera significaba una jugada muy atrevida en el ajedrez simbólico del poder, Suger se convirtió en la vieja torre adecuada para efectuar el enroque que protegería al muerto del presente.

¹⁹⁵ En contraparte, Lespinasse de Langeac clamaba que si Leonor se volvió a casar, no había ningún otro culpable más que Suger. Cfr. [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 83.

¹⁹⁶ Sobre el reconocimiento y la alabanza al Gran Hombre, véanse Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 4, 31, 37; [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 24; Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 258 ; [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 80.

Acorde al saber del siglo XVIII había una razón poderosa para aclamar a Suger como un verdadero *padre de la patria*: fueron sus contemporáneos de la Edad Media quienes lo reconocieron. La *Sugerii Vita* de Guillaume atestiguaba que este abad “fue llamado tanto por el pueblo como por el príncipe *pater patriae*, y era incluso honrado por todos con los más grandes títulos de méritos.”¹⁹⁷

Sin embargo, este término de reminiscencias antiguas –aludía al título de los emperadores romanos desde tiempos de Augusto–, traducido en francés como *père de la patrie*, tenía otras connotaciones para los elogiadores, especialmente si carecieron de acceso directo a las fuentes. Ya he mencionado antes lo que palabras como *nation* o *patrie* condensaban para letrados afectos del parlamentarismo y la marcada presencia de un republicanismo masculino. Lo importante aquí es que en el imaginario político de los autores se construyó un símbolo de unión y consenso, cuya función era brindar confianza y seguridad respecto de su futuro, el cual creían extensible a la sociedad del siglo XVIII.

Todas las imágenes de Suger como padre de la patria hacían emerger valores cuyo fin era establecer nuevos lazos entre los ciudadanos franceses, apelando a un restablecimiento o reparación de antiguos vínculos. En este sentido, se observa la creación de un afecto por la nación que era enseñado no sólo por los que vivían en el presente, sino también por quienes habitaron en el pasado. Según la mayoría de autores, Suger contribuyó con creces al progreso de Francia, por lo cual cuando se le pintaba como *père de la patrie*, su retrato brindaba una educación sentimental que ensalzaba el amor, el sacrificio, la equidad, la libertad, el servicio, la paz y la moderación; pedagogía que estaba encaminada a la regeneración nacional.¹⁹⁸

¹⁹⁷ “Ex illo jam tempore tam a populo quam principe pater appellatus est patriae, et ab omnibus pariter maximis meritorum efferebatur titulis.” Guillaume, *Sugerii Vita*, ed. y trad. francesa de Françoise Gasparri, en Suger, *Œuvres II*, p. 343 y 345. En mi traducción al español sigo, con ligeras modificaciones, la traducción francesa de Gasparri (p. 342 y 344).

¹⁹⁸ Sobre Suger como padre de la patria y todos los valores asociados, cfr. [Gin] *Les effets de l’amour du bien public...*, p. 33 y 35 (sacrificio por la patria); [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 20; [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 23, 31-32, 57; [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 11, 21, 23 y 27; Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 38; [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 14, 21, 40, 52; Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 228, 256; [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 34-35; Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 40; [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 15; D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 23 y 75.

Al respecto, es excepcional el discurso que De Laussat tuvo a bien poner en boca de Suger, a propósito de una intervención en la cual el abad le hacía ver a san Bernardo lo terrible que era para el reino incursionar en la cruzada. En definitiva, una larga arenga a los franceses, realizada a la manera de un orador romano –muy afín al gusto clásico de los letrados– cuya culminación era un llamado a los integrantes del gobierno:

“Sueñen, Ciudadanos, renuncien a una loca y seductora empresa, desconfíen de un celo engañoso, y ofrezcan a los hombres un espectáculo que jamás vieron, aquel de un Pueblo, que, pudiendo ser el rival y el pavor de todas las Naciones guerreras, quiso mejor ser el modelo de una Sociedad pacífica, conducida por el patriotismo y la moderación.

“Para usted, Señor, si sólo pertenece a una bella alma y a un gran Rey el borrar el recuerdo de algunos momentos de crisis y de olvido, a través de los arrebatos de magnanimidad y de heroísmo; le corresponde, (disculpe mi libertad) le corresponde, digo, todavía más, no perder nunca de vista, que unos lazos indisolubles y eternos lo unen al gobierno de sus Pueblos. Lance vuestras miradas sobre las diferentes Provincias de vuestro Reino, todo os recordara la sabiduría de los consejos que osa daros un Súbdito que ha envejecido amando y sirviendo a sus soberanos. El único testimonio de arrepentimiento digno de vos, es señalar de ahora en adelante todos los días de vuestro reino a través de los actos de beneficencia y de equidad, mantener la calma en el Estado, esparcir la abundancia; en una palabra, de hacer en suerte que cada uno de vuestros Súbditos, igualmente satisfecho de sí mismo y de su suerte, prefiera creer constantemente presente a vuestro corazón y rodeado por doquier de la Divinidad.”¹⁹⁹

¹⁹⁹ « ‘Songez-y, Citoyens, renoncez à une folle & séduisante entreprise, défiez-vous d’un zèle trompeur, & offrez aux hommes un spectacle qu’ils ne virent jamais, celui d’un Peuple, qui, pouvant être le rival & l’effroi de toutes les Nations guerrières, aima mieux être le modèle d’une Société pacifique, conduite par le patriotisme & la modération.

« ‘Pour vous, Sire, s’il n’appartient qu’à une belle ame & à un grand Roi d’effacer le souvenir de quelques momens de crise & d’oubli, par des transports de magnanimité & d’héroïsme ; il lui appartient, (excusez ma liberté) il lui appartient, dis-je, encore davantage, de ne jamais perdre de vue, que des liens indissolubles & éternels l’attachent au gouvernement de ses Peuples. Jetez vos regards sur les différentes Provinces de votre Royaume, tout vous retracera la sagesse des conseils qu’ose vous donner un Sujet qui a veilli en aimant & en servant ses souverains. Le seul témoignage de repentir digne de vous, c’est de signaler désormais tous les jours de votre règne par des actes de bienfaisance & d’équité, d’entretenir le calme dans l’État, d’y répandre l’abondance ; en un mot, de faire ensorte que chacun de vos Sujets, également satisfait de soi-même & de son sort, aime à croire continuellement présent à votre cœur & environné par-tout de la Divinité.’ » [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 39-40. El discurso da inicio desde la p. 33 y respira de un extremo a otro de un exaltado amor por la patria y por el bien público.

La ambigüedad sobre el tipo de patriotismo que se deseaba muestra la difícil decisión que este tipo de autores se impuso. ¿Era una patria por y para quién: el rey, Dios, la humanidad? La difícil amalgama de estos elementos –el amor de un hijo por un padre gobernante, la fe en la comunión religiosa y en la providencia, la filantropía– fue quizá lo que le dio un signo distintivo a ese sentimiento nacional francés de fines del siglo XVIII.²⁰⁰ Por lo demás, De Laussat también daba ejemplo de cómo esta pedagogía emocional republicana tenía su contraparte:

Si el patriotismo y las virtudes, unidas al coraje, a la actividad, a la agudeza (*pénétration*), a la presencia de espíritu, al alcance y sabiduría de las visiones, son suficientes recomendaciones en una República de hombres, en la Corte de un usurpador, fue necesario en Suger la bajeza, la falsedad, la adulación, todos funestos frutos y viles instrumentos de la dominación.²⁰¹

En esto la imagen de la Edad Media venía de maravilla a los elogiadores, pues potencializaba el efecto de pérdida de estos valores tan caros a su patriotismo. Por ello, la muerte de Suger era no sólo un gran acontecimiento, sino uno profundamente doloroso y amargo para una nación como Francia. Llorar la partida de un ser extraordinario era estar consciente de lo mucho que se le necesitaba.²⁰² Pero pese a todo, también existía un gran consuelo: el legado permanente que este Gran Hombre instauró mediante sus acciones, pues estas hacían las veces de monumentos.²⁰³ Acercándose a estos y conociéndolos, con base en una evocación continua, se pretendía una emulación capaz de garantizar la prolongación de aquella obra virtuosa, a la manera de un plan perfecto que sólo es

²⁰⁰ Hérault de Séchelles, por ejemplo, podía ensalzar un patriotismo regio al mismo tiempo que loaba a la nation *philosophe*, indicando con ello una comunión de intereses. Cfr. [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 37-38.

²⁰¹ « Si du patriotisme & des vertus, joints au courage, à l'activité, à la pénétration, à la présence d'esprit, à l'étendue & la sagesse des vues, sont d'assez efficaces recommandations dans une République d'hommes, à la Cour d'un usurpateur, il fallut à Suger de la bassesse, de la fausseté, de la flatterie, tous funestes fruits & vils instrumens de la domination. » [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 14.

²⁰² Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 39 (Francia llora la corta vida de Suger); Percheron de La Galézière, *Éloge de Suger...*, p. 258 (duelo por Suger y no por el rey); [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 37 (rey llora la pérdida de Suger); Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 43 (muerte igualadora y Francia cubierta de duelo).

²⁰³ Acerca del legado inmortal de Suger, véase Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 25-27. Sobre sus acciones como monumentos, cfr. [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 5-6.

asequible mediante los esfuerzos de varias generaciones.²⁰⁴ Mientras se mantuviera vivo el recuerdo de figuras como Suger, mientras este permaneciera en los “corazones”, no habría incertidumbre sobre el futuro que les esperaba.²⁰⁵

La duda sobre el genio: ¿Suger fue un Gran Hombre?

El juicio que elevó a Suger al grado de la inmortalidad estuvo lejos de ser unánime. El recorrido que he hecho por varios temas que se desarrollaron en los elogios, ya ha mostrado algunos puntos de desacuerdo sobre la pretendida gloria asignada a este hombre del siglo XII. Sin embargo, falta explorar un par de aspectos que generaron relativo consenso en la crítica a Suger, más allá del tono de reproche encontrado en alguien como Lespinasse de Langeac.

En efecto, este autor y su pluma sarcástica, hirieron con creces el orgullo de varios elogiadores. Quizá nadie como él para reírse de quienes buscaban elevar a este *genio* por encima de su época y de personajes como los reyes Capeto, san Bernardo o Abelardo y Eloísa. Incluso, fiel a su estilo, Lespinasse de Langeac se mofaba de estas comparaciones, al aumentar la baraja con otro personaje digno de admiración como Pedro el Venerable.²⁰⁶ En todo caso, negaba la superioridad de Suger y con ello, la existencia de su elogio, algo que reflejaba en su perorata final, a la manera de una sentencia con referencias políticas muy claras:

Tal fue este Regente del Reino: tal fue su vida. Muy lejos de ser el primer hombre de su siglo, no fue siquiera el primer Monje; ya que Abelardo, el Venerable Pedro, y San Bernardo existían con él. Dotado de algunos talentos, su destreza fue ser flexible y bajo. Su constancia en sus proyectos, lo condujo lentamente a la elevación que el genio decide.

²⁰⁴ Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 37; [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 63; Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 16-17; [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 82, 89.

²⁰⁵ En francés, la expresión “aprender de memoria” se traduce como *apprendre par cœur*. La alusión en los elogios a los corazones (*cœurs*) estaba ligada con ideas del alma y facultades del pensamiento como la memoria. Cuando se menciona que Suger poseía los corazones de todos, los autores se refieren a que conoce y ha ganado para sí el alma y la simpatía de los demás. Cfr. Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 32 (Suger vivirá en los corazones); [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 36-37 (Eternizar la memoria de quien merece ser amado); [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 55 (poseer los corazones).

²⁰⁶ [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 66.

Atormentado por una ambición ciega, la superstición de sus Maestros y los acontecimientos solos hicieron su grandeza; su avaricia sólo la vio en las riquezas. Digno, en todo, de su siglo, el crimen de las Cruzadas fue el suyo, como aquel de su tiempo; su juventud aplaudió; su ambición se aprovechó; su vejez dio el ejemplo. Monje ávido en la Corte, cortesano fastuoso en el Claustro, desplazado dondequiera, reunió, a través de una igual injusticia, el imperio del favor, y aquel de la religión. El nombre de Suger invita no obstante a una reflexión útil. Honrado con el título brillante de Ministro, cuando su nacimiento lo mantenía tan lejos de una esperanza semejante, quizá le dio lugar de desear que aquellos que esta dignidad condecora, se vuelvan, como él, seres aislados, & que privados de alrededores que los subyuguen, adopten el pueblo por familia. Esta verdad sola no motiva un elogio. Sólo es que cuando un gran hombre ha vivido por la felicidad de un reinado, es bello remontar el torrente de las edades, para arrancarlo al olvido, y ofrecer su historia, como una advertencia para imitarlo. Pero que tengamos necesidad de interrogar a los siglos, y de demandarles un modelo, cuando podemos admirar el mortal virtuoso que dirige la noble política de la Nación, y contemplar este nuevo Néstor, que, él solo, ilustra más su nombre que los doce Ministros, de los cuales el Estado está en deuda con su Familia.

¡Oh Vergennes, antes de permitirse un elogio, tiene que haberse llevado a cabo el homenaje que te es debido! ¿Qué hombre ha sabido cumplir una carrera tan brillante? Del fondo de Suecia, donde, sin derramar sangre, él afianzó a un Rey sobre el Trono, Francia lo recuerda y le vuelve a pedir un Ciudadano. Ausente y sin intrigas, su Señor se honra, apoyándose en él, de los intereses de su Nación: ¡Eh! ¿Qué elección fue mejor justificada? Su Patria retoma su rango en Europa; y su preponderancia es restablecida. Es necesario vengar una paz vergonzosa: el día de gloria llegó. Los problemas de Inglaterra no escapan a sus miradas; él va a reducirla a la inercia que su débil extensión le ordena. Su alma es sensible a los gritos de los oprimidos: ellos vivirán libres; y es a él que ellos deben la ayuda: les asegura un Tratado, pero sin aprovecharse de sus necesidades. La desgracia es sagrada a sus ojos: y el desafortunado eleva esta Nación naciente al nivel de aquella que va a protegerla. No es un secreto que esta alianza está cimentada: la generosidad, quien la prescribió, osa publicarla, entre los enemigos comunes. Flotas, de las cuales nuestros Puertos se asombran, se imponen a su furor. En Holanda, una división eficaz nos asegura su neutralidad. Parece que este gran hombre mantiene, en sus manos, el destino de los Imperios. Estos Otomanos, que él solo armó contra Rusia, dejan la espada (*glaiive*), desde que él ordenó; y la promesa de vengarlos se convierte en la garantía de una paz eterna. Seiscientos mil hombres van a matarse en Alemania: su prudencia veló por ellos; y esos

millares de soldados ya no son más que hermanos que se abrazan. Nuestros enemigos ya no tienen aliados: España y Francia, que él unió, van, acercándose, a asfixiar a los perturbadores del Mundo; y en sus manos sabias, todas las ramas de los Borbón ya no son más que un haz formidable, que el Universo ligado no sabría incluso estremecer. He ahí el mortal que merece las Coronas, y para quien el entusiasmo de su siglo sólo es la justicia de la posteridad.²⁰⁷

Acorde a su espíritu contrario, Lespinasse de Langeac no sólo rebajaba a Suger, sino que además criticaba el hecho mismo de ensalzar a un muerto supuestamente imperecedero. Para este autor merecía más gloria una persona viva, un gran mortal del siglo XVIII, al cual pintaba como el paladín de Europa: Charles Gravier, conde de Vergennes (1717-1787).

²⁰⁷ « Tel fut ce Régent du Roïaume : telle fut sa vie. Bien loin d'être le premier homme de son siècle, il ne fut pas même le premier Moine ; puisque Abeilard, le Vénéral Pierre, & Saint-Bernard existoient avec lui. Doué de quelques talens, son adresse fut d'être souple & bas. Sa constance dans ses projets, le mena lentement à l'élévation que le génie décide. Tourmenté d'une ambition aveugle, la superstition de ses Maîtres, & les événemens seuls ont fait sa grandeur ; son avarice ne la vit que dans les richesses. Digne, en tout, de son siècle, le crime des Croisades fut le sien, comme celui de son tems ; sa jeunesse y applaudît ; son ambition en profita ; sa vieillesse en donna l'exemple. Moine avide à la Cour, courtisan fastueux dans le Cloître, déplacé partout, il réunit, par une égale injustice, l'empire de la faveur, & celui de la religion. Le nom de Suger invite cependant à une réflexion utile. Honoré du titre brillant de Ministre, quand sa naissance le tenoit si loin d'un pareil espoir, peut-être donne-t'il lieu de souhaiter que ceux, que cette dignité décore, se rendent, comme lui, des êtres isolés, & que privés d'entours qui les subjuguent, ils adoptent le peuple, pour famille. Cette vérité seule ne motive pas un éloge. Ce n'est que, lorsqu'un grand homme a vécu pour le bonheur d'un règne, qu'il est beau de remonter le torrent des âges, pour l'arracher à l'oubli, & d'offrir son histoire, comme un avertissement de l'imiter. Mais, qu'avons-nous besoin d'interroger les siècles, & de leur demander un modèle, quand nous pouvons admirer le mortel vertueux qui dirige la noble politique de la Nation, & contempler ce nouveau Nestor, qui, lui seul, illustre plus son nom que les douze Ministres, dont l'État est redevable à sa Famille.

« O Vergennes, avant de se permettre un éloge, il faut s'être acquitté de l'hommage qui t'est dû ! Quel homme a sçu remplir une carrière aussi brillante ? Du fond de la Suède, où, sans verser de sang, il affermit un Roi sur le Trône, la France le rappelle & redemande un Citoïen. Absent & sans intrigues, son Maître s'honore, en se reposant sur lui, des intérêts de sa Nation : eh ! quel choix fut mieux justifié ? Sa Patrie reprend son rang dans l'Europe ; & sa prépondérance est rétablie. Il faut venger une paix honteuse : le jour de gloire est venu. Les troubles de l'Angleterre n'échappent point à ses regards ; il va la réduire à l'inertie que sa faible étendue lui commande. Son ame est sensible aux cris des opprimés : ils vivront libres : & c'est à lui qu'ils doivent des secours : un Traité les assure, mais sans profiter de leurs besoins. Le malheur est sacré à ses yeux ; & l'infortune élève cette Nation naissante au niveau de celle qui va la protéger. Ce n'est pas, dans le secret, que cette alliance est cimentée : la générosité, qui l'a prescrite, ose la publier, chez des ennemis communs. Des flottes, dont nos Ports s'étonnent, en imposent à leur fureur. En Hollande, une division adroite nous assure sa neutralité. Il semble que ce grand homme tienne, dans ses mains, le destin des Empires. Ces Ottomans, que lui seul arma contre la Russie, déposent le glaive, dès qu'il a commandé ; & la promesse de les venger devient l'assurance d'une paix éternelle. Six cens mille hommes vont s'égorger en Allemagne : sa prudence a veillé sur eux ; & ces milliers de soldats ne sont plus que de frères qui s'embrassent. Nos ennemies n'ont plus d'alliés : l'Espagne & la France, qu'il unit, vont, en se rapprochant, étouffer les perturbateurs du Monde ; & dans ses mains sçavantes, toutes les branches des Bourbons ne sont plus qu'un faisceau redoutable, que l'Univers ligué ne sçaurait même ébranler. Voilà le mortel qui mérite des Couronnes, & pour qui l'enthousiasme de son siècle n'est que la justice de la postérité. » [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 85-88.

Ministro del Exterior durante el reinado de Luis XVI, este hombre de acción digno de loa, contaba con antecedentes que lo avalaban: había participado activamente durante la Guerra de sucesión Austriaca, la Guerra de los Siete Años, y apoyaba la independencia norteamericana, la cual en teoría perjudicaría a los ingleses. A ojos de Lespinasse de Langeac se trataba de un auténtico patriota, lo cual confirmaba en este autor su ánimo promonárquico, identificable a lo largo de su sátira. Por lo mismo, al desafiar el género del elogio, este crítico mordaz consiguió desmarcarse retórica y políticamente del ideal ministerial de los académicos.

Debido a esta actitud, Delamalle se esforzó tanto en combatirlo: a sus ojos, al decir mentiras sobre Suger y despojarlo del mérito, Lespinasse de Langeac, como tantos otros, cometía un delito grave. De manera elocuente, este leguleyo comunicaba su sentir:

He ahí al hombre que en el siglo dieciocho la Academia Francesa ofrecía al reconocimiento de la Nación; venguémosla de los reproches que se le hacen sobre una elección que se ha juzgado mal; ¿Era necesario alabar a un Monje? ¿Eran las arengas a los Papas, las disputas de Convento, las reformas de Monasterios, las que merecían los sufragios de los Filósofos y que la elocuencia debía exaltar? ¿Cómo el entusiasmo que podían inspirar los cambios felices sobrevenidos en la época de la administración de Suger, no apartó cualquier otro sentimiento? ¿Cómo la incertidumbre de la Historia, no detuvo a aquellos que querían condenarlo amargamente? ¿Con qué derecho, en efecto, si fue culpable, osamos probarlo ante la posteridad? ¿Sobre la fe de qué escritos se condena a un Ministro muerto desde hace más de seiscientos años? ¡Qué digo! se vierte sobre su ceniza el veneno de la sátira. ¡Ah! ¿Merecen que la naturaleza os dé grandes hombres? Insensatos que quieren extender el despotismo de vuestras opiniones hasta la antigüedad más remota; ¿Saben lo que pasa alrededor de ustedes y la historia del tiempo donde viven? ¿Qué opiniones, qué pasiones, qué virtudes inspiran a aquellos que ustedes gobiernan? En el seno mismo de vuestras familias, los sentimientos de vuestros padres, el corazón de vuestros amigos les son bien conocidos; ¿ustedes se conocen a sí mismos? Dense cuenta de todas vuestras acciones; digan qué instinto los impulsó, qué causa invisible determinó vuestra voluntad; no lo saben; y juzgan: dispensadores descarados de la alabanza y condena, ustedes osan asociar vuestras ideas a las de los grandes hombres, y denunciar ante la posteridad los pensamientos más secretos de éstos; ¡Ah! si está permitido intentarlo; que sea para embellecer otra vez la virtud, y prestar un nuevo resplandor al genio; cuando se agrega a su gloria para ejemplo

del mundo, se puede exagerar sin crimen, cuando se les despoja, es un atentado contra la humanidad; los grandes hombres, los modelos de virtudes, ¿no son bastante raros, aún sin que se quiera disminuir el número?²⁰⁸

Más allá del reclamo de este abogado justiciero –el cual enfatizaba su voluntad de una autocomprensión mediante el conocimiento sabio del pasado y del presente; que defendía la visión favorable a la figura de Suger y asentaba el crimen de lesa humanidad con la correspondiente exigencia de castigo metafísico a los “venenosos” detractores–, lo cierto fue que Lespinasse de Langeac no estuvo solo en su lucha. Otros elogiadores coincidieron con su veredicto, en particular D’Espagnac y De Laussat. Ambos ponían también en tela de juicio la superioridad de aquel hombre del siglo XII, al cual tacharon de incompetente sin gloria, pues sus excesos en la administración, su ambición, vanidad, avaricia e intriga, impidieron el verdadero progreso de las costumbres.²⁰⁹ A fin de cuentas, como lo diría D’Espagnac: “Suger no era el genio del cual la Francia tenía necesidad.”²¹⁰

²⁰⁸ « Voilà l’homme qu’au dix-huitième siècle l’Académie Française offroit à la reconnaissance de la Nation ; vengeons-la des reproches qu’on lui fait sur un choix qu’on a mal jugé ; étoit-ce un Moine qu’il falloit louer ? Etoit-ce des harangues à des Papes, des disputes de Couvent, des réformes de Monasteres, qui méritoient les suffrages des Philosophes & que l’éloquence devoit exalter ? Comment l’enthousiasme que pouvoient inspirer les changemens heureux survenus à l’époque de l’administration de Suger, n’a-t-il pas écarté tout autre sentiment ? Comment l’incertitude de l’Histoire n’a-t-elle pas arrêté ceux qui vouloient le blâmer amerement ? De quel droit, en effet, s’il fut coupable, osons-nous l’attester à la postérité ? Sur la foi de quels écrits condamne-t-on un Ministre mort depuis plus de six cents ans ? Que dis-je ! on verse sur sa cendre le poison de la satire. Ah ! méritez-vous que la nature vous donne des grands hommes ? Insensés qui voulez étendre le despotisme de vos opinions jusqu’à l’antiquité la plus reculée ; savez-vous ce qui se passe autour de vous & l’histoire du tems où vous vivez ? Quelles opinions, quelles passions, quelles vertus inspirent ceux qui vous gouvernent ? Au sein même de vos familles, les sentimens de vos parents, le cœur de vos amis vous sont-ils bien connus ; vous-même vous connoissez-vous ? Rendez compte de toutes vos actions ; dites quel instinct vous poussa, quel cause invisible déterminâ votre volonté ; vous ne le savez pas ; & vous jugez : dispensateurs hardis de la louange & du blâme, vous osez associer vos idées à celles des grands hommes, & dénoncer à la postérité leurs pensées les plus secrettes ; ah ! s’il est permis de le tenter ; que ce soit pour embellir encore la vertu, & prêter un nouvel éclat au génie ; quand on ajoute à leur gloire pour l’exemple du monde, on peut exagerer sans crime, quand on les dépouille, c’est un attentat contre l’humanité ; les grands hommes, les modeles de vertus, ne sont-ils pas assez rares, sans qu’on veuille encore en diminuer le nombre ? » Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 41-42. Al final de su texto (p. 43-44), el autor ponía en voz de un fantasmagórico Suger este reclamo a la ingratitud que ha recibido por todos sus servicios rendidos a la patria. Por otra parte, otros textos también destacaban este ideal de elocuencia que encumbraba la verdad. Desde esta perspectiva podía constituir un crimen tanto una débil alabanza como un desbordado halago que rayara en la adulación. Cfr. [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 66; [Deslyons] *Éloge historique de Suger...*, p. 26.

²⁰⁹ Cfr. [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 8, 16-17, 19, 21 (avaro), 25 (adulador e intrigoso), 32 (imprudente y codicioso), 49 (vanidad), 54 (credulidad e ignorancia), 78 (aprovechado); [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 8, 18 (abusos en la administración, ambición e hipocresía), 21, 23; y D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 15 (crítica a los talentos de Suger), 18 s. (gloria endeble de Suger), 28 s. (sin progresos), 35 (incompetente), 37, 39, 76-77, 81 (Suger, “espíritu pequeño” y “hombre vano”).

²¹⁰ D’Espagnac, *Réflexions sur l’Abbé Suger...*, p. 35.

Si Delamalle defendía la elección de la Academia, Lespinasse de Langeac, D'Espagnac y De Laussat la contravinieron abiertamente al publicar sus textos de manera externa al concurso; al mermar el prestigio del Gran Hombre, combatieron el ideal formulado por la corporación académica.

Pero pese al disenso existente, hubo un punto que atrajo la atención de todos y que representó en la mayoría de los casos, si no el rechazo de Suger, cuando menos un reproche serio a su conducta: el lujo. Porque como lo diría De Saint-Martin, “los más grandes genios no están exentos de debilidades.”²¹¹

Tema ligado a la representación de un mundo cortesano exuberante, el fasto fue para Suger el mayor de sus pecados, según los elogios del siglo XVIII.²¹² En calidad de monje este despilfarro de riqueza le atraía las miradas de acusación, especialmente porque se hablaba de la existencia de pruebas que mostraban su debilidad del alma. En efecto, los elogiadores consideraron los textos de Suger –sobre todo el *Scriptum consecrationis* y la *Gesta Suggestii Abbatis*– como la evidencia de ese amor por la pompa y la opulencia. Por lo mismo, consideraron su remodelación de la iglesia basilical y sus inscripciones –ambas repletas de ornamentos y piedras preciosas– como un exceso, a veces perdonable, en un hombre virtuoso. Esta fue quizá la razón por la cual, hacia 1779, Suger nunca gozó en demasía de la simpatía pública en calidad de artista-constructor.²¹³ Probablemente también haya sido uno de los motivos que llevaron a varios radicales a atacar y destruir la iglesia de Saint-Denis durante los turbulentos sucesos revolucionarios. En todo caso, lo anterior constituyó un serio obstáculo a la elevación de Suger y sus elogiadores, empezando por la Academia.

²¹¹ « [...] le plus grands génies ne sont pas exempts de faiblesses. » Este autor era favorable a Suger y por tanto llamaba a no olvidar jamás su nombre. [« Que son nom ne s'efface jamais de notre souvenir. »] Las dos citas se encuentran en [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 27.

²¹² Sobre el lujo y opulencia en Suger, a veces relacionada con la remodelación de la iglesia de Saint-Denis, cfr. [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 22 y 36; [Gin] *Les effets de l'amour du bien public...*, p. 17; [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 11-14; D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 14, 31, 77; [Lespinasse de Langeac] *Suger, moine de Saint-Denis*, p. 60, 72; [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 10; Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 13 y 30. Jumel fue quien con mayor insistencia justificó el que Suger recurriera al fasto.

²¹³ Curiosamente algunos de sus detractores le concedieron cierta gloria por sus labores artísticas en Saint-Denis. Por ejemplo, D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 34 (portal de Saint-Denis).

La promesa no cumplida: Suger Legislador

Aún con el río de reproches un Suger multifacético terminó por imponerse. De ahí que De Saint-Martin, cifrara cuatro campos en los que este hombre del siglo XII efectuó grandes cosas: libertad, costumbres (*moeurs*), artes y leyes.²¹⁴ A lo largo de este capítulo he referido varias cuestiones relacionadas con estos dominios, aunque aún es necesario volver sobre el tema de la legislación.

La pregunta que se formulaban los elogiadores era muy simple: ¿Suger impuso un cambio en la constitución del reino? ¿Este ministro fue capaz de fundar un nuevo código para impulsar a los franceses hacia la felicidad? La controversia al respecto nos revela las inquietudes políticas y sociales presentes entre concursantes y no concursantes.

Una parte de los autores aceptaba que, pese a su genio y sus logros, el abad no generó una nueva legislación.²¹⁵ Por otro lado, había quien defendía la toga de Suger, al afirmar categóricamente que éste hizo mucho más que administrar el reino: aplicó sus luces al derecho y las costumbres de su época.²¹⁶ Sin embargo, nadie como el ganador del concurso, para plantear la preocupación por las leyes, las cuales eran consideradas como el mecanismo o las riendas del cuerpo político.²¹⁷

Dominique Joseph Garat estaba interesado sobretodo en mostrar a sus congéneres letrados un problema central: la confrontación entre la figura del administrador y la del legislador, así como la necesidad urgente de la sociedad por encontrar a éste último. Para ello tuvo a bien emplear las últimas páginas de su elocuente discurso, las cuales buscaban elevar este tema en la opinión pública.

El intento de Garat, por tanto, nos ayuda a dimensionar: 1) la clase de anhelos que fueron encapsulados en el elogio de un hombre de la Edad Media; y 2) las razones políticas de los jueces para otorgarle el premio del concurso de 1779. Y para ello, conviene responder a lo siguiente: ¿Cuál era la diferencia fundamental entre el administrador y el

²¹⁴ [Saint-Martin] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, p. 22-27.

²¹⁵ Por ejemplo, D'Espagnac, *Réflexions sur l'Abbé Suger...*, p. 34; [Hérault de Séchelles] *Éloge de Suger...*, p. 32 s.

²¹⁶ Delamalle, *Éloge de Suger...*, p. 24-25, 31; [De Romance], *Éloge de Suger...*, p. 48; Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 8.

²¹⁷ Cfr. [De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, p. 43 y 48.

legislador a fines del siglo XVIII? ¿Por qué el ganador del certamen de elocuencia le dio tanto peso a esta distinción? ¿De dónde surgía la necesidad de una persona que fuera capaz de elaborar leyes que regularan a la sociedad en su conjunto? ¿Qué lugar le era reservado a la figura del administrador: relegada o recuperada parcialmente? Y por supuesto, ¿Suger de Saint-Denis fue un administrador, un legislador o ambos?

a) Administrador/Legislator: Garat y la perfección social de la virtud

La perorata final de este abogado del parlamento expresaba que después de elogiar la vida de un Gran Hombre, su corazón guardaba una aflicción producto de una “reflexión dolorosa”.²¹⁸ Apelando a la emotividad de su auditorio, Garat confesaba que aquel dolor provino tras haber cavilado sobre lo infructuosa que resultó para Francia la labor de tantos administradores. No negaba que éstos hubieran tenido talento; al contrario, contaban de sobra con él, pero en su opinión poco habían logrado respecto del perfeccionamiento de la sociedad.

En el caso de Suger, uno de esos tantos administradores, su contribución era tan mínima que desde su muerte hasta 1779 el hombre no había podido alcanzar la meta deseada. Según Garat, parecían existir más argumentos para el remordimiento que para el reconocimiento y en todo caso, lo primero movía más a la desesperación. La angustia llegaba al punto de contar los días y esperar que pronto cesara la contradicción:

¡Qué! ¡La Naturaleza hizo del hombre un ser social, y seiscientos años de trabajos seguidos no bastan a un Pueblo para formar una Sociedad donde pueda encontrar la felicidad que desea! ¿Cuál sería entonces esa contradicción desesperante entre nuestras inclinaciones y nuestras facultades? ¿La Naturaleza habría querido burlarse de nosotros, haciéndonos desear los bienes que no podemos alcanzar, y dándonos un modelo de perfección que nos será siempre imposible de realizar?²¹⁹

²¹⁸ Para la perorata final, véase Garat, *Éloge de Suger...*, p. 45-48. La cita del texto se encuentra en p. 45.

²¹⁹ « Quoi ! La Nature a fait de l'homme un être social, & six cents années de travaux suivis ne suffisent pas à un Peuple pour former une Société où il puisse trouver le bonheur qu'il désire ! Quelle seroit donc cette contradiction désespérante entre nos penchants & nos facultés ? La Nature auroit-elle voulu se jouer de nous, en nous faisant désirer des biens que nous ne pouvons pas atteindre, & en nous donnant un modèle de perfection qu'il nous sera toujours impossible de réaliser ? » Garat, *Éloge de Suger...*, p. 45.

Esta irónica exaltación ponía de relieve cuánto le preocupaba a Garat la naturaleza del hombre y sus posibilidades de modificarla, haciendo uso de sus facultades hasta conseguir su máximo esplendor, es decir, su perfeccionamiento. Estaba claro que la “felicidad pública”²²⁰ a la cual se pretendía arribar era aún lejana, mucho más si los administradores guiaban. En vista del fracaso histórico de éstos, el legislador emergía como la persona en quien se depositaba ahora la confianza.

Pese a la evidente inclinación de la balanza en favor de este último, Garat –¡un abogado del parlamento!– negaba que estuviera supeditando una figura a otra; antes bien, destacaba las “grandes” funciones del administrador. Lo cierto fue que nunca se privó de la comparación:

Las funciones del Administrador son también grandes, y son todavía más difíciles. Es necesario que conozca, por así decir, a cada hombre en particular, que trate con cada pasión; él mismo debe en todo momento colocar la mano sobre todas las partes de su Obra.

El Legislador, a quien un Pueblo ha confiado su suerte, al contrario sólo tiene que concebir su plan con genio; y todas las partes del Estado, atentas a su voz, van a moverse (*mouvoir*) ellas mismas para ejecutarlo.²²¹

Por lo anterior, Garat veía en el legislador una especie de general, a cuya voz todos los demás grados obedecían;²²² mientras el administrador era un sujeto que: “[...] Es guiado algunas veces por sus luces y por sus virtudes; gobierna algunas veces con sus errores y sus pasiones. A cada instante, puede degradar él mismo el bien que ha hecho, y perder de vista aquel que quería hacer; y cuando ya no está, casi siempre sus propósitos son abandonados.”²²³

²²⁰ Garat, *Éloge de Suger...*, p. 46.

²²¹ « Les fonctions de l'Administrateur sont aussi grandes, & sont encore plus difficiles. Il faut qu'il connoisse, pour ainsi dire, chaque homme en particulier, qu'il traite avec chaque passion; lui-même doit porter à tout instant la main sur toutes les parties de son Ouvrage.

« Le Législateur au contraire, à qui un Peuple a remis son sort, n'a qu'à concevoir son plan avec génie ; & toutes les parties de l'Etat, attentives à sa voix, vont se mouvoir d'elles-mêmes pour l'exécuter. » Garat, *Éloge de Suger...*, p. 46.

²²² Garat, *Éloge de Suger...*, p. 46.

²²³ « (...) il est guidé quelquefois par ses lumières & par ses vertus ; il gouverne quelquefois avec ses erreurs & ses passions. A chaque instant, il peut dégrader lui-même le bien qu'il a fait, & perdre de vue celui qu'il vouloit faire ; & lorsqu'il n'est plus, presque toujours ses desseins sont abandonnés. » Garat, *Éloge de Suger...*, p. 46.

El carácter inconstante y efímero representado en la figura administrativa era notable en el argumento de Garat y conducía a un atrevido desenlace. Si seguimos al autor en su silogismo: Suger fue un administrador, por lo tanto, era inestable en su actuar y su obra terminó en el completo abandono.

La conclusión no sorprende tanto por la sentencia indirectamente dictada al abad del siglo XII, sino por la búsqueda desesperante de un porvenir, así como de un sustento histórico que le diera sentido y razón a un presente incierto. En otras palabras, la reflexión de este abogado estaba centrada en motivar en otros el descubrimiento sabio de acciones concretas con miras a un futuro de perfección. Por ello, las Leyes –así con mayúscula– eran para Garat el símbolo de lo imperecedero. De ahí también que el autor recurriera a ejemplos de la Antigüedad para mostrar lo que un buen corpus legislativo traía consigo: en el caso de Roma, la conquista del universo.²²⁴

Por la misma razón, en última instancia el legislador era el depositario de una tarea fundamental para la sociedad y su porvenir: crear leyes bellas. Acorde a la noción de perfección, de la cual Garat parece sólo el portavoz, las “bellas legislaciones” conducirían a los hombres a su plenitud y felicidad.²²⁵ Una vez allí, “el hombre ya no tendrá más que gozar de la vida; y la Sociedad, como la Naturaleza, ejecutará por ella misma las Leyes que tendrá una vez recibidas.”²²⁶

Por supuesto, resulta difícil no pensar en las *Belles Lettres* como parte de un mismo ideal estético y político de perfección. Tampoco es complicado considerar una intención meditada el hecho de que Garat terminara con esas palabras su *Éloge de Suger*, o bien que la Academia lo premiara; más bien las dos cosas son indicativas de una postura política. ¿Por qué este discurso sobre la vida de un individuo terminaba con una arenga a la consecución de bellas leyes y de una verdadera sociedad? Quizá una pista importante puede encontrarse al explorar algunas nociones de ley y legislador del siglo XVIII. Tal vez de este modo se despeje la aparentemente conflictiva relación que guardaron entre sí conceptos como individuo y sociedad. Pero dado que el problema rebasa por mucho los límites de mi

²²⁴ Garat, *Éloge de Suger...*, p. 47.

²²⁵ Para este vínculo entre la ley y la felicidad, cfr. [De Chasteler], *Éloge historique de Suger...*, p. 22.

²²⁶ « [...] l'homme n'aura plus qu'à jouir de la vie ; & la Société, comme la Nature, exécutera d'elle-même les Lois qu'elle aura un fois reçues. » Garat, *Éloge de Suger...*, p. 48. Con esta frase dio por concluido su elogio.

trabajo, he considerado pertinente traer a colación sólo dos referentes de la cultura ilustrada: Montesquieu y Rousseau.

b) La santidad del legislador y su amor por el derecho positivo

En *El espíritu de las Leyes* (1748) Montesquieu planteaba que las leyes “son las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas”.²²⁷ La ley estaba a medio camino entre una razón originaria que daba sentido a todo y los distintos seres, incluidos los vínculos entre ellos. Entendida así, la ley daba orden a todo y surgía de un pensamiento racional –y por qué no también relacional–, el cual indagaba en la naturaleza de las cosas para derivar de ahí los principios rectores. La búsqueda del “espíritu” de las leyes era la puesta en marcha de una facultad de la mente que traía a la luz “las diversas relaciones que las leyes pueden tener con distintas cuestiones”.²²⁸

Más allá de esta apretada síntesis de Montesquieu, debe destacarse que dentro de las Leyes naturales –las cuales derivan del ser– se considerara el deseo de vivir en sociedad.²²⁹ De este principio partía el propio Garat cuando abogaba por el legislador, pues éste en teoría sería el encargado de cumplir aquél deseo que correspondía de suyo a la naturaleza humana.

No obstante, aparte de las naturales existían las leyes positivas, surgidas a causa de los conflictos en sociedad. El derecho de gentes, el político y el civil eran los que instauraban dichas leyes.²³⁰ En su discurso, Garat no hacía otra cosa que reivindicar ese derecho positivo, especialmente cuando planteaba como brújula de su sociedad una “bella legislación”.

La belleza a la que se refería este autor, idealmente encarnaba la verdad desprendida de la observación de las relaciones que se convertirían en leyes: justo en ese perfecto vínculo entre la razón originaria y los seres se la encontraba. Aquí debe resaltarse que en la

²²⁷ Charles de Secondat, barón de Montesquieu, *El espíritu de las leyes* [1748], traducción, introducción y notas de Demetrio Castro Alfin, Madrid, Istmo, 2002, p. 87.

²²⁸ Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, p. 93.

²²⁹ Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, p. 89-91.

²³⁰ Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, p. 91-93.

tradición jurídica occidental –cuyas bases se encuentran en el derecho canónico que se formuló alrededor del siglo XII– dicho principio de correspondencia no era otra cosa que la *aequitas* cristiana.²³¹ Pero a pesar de ser tan semejante a la equidad de Montesquieu, Garat la pasó de largo para situar por encima a la ley positiva y su creador.

Esta importancia excesiva dada al legislador podía encontrarse también en *El Contrato Social* (1762) de Rousseau. En un apartado exclusivo sobre el creador de leyes, este autor comentaba que:

Para descubrir las mejores reglas sociales que convienen a las naciones, sería preciso una inteligencia superior capaz de penetrar todas las pasiones humanas sin experimentar ninguna; que conociese a fondo nuestra naturaleza sin tener relación alguna con ella; cuya felicidad fuese independiente de nosotros y que por tanto desease ocuparse de la nuestras; en fin, que en el transcurso de los tiempos, reservándose una gloria lejana, pudiera trabajar en un siglo para gozar en otro. Sería menester de dioses dar leyes a los hombres.²³²

La sacralidad del legislador era patente. Rousseau no hacía de él sino “un hombre extraordinario en el Estado”.²³³ Y pese a imponerle ciertos límites –como el hecho de que no podía mandar sobre los hombres, es decir, jamás ser ni magistrado ni soberano–, no dudaba en reconocer “la santidad de su obra”.²³⁴ Una santidad que residía en el carácter mismo de la empresa que pretendía realizar todo aquél que se llamara a sí mismo un legislador, pues

El que se atreve a emprender la tarea de instituir un pueblo, debe sentirse en condiciones de cambiar, por decirlo así, la naturaleza humana; de transformar cada individuo, que por sí mismo es un todo perfecto y solitario, en parte de un todo mayor, del cual recibe en cierta

²³¹ Sobre la formación de esta tradición jurídica, véase en general Harold Joseph Berman, *La formación de la tradición jurídica de Occidente*, trad. de Mónica Utrilla de Neira, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

²³² Juan Jacobo Rousseau, *El contrato social o principios de derecho político* [1762], en Juan Jacobo Rousseau, *El contrato social o principios de derecho político; Discurso sobre las ciencias y las artes; Discurso sobre el origen de la desigualdad*, 13ª ed., estudio preliminar de Daniel Moreno, México, Porrúa, 2002, p. 27.

²³³ Rousseau, *El contrato social...*, p. 28. El carácter de extraordinario también podía ser ligado a un ideal de belleza, tal y como se aprecia en Montesquieu: “No se juzgan las acciones de los hombres como buenas, sino como hermosas, no como justas, sino como grandes, no como razonables, sino como extraordinarias.” Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, p. 117.

²³⁴ Rousseau, *El contrato social...*, p. 28. En este sentido confróntese el pasaje de Jumel donde habla de la “santa legislación”. Jumel, *Éloge de Suger...*, p. 47.

manera la vida y el ser; de alterar la constitución del hombre para fortalecerla; de sustituir por una existencia parcial y moral la existencia física e independiente que hemos recibido de la naturaleza. Es preciso, en una palabra, que despoje al hombre de sus fuerzas propias, dándole otras extrañas de las cuales no puede hacer uso sin el auxilio de otros.²³⁵

Quizá este razonamiento haya sido el que le permitió a Garat dar un salto de la vida de un hombre (Suger) a la introducción de la angustia o desesperación por la vida perfecta en sociedad. En la opinión de este autor, el carácter de los administradores, efímeros e inconstantes, podría ser equiparable al de la naturaleza humana; en cambio, los legisladores serían portavoces del cambio y su labor sobrepasaría la condición humana, debido a los fines a los cuales aspiraban. En otras palabras, el legislador gozaría de una virtud más elevada que la del administrador.

¿Cómo entender esa virtud? La clave nos la vuelve a dar Montesquieu, quien en su advertencia a su obra, señalaba que aquélla no era la virtud moral y cristiana, sino la “virtud política”.²³⁶ Esto no quiere decir que se negara la parte moral y cristiana de la virtud, sino que más bien se prefería ligar dicha palabra al sentimiento de igualdad y amor a la patria y hacer de él la base de la educación republicana.²³⁷ En palabras de Montesquieu:

[...] la virtud política es una renuncia a uno mismo, lo cual es siempre algo penoso. Esta virtud se puede definir como el amor a las leyes y a la patria. Este amor, exigiendo continuamente anteponer el interés público al propio, proporciona todas las virtudes particulares, que no son otra cosa que esa preferencia, y es particularmente propio de las democracias.²³⁸

Lo interesante es que la mayoría de las representaciones sobre Suger pagaron muy bien su deuda hacia este tipo de virtud política. No obstante, el ganador del concurso fue quien con mayor énfasis le dio un giro. Garat jamás afirmó que Suger careció de virtud; al contrario, para él daba muestras de humildad y desapego a todo interés personal en pro de la comunidad de la cual formaba parte. Ya fuera en beneficio del reino o de la cristiandad, la virtud de Suger no estaba en duda. Sin embargo, Garat señalaba que Suger no logró

²³⁵ Rousseau, *El contrato social...*, p. 28.

²³⁶ Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, p. 79-80.

²³⁷ Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, p. 79-80.

²³⁸ Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, p. 120-121.

concretar su virtud política a través de un legado duradero y eterno. Esta fue la razón por la cual el nombre de aquel abad del siglo XII aparecía en la larga lista de administradores fallidos: porque aunque su intención fuera noble, Suger no dio el paso a convertirse en un legislador –figura que en Garat adquiriría el estatuto del máximo detentador de la virtud.

Sin dejar a Suger de lado y a la vez poniendo de relieve al creador de leyes, este abogado del parlamento formulaba una alternativa a la contradicción donde administrador y legislador encontraban cada uno su lugar: si Suger era el mejor administrador del pasado, ¿quién sería el mejor legislador del futuro? El llamado a emular a este personaje de una época oscura era el paso necesario de todo aquel que pretendiera aspirar a la santa inmortalidad del creador de leyes. Probablemente esta haya sido una de las razones más entrañables que tuvieron los jueces para brindar el galardón a Garat.

Suger de Saint-Denis: un símbolo académico

Tras lo anterior podría interpretarse que la Academia, mediante su concurso de elocuencia tejió a lo largo de varias décadas “una hábil estrategia de política del derecho”.²³⁹ Se trataría entonces de la conformación de una mitología jurídica, según la cual la ley positiva es la única capaz de orientar y dirigir una sociedad. La representación de la “hidra feudal” como el reverso exacto de la legislación idealizada por buena parte de los elogiadores, es tal vez un indicio de este proceso que hizo de las leyes la fuerza de cambio por excelencia, y de sus creadores, los agentes recondutores de la nación.

La Academia difundió estas cuestiones al grado de ser la reproductora de una ideología “revolucionaria” –entiéndase reformista– sobre todo hacia mediados del siglo XVIII. Suger fue tan sólo un caso de este proceso que, en términos jurídicos, fue gestando su propia mitología a partir de viejos remanentes. Lo que estaba en juego era la superioridad moral de la Academia, la cual radicaba en el conocimiento. Los *hommes de lettres* proyectaron en Suger y en su siglo una ética, donde ellos debían ser los portadores

²³⁹ Paolo Grossi, *Mitología jurídica de la modernidad*, trad. de Manuel Martínez Neira, Madrid, Trotta, 2003, p. 17.

del progreso, solucionadores del conflicto, soporte del Estado, garantes de la sociabilidad y –como tales– constructores de leyes. Esta idealización nos muestra su angustia ante las amenazas políticas de su tiempo cifradas en un teatro de combate como el elogio, cuya escenografía fue la oscura Edad Media.

Con este gesto propio de su condición aristocrática, los académicos y varios letrados más encontraron un refugio a partir del cual consolidar y legitimar su amenazada posición en el presente. Exhibiéndose como los garantes del republicanismo y del verdadero progreso en la historia intentaron colocarse en la vanguardia de la sociedad con la bandera de la razón en alto. Acaso es esto lo que les permitió sobrevivir como corporación al estallido de la Revolución Francesa.

Sin embargo, lo cierto fue que su proyecto fracasó. Odiosas por su conformismo, es decir, por su apego a las viejas estructuras del orden, las academias fueron desintegradas en 1793 y con ello también su nómina de Grandes Hombres. Pero he aquí que la institución fue la derrocada y no los hombres que la perpetuaron. Los individuos que pertenecieron a estas comunidades continuaron discutiendo sobre la nación, su pasado y su porvenir, por lo cual jamás cesaron de soñar con la Edad Media. Cuando la corporación dejó de actuar, múltiples intereses se dispersaron en el nuevo orden de la sociedad.

El nacimiento del *Pantheón* francés con figuras como Voltaire o Rousseau, dio muestra clara de la pervivencia de esa cultura académica del prestigio y reconocimiento; la misma que favoreció el engrandecimiento y la aceptación de una figura como Napoleón Bonaparte, ejemplo formidable de la serie de valores burgueses que un concurso de elocuencia era capaz de elevar al rango de la inmortalidad. Quizá en él, la aristocracia francesa creyó encontrar al Gran Hombre que por mucho tiempo buscaron en sus recurrentes viajes al pasado.

Conclusiones

En un breve relato autobiográfico publicado en 2004, la escritora húngara Agota Kristof evocaba un episodio singular de su infancia, marcada por la ocupación soviética en Europa del Este:

Marzo de 1953. Stalin murió. Lo sabemos desde ayer por la tarde. La tristeza es obligatoria en el internado. Nos acostamos sin hablarnos. Por la mañana preguntamos:

– ¿Es un día libre?

La vigilante dice:

–No. Van a la escuela como de costumbre. Pero no canten.

Vamos a la escuela como de costumbre, en fila, pero sin cantar. Sobre los edificios ondean banderas rojas y banderas negras.

Nuestro profesor de clase nos espera. Él dice:

–A las once, la campana de la escuela sonará. Se levantarán para guardar un minuto de silencio. Mientras esperan, escribirán una composición cuyo tema será: ‘La muerte de Stalin’. En esa composición, escribirán todo lo que el camarada Stalin era para ustedes. Un padre en primer lugar, un faro luminoso después.

Una de las alumnas rompe en sollozos. El profesor dice:

–Contrólese señorita [...]

Nosotros escribimos. El profesor se pasea por la clase, las manos detrás de la espalda.

Una campana suena, nos ponemos de pie. El profesor mira su reloj. Esperamos. Las sirenas de la ciudad deberían sonar también. Una niña, cerca de la ventana, mira a la calle y dice:

–Es solamente la campana de la basura.

Nos volvemos a sentar, llevadas por una risa loca.

La campana de la escuela y las sirenas de la ciudad suenan poco después, nos levantamos de nuevo, pero a causa de la basura, reímos todavía. Permanecemos de pie así, durante un largo minuto, estremecidas por una risa silenciosa, el profesor ríe con nosotros.¹

El ritual de duelo narrado aquí era uno impuesto por el Estalinismo de la época. Ideología dominante que la muerte de Stalin en teoría no cambió, más bien la perpetuó mediante la exigencia de veneración y respeto por una figura paterna a la cual se le asignaron múltiples valores positivos.

Si traigo a colación este relato de Kristof es porque mi trabajo sobre cómo y porqué se recordó a Suger en el arte oratorio francés de fines del siglo XVIII, está vinculado con este proceso ideológico. La simbolización del pasado, es decir, la manera de imaginar y moldear los acontecimientos para que alcancen una dimensión alegórica capaz de imponer un sentido a la existencia de una comunidad, es un fenómeno que requiere de explicación. Esto fue lo que quise explorar mediante la lectura e interpretación de los elogios sobre un hombre del siglo XII. Textos que nos confrontan con cuestiones relativas a la generación del sentimiento de pertenencia a un grupo, a la capacidad de los seres humanos de construir su propio pasado y comunicarlo, a la dimensión psicológica de una comunidad cuyo esfuerzo memorístico crea y perpetúa unos lazos afectivos, unas normas de conducta que

¹ « Mars 1953. Staline est mort. Nous le savons depuis hier soir. La tristesse est obligatoire à l'internat. Nous nous couchons sans nous parler. Le matin nous demandons :

« –Est-ce un jour de congé ?

« La surveillante dit :

« –Non. Vous allez à l'école comme d'habitude. Mais ne chantez pas.

« Nous allons à l'école comme d'habitude, en rang, mais sans chanter. Sur les édifices flottent des drapeaux rouges et des drapeaux noirs.

« Notre professeur de classe nous attend. Il dit :

« –À onze heures, la cloche de l'école sonnera. Vous vous lèverez pour observer une minute de silence. En attendant, vous écrirez une composition dont le sujet sera: 'La mort de Staline'. Dans cette composition, vous écrirez tout ce que le camarade Staline était pour vous. Un père d'abord, un phare lumineux ensuite.

« Une des élèves éclate en sanglots. Le professeur dit :

« –Maîtrisez-vous, mademoiselle. [...]

« Nous écrivons. Le professeur se promène dans la classe, les mains derrière le dos.

Une cloche sonne, nous nous mettons debout. Le professeur regarde sa montre. Nous attendons. Les sirènes de la ville devraient sonner, elles aussi. Une fille, près de la fenêtre, regarde dans la rue et dit:

« –C'est seulement la cloche pour les poubelles.

« Nous nous rasseyons, prises d'un fou rire.

« La cloche de l'école et les sirènes de la ville sonnent bientôt après, nous nous levons de nouveau, mais à cause des poubelles, nous rions encore. Nous restons debout ainsi, pendant une longue minute, secouées par un rire silencieux, le professeur rit avec nous. » Agota Kristof, *L'alphabet. Récit autobiographique*, Genève, Éditions Zoé, 2004, p. 25-26.

pretenden la estabilidad y la confianza respecto de lo que vendrá. En suma, son fuentes que nos llevan a tratar el papel de la historia en las sociedades.

Pero el recuerdo trabajado de Agota Kristof también nos señala el fuerte anclaje de aquel proceso ideológico en el fenómeno comunicativo facilitado por una pedagogía que busca impactar a los más jóvenes. La escuela es una institución que garantiza con creces una estructura de transmisión y reproducción de saberes. En el terreno histórico, en ella se aprende a recordar y a sentir el pasado de cierta manera y nadie parece estar más calificado que la autoridad para sancionar las conductas, para las cuales se ha diseñado un programa educativo acorde a las necesidades políticas. Quien controla el colegio busca la aceptación incondicional de éstas por parte de su alumnado: el profesor vigila, los estudiantes escriben sobre la muerte de Stalin. No importa que cada uno diga cosas distintas del fallecido, lo fundamental es que todos hablen de él en cierto sentido y para ello la sentencia ha sido pronunciada: un padre, un faro.

Los *Éloges de Suger* presentan esta dinámica. La Academia Francesa dio la línea directriz del recuerdo (Ministro-Regente) y aseguró su transmisión mediante una práctica educativa propia de su tiempo: los concursos académicos. Como corporación letrada se autoimpuso la tarea de vigilar y dirimir conflictos en materia de estilo y gusto. Con ello, perpetuó un ideal que concursantes y no concursantes trataron de cumplir por igual con tal de obtener el reconocimiento público. El diálogo generado entre los textos hace posible algunas variaciones del ideal académico, pero en el fondo la mayoría respetaba una serie de valores. Además el contenido de sus producciones escritas comunicaba también un programa pedagógico pensado con el objetivo de formar ciudadanos del mundo, que aprendieran a entender y sentir el pasado para beneficio de su nación con ayuda de un canon histórico.

Lo anterior incluso pese a la risa que pudiera generar en la crítica. En este aspecto, el extracto de Kristof nos muestra una vez más la delgada línea que separa la seriedad del ritual de homenaje y el ridículo del cual puede ser motivo. Una “risa silenciosa” que también une a quienes integran la comunidad, incluida la autoridad. La Academia Francesa, en este sentido, jugó también con esta ambivalencia y buscó asegurarse una vista elevada desde la cual contemplar la lucha; su plan logró generar un diálogo que relativamente

volvió a Suger un símbolo para los letrados, independientemente de sus filias políticas, o bien, de las burlas surgidas de la confrontación de los textos.

En otras palabras, los *Éloges de Suger* nos muestran los anhelos y miedos de una élite letrada que cifró sus esperanzas y frustraciones en un personaje de un pasado oscuro. Padre luminoso y razonable en un tiempo turbulento de desorden y caos como la Edad Media, Suger fue uno más de los emblemas que impulsó la Academia Francesa en sus luchas simbólicas dentro de la aristocracia. Símbolo de unión, el abad del siglo XII formaba parte de una familia de Grandes Hombres, cuya ostentosa labor de siglos –tal y como la imaginaban los letrados dieciochescos– había guiado a la nación de manera sabia. El culto a estas figuras destacadas proporcionaba un baluarte desde el cual los académicos se sentían seguros para criticar las ideas de otros actores sociales, reconvenirlos en materia de moral y elevar valores caros a ellos como la razón, la justicia y la equidad, mediante una prédica pública garantizada por esos rezos seculares llamados elogios.

La verdad de estos radicaba en una elocuencia de sustrato histórico, el cual se configuraba con algunos principios básicos: 1) el papel consciente del observador del pasado, cuya facultad imaginativa podía recordar, recrear, reinventar y conservar lo ya ido; 2) la distancia mantenida respecto de lo pretérito, la cual permitía el reconocimiento de las diferencias y la contextualización de los hechos; 3) la noción de progreso paulatino e indefinido que ayudaba a valorar moralmente tanto los saberes como las acciones de la humanidad e impulsar el cambio; y 4) la idea de la permanencia de la naturaleza humana, que generaba las similitudes entre épocas, daba lugar a la emulación de las conductas y favorecía la estabilidad. Todos claramente identificables mediante las metáforas referidas al conocimiento del pasado.

El interés académico en un hombre de la Edad Media era una manera de potencializar el mensaje al recurrir a un contraste binario de luz y sombra. Asimismo, *le moyen âge* estaba mucho más ligada a la sentimentalidad francesa del siglo XVIII gracias a una fuerte tradición jurídica, histórica y literaria que la hacían un lugar de memoria. Marco propicio para enarbolar las luces reformistas de un siglo que favoreció una mirada contemplativa y elitista del pasado, el régimen feudal cifró la angustiante búsqueda por

revertir las condiciones presentes. La descripción de la feudalidad acabó por convertirse en un llamado a la razón apoyado en una nostalgia muy peculiar.

Entendida como “la añoranza de un hogar que no ha existido nunca o que ha dejado de existir”,² la nostalgia que demostraron los elogiadores fue de dos tipos. Por un lado buscaron *restaurar* retrospectivamente el ideal político romano el cual, según su opinión, la debacle feudal extinguió. Por el otro, intentaron *reflexionar* sobre la pertinencia de ese anhelo y la manera de conseguirlo, sabiendo que Francia emergía justamente de la Edad Media y que los tiempos que les correspondían eran distintos a los de la república e imperio romanos.

A primera vista parece que buscaron mucho más la *restauración* que la *reflexión*, pero el asunto era más complejo, pues también implicaba una dinámica temporal. En efecto, como parte de una nostalgia retrospectiva, los elogiadores viajaban al pasado para encontrar los remanentes de aquellos días gloriosos de poderío. Pero esta regresión estaba enlazada a una nostalgia presente, ejemplificada en el deseo del viajante dieciochesco por volver a su Ítaca, al punto de partida de su travesía. E igualmente importante era la nostalgia de futuro, en la cual un hogar promisorio de alta virtud política era señalado, pero las tempestades de la naturaleza humana habían impedido un pronto arribo.

En esto debe notarse que no había nostalgia a la manera de los románticos franceses del siglo XIX. En el caso de éstos, prácticamente fue la desilusión del futuro tras la Revolución Francesa la que los animó a recordar parcelas enteras del pasado de manera mucho más reflexiva, en un intento por comprender su situación presente. En los letrados del siglo XVIII esto no sucedió, antes bien, se apreciaba un momento de duda. En ellos, la añoranza de un futuro llevó a la nostalgia de un pasado: pensar si alguna vez ya se había tenido ese hogar ideal, esa utopía, aunque solo fuera en pequeños destellos. La consternación causada por una nostalgia prospectiva los condujo a una retrospectiva: la utopía, la añoranza de ese lugar de bienestar en el futuro, debía estar legitimada en el

² Svetlana Boym, *El futuro de la nostalgia*, trad. de Jaime Blasco Castiñeyra, Madrid, A. Machado Libros, 2015, p. 13. En lo siguiente, utilizo la tipología de la nostalgia que desarrolla esta autora. Ella distingue (p. 19) entre una nostalgia *restauradora* que busca la “reconstrucción histórica del hogar perdido” y que se considera verdad y tradición; y una nostalgia *reflexiva* que “retrasa el regreso al hogar –melancólica, irónica y desesperadamente–.” Esta última, cuestiona e insiste en la ambivalencia tanto de la añoranza como en la apropiación que hace de ella el ser humano.

pasado y de ahí la necesidad de fijar y recordar parcelas históricas de Francia que justificaran el ideal a lograr. El recuerdo de los orígenes, en particular de un Gran Hombre de la Edad Media, fue una manera de conservar el placer de lo arcaico. Quizá en lo anterior podamos reconocer lo que tradicionalmente se ha concebido como el tránsito de la Ilustración al Romanticismo.

De cualquier manera, también debe destacarse que el culto a los Grandes Hombres, alimentado por una cultura retórica, impulsaba una visión jerarquizada del mundo, donde sólo unos cuantos elegidos terminaban en la cima. En esto quisiera regresar sobre el texto de Kristof, quien muestra claramente que su lugar en ese mundo escolar estaba supeditado a otros. En este sentido, no es casual verle emparentada con otro escritor marcado por la ocupación soviética e igualmente preocupado por los usos y abusos de la memoria: Milan Kundera. Este autor checo, quien ha residido en Francia desde 1971, destacaba en su novela *La inmortalidad* (1988) esta desigualdad propia de un ensalzamiento excesivo:

Europa ha reducido a Europa a cincuenta obras [musicales] geniales que nunca ha entendido. Imagínense esa indignante desigualdad: ¡millones de europeos que no significan nada frente a cincuenta nombres que lo representan todo! ¡La desigualdad entre las clases es un descuido insignificante en comparación con esta insultante desigualdad metafísica que convierte a unos en granos de arena y proyecta en otros el sentido del ser!³

Estas palabras, puestas en boca de uno de sus personajes, apuntan a la consideración de las consecuencias filosóficas de un culto exacerbado a la grandeza. En los elogios, tampoco hay que perder de vista esta cuestión. En efecto, hubo un ánimo por mostrar la superioridad no sólo del Gran Hombre, sino de quién lo encumbraba. La Academia y los elogiadores fueron parte de una cultura aristocrática que representó a la élite como la única digna, noble y adecuada para prestar servicio a la nación. Esa es la desigualdad metafísica que impusieron y que quizá provocó más de alguna reacción radical, especialmente años después durante la Revolución. Si la Academia de Antiguo Régimen fracasó fue porque, en cierto sentido, sus pretensiones reformistas y de dominación terminaron por insultar a más de uno.

³ Milan Kundera, *La inmortalidad* [1988], trad. del checo de Fernando Valenzuela, México, Tusquets, 2009, p. 400.

Por otra parte, aquellas justificaciones históricas de su superioridad se las proporcionaban las vidas de estos Grandes Hombres. Ciertamente, los elogios no eran historia, pero se alimentaban de ella en grandes cantidades. Sus autores se tomaron libertades imaginativas que quizá el historiador profesional actual no se atrevería a seguir –pues ya no integran su propio repertorio–; lo cual no quiere decir que hayan carecido de conciencia histórica. Por el contrario, tenían conocimiento del pasado y se dedicaron a cubrir necesidades de su presente, más no del nuestro. Si decidieron describir negativamente una época como la Edad Media, lo hicieron en tanto que les permitía ir acorde al estado de los saberes y del gusto del siglo XVIII, así como comprender su propio tiempo y tomar una postura política al respecto.

Pero se ha dicho con frecuencia que este tipo de interpretaciones sobre el pasado son anacrónicas. No hay razón para discutirlo. Sin embargo, la pregunta que me hice siempre no es si son o no anacrónicas, sino qué función particular revestía este anacronismo en un momento específico. En este sentido, lo valoré de forma positiva, entendiéndolo como una manera en que la memoria cultural opera, como un modo –que seguirá existiendo– según el cual una comunidad es capaz de construir, aprehender, y transmitir un sentido a su devenir. Mi propósito en todo caso fue el de entender cómo y por qué “tras el frágil linde de lo incontestable (no cabe duda de que Napoleón perdió la batalla de Waterloo), se extiende un espacio infinito, el espacio aproximativo de lo inventado, simplificado, exagerado, de lo mal entendido, un espacio infinito de no verdades que copulan, se multiplican como ratas y quedan inmortalizadas.”⁴

Esto nos coloca frente al difícil problema de la construcción y transmisión de una memoria compartida, la cual descansa en soportes que van más allá de la historiografía, pero cuya resonancia alcanza a ésta. En el caso de esta tesis, los *éloges* han sido un momento bastante relegado en la historia sobre la representación de Suger, quizá porque se menosprecia su influencia en el desarrollo de interpretaciones históricas que tienen por objeto a este abad del siglo XII. Quisiera por tanto, dejar en claro el tipo de tradición ideológica ligada al culto del Gran Hombre dieciochesco que aún pervive en la

⁴ Milan Kundera, *El telón. Ensayo en siete partes* [2005], trad. del francés por Beatriz de Moura, México, Tusquets, 2009, p. 179.

historiografía sobre Suger. No pretendo un análisis exhaustivo, pero sí una discusión de algunos puntos nodales de este problema.

En 1807, Joseph de Bernardi publicaba un ensayo histórico sobre el abad del siglo XII. En este no sólo mencionaba el antecedente directo del concurso de elocuencia de 1779, sino también la defensa de Suger por parte de quienes realizaron el *Recueil des historiens des Gaules et de la France* (1781). Con ello, De Bernardi nos proporcionó un indicio de cómo los elogios estuvieron estrechamente vinculados a la labor de edición de varios textos históricos.⁵

Asimismo, aunque crítico de algunos excesos de sus predecesores, De Bernardi siguió el mismo tipo de recontextualización histórica y estructura narrativa que aquellos. En esto no estuvo sólo. Durante la primera mitad del siglo XIX buena parte de los trabajos sobre Suger continuaron la tradición de retratos históricos o vidas de hombres ilustres caros a la nación francesa, tal y como lo demuestran las obras de Hector Piers, Albertine Clément-Hémery, Alfred Nettement y Louis de Carné.

No obstante, un viraje importante se presentó hacia la década de 1850, cuando aparecieron trabajos como el de François Combes, el cual presentaba un balance historiográfico sobre Suger donde, entre otros, aparecía el texto de Garat;⁶ o bien, la que parece ser la primera tesis sobre el abad, elaborada por Alexandre Huguenin, quien explotando al máximo las fuentes, intentó contestar unas preguntas que aún sorprenden por su sagacidad:

1° ¿Cuál es el carácter de Suger como legista? ¿Qué parte está permitida atribuirle en el restablecimiento del derecho y de la justicia en Francia, en el siglo doce?

2° ¿Qué cambios comienza Suger a introducir en la condición de los campos? ¿Qué progresos le deben la administración, la agricultura y las finanzas?

3° ¿Cuál es el rol político de Suger en la corte de Francia?

4° ¿Cuál es la influencia de Suger como mediador entre la Iglesia y el Estado?

⁵ Joseph de Bernardi, *Essai historique sur l'abbé Suger...*, en especial, p. 1-4.

⁶ Combes, *L'abbé Suger...*, livre cinquième : Des auteurs qui ont écrit sur le ministère de Suger, p. 267-300.

5° ¿Cuál es el carácter de Suger como escritor, y en particular como historiador de la monarquía?

6° ¿Qué parte es posible atribuir a Suger en el movimiento imprimido a las artes durante el siglo doce? ¿Qué protección particular parece otorgar a los estudios en el curso de su ministerio?⁷

No obstante lo anterior, tal y como estas cuestiones dejan entrever, Combes y Huguenin crecieron al abrigo de esa literatura de elogio y no pudieron más que reflejarlo en sus interpretaciones: el primero se concentró en la faceta de ministro-regente; el segundo, entre otras cosas, calificó la *Vita Ludovici* de Suger como un “elogio histórico”.⁸

Pese a todo, en la segunda mitad del siglo XIX se lograron aportaciones importantes en el campo de la edición y traducción de la obra del abad. Los nombres de François Guizot, Albert Lecoy de la Marche y Auguste Molinier son de destacar. Se trata de paulatinos avances en los conocimientos sobre Suger, cuyo resultado más connotado ha sido la biografía realizada por Otto Cartellieri, quien además ofrecía a su lector una larga lista de documentos relativos a este hombre del siglo XII. Trabajo que se volvió una autoridad y referencia obligada en el tema.

A falta de una revisión más profunda de las publicaciones, no hay que olvidar que pese a estos avances en materia de investigación histórica, las *Vidas* de Suger permanecieron en la baraja de posibles lecturas. Después, se presenta un problema que aún queda por resolver: ¿qué pasó en ese periodo que va aproximadamente de 1900 a 1945, en el cual el historiador de la representación sobre Suger encuentra un vacío de nuevas

⁷ « 1° Quel est le caractère de Suger comme légiste ? Quelle part est-il permis de lui attribuer dans le rétablissement du droit et de la justice en France, au douzième siècle ?

« 2° Quels changements Suger commence-t-il à introduire dans la condition des campagnes ? Quels progrès lui doivent l'administration, l'agriculture et les finances ?

« 3° Quel est le rôle politique de Suger à la cour de France ?

« 4° Quelle est l'influence de Suger comme médiateur entre l'Église et l'État ?

« 5° Quel est le caractère de Suger comme écrivain, et en particulier comme historien de la monarchie ?

« 6° Quelle part est-il possible d'attribuer à Suger dans le mouvement imprimé aux arts pendant le douzième siècle ? Quelle protection particulière paraît-il accorder aux études dans le cours de son ministère ? » Cfr. Huguenin, *Étude sur l'abbé Suger*, p. 1-2, las preguntas se encuentran en esta última página.

⁸ Huguenin, *Étude sur l'abbé Suger*, p. 105: « La vie de Louis VI n'est donc pas une histoire complète, c'est plutôt un éloge historique. ». Cabe resaltar que al inicio de su trabajo (p. 1) Huguenin explicaba que sus observaciones podían tomar “el carácter de elogio”, cosa nada sorprendente ni reprochable, según él, si se tomaba en cuenta que buscaba mostrar con nuevo brío las “ideas más o menos felices” de Suger.

biografías? A nadie sorprendería que los conflictos mundiales afectaran el interés por una figura como el abad, pero paradójicamente fueron éstos los que con toda probabilidad lo renovaron.

En efecto, en 1945, en un libro sobre el arte religioso que tendría gran relevancia, el historiador del arte Émile Mâle hablaba –con términos ahora familiares para nosotros– de la influencia de Suger y de Saint-Denis:

Muchas causas contribuyeron a transformar y enriquecer la iconografía del siglo XII. El drama litúrgico es una de ellas; otra, el genio de Suger.

Estamos dispuestos a reconocer que el gran arte medieval es una obra colectiva; tal concepción encierra, ciertamente, gran dosis de verdad. El arte expresaba entonces el pensamiento de la Iglesia. Pero el pensamiento eclesiástico estaba encarnado en algunos hombres superiores. No es la masa quien crea, sino los individuos. Dejemos a los románticos su mística idea de un pueblo que edifica instintivamente las catedrales, valiéndose de un impulso más infalible que la ciencia y la razón. La pretendida varita mágica de lo instintivo no ha hecho brotar nunca nada de la tierra. Si estudiamos bien la historia, hallaremos en el origen de todas las innovaciones una inteligencia poderosa. Cuando la iconografía se transforma y aparecen nuevos temas artísticos, es que un pensador ha colaborado con los artistas. Suger fue uno de esos grandes hombres capaces de llevar el arte por nuevos derroteros; gracias a él, Saint-Denis fue a partir de 1145, la cuna de un arte rejuvenecido que resplandeció luego sobre Francia y sobre Europa.⁹

Lo más llamativo de esta cita es que Mâle traía de vuelta el problema del agente histórico en la historia. Curiosamente, la cuestión la formulaba en términos de una tradición romántica (pueblo/colectivo) y otra que nosotros podríamos llamar ilustrada (grandes hombres/individuo). Sobra decir por cuál se inclinaba, aunque en este aspecto resalta que hablara de genio, de hombres superiores, para terminar dando el espaldarazo a un Suger artista. Aquí hay que preguntar lo siguiente: ¿Mâle elevó esta faceta del abad al nivel de la del Ministro-Regente, o rendía ya tributo a una tradición en este aspecto (pensemos en la pregunta 6 de Huguenin)? En todo caso, el testimonio de este historiador del arte es

⁹ Émile Mâle, *El arte religioso del siglo XII al siglo XVIII* [1945, 1ª ed. francesa], 2ª ed., trad. de Juan José Arreola, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 20-21.

significativo de aquel desvío mayor hacia la veneración de Suger por su remodelación de la iglesia de Saint-Denis.

Sin embargo, este giro efectuado alrededor de la década de 1940 no extinguió la otra vertiente de comentarios elogiosos del ideal ministerial simbolizado por el abad. Antes bien, parece que hubo un periodo en el cual convivió con bastante agrado. Así, casi diez años antes de la publicación de Emile Mâle, el historiador belga Henri Pirenne, en su *Historia de Europa* (1936), comentaba la labor de este personaje del siglo XII:

En su reinado [Luis VII] se sitúan los comienzos de la historiografía real, y bajo él aparece el primer ministro de la corona del que la historia de Francia ha conservado el recuerdo: el abad de Saint-Denys [*sic*], Suger. Por otra parte, se trata al mismo tiempo del último ministro que la realeza pidió a la Iglesia. Tras él, el Estado se sentirá bastante fuerte, tendrá bastante clara consciencia de su misión, se encontrará obligado a resolver demasiadas cuestiones difíciles, para no exigir a sus consejeros una formación que responda directamente a su función. Sus progresos le obligan a romper con la tradición carolingia y ya no podrá contentarse con colaboradores salidos del clero. Necesitará gentes de negocios, juristas, hombres de acción, que reclutará entre los laicos formados en su servicio, salidos de las filas de esos burgueses instruidos cuyo número aumenta sin cesar. Suger se encuentra en un momento crítico de la evolución política. Hasta él, el Estado era tan sencillo, o, por mejor decir, tan primitivo, que un prelado, sin aprendizaje previo, podía ser encargado de su dirección; tras él, su creciente complejidad exigirá hombres especializados y su personal dejará de pertenecer a la Iglesia o sólo pertenecerá a ella nominalmente.¹⁰

El testimonio de Pirenne es fundamental por cuanto muestra el frágil linde entre su afán de explicación de la evolución política de Francia y el recurso al lugar común donde Suger era el impulsor del Estado. En este sentido, debe tenerse presente que Pirenne planeó su historia prácticamente de un solo golpe mientras compartía sus conocimientos con quienes estuvo cautivo en una prisión durante la Primera Guerra Mundial.¹¹ En otras palabras, el historiador belga realizó un esfuerzo memorístico en el cual sólo tuvo a bien

¹⁰ Henri Pirenne, *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI* [1936], versión española de Juan José Domenchina, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 194.

¹¹ Véase la información proporcionada por su hijo Jacques Pirenne, "Prefacio", en Henri Pirenne, *Historia de Europa...*, p. 7-15; al igual que lo dicho por Henri Pirenne, "Palabras preliminares", en Henri Pirenne, *Historia de Europa...*, p. 17.

retener lo que consideraba imprescindible para su relato sobre Europa, y entre esas ideas, estuvo la de este ministro de Francia.

Según lo anteriormente expuesto, la deuda con el culto al Gran Hombre es grande y siguieron pagándola los historiadores más perspicaces. Pero si en Pirenne había ambivalencia en su actitud hacia Suger, en el caso de un historiador del arte como Marcel Aubert aquella desaparecía. En la estructura de su biografía sobre el abad, publicada en 1950, se traslucía la vieja tradición de Antiguo Régimen. Los títulos y contenido de sus capítulos lo indicaban de sobra. Primero, “El monje. El abad”, donde seguía los pasos de Suger en el monasterio, discutía sobre si éste fue también un “capitán” y abordaba el tema del “‘lujo por Dios’ y la justa medida”.¹² Luego, “El hombre político. El historiador”, en el cual hablaba de la preeminencia del abad, de su papel como “campeón del Papa y de la unidad francesa”, de su “gestión admirable” como regente y de sus textos.¹³ Finalmente, “Suger constructor y artista”, donde exploraba el papel de este personaje en la remodelación de Saint-Denis (la restauración de la nave carolingia, la construcción del coro, los vitrales, los ornamentos y el mobiliario).¹⁴

Estaba claro que la diferencia cardinal respecto de su apego a aquella herencia interpretativa de los elogios fue la incorporación de la última faceta del abad. En esto es prudente ligar lo anterior al proceso de edición de los textos sugerianos que ejemplificaban esta cara del personaje. A cargo del historiador del arte Erwin Panofsky, la versión latina y la traducción inglesa de obras como la *Gesta Suggestii Abatis* o el *Scriptum consecrationis*, contribuyeron a fijar la mirada de los estudiosos en un Suger artista.

Pese a este cambio, nada más contundente que la conclusión del libro de Aubert para calibrar el alcance de la tradición. Con el nombre “Títulos de gloria”, la reflexión final de Aubert parecía justamente un *éloge*, sólo que adecuado a las nuevas características de la escritura histórica, tal y como lo demuestran las últimas palabras del texto:

¹² Aubert, *Suger*, chap. I: Le moine. L’abbé, p. 1-68.

¹³ Aubert, *Suger*, chap. II: L’homme politique. L’historien, p. 69-122.

¹⁴ Aubert, *Suger*, chap. III: Suger constructeur et artiste, p. 123-166.

Suger, constructor y artista, no es menos grande que Suger administrador y hombre político. En todo, se muestra excepcional. Nos aparece como uno de los más grandes hombres de su siglo.

Hábil administrador, gran constructor, Suger dio a su abadía un esplendor incomparable. Historiador erudito y precavido, nos dejó libros que son los más importantes para el estudio de Francia y del arte francés a mediados del siglo XII. Enteramente dedicado a la familia real, consejero escuchado por los reyes, regente de Francia durante el viaje de Luis VII a la cruzada, él es, en el siglo XII, el hombre que mejor comprendió la importancia del papel de la realeza en la formación de la unidad francesa y más contribuyó a la grandeza de Francia: ha merecido bien el bello título de “Padre de la Patria”.¹⁵

Por supuesto, no se trata aquí de menospreciar el trabajo de un estudioso como Aubert, que hasta la década de 1990, junto con la biografía de Cartellieri, gozó de una gran aceptación entre los especialistas. Mi propósito es dejar ver ese lazo profundo tejido hacia este abad, el cual genera un peculiar sentimiento nacional francés. Un vínculo que se transmitió mediante interpretaciones y estructuras narrativas autorizadas y reproducidas con el correr de los años de historiador a historiador. El hecho de que estos investigadores se encontraran expuestos a este tipo de convenciones y lugares comunes merece destacarse, porque indica la pervivencia de una conciencia histórica que utilizó otros soportes más allá de la historiografía para influir incluso en esta última.

Pocos han mantenido una precaución al respecto y además se han dado a la tarea de alertar a los demás del problema. Michel Bur –cuya introducción a su biografía sobre Suger he discutido al inicio de este trabajo– es un caso excepcional. Aparte de su esbozo sobre la historia de la representación de este personaje del siglo XII, insistió en su traducción francesa de las obras de Suger sobre el papel de Richelieu en su encumbramiento y también

¹⁵ « Suger, constructeur et artiste, n'est pas moins grand que Suger administrateur et homme politique. En tout, il se montre hors de pair. Il nous apparaît comme un des plus grands hommes de son siècle. « Habile administrateur, grand bâtisseur, Suger a donné à son abbaye un éclat incomparable. Historien érudit et averti, il nous a laissé des livres qui sont les plus importants pour l'étude de la France et de l'art français au milieu du XII^e siècle. Entièrement dévoué à la famille royale, conseiller écouté des rois, régent de France pendant le séjour de Louis VII à la croisade, il est, au XII^e siècle, l'homme qui a le mieux compris l'importance du rôle de la royauté dans la formation de l'unité française et a le plus contribué à la grandeur de la France : il a bien mérité le beau titre de 'Père de la Patrie'. » Aubert, *Suger*, Conclusion: Titres de Gloire, p. 167-173. La cita del texto se encuentra en p. 173.

en cómo afectó la Ilustración a la imagen del abad.¹⁶ También, quizá nadie más receptivo a sus observaciones que la estudiosa Lindy Grant, quien retomó las advertencias de Bur para emprender su propio trabajo. En este no sólo criticó con notable maestría varias de las interpretaciones hasta entonces tan en boga, sino que también incluyó unas conclusiones donde manifestó esta reserva respecto de la originalidad y grandeza asignadas siempre a Suger:

Dom David Knowles, con la certidumbre moral de una generación más vieja, describió a Enrique de Blois como, a pesar de todas sus habilidades, ‘no... absolutamente grande’. Uno sospecha que él podía haber dicho algo muy similar de Suger. Y suponiendo que la personalidad sobresaliente de Bernardo sea la medida de la grandeza del siglo doce, uno estaría dispuesto a estar de acuerdo. Pero ¿en qué radica la grandeza? El historiador, por pretensión, si no por definición, un intelectual, gusta encontrarla en la originalidad, preferiblemente de pensamiento; pero si el sujeto es un hombre de acción, un tipo de desesperado, preferiblemente hará un heroísmo desafortunado. Sobre todo, tal vez, la grandeza depende de un cierto tipo de personalidad, con defectos, por supuesto, pero aun suficientemente grande para llevarla por siglos.

En todo caso, Suger está por debajo de esa grandeza absoluta de Knowles. Muchos historiadores han hecho su mejor esfuerzo para imponer grandeza en el hombre que encargó el primer edificio Gótico existente, usualmente atribuyéndole pensamientos originales. Pero él no fue un pensador original; él no fue un héroe desafortunado, sino un administrador sumamente capaz; y su personalidad –moderado, eficiente, duro, rígido, estricto al punto de la tiranía, pero bastante simpático si lo conocías bien– no enciende la imaginación, como lo hacen Bernardo, Abelardo, Esteban de Garlande, Becket, o Enrique II.

Suger mismo no estaba interesado en la originalidad, y quizás debamos juzgarlo en sus propios términos, no en los nuestros. Lo que él quería era lo más opuesto a la originalidad. [...]¹⁷

¹⁶ Michel Bur, « Présentation », en Suger, *La geste de Louis VI et autres œuvres*, présentation de Michel Bur, Paris, Imprimerie Nationale, 1994, p. 9-10 y 38.

¹⁷ “Dom David Knowles, with the moral certainty of an older generation, described Henry of Blois as, in spite of all his abilities, ‘not... absolutely great’. One suspects he might have said much the same of Suger. And assuming the towering personality of Bernard to be the measure of twelfth century greatness, one would be inclined to agree. But in what lie greatness? The historian, by pretension, if not by definition, an intellectual, likes to find it in originality, preferably of thought; but if the subject is a man of action, a sort of desperate,

Esta conclusión trasluce un problema de fondo entre los historiadores de este abad, incluida la propia Grant: ¿qué elementos se tienen para medir la grandeza? Aquí sobresale que la autora vuelva sobre un viejo tema tratándose de Suger: la comparación con Bernardo, Abelardo y otros hombres del siglo XII. Lo interesante es que en ella se ha revertido la escala de valores, pues el contraste entre esos personajes ya no sirve para encumbrar, sino para aminorar la carga laudatoria que durante siglos se le ha impuesto a Suger. También resalta en su reflexión la división entre hombre de acción y hombre de pensamiento, que hasta cierto punto ha querido abolir con el fin de sortear la cuestión del genio creativo de Suger e identificar a éste como un administrador sobresaliente de su época. La “originalidad y grandeza” usualmente asociadas a Suger aparecen aquí como consideraciones *a posteriori* basadas, la mayoría de las veces, en la ignorancia de las acciones, motivaciones y nociones de los contemporáneos del abad. En suma, la cita refleja la gran tensión experimentada al historiar y, por tanto, valorar el actuar de un individuo, sobre todo si consideramos que se trata de una investigadora británica en abierta polémica con una tradición primordialmente francesa. En este sentido, el libro de Grant no ha hecho sino colocar el dedo en la llaga del culto a la grandeza de Suger, negándose a retirarlo.

Por lo demás, es cierto que la última ola de trabajos exclusivamente dedicados a Suger, desde la década de 1990, abrió nuevos derroteros en la investigación. Sin embargo, tiene algunos bemoles. Por un lado, en varios temas se lograron avances que jamás imaginaron investigadores de siglos precedentes (la familia de Suger, su papel como soldado, su contribución al arte de la Edad Media, su actividad como enlace con el papado del siglo XII, la exploración de sus obras con base en un análisis historiográfico profundo, etc.); pero por el otro, en ocasiones todavía permanece un ánimo elogiador que excede los límites.

preferably doomed heroism will do. Above all, perhaps, greatness depends on a certain type of personality, flawed, of course, but still big enough to carry down the centuries.

“On all of these counts, Suger falls short of Knowles’ absolute greatness. Many historians have done their best to thrust greatness upon the man who commissioned the first extant Gothic building, usually by imputing to him original thoughts. But he was not an original thinker; he was not a doomed hero, but a highly successful administrator; and his personality –moderate, efficient, hard, rigid, strict to the point of tyranny, but quite pleasant if you knew him well– does not fire the imagination, as Bernard, Abelard, Stephen de Garlande, Becket, or Henry II do.

“Suger himself was not interested in originality, and perhaps we should judge him in his own terms, not ours. What he wanted was the very opposite of originality. [...]” Cfr. Grant, *Abbot Suger of St-Denis...*, p. 294-307 (conclusiones), en especial, p. 305-307 (sobre originalidad y grandeza). La cita se encuentra en p. 305-306.

Si en 1956, Otto von Simson no dudaba en llamar a Suger el “primer historiador sistemático desde la época antigua”;¹⁸ del mismo modo la más reciente editora y traductora francesa de los textos de Suger, Françoise Gasparri, ha tendido en sus introducciones a ensalzar en demasía al personaje. En el primer tomo de las obras completas afirmaba que “Monje, soldado, hombre de Estado: sin duda podríamos por estas tres palabras, de entrada, definir la personalidad del abad Suger de Saint-Denis”¹⁹ En el segundo continuaba la tónica: “*Sapientia, strenuitas, industria, magnanimitas, prudentia*, tal es el rostro que ofrece Suger de Saint-Denis, abad, diplomático, jefe de Estado, en la otra parte de su obra [...]”.²⁰ En suma, un trayecto elogioso que esta investigadora culminó al publicar su biografía en 2015.²¹

Los casos anteriores no sólo nos indican que Suger continúa siendo un símbolo ligado a la élite intelectual, con referencias claras al gobierno, sino que además ha experimentado un cambio importante que resalta el dominio del genio artístico. Igualmente, el recorrido efectuado en estas últimas páginas ofrece una muestra de lo difícil que es mantenerse en guardia respecto de dicha tradición, sin importar la calidad de iniciado o especialista en el tema.²² Pero también como historiadores, los elogios y la historia de la representación de un hombre del siglo XII nos ofrecen la oportunidad de reflexionar sobre los mecanismos de transmisión del conocimiento histórico.

En este sentido, aún resta por responder varias preguntas de un carácter mucho más general. ¿Cuáles son los vínculos que mantiene el quehacer del historiador con la memoria cultural de una sociedad? ¿Qué lazos unen a este especialista del estudio del pasado del hombre con lo recordado al interior de las familias y los individuos? Según ha mostrado el recuento alrededor de la interpretación sobre Suger, ¿puede considerarse a los historiadores

¹⁸ Otto von Simson, *La catedral gótica. Los orígenes de la arquitectura gótica y el concepto medieval de orden* [1956], versión española de Fernando Villaverde, Madrid, Alianza, 1980, p. 91.

¹⁹ « Moine, soldat, homme d’État: sans doute pourrait-on par ces trois mots, d’entrée de jeu, définir la personnalité de l’abbé Suger de Saint-Denis. » Gasparri, « Introduction », en Suger, *Œuvres I*, p. VII.

²⁰ « *Sapientia, strenuitas, industria, magnanimitas, prudentia*: tel est le visage qu’offre Suger de Saint-Denis, abbé, diplomate, chef d’État, dans l’autre partie de son œuvre [...] ». Gasparri, « Introduction », en Suger, *Œuvres II*, p. VII.

²¹ Gasparri, *Suger de Saint-Denis...*

²² En mi tesis de licenciatura, por ejemplo, seguí acriticamente lo dicho por Alexandre Huguenin cuando iniciaba mi acercamiento a la obra de Suger. Cfr. Fernando Velázquez Ceciliano, “La abadía de Saint-Denis: imagen del poder político”, Tesis de Licenciatura en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2013, p. 61-62, n. 28 y 32.

como una gran familia que comunica sus conocimientos históricos de generación en generación? Si es así, ¿cómo funciona este traspaso de saberes en la forja de una tradición historiográfica, en ocasiones de carácter nacional? En otras palabras, ¿cuáles son las implicaciones de situar la tarea del historiador en el nivel de la memoria comunicativa? Las respuestas, evidentemente, aún aguardan.

Anexo I. Manuscritos del Concurso de Elocuencia de 1779 (Archives de l'Academie Française, Institut de France)¹

No.	Título	Epígrafe	Identidad (Papel sellado)	Fecha de entrega (Academia)	Fecha de revisión (Academia)	Censores previos (con fecha)	Versión impresa ²	Observaciones
1	<i>Éloge de Suger</i>	Secretis que piis; his dantem jura Catonem	« Mouchard, aggrégé de l'Université de Paris »	8 de julio	19 de julio	30 de junio: Girard, doctor de la Sorbona Sr. de Saint Roman dominico, doctor de la Sorbona.	No	Pequeño formato, sin notas.
2	<i>Éloge de Suger, abbé de St Denis, Ministre sous le regne de Louis le Gros & de Louis le jeune, Regent du Royaume pendant la 2eme Croisade</i>	Nihil appetere jactatione. Tac.	« Germain Hyacinthe de Romance, Marquis de Mesmon, Lieutenant en second au Régiment des Gardes francoises »	8 de julio	19 de julio	29 de junio: Cappette De Badier	Sí	Cuenta con notas marginales y presenta un <i>elargissement</i> de gran formato, donde aparecen notas finales a manera de <i>eclairssissements</i> .

¹ Archives de l'Institut de France, A 12. Concours d'éloquence 1779. Eloge de Suger.

² Esto de acuerdo con el cotejo de la lista de impresos.

3	<p><i>Éloge de Suger abbé de St. Denis, Ministre et Régent du Royaume sous le règne de Louis VII dit le Jeune</i></p>	<p>Repraesentans mihi quomodo valida Dei manus me pauperem de stercore erexit & cum Principibus populi & regni federe fecit. <i>Testament de Suger</i></p>	<p>« L'auteur de ce discours croit devoir attendre que l'Academie ait prononcé son jugement, pour se faire connoitre, par la representation de la minute de ce discours écrite de la même main que cette notte ». [Esto es lo que reza el papel. El autor es Pierre-Louis-Claude Gin]</p>	8 de julio	19 de julio	7 de junio: Firmaron dominicos de la Rue St. Jâques	Sí	De gran formato y presenta en otro manuscrito las notas.
4	<p><i>Éloge de Suger</i></p>	<p>Ici, Romains, va s'offrir à vous tout le développements de l'âme de Marc-Aurele. <i>Eloge de Marc-aurele</i></p>	«Un Citoyen »	8 de julio [copia revisada: 19 juillet]	24 de julio	11 de junio: Adhenet, doctor de la Maison et Sociéte de la Sorbona 14 de junio: J. L. Billard de Lorière, doctor en	No	Presenta un <i>avis au lecteur</i> . Es el más extenso de todos y cuenta con una copia manuscrita en limpio. Es el más interesante en cuanto a las correcciones. De gran formato y

						Teología de la Maison et Société de la Sorbona		con notas a pie
5	<i>Éloge de Suger Abbé de Saint Denis, Ministre et Régent de France sous Louis VII dit le jeune. Discours proposé pour sujet du prix de l'Académie française pour l'année 1779</i>	Natus ex se videtur. Tac. Ann. L. 2.	« Carle, avocat au parlement »	[s. f.]	8 de julio	21 de junio: Dudemaine, doctor de la Facultad de Teología de París Druon, doctor de la Facultad de Teología de París	No	Pequeño formato. Presenta pocas correcciones. Sólo cuenta con una nota aclaratoria
6	<i>Éloge de Suger abbé de S. Denis, ministre d'état et Regent du Royaume sous Louis le jeune</i>	Curtius rufus ex se videtur natus. Tacite.	« Percheron, professeur d'humanités au college royal de Chartres »	[s. f.]	8 de julio	30 de junio: Firmado por los doctores Bouget y [C]riballien [¿?]	Sí	Pequeño formato. Cuenta con un apartado de notas al final, las cuales no están bien numeradas y consisten en comentarios.
7	<i>Éloge de Suger abbé de St. Denis ministre d'État, et régent du royaume, sous le règne de Louis le</i>	Il n'est pas Roi, mon fils, mais il enseigne à l'être. <i>Henriade</i>	Dominique Joseph Garat [No hay papel sellado. El nombre se dio a conocer el día	8 de julio	19 de julio	[No cuenta con estos datos]	Sí	Gran formato. « Couronné par acclamation 26 juillet ». Presenta una sola nota al pie. Y en la parte

	<i>jeune</i>		de la premiación]					posterior dice: « Prix 1779 »
8	<i>Éloge de Suger, Abbé de St. Denis Ministre sous Louis le Gros et Regent du Royaume sous Louis le Jeune</i>	Quis generosus ? ad virtutem a natura bene compositus, animae facit nobilem cui ex quacumque conditione supra fortunam dicet surgere. <i>Senec.</i>	« Delamalle, avocat au Parlement »	8 de julio	22 de julio	27 de junio: Marduel, doctor de la Sorbona 28 de junio: Delamalle	Sí	Pequeño formato. No presenta notas.
9	<i>Éloge historique de Suger Abbé de St. Denis, Minsitre d'État et Régent du Royaume sous le Regne de Louis le Jeune.</i>	Curtius Rufus mihi videtur ex se natus. <i>Tacit.</i>	« Hardoin de la Reygnerie, docteur agrégé de la faculté de [droit] de Paris »	[s. f.]	8 de julio	26 de junio: Firmado por Pichard y Guilhom	No	Pequeño formato, sin notas.
10	<i>Éloge de Suger abbé de St. Denis et ministre-regent du royaume, sous Louis VII surnommé le jeune</i>	Si fractus illabatur orbis, impavidem ferient ruina. Hor. Livre 3, ode 3.	« [...] l'abbé jullien de [...] ³ de Ruevilliers près de Montargin » [El nombre aparece enseguida del	[s. f.]	8 de julio	[No cuenta con estos datos]	No	Pequeño formato Es el manuscrito más sucio de todos. El nombre no venía en papel sellado, sino en el manuscrito mismo, después del título

³ En este caso los puntos suspensivos entre corchetes señalan una parte ilegible en el manuscrito.

			título]					Tiene un apartado de notas al final, pero no están sistematizadas.
11	<i>Éloge de Suger</i>	Ce nom aura du moins l'honneur de se trouver parmi nos éloges entre ceux de Charles le Sage et de Fenelón. <i>Discours sur les Prix.</i>	«Un Citoyen »	8 de julio	22 de julio	28 de junio: Cotton Deshousayes Académico de Rouen Le Ricque	No	Gran formato. Presenta correcciones y cuenta con notas a pie de página.
12	<i>Éloge de Suger abbé de Saint denys, et Regent de France sous Louis VII dit le jeune</i>	Salva Libertate potens, ex solus plebe parata privatus servire sibi; rectorque Regis sed regnantis erat. Lucain.	[No hay papel sellado]	8 de julio	22 de julio	Humbert, doctor de la Maison et Société de la Sorbona Druon de Blamont [¿?]	No	La portada señala en el margen izquierdo superior : « Mention 24 juillet ». El epígrafe viene al final del manuscrito. Pequeño formato. Presenta notas en los márgenes.

Anexo II. Lista de elogios impresos consultados

Los lugares donde se consultaron los textos van seguidos de la clasificación de la biblioteca correspondiente, así como de una breve indicación del soporte material.

Abreviaturas

<i>BnF</i>	Bibliothèque Nationale de France
<i>MSD</i>	Médiathèque de Saint-Denis
<i>BMR</i>	Bibliothèque Municipale de Reims–Carnegie
<i>MP</i>	Médiathèque François Mitterrand–Poitiers

No.	Obra	Epígrafe del elogio	Sitio de consulta
1	[De Laussat], <i>Discours sur Suger, et son siècle</i> , Genève, [s.n.], 1779.	Quid Romae faciam ? MENTIRI NESCIÓ. Juv. Sat. 3.	<i>MP</i> : E449 (3) [Compilación]
2	<i>Éloge de Suger, abbé de Saint-Denis, ministre d'état sous le règne de Louis VI, dit le Gros, et Régent du Royaume pendant la croisade de Louis VII, dit le jeune</i> , par M*** [attribué à Hérault de Séchelles], Paris, Demonville, 1779.	Justissimus unus. <i>Virgile</i> .	<i>BnF</i> Gallica <i>MSD</i> : SD YC151 [Fascículo]
3	<i>Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis, Ministre d'État, et Régent du Royaume, sous le Règne de Louis-le-Jeune</i> , <i>Discours</i>	Non communicabo cum electis eorum. <i>Ps. 140</i>	<i>BnF</i> Gallica <i>MSD</i> : SD B58 (III) [Compilación] <i>MSD</i> : SD YB54 [Fascículo] ¹

¹ En el catálogo de la Mediateca de Saint-Denis de París se señala otro ejemplar del texto elaborado por Jumel [SD YB58 (III)], pero una vez consultado se trata del primer tomo del compendio de vidas de hombres ilustres de D'Auvigny (1739), el cual está incompleto. No obstante, este compendio sí incluye una vida de Suger.

	<i>qui n'a point concouru pour le Prix de l'Académie Française</i> , par l'Abbé Jumel, Vicaire de Sainte-Opportune, Bruxelles, Valade, 1779.		
4	<i>Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis, Ministre d'État, et Régent du Royaume, sous le Règne de Louis-le-Jeune, Discours qui a remporté le prix au jugement de l'Académie Française en 1779</i> , par M. Garat, Avocat en Parlement, Paris, Demonville, 1779.	Il n'est pas Roi, mon fils, mais il enseigne à l'être. <i>Henriade</i> .	<i>BnF Gallica</i> <i>MSD</i> : SD B58 (I) [Compilación] <i>MSD</i> : SD Y4 [Fascículo]
5	<i>Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis, Premier Ministre sous les règnes de Louis le Gros et de Louis le Jeune, et Régent du Royaume</i> , [par le Marq. de Mesmon Romance], Amsterdam, [s. n.], 1779.	Nihil appetere jactatione. <i>Tac</i> .	<i>BnF Gallica</i> <i>BnF</i> : Arsenal 8-BL-3029 ² <i>MSD</i> : SD C70 [Libro perdido] <i>MSD</i> : SD B45 [Libro] ³
6	<i>Éloge historique de Suger, abbé de St. Denis, ministre d'état et régent du royaume sous le règne de Louis le Jeune</i> , [par le baron Deslyons], Liège, [s. n.], 1779.	Non omnis moriar ; multa pars mei Vitabit libitinam : usque ego postera Crescam laude recens..... <i>Horat. Od. Lib. Tert. Od. XXIV</i> .	<i>BMR</i> : M 528 [Libro]
7	<i>Éloge historique de Suger, abbé de Saint-Denis, régent du royaume sous le règne de Louis VII, dit le Jeune, Roi de France</i> , par G. M. D. C. [De Chasteler], Amsterdam, 1779.	Si qua videbuntur casu non dicta latine In qua scribebat barbara terra fuit.	<i>BnF</i> : RES-LN27-19227

² Este texto no digitalizado de la BnF, cuyo autor está catalogado como el Marquis de Menou, en realidad es el mismo que se señala en el cuadro.

³ Este texto no cuenta con datos bibliográficos. Aparece en el catálogo de la MSD como: *Éloge de l'abbé Suger*, [s. l.], [s. n.], [s. d.]. No obstante, el epígrafe y el contenido permiten la identificación.

8	[Gin, Pierre-Louis-Claude] <i>Les effets de l'amour du bien public, dans l'homme d'état, considérés dans la vie de Suger, abbé de S. Denis, Ministre & Régent du Royaume, sous les règnes de Louis VI, & de Louis VII, dit le Jeune</i> , par l'auteur de l'Éloge de Monseigneur le Dauphin ayant pour Epigraphe: ... <i>Nimium vobis Romana Propago</i> , &c., Lyon, Moutard/De Poilly, 1779.	Repraesentans mihi quomodo valida Dei manus me pauperem de stercore erexit & cum Principibus populi & regni federe fecit. <i>Testament de Suger</i> .	<i>BnF Gallica</i> <i>MSD</i> : SD B58 (II) [Compilación] <i>MSD</i> : SD YC150 [Fascículo]
9	[Lespinnasse de Langeac, Égide de] <i>Suger, moine de Saint-Denis</i> , [s. l.] [s. e.], 1779.	Ils se moquent du Ciel & de la Providence: Ils aiment mieux Bacchus & la mère d'Amour ; Ce font leurs deux grands Saints, pour la nuit & le jour. Des Pauvres, à prix d'or, ils vendent la substance. Ils s'abreuvent dans l'or : l'or est fur leurs lambris ; L'or est fur leurs Catins, qu'on paie, au plus haut prix ; Et passant mollement de leur lit à la table, Ils ne craignent ni loix, ni Rois, ni Dieu, ni Diable. Traduit de Jean <i>Trithème</i>	<i>BnF Gallica</i> <i>MP</i> : E449 (1) [Compilación] <i>MP</i> : E348 (pièce 10) [Compilación]
10	[Saint-Martin, Louis-Pierre de], <i>Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle</i> , par M. l'Abbé ***, Avocat en Parlement, Paris, Chez les Marchands de Nouveautés, 1780.	Eloquio vidi, re vincimus ipsa. <i>Ant. Luc.</i>	<i>MSD</i> : SD B58 (VI) [Compilación] Google books
11	<i>Discours sur l'abbé Suger et sur son siècle</i> , par M. de Laussat, nouvelle édition, Genève et Paris, Barrois aîné, 1780.	Sine ira & studio, quorum causas procul habeo. <i>Tac. Annal. L. I.</i>	<i>BnF Gallica</i>
12	<i>Éloge de Suger, ministre et régent du royaume, en réponse à la satire intitulée « Suger, moine de Saint-Denis »</i> , par M. Delamalle, Avocat au Parlement,	Nec criminibus falsis in odium aut invidiam quemquam vocabit. <i>Cic. De Offic.</i>	<i>BnF Gallica</i> <i>MSD</i> : SD B58 (IV) [Compilación]

	Amsterdam, Lottin le jeune/ Merigot le jeune/ Demonville, 1780.		
13	<i>Réflexions sur l'Abbé Suger et son siècle</i> , par M. l'abbé D'Espagnac, Chanoine de l'Église Metropolitaine de Paris, & Vicair General de Sens, Londres, [s. n.], 1780.	Veniet aliquando, veniet dies, qui abscondita, & saeculi malignitate compressa, in lucem efferet. <i>Vita Sug. à Fr. Guillel. Introd.</i>	<i>MSD</i> : SD B58 (V) [Compilación] <i>MP</i> : E449 (2) [Compilación] Google books
14	Percheron de La Galézière, Jean-Baptiste, <i>Éloge de Suger, Abbé de Saint Denis, Ministre d'État & Régent du Royaume sous le règne de Louis VII, dit le Jeune, avec des Notes historiques</i> , en Jean-Baptiste Percheron de La Galézière, <i>L'Ami de la société, suivi de l'Éloge de Suger</i> , Paris, Savoye, 1784, p. 219-268.	Curtius Rufus ex se videtur natus. <i>Tacite</i>	<i>BnF</i> : R-46058 <i>BMR</i> : P 2375

Fuentes

A) Manuscritas

Archives de l'Institut de France, A 12. Concours d'éloquence 1779. Eloge de Suger.

Académie Française. Prix d'Éloquence. Éloges de Suger abbé de St. Denis. Concours de 1779 (14 discours)¹

B) Impresas

Elogios o discursos sobre Suger (en orden cronológico)

[De Laussat] *Discours sur Suger, et son siècle*, Genève, [s. n.], 1779, 79 p.

[Gin, Pierre-Louis-Claude] *Les effets de l'amour du bien public, dans l'homme d'état, considérés dans la vie de Suger, abbé de S. Denis, Ministre & Régent du Royaume, sous les règnes de Louis VI, & de Louis VII, dit le Jeune*, par l'auteur de l'Éloge de Monseigneur le Dauphin ayant pour Epigraphe: ...*Nimium vobis Romana Propago, &c.*, Lyon, Moutard/De Poilly, 1779, 61 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57878069> (consulta: 27 de octubre de 2015).

[Lespinasse de Langeac, Égide de] *Suger, moine de Saint-Denis*, [s. l.], [s. e.], 1779, 88 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5818505g> (consulta: 27 de octubre de 2015).

Éloge de Suger, abbé de Saint-Denis, ministre d'état sous le règne de Louis VI, dit le Gros, et Régent du Royaume pendant la croisade de Louis VII, dit le jeune, par M*** [attribué à Hérault de Séchelles], Paris, Demonville, 1779, 38 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5788259p> (consulta: 27 de octubre de 2015).

Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis, Ministre d'État, et Régent du Royaume, sous le Règne de Louis-le-Jeune, Discours qui n'a point concouru pour le Prix de l'Académie Française, par l'Abbé Jumel, Vicaire de Sainte-Opportune, Bruxelles, Valade, 1779, 48 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57876820> (consulta: 27 de octubre de 2015).

Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis, Ministre d'État, et Régent du Royaume, sous le Règne de Louis-le-Jeune, Discours qui a remporté le prix au jugement de l'Académie Française en 1779, par M. Garat, Avocat en Parlement, Paris, Demonville, 1779, 48 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k64572116> (consulta: 27 de octubre de 2015).

Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis, Premier Ministre sous les règnes de Louis le Gros et de Louis le Jeune, et Régent du Royaume, [par le Marq. de Mesmon Romance], Amsterdam, [s. n.], 1779, 132 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5787708s> (consulta: 27 de octubre de 2015).

Éloge historique de Suger, abbé de Saint-Denis, régent du royaume sous le règne de Louis VII, dit le Jeune, Roi de France, par G. M. D. C. [De Chasteler], Amsterdam, [s. e.], 1779, 32 p.

¹ Según lo que reza el expediente, aunque en realidad son 12 discursos.

Éloge historique de Suger, abbé de St. Denis, ministre d'état et régent du royaume sous le règne de Louis le Jeune, [par le baron Deslyons], Liège, [s. e.], 1779, 90 p.

[Saint-Martin, Louis-Pierre de] *Réponse aux réflexions sur Suger et son siècle*, par M. l'Abbé ***, Avocat en Parlement, Paris, Chez les Marchands de Nouveautés, 1780, 27 p., <https://books.google.es/books?id=9MYWAAAAQAAJ&hl> (consulta: 14 de diciembre de 2015).

Discours sur l'abbé Suger et sur son siècle, par M. de Laussat, nouvelle édition, Genève et Paris, Barrois aîné, 1780, 148 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57877986> (consulta: 27 de octubre de 2015).

Éloge de Suger, ministre et régent du royaume, en réponse à la satire intitulée « Suger, moine de Saint-Denis », par M. Delamalle, Avocat au Parlement, Amsterdam, Lottin le jeune/ Merigot le jeune/ Demonville, 1780, x-67 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57880419> (consulta: 27 de octubre de 2015).

Réflexions sur l'Abbé Suger et son siècle, par M. l'abbé D'Espagnac, Chanoine de l'Église Metropolitaine de Paris, & Vicaire General de Sens, Londres, [s. e.], 1780, 83 p., <https://books.google.com.mx/books?id=uxs7AAAACAAJ&hl> (consulta: 14 de diciembre de 2015).

Percheron de La Galézière, Jean-Baptiste, *Éloge de Suger, Abbé de Saint Denis, Ministre d'État & Régent du Royaume sous le règne de Louis VII, dit le Jeune, avec des Notes historiques*, en Jean-Baptiste Percheron de La Galézière, *L'Ami de la société, suivi de l'Éloge de Suger*, Paris, Savoye, 1784, p. 219-268.

Otros impresos

« Arras, le 18 juin », *Nouvelles de la République des Lettres et des Arts*, Paris, du Mardi 13 Juillet 1779, p. 168-169, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6346341v> (consulta: 21 de junio de 2016).

« Avis Divers », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-septième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 10 Septembre 1777, p. 147-148, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6525923m> (consulta: 19 de marzo de 2015).

« Correspondance Académique. Séance publique & distribution des Prix de l'Académie Française, du 25 Août 1781 », *Journal de littérature, des sciences et des arts*, Paris, au Bureau du Journal, 1781, t. IV, p. 346-348, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6389703k> (consulta: 19 de marzo de 2015).

« I. Compte rendu de la séance publique de l'Académie Française, le jour de S. Louis, 25 Août 1779 », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-cinquième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 1^{er} Septembre 1779, p. 137-138, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k65260262> (Consulta: 19 de marzo de 2015).

- « II. *Éloge de Suger, Abbé de S. Denis...par M. Garat...* », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-cinquième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 1^{er} Septembre 1779, p. 138, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k65260262> (consulta: 19 de marzo de 2015).
- « III. *Éloge de Michel de l'Hôpital...par M. l'Abbé Remy...* », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-septième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 10 Septembre 1777, p. 146-147, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6525923m> (consulta: 19 de marzo de 2015).
- « III. *Éloge de Suger...par M. l'Abbé Jumel...* », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Quarante-septième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 24 Novembre 1779, p. 187, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k65260388> (consulta: 19 de marzo de 2015).
- « IV. *Éloge de Michel de l'Hôpital...par M. Doigny* », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-septième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 10 Septembre 1777, p. 147, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6525923m> (consulta: 19 de marzo de 2015).
- « IV. *Les effets de l'amour du bien public dans l'Homme d'État, considérés dans la vie de Suger...* », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Quarante-sixième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 17 Novembre 1779, p. 182-183, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6526037v> (consulta: 19 de marzo de 2015).
- « Lettre III. *L'Ami de la Société, suivi de l'Éloge de Suger, par M. l'Abbé Percheron...* », *Journal de littérature, des sciences et des arts*, Paris, au Bureau du Journal, 1783, t. VI, p. 50-62, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6424226w> (consulta: 19 de marzo de 2015).
- « Lettre IV. *Réflexions sur l'Abbé Suger & son siècle, par M. l'Abbé d'Espagnac...* », *Journal de littérature, des sciences et des arts*, Paris, au Bureau du Journal, 1780, t. I, p. 73-94, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k64128603> (consulta: 21 de junio de 2016).
- « Lettre VI. *Éloge de Suger, Abbé de S. Denis...par M. Garat...* », *Journal de littérature, des sciences et des arts*, Paris, au Bureau du Journal, 1779, t. V, p. 145-163, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6436934r> (consulta: 19 de marzo de 2015).
- « Quelle a été la fortune du Dityrambe, & que dit-on de l'éloge de Suger ? », *Nouvelles de la République des Lettres et des Arts*, Paris, du Mardi 28 Décembre 1779, p. 61-62, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6360886v> (consulta: 19 de marzo de 2015).
- « Règlements pour l'Académie Française donnés par le roi. Marly, 30 mai 1752 », en Académie Française, *Statuts et règlements*, note liminaire de Maurice Druon, p. 27-32, http://www.academie-francaise.fr/sites/academie-francaise.fr/files/statuts_af_0.pdf (consulta: 25 de julio de 2016).
- « Statuts et règlements de l'Académie Française. 22 février 1635 », en Académie Française, *Statuts et règlements*, note liminaire de Maurice Druon, p. 13-26, http://www.academie-francaise.fr/sites/academie-francaise.fr/files/statuts_af_0.pdf (consulta: 25 de julio de 2016).
- « V. *Éloge du Chancelier de l'Hôpital...par M. ****, avec cette Epigraphe : *Et teneo antiquum manibus pedibusque decorem...* », *Affiches, Annonces, et Avis Divers*, Paris, Trente-

septième Feuille Hebdomadaire, du Mercredi 10 Septembre 1777, p. 147, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6525923m> (consulta: 19 de marzo de 2015).

Choderlos de Laclos, Pierre Ambroise, *Las amistades peligrosas* [1782], prefacio de Gabriel Ferrater, Barcelona, Seix Barral, 1968, 398 p. (Biblioteca breve de bolsillo).

D'Alembert, Jean Le Rond, « Réflexions sur les éloges académiques » [1759], en *Œuvres de D'Alembert*, V t., Dix parties, Paris, A. Belin/Bossange Père et fils/Bossange Frères, 1821, t. II, I^{er} partie, p. 150-153, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6473519v> (consulta: 20 de octubre de 2015).

De la Harpe, Jean-François, « Éloge de Suger, Abbé de Saint-Denis...par M. Garat », en *Mélanges inédits de littérature, de J. B. [sic] de la Harpe, recueillis par J. B. Salgues ; pouvant servir de suite au Cours de Littérature*, Paris, J. H. Chaumerot/Chaumerot Jeune, 1810, p. 212-229, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6476972j> (consulta: 19 de marzo de 2015).

Défense de la nouvelle histoire de l'abbé Suger avec L'apologie pour Feu M. l'abbé de la Trappe D. Armand-Jean Bouthillier de Rancé. Contre les calomnies & les invectives de D. Vincent Thuillier, Religieux de la Congrégation de Saint Maur, répanduës dans son Histoire des Contestations sur les Études Monastiques inserée dans son premier Tome des Œuvres posthumes de D. Mabillon 1724, Paris, Chez J. B. Claude Bauche le fils, 1725, <https://books.google.com.mx/books?id=GANUAAAACAAJ&pg> (consulta: 17 de julio de 2016).

Félibien, Michel, *Histoire de l'abbaye royale de Saint-Denys en France* [1706], ed. Facsimile, Lettre-préface de M. le duc de Bauffremont, introduction de Hervé Pinoteau, Paris, Éditions du Palais Royal, 1973, CCXXIII p., ills et plans.

Harbaville, « Rapport sur le concours d'Histoire » [1838], en *Mémoires de l'Académie d'Arras, Société Royale, des Sciences, des Lettres et des Arts*, Arras, Imprimerie de Jean Degeorge, 1839, p. 47-53, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6465673b> (consulta: 21 de junio de 2016).

Histoire de l'abbaye de S. Denys en France. Contenant les antiquitez d'icelle, les Fondations, Prerogatives & Privileges. Ensemble les tombeaux et epitaphes des Roys, Reynes, Enfants de France, & autres signalez Personnages qui s'y treuvent iusques à present. Le tout recueilly de plusieurs histoires, Bulles des Papes, & Chartes des Royes, Princes, & autres documens Authentiques. Par F. Jacques Doublet, Religieux de ladite Abbaye, Paris, Chez Nicolas Buon, 1625, <http://www.mdz-nbn-resolving.de/urn/resolver.pl?urn=urn:nbn:de:bvb:12-bsb10004250-6> (consulta: 17 de julio de 2016).

Institut de France, *Les Registres de l'Académie Française 1672-1793*, 4 t., Paris, Librairie de Firmin-Didot et C^{ie}, 1895-1906.

Leclerc, Georges-Louis, Conde de Buffon, *Discurso sobre el estilo* [1753], trad. de Alí Chumacero, presentación de John A. Nairn, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, 35 p. (Pequeños Grandes Ensayos, 8).

Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la République des Lettres en France, depuis MDCCLXII, ou Journal d'un observateur..., 36 t. en 18 vol., [par Louis Petit de Bachaumont, Mathieu-François Pidansat de Mairobert et Moufle d'Angerville], Londres, chez John Adamson, 1780-1789.

Montesquieu, Charles de Secondat, barón de, *El espíritu de las leyes* [1748], traducción, introducción y notas de Demetrio Castro Alfin, Madrid, Istmo, 2002, 829 p. (Colección Clásicos del pensamiento político).

Rousseau, Juan Jacobo, *El contrato social o principios de derecho político; Discurso sobre las ciencias y las artes; Discurso sobre el origen de la desigualdad*, 13ª ed., estudio preliminar de Daniel Moreno, México, Porrúa, 2002, xlvii-226 p. (“Sepan cuántos...”, núm. 113).

Supplément à la Gazette, du vendredi 29 Août 1777. *Gazette de France*, Paris, vendredi 29 Août 1777, p. 341-344, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6442534d> (consulta: 19 de marzo de 2015).

Thomas, Antoine-Léonard, *Essai sur les éloges* [1773], Paris, de l'imprimerie d'Auguste Delalain, 1829, VIII-528 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k62468917> (consulta: 20 de octubre de 2015).

Bibliografía¹

Obras de Suger (principales ediciones y traducciones en orden cronológico a partir del s. XIX)

Vie de Louis-Le-Gros, par Suger; *Vie de Suger*, par Guillaume; *Vie de Louis Le Jeune*, en *Collection Des Mémoires Relatifs A L'Histoire de France, depuis la fondation de la Monarchie Française jusqu'au 13e siècle*, avec une introduction, des suppléments, des notices et des notes, par M. Guizot, Paris, J.-L.-J. Brière, 1825, t. 8, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k94604t> (consulta: 27 de octubre de 2015).

Œuvres complètes de Suger, recueillies, annotées et publiées d'après les manuscrits pour la Société de l'Histoire de France par A. Lecoy de La Marche, Paris, Chez Mme. V^e de Jules Renouard, 1867, XXIII-488 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6439650r> (consulta: 27 de octubre de 2015).

Vie de Louis le Gros par Suger. Suivie de l'Histoire du Roi Louis VII, publiées d'après les manuscrits par Auguste Molinier, Paris, Alphonse Picard, 1887, L-195 p. (Collection de textes pour servir à l'étude et à l'enseignement de l'histoire, 4), <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k112280b> (consulta: 27 de octubre de 2015).

Suger, *Vie de Louis VI le Gros*, éditée et traduite par Henri Waquet, Paris, Les Belles Lettres, 1929, XXVII-332 p., carte (Les Classiques de l'histoire de France au Moyen Âge, 11).

Abbot Suger, On the Abbey Church of St.-Denis and its Art Treasures, edited, translated and annotated by Erwin Panofsky, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1946, xiv-250 p., plates. [La segunda edición apareció en 1979].

Suger, *The Deeds of Louis the Fat*, translated with introduction and notes by Richard C. Cusimano and John Moorhead, Washington, D. C., The Catholic University of America Press, 1992, xiv-223 p.

Suger, *La geste de Louis VI et autres œuvres*, présentation de Michel Bur, Paris, Imprimerie Nationale, 1994, 303 p. (Acteurs de l'Histoire).

Suger, *Œuvres I: Écrit sur la consécration de Saint-Denis, L'Œuvre administrative, Histoire de Louis VII*, texte établi, traduit et commenté par Françoise Gasparri, Paris, Les Belles Lettres, 1996, LXXXII-261 p., ill. (Les Classiques de l'histoire de France au Moyen Âge, 37).

Suger, *Ausgewählte Schriften: Ordinatio, De consecratione, De administratione*, herausgegeben von Andreas Speer und Günther Binding, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2000, 507 p., karten.

¹ Las obras escritas en alemán las incluyo en vista de su trascendencia, a pesar de no tener conocimientos del idioma.

Suger, *Œuvres II : Lettres de Suger, Chartes de Suger, Vie de Suger par le moine Guillaume*, texte établi, traduit et commenté par Françoise Gasparri, Paris, Les Belles Lettres, 2001, XLIX-420 p., ill. (Les Classiques de l'histoire de France au Moyen Âge, 41).

El abad Suger. Sobre la abadía de Saint-Denis y sus tesoros artísticos [2nd ed., 1979], edición, comentarios y notas de Erwin Panofsky, ed. revisada por Gerda Panofsky-Soergel, trad. del texto latino de Rosario López Gregoris y trad. del inglés de María Condor, Madrid, Cátedra, 2004, 325 p., ill. (Colección "Arte Grandes Temas").

Trabajos biográficos sobre Suger (en orden cronológico desde el siglo XVII)²

Auteuil, Charles de Combault, comte d', « Suger, Abbé de S. Denis en France, principal Ministre d'Etat, & Regent du Royaume sous le Roy Louis VII du nom », en Charles de Combault, comte d'Auteuil, *Histoire des ministres d'État qui ont servi sous les rois de France de la troisième lignée, avec le sommaire des règnes auxquels ils ont vécu. Le tout justifié par les chroniques des auteurs contemporains, chartes d'églises... et autres bonnes preuves*, Paris, Antoine de Sommaville, 1642, p. 199-298, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k1056861v> (consulta: 17 de julio de 2016).

Histoire de l'administration de Suger abbé de S. Denys, grand ministre d'Etat en France, sous les Roys Louys le Gros, & Louys le Jeune, où se voyent les longues prosperitez & la fin heureuse d'un Ministre zelé à la France, debonnaire & bien faisant, par le Sr. Michel Baudier, Gentil-homme de la Maison du Roy, Conseiller et Historiographe de sa Majesté, Paris, Chez Sebastien et Gabriel Cramoisy, 1645, [16]-148 p., <https://books.google.com.mx/books?id=Aqx2YGeCny8C&dq> (consulta: 17 de julio de 2016).

Vulson, Marc de, sieur de La Colombière, « La vie de l'Abbé Suger, Grand Ministre d'Etat, et Regent du Royaume, sous le Roy Louis VII du nom » et « Les Devises héroïques de Suger, Abbé de Saint Denis », en Marc de Vulson, sieur de La Colombière, *Les vies des hommes illustres et grands capitaines françois, qui sont peints dans la Gallerie du Palais Royal, avec leurs principales Actions, Armes & Devises*, Paris, Chez Nicolas Le Gras, 1700, p. 1-10, <https://books.google.com.mx/books?id=799QFAtkESgC&dq> (consulta: 17 de julio de 2016).

[Gervaise, François Armand] *Histoire de Suger, abbé de S. Denis, Ministre d'Etat, et Regent du Royaume sous le regne de Louis le Jeune*, 3 t., Paris, Chez Jean Musier, 1721 [la misma edición fue impresa el mismo año por Francois Barois].

D'Auvigny, Jean Du Castre, « Suger, Abbé de S. Denis, Régent du Royaume sous Louis VII », en Jean Du Castre D'Auvigny, *Les Vies des Hommes Illustres de la France, Depuis le*

² La *Vita* hecha por Guillaume de Saint-Denis no aparece aquí, pues se le incluye en las ediciones de las obras de Suger. De igual manera, las introducciones de los editores de las obras de Suger –en su mayoría estudios biográficos– no aparecen en este listado, como tampoco los elogios que uso como fuentes principales de mi trabajo.

- commencement de la Monarchie jusqu'à présent*, XXVII t., Paris, chez Le Gras, 1739, t. I, p. 1-71.
- Bernardi, Joseph de, *Essai historique sur l'abbé Suger, Régent du Royaume, sous le règne de Louis-le-jeune*, Paris, Imprimerie de Xhrouet, 1807, 115 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k5849445s> (consulta : 27 de octubre de 2015).
- Piers, Hector, « Suger », en Hector Piers, *Biographie de la Ville de Saint-Omer. Ornée de Portraits*, Saint-Omer, Imprimerie de J.-B. Lemaire, 1835, ill., p. 9-44, <https://books.google.fr/books?id=wAlbAAAAYAAJ&hl> (consulta: 19 de marzo de 2015).
- Clément-Hémery, Albertine, « Extrait de la Biographie des Hommes célèbres du Département du Pas-de Calais » [1838], en *Mémoires de l'Académie d'Arras, Société Royale, des Sciences, des Lettres et des Arts*, Arras, Imprimerie de Jean Degeorge, 1839, p. 54-63, <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6465673b> (consulta: 21 de junio de 2016).
- Nettement, Alfred, *Vie de Suger*, Paris, Librairie de Debécourt, 1842, VII-387 p., <https://books.google.com.mx/books?id=Ml3tM407MA8C> (consulta: 17 de julio de 2016).
- Carné, Louis de, « L'Abbé Suger », en Louis de Carné, *Études sur les fondateurs de l'unité nationale en France*, II t., Paris, Sagnier et Bray, 1848, t. I, p. 75-154, <https://archive.org/details/tudessurlesfond01carngoog> (consulta: 17 de julio de 2016).
- Combes, François, *L'abbé Suger. Histoire de son ministère et de sa régence*, Paris, Chez l'auteur et les principaux libraires, 1853, X-344 p., <http://www.mdz-nbn-resolving.de/urn/resolver.pl?urn=urn:nbn:de:bvb:12-bsb10067241-0> (consulta: 17 de julio de 2016).
- Clément, Pierre, « Suger », en Pierre Clément, *Portraits historiques*, Paris, Didier, 1855, p. 1-59.
- Huguenin, Alexandre, *Étude sur l'abbé Suger*, Thèse présentée à la Faculté des Lettres de Paris, Paris, Imprimé par E. Thunot et Cie, 1855, 156 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k57881741> (consulta: 27 de octubre de 2015).
- Huguenin, Alexandre, *Suger et la monarchie française au XIIe siècle (1108-1152)*, Paris, A. Durand, [1857], 375 p., <https://archive.org/details/sugeretlamonarch00huguuoft> (consulta: 27 de octubre de 2015).
- Nettement, Alfred, *Suger et son temps*, nouvelle édition revue, corrigée et considérablement augmentée, Paris et Lyon, Jacques Lecoffre/Lecoffre Fils et C^{ie}, 1867, XXIV-369 p., <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k63492616> (consulta: 27 de octubre de 2015).
- Vétault, Alphonse, *Suger*, quatrième édition, Tours, Alfred Mame et fils, 1878, XXIV-262 p. (Biographies Nationales), <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6370654g> (consulta: 27 de octubre de 2015). [La primera edición es de 1872].
- Menault, Ernest, *Suger. Agriculteur, abbé de Saint-Denis, colonisateur, fondateur de villes neuves, ministre, régent de France, père de la patrie*, Paris, Hachette et C^{ie}, 1884, 192 p., ill.

(Bibliothèque des écoles et des Familles), <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6503736c> (consulta: 27 de octubre de 2015).

Cartellieri, Otto, *Abt Suger von Saint-Denis, 1081-1151*, Berlin, Kraus, 1898, XV-192 p. (Historische Studien, heft XI), <https://archive.org/details/abtsugarvonsaint00cartuoft> (consulta: 17 de julio de 2016).

Aubert, Marcel, *Suger*, Abbaye Saint Wandrille, Éditions de Fontenelle, 1950, XVI-190 p., ill. (Figures monastiques).

Labande, Edmond René, « *Memoria Sugerii abbatis* (Hommage au professeur Lech Kalinowski) », *Cahiers de civilisation médiévale*, Centre d'Études Supérieures de Civilisation Médiévale, vol. 25, no. 98, Avril-juin, 1982, p. 121-127, http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/ccmed_0007-9731_1982_num_25_98_2190 (consulta: 27 de junio de 2016).

Abbot Suger and Saint-Denis. A symposium, edited by Paula Lieber Gerson, New York, The Metropolitan Museum of Art, 1986, xv-304 p., ill.

Bur, Michel, *Suger. Abbé de Saint-Denis, Régent de France*, Paris, Perrin, 1991, 350 p., cartes et plans.

Grant, Lindy, *Abbot Suger of St-Denis. Church and State in Early Twelfth-Century France*, London and New York, Longman, 1998, xix-338 p., tables, maps and plans (The Medieval World).

Gasparri, Françoise, « L'abbé Suger de Saint-Denis. Mémoire et perpétuations des œuvres humaines », *Cahiers de civilisation médiévale*, Centre d'Études Supérieures de Civilisation Médiévale, vol. 44, no. 175, Juillet-septembre, 2001, p. 247-257, http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/ccmed_0007-9731_2001_num_44_175_2802 (consulta: 27 de junio de 2016).

Suger en question. Regards croisés sur Saint-Denis, études réunies par Rolf Grosse, München, Oldenburg, 2004, 176 p. (Pariser historische Studien; band 68).

Gasparri, Françoise, *Suger de Saint-Denis. Abbé, soldat, homme d'état au XII^e siècle*, Paris, Picard, 2015, ill., 208 p.

Trabajos complementarios

Assmann, Aleida, “Re-framing memory. Between individual and collective forms of constructing the past”, en Karin Tilmans, Frank van Vree y Jay Winter (eds.), *Performing the Past. Memory, History, and Identity in modern Europe*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2010, ill., p. 35-50.

- Assmann, Aleida, *Construction de la mémoire nationale. Une brève histoire de l'idée allemande de Bildung*, préface d'Etienne François et traduit par Françoise Laroche, Paris, Editions de la Maison des sciences de l'homme, 1994, ix-115 p.
- Assmann, Aleida, *Cultural Memory and Western Civilization. Functions, Media, Archives*, New York, Cambridge University Press, 2011, xii-410 p., ill.
- Assmann, Jan, *La mémoire culturelle. Écriture, souvenir et imaginaire politique dans les civilisations antiques*, traduit de l'allemand par Diane Meur, Paris, Aubier, 2010, 372 p. (Collection historique).
- Babelon, Jean Pierre, « Le Louvre. Demeure des rois, temple des arts », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire II : La Nation*, 3 v., Paris, Gallimard, 1986, ill. (Bibliothèque illustrée des histoires), v. 3, p. 169-216.
- Barret-Kriegel, Blandine, *Les Historiens et la Monarchie II: La défaite de l'érudition*, Paris, Presses Universitaires de France, 1988, 352 p. (Les chemins de l'Histoire).
- Barret-Kriegel, Blandine, *Les Historiens et la Monarchie III: Les Académies de l'histoire*, Paris, Presses Universitaires de France, 1988, 368 p. (Les chemins de l'Histoire).
- Baura García, Eduardo, “De la ‘media tempestas’ al ‘medium aevum’. La aparición de los diferentes nombres de la Edad Media”, *Estudios Medievales Hispánicos*, Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, Máster Universitario en Estudios Medievales Hispánicos, núm. 2, 2013, p. 27-46, <http://www.uam.es/otros/muemh/downloads/emh2.pdf> (consulta: 28 d ejulio de 2016).
- Baura García, Eduardo, “El origen del concepto historiográfico de la Edad Media Oscura. La labor de Petrarca”, *Estudios Medievales Hispánicos*, Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, Máster Universitario en Estudios Medievales Hispánicos, núm. 1, 2012, p. 7-22, <http://www.uam.es/otros/muemh/downloads/emh1.pdf> (consulta: 28 de julio de 2016).
- Baxandall, Michael, *Las sombras y el Siglo de las Luces*, trad. de Amaya Bozal Chamorro, Madrid, Visor, 1997, 201 p., ill. (La balsa de la Medusa, 88).
- Beaune, Colette, *Naissance de la nation France*, Paris, Gallimard, 1985, 433 p., ill. (Bibliothèque des Histoires).
- Bell, David A., “Canon Wars in Eighteenth-Century France: The Monarchy, the Revolution and the ‘Grands Hommes de la Patrie’”, *MLN*, The Johns Hopkins University Press, vol. 116, no. 4, French Issue, September 2001, p. 705-738, <http://www.jstor.org/stable/3251755> (consulta: 17 de octubre de 2013).
- Bell, David A., *The Cult of the Nation in France. Inventing Nationalism, 1680-1800*. Cambridge, Massachusetts and London, Harvard University Press, 2001, xiv-304 p., ill.

- Berman, Harold Joseph, *La formación de la tradición jurídica de Occidente*, trad. de Mónica Utrilla de Neira, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, 674 p.
- Blanc, William y Christophe Naudin, *Charles Martel et la bataille de Poitiers. De l'histoire au mythe identitaire*, préface de Philippe Joutard, édition préparée par Bruno Bartkowiak, Charlotte Dugrand et Nicolas Norrito, Paris, Libertalia, 2015, 328 p.
- Bonnet, Jean-Claude, « Les morts illustres. Oraison funèbre, éloge académique, nécrologie », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire II : La Nation*, 3 v., Paris, Gallimard, 1986, ill. (Bibliothèque illustrée des histoires), v. 3, p. 217-241.
- Bonnet, Jean-Claude, *Naissance du Panthéon. Essai sur le culte des Grands Hommes*, Paris, Fayard, 1998, 414 p. (L'esprit de la cité).
- Boym, Svetlana, *El futuro de la nostalgia*, trad. de Jaime Blasco Castiñeyra, Madrid, A. Machado Libros, 2015, 460 p. (Pensamiento).
- Bury, John, *La idea del progreso*, trad. de Elías Díaz y Julio Rodríguez Aramberri, Madrid, Alianza, 2009, 374 p. (Humanidades).
- Caradonna, Jeremy L., “Appendix F: Prize Contests Offered by Academies, Scholarly Societies, and Agricultural Societies in Continental France from 1670 to 1794”, online attachment to Jeremy Caradonna, *The Enlightenment in Practice. Academic Prize Contests and Intellectual Culture in France, 1670-1794*, p. 335-516, <http://www.jeremycaradonna.com/Appendix%20F.pdf> (consulta: 16 de julio de 2016).
- Caradonna, Jeremy L., *The Enlightenment in Practice. Academic Prize Contests and Intellectual Culture in France, 1670-1794*, Ithaca, Cornell University Press, 2012, xii-334 p.
- Chartier, Roger, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, trad. de Beatriz Lonné, Barcelona, Gedisa, 1995, 263 p., ils. (Serie CLA-DE-MA).
- Chaussinand-Nogaret, Guy, *La Noblesse au XVIII^e siècle. De la Féodalité aux Lumières*, présentation d'Emmanuel Le Roy Ladurie, Bruxelles, Complexe, 2000, V-239 p. (Historiques, 7).
- Chinchilla Pawling, Perla “Procesos de construcción de identidades: el caso de la predicación en el Antiguo Régimen”, en Perla Chinchilla (coord.), *Procesos de construcción de las identidades de México. De la historia nacional a la historia de las identidades. Nueva España, siglos XVI-XVIII*, México, Universidad Iberoamericana, 2010, p. 165-208.
- Chinchilla Pawling, Perla y Alfonso Mendiola Mejía, “La construcción retórica de la realidad como una ‘teoría de la modernidad’. La enseñanza de la retórica en los colegios de la Compañía de Jesús en la Nueva España”, en Leonor Correa Etchegaray [et al.], *La construcción retórica de la realidad: la Compañía de Jesús*, México, Universidad Iberoamericana, 2006, p. 13-55.

- Chinchilla Pawling, Perla, *De la Compositio Loci a la República de las Letras. Predicación jesuita en el siglo XVII novohispano*, México, Universidad Iberoamericana, 2004, 372 p, ils.
- Coquard, Olivier, *Lumières et Révolutions 1715-1815*, Paris, Presses Universitaires de France, 2014, 239 p., cartes (Une histoire personnelle de la France).
- Crosby, Sumner McKnight [et al.], *The royal abbey of Saint-Denis in the time of Abbot Suger (1122-1151)*, New York, The Metropolitan Museum of Art, 1981, 128 p., ills., http://www.metmuseum.org/art/metpublications/the_royal_abbey_of_saint_denis_in_the_time_of_abbot_suger_1122_1151 (consulta: 17 de julio de 2016).
- Crosby, Sumner McKnight, *The Royal Abbey of Saint-Denis: from its beginnings to the death of Suger, 475-1151*, Pamela Z. Blum (ed.), London, Yale University Press, 1987, XXIII-525 p., ills. (Yale publications in the history of art, 37).
- Crow, Thomas E., *Pintura y sociedad en el París del siglo XVIII*, trad. de Luis Carlos Benito Cardenal, Madrid, Nerea, 1989, 382 p., ils.
- Crow, Thomas, *La inteligencia del arte*, trad. de Laura E. Manríquez, revisión de Clara Bargellini y Rita Eder, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2008, 155 p., ils.
- Darnton, Robert, *Censors at Work. How States Shaped Literature*, New York, W. W. Norton & Company, 2014, 316 p., ills.
- Davis, Kathleen, *Periodization and Sovereignty. How Ideas of Feudalism and Secularization Govern the Politics of Time*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2012, 189 p. (The Middle Ages Series).
- Dekoninck, Ralph, “Imaginar la ciencia: la cultura emblemática jesuita entre *ars rhetorica* y *scientia imaginum*”, en Perla Chinchilla y Antonella Romano (coords.), *Escrituras de la modernidad. Los jesuitas entre cultura retórica y cultura científica*, México, Universidad Iberoamericana, 2008, p. 143-157.
- Dosse, François, *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, 2007, 459 p. (El oficio de la Historia).
- Dufays, Jean-Michel, « Le ‘moyen-âge’ au dix-huitième siècle : contribution à l’étude de la terminologie et de la problématique d’‘époque intermédiaire’ », *Etudes sur le XVIIIe siècle*, Université de Bruxelles, vol. VIII, 1981, p. 125-145, <https://docs.google.com/file/d/0B21oFaPUTXX-UXg3TIE1YTR6Slk> (consulta: 28 de julio de 2016).
- Dufays, Jean-Michel, « La place du concept de ‘moyen âge’ dans l’historiographie », *Revue belge de philologie et d’histoire*, Université de Bruxelles, vol. 65, núm. 2, 1987, p. 257-273, http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/rbph_0035-0818_1987_num_65_2_3582 (consulta: 28 de julio de 2016).

- Dufays, Jean-Michel, « *Medium tempus* et ses équivalents : aux origines d'une terminologie de l'âge intermédiaire », *Il pensiero politico. Rivista di storia delle idee politiche e sociali*, Leo S. Olschki, vol. XXI, núm. 2, 1988, p. 237-249, <https://docs.google.com/file/d/0B21oFaPUTXX-WkEwR1MtMkUyX2M> (consulta: 28 de julio de 2016).
- Edelman, Nathan, *Attitudes of Seventeenth-Century France Toward the Middle Ages*, New York, King's Crown Press, 1946, XVI-461 p.
- English, James F., *The Economy of Prestige. Prizes, Awards, and the Circulation of Cultural Value*, Cambridge, Massachusetts and London, Harvard University Press, 2008, xiv-409 p., ills.
- Franzini, Elio, *La estética del siglo XVIII*, trad. de Francisco Campillo, Madrid, Visor, 2000, 257 p. (La balsa de la Medusa, 106).
- Fumaroli, Marc, *L'âge de l'éloquence : rhétorique et 'res literaria' de la Renaissance au seuil de l'époque classique*, 3^e ed., Genève, Droz, 2002, 882 p., ills.
- Gossman, Lionel, *Medievalism and the Ideologies of the Enlightenment: The World and Work of La Curie de Sainte-Palaye*, Baltimore, Maryland, The Johns Hopkins University Press, 1968, xvii-377 p.
- Grafton, Anthony, *Los orígenes trágicos de la erudición*, trad. de Daniel Zadunaisky, México, Fondo de Cultura Económica, 2015, 183 p. (Sección de Obras de Historia).
- Grodecki, Louis, *Études sur les vitraux de Suger à Saint-Denis (XIII^e siècle). II*, préface d'Anne Prache, édité par Catherine Grodecki avec la collaboration de Chantal Bouchon et Yolanta Zaluska, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 1995, 154 p., ills. (Corpus Vitrearum Medii Aevi, France, Études, III).
- Grodecki, Louis, *Les vitraux de Saint-Denis. Étude sur le vitrail au XIII^e siècle. I*, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique/ Arts et Métiers Graphiques, 1976, 251 p., ills. (Corpus Vitrearum Medii Aevi, France, Études, I).
- Grosse, Rolf, « La famille de l'abbé Suger », *Mélanges*, Paris, Bibliothèque de l'École des Chartes, t. 162, 2004, p. 497-500.
- Grossi, Paolo, *Mitología jurídica de la modernidad*, trad. de Manuel Martínez Neira, Madrid, Trotta, 2003, 93 p. (Estructuras y Procesos).
- Guenée, Bernard, « Les *Grandes Chroniques de France. Les Roman aux roys (1274-1518)* », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire II : La Nation*, 3 v., Paris, Gallimard, 1986, ills. (Bibliothèque illustrée des histoires), v. 1, p. 189-214.
- Halbwachs, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria [1925]*, postfacio de Gérard Namer, trad. de Manuel Antonio Baeza y Michel Mujica, Rubí, Barcelona, Anthropos/ Concepción,

- Universidad de la Concepción/ Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2004, 431 p. (Autores, Textos y Temas. Ciencias Sociales, 39).
- Heers, Jacques, *Le Moyen Âge, une imposture*, Paris, Perrin, 2008, 358 p. (Tempus, 243).
- Keller, Barbara G., *The Middle Ages Reconsidered. Attitudes in France from the Eighteenth Century through the Romantic Movement*, New York, Peter Lang, 1994, 282 p. (Studies in the Humanities, 11).
- Kelly, George Armstrong, "The history of the new hero: eulogy and its sources in eighteenth-century France", *The Eighteenth Century*, University of Pennsylvania, vol. 21, no. 1, 1980, p. 3-24, <http://www.jstor.org/stable/41467205> (consulta: 29 de noviembre de 2013).
- Kristof, Agota, *L'analphabète. Récit autobiographique*, Genève, Éditions Zoé, 2004, 57 p.
- Kudrycz, Walter, *The Historical Present. Medievalism and Modernity*, New York, Bloomsbury, 2011, viii-248 p.
- Kundera, Milan, *El telón. Ensayo en siete partes*, trad. del francés por Beatriz de Moura, México, Tusquets, 2009, 202 p. (Fábula, 284).
- Kundera, Milan, *La inmortalidad*, trad. del checo de Fernando Valenzuela, México, Tusquets, 2009, 412 p. (Maxi).
- Le Gall, Jean-Marie, *L'Ancien Régime (XVI^e-XVII^e siècles)*, Paris, Presses Universitaires de la France, 2013, 198 p., cartes (Une histoire personnelle de la France).
- Le Gall, Jean-Marie, *Le mythe de Saint-Denis. Entre Renaissance et Révolution*, Paris, Champ Vallon, 2007, 537 p., ill. (Époques).
- Lombard-Jourdan, Anne, « Archéologie d'un 'bel ouvrage'. *Histoire de l'abbaye royale de Saint-Denis en France* par Michel Félibien », en Anne Lombard-Jourdan, *Saint-Denis lieu de mémoire*, préface de Jean Rollin, Paris/Saint-Denis, Fédération des Sociétés Historiques et Archéologiques de Paris et de l'Île-de-France/PSD, 2000, 580 p., ill., plans, cartes (Études et documents, 5), p. 287-356.
- Mâle, Émile, *El arte religioso del siglo XII al siglo XVIII* [1945, 1^a ed. francesa], 2^a ed., trad. de Juan José Arreola, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, 231 p., ils. (Breviarios, 59).
- Mendiola, Alfonso, "El mundo literario en el virreinato, siglo XVI", en Perla Chinchilla (coord.), *Procesos de construcción de las identidades de México. De la historia nacional a la historia de las identidades. Nueva España, siglos XVI-XVIII*, México, Universidad Iberoamericana, 2010, p. 73-117.
- Mommsen, Theodore E., "Petrarch's Conception of the 'Dark Ages'", *Speculum*, Medieval Academy of America, vol. 17, no. 2, april, 1942, p. 226-242, <http://www.jstor.org/stable/2856364> (consulta: 17 de junio de 2015).

- Montoya, Alicia C., *Medievalist Enlightenment. From Charles Perrault to Jean-Jacques Rousseau*, Cambridge, D. S. Brewer, 2013, viii-248 p. (Medievalism, II).
- Nicolet, Claude, *La fabrique d'une nation. La France entre Rome et les Germains*, Paris, Perrin, 2006, 361 p. (Tempus, 128).
- Nietzsche, Friedrich, *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, introducción de Giorgio Colli, traducción de Carlos Manzano, México, Tusquets, 2010, 179 p. (Fábula, 147).
- Nisbet, Robert, *Historia de la idea de progreso*, trad. de Enrique Hegewicz, Barcelona, Gedisa, 1996, 494 p. (Serie CLA-DE-MA).
- Nora, Pierre, « Entre Mémoire et Histoire. La problématique des lieux », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire I : La République*, Paris, Gallimard, 1984, ill. (Bibliothèque illustrée des histoires), p. XV-XLII.
- Nora, Pierre, « Présentation », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire I : La République*, Paris, Gallimard, 1984, ill. (Bibliothèque illustrée des histoires), p. VII-XIII.
- Ozouf, Mona, “‘Public Opinion’ at the End of the Old Regime”, *The Journal of Modern History*, The University of Chicago Press, Chicago, vol 60, Supplement: Rethinking French Politics in 1788, September, 1988, p. S1-S21, <http://www.jstor.org/stable/1880368> (consulta: 2 de diciembre de 2013).
- Ozouf, Mona, « Le Panthéon. L'École normale des morts », en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire I : La République*, Paris, Gallimard, 1984, ill. (Bibliothèque illustrée des histoires), p. 139-166.
- Panofsky, Erwin, *Arquitectura gótica y pensamiento escolástico* [1951], presentación de Francisco Calvo Serraller, traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Madrid, La Piqueta, 1986, 140 p. (Genealogía del poder).
- Pastor, Marialba, “Usos y abusos de la retórica epidíctica”, en Drew E. Davis (comp.), *Repertorios sonoros catedralicios*, México, MUSICAT/Instituto de Investigaciones Estéticas/Universidad Nacional Autónoma de México (en prensa).
- Pastoureau, Michel, *Le roi tué par un cochon. Une mort infâme aux origines des emblèmes de la France ?*, Paris, Seuil, 2015, 256 p., ill. (La librairie du XXIe siècle).
- Pastoureau, Michel, *Noir. Histoire d'une couleur*, Paris, Seuil, 2008 (Points Histoire, H446), 277 p.
- Paul, Charles B., *Science and immortality. The éloges of the Paris Academy of Sciences (1699-1791)*, Berkeley, University of California Press, 1980, xi-204 p.
- Pauphilet, Albert, « Le mythe du moyen âge. XVIe-XVIIe-XVIIIe-début du XIXe siècle », en Albert Pauphilet, *Le Legs du Moyen Âge. Études de littérature médiévale*, Melun, Librairie d'Argences, 1950, p. 23-63.

- Pirenne, Henri, *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*, versión española de Juan José Domenchina, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, 471 p. (Sección de Obras de Historia).
- Rader, Olaf B., *Tumba y poder. El culto político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin*, trad. de María Condor, Madrid, Siruela, 2006, 314 p. (El Ojo del Tiempo, 4).
- Ratio studiorum. Plan raisonne et institution des études dans la Compagnie de Jésus* [1599], éd. bilingue latin-français, présentée par Adrien Demoustier et Dominique Julia, trad. par Léonore Albrieux et Dolorès Pralon-Julia, annotée et commentée par Marie-Madeleine Compère, Paris, Belin, 1997, 314 p. (Histoire de l'Éducation).
- Raugei, Anna Maria, « Moyen Âge et siècle des Lumières : l'écran du passé dans le théâtre du XVIIIe siècle », *Cahiers de l'Association internationale des études françaises*, n. 47, 1995, p. 15-31, http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/caief_0571-5865_1995_num_47_1_1861 (consulta: 29 de julio de 2016).
- Robertson, Duncan Maclaren, *A History of The French Academy 1635 [4]-1910*, New York, G. W. Dillingham Company, 1910, 380 p., ill. <https://archive.org/details/historyoffrencha00robeuoft> (consulta: 20 de Julio de 2016).
- Roche, Daniel, *Le siècle des lumières en province. Académies et académiciens provinciaux, 1680-1789*, 2 t., Paris, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1978, cartes et tableaux (Civilisations et Sociétés, 62).
- Rubial García, Antonio, "La Edad Media. Un concepto problemático y multifuncional", *Destiempos. Revista de curiosidad cultural*, Grupo Destiempos, núm. 38, abril-mayo 2014, p. 7-16, <http://www.destiempos.com/n38/RevistaDestiempos38.pdf> (consulta: 28 de julio de 2016).
- Schröder, Volker, "Entre l'oraison funèbre et l'éloge historique: l'hommage aux morts à l'Académie française", *MLN*, The Johns Hopkins University Press, vol. 116, no. 4, French Issue, Sep. 2001, p. 666-688, <http://www.jstor.org/stable/3251753> (consulta: 29 de noviembre de 2013).
- Sergi, Giuseppe, *La idea de Edad Media. Entre el sentido común y la práctica historiográfica*, trad. y nota preliminar de Pascual Tamburri, Barcelona, Crítica, 2000, 137 p. (Biblioteca de Bolsillo).
- Simson, Otto von, *La catedral gótica. Los orígenes de la arquitectura gótica y el concepto medieval de orden*, versión española de Fernando Villaverde, Madrid, Alianza, 1980, 322 p., ils.
- Spiegel, Gabrielle M., *The Chronicle Tradition of Saint-Denis: A Survey*, Brookline, Mass. and Leyden, Classical Folia Editions, 1978, 150 p. (Medieval Classics: Texts and Studies, 10).
- Spiegel, Gabrielle M., *The Past as Text. The Theory and Practice of Medieval Historiography*, Baltimore, Maryland, The Johns Hopkins University Press, 1999, xxii-297 p. (Parallax Revisions of Culture and Society).

- Tunturi, Janne, "Darkness as a metaphor in the historiography of the Enlightenment", *Approaching Religion*, vol. 1, no. 2, December, 2011, p. 20-25.
- Velázquez Ceciliano, Fernando, "La abadía de Saint-Denis: imagen del poder político", Tesis de Licenciatura en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2013, 154 p., ils.
- Venayre, Sylvain, *Les origines de la France. Quand les historiens racontaient la nation*, Paris, Seuil, 2013 (L'Univers Historique), 233 p.
- Voss, Jürgen, « Le problème du Moyen Âge dans la pensée historique en France (XVIe-XIXe siècle) », *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, Société d'Histoire Moderne et Contemporaine, t. 24, n. 3, jul.-sep. 1977, p. 321-340, <http://www.jstor.org/stable/20528405> (consulta: 9 de agosto de 2015).
- Welzer, Harald, Sabine Moller y Karoline Tschuggnall, *Mi abuelo no era nazi. El nacionalsocialismo y el Holocausto en la memoria familiar*, colaboración de Olaf Jensen y Torsten Koch, trad. de Rosario Figari y Silvina Der-Meguerditchián, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2012, 256 p. (El tiempo del Nacionalsocialismo).
- White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 432 p. (Sección de Obras de Historia).